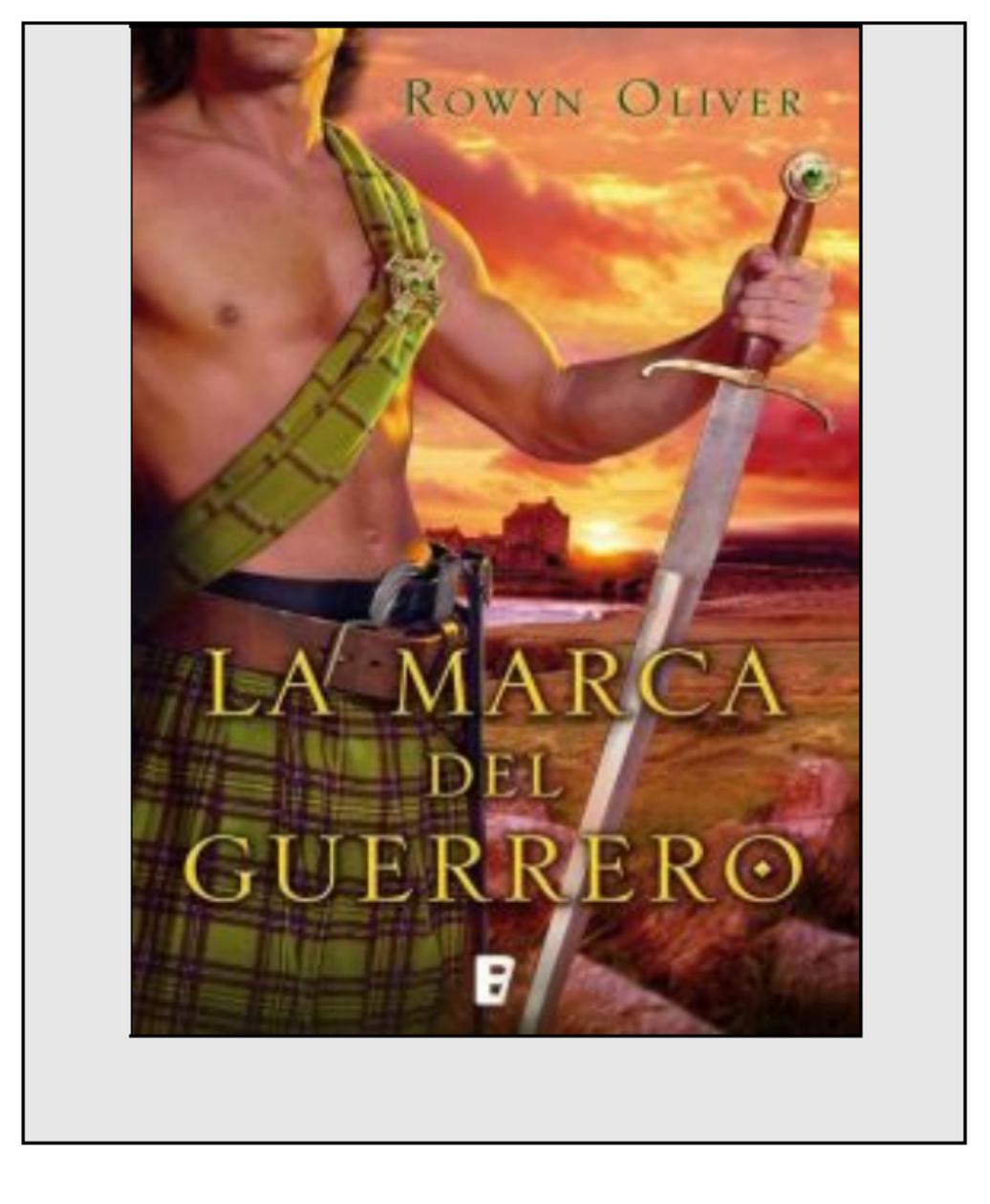
A shirtless man with a muscular build is shown from the waist up, wearing a green patterned loincloth. He is holding a sword with a silver blade and a dark hilt. The background is a dramatic sunset with orange and yellow clouds. The overall tone is heroic and epic.

ROWYN OLIVE

LA MARCA
DEL
GUERRERO



ROWYN OLIVER

LA MARCA
DEL
GUERRERO

B

Cada vez que Ronald Kinnon levante su espada en el campo de batalla, se adiestre con sus hombres o haga el amor con una mujer, no podr ocultar la marca de la vergenza. La responsable es la joven seora del clan McKenzie, que ha grabado sus iniciales en el pecho del Highlander tras derrotarlo con todas las de la ley. Ahora, la venganza no se har esperar, y viniendo de uno de los hombres m s poderosos y orgullosos de Escocia, Edora sabe que ser terrible. El rey tambi n lo sabe, por lo que toma una decisi n

que enfurecer a ambos j venes pero
salvar a sus clanes de la destrucci
n...

Contenido

Portadilla

Cr ditos

Pr logo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

Agradecimientos

Pr logo

El viento empez a soplar de manera cortante a medida que el sol se iba ocultando tras el horizonte.

Al otro lado del muro de piedra, justo detr s de la arboleda que escond a sus figuras a los ojos de los congregados en el camposanto, Bernard, junto a sus hombres, esbozaba una sonrisa mal vola,

montado en su caballo de guerra.

- La nueva se ora McKenzie - dijo a media voz mientras contemplaba a su joven hermana- cree que va a disfrutar mucho tiempo de su liderazgo.

El alto guerrero pelirrojo al que se dirig a no respondi . Tampoco hab a mucho que decir; la escena que transcurr a ante sus ojos era m s que suficiente para silenciar a cualquiera.

Si Bernard hubiera sido un hijo fiel a las tradiciones y a su padre, el viejo laird McKenzie, tal vez se le hubiera formado un nudo en la

garganta, pero no era así. El rostro imperturbable del guerrero mostraba los estragos de una vida dedicada al vino, a malvivir en cantinas y a sobrevivir en los bosques circundantes como lo que era, un proscrito.

La muchedumbre junto a la tumba había empezado a murmurar audiblemente; rezos, condolencias y miradas que denotaban preocupación por el estado de ánimo de su joven señora, Edora McKenzie.

Bernard podía verla junto al hoyo que horas antes se había

excavado para que sirviera de última morada a su padre. La alta figura femenina destacaba no tanto por su estatura como por el contraste entre su espesa cabellera negra y la palidez de su piel. All donde fuese, Edora sobresalía sobre las demás mujeres McKenzie. Su belleza era tan legendaria como su carácter indomito.

Bernard la aborrecía.

Su hermana poseía agallas suficientes para levantar a su clan sin necesidad de apoyarse en ningún hombre, pero su padre había sido

firme: deb a casarse con un McKenzie para hacerse con un brazo fuerte a fin de luchar contra las incursiones de los Kinnon y, asimismo, para protegerse de la furia de su propio hermano.

Bernard consideraba que le hab an arrebatado aquello que le pertenec a, y estaba m s que dispuesto a recuperarlo. A pesar de Broderick, Robert y Duncan, l volver a a alzarse con el poder del clan.

Mir a sus espaldas: una treintena de proscritos bien armados conformaban el grueso de sus filas.

Podr an acabar en aquel preciso instante, si quisiera, pero ser a un acto est pido, y Bernard no lo era. Quer a gobernar sobre su clan, con hombres, mujeres y ni os que pagaran por su seguridad, que llenaran sus arcas y satisficieran los caprichos que tantos meses llevaban desatendidos. Tantos como l hab a pasado en el bosque, desterrado.

Levant el pu o en alto, consciente de que Broderick, junto al cad ver del viejo laird, lo estaba observando. La bestia de ojos grises, el guerrero ind mito que se cre a

merecedor de casarse con su hermana, lo consideraba incapaz de atacar mientras se oficiaba el funeral.

Ni se inmutó cuando dio la orden de partir.

- Hoy nos iremos -dijo a nadie en particular-. Pero pronto volveremos para reclamar lo que por derecho me pertenece.

Sonrió. Su hermana Edora no debía acostumbrarse demasiado a un puesto que le correspondía solo a él. El viejo debía de estar retorciéndose en el hoyo donde acababan de meterle.

El día había sido muy largo y la noche no parecía avanzar con prisas.

Edora se dio la vuelta en la gran cama del laird. Ahora le correspondía a ella ocupar el lugar de su padre y, por consiguiente, dormir en aquella habitación cargada de recuerdos que evocaban la figura de Iain McKenzie.

Suspirando una fuerte palmada a la manta que hacía de cobertor. Al parecer no podía quedarse quieta, los problemas la abrumaban, pero era demasiado

orgullosa para compartirlos con el consejo de ancianos.

"Bah, una mujer -coment el viejo Angus-; su padre deb a de estar delirando en su lecho de muerte para permitir algo semejante." Esas palabras le dolieron, pero su inteligencia le dec a que la preocupaci n de sus hombres ten a fundamento.

Sab a que no solo Angus pensaba as , y que algunos de los suyos hab an abandonado el clan en busca de la nica alternativa: ir a tierras donde un hombre siguiera

encargándose de administrar justicia, aunque fuese un proscrito y un traidor a su padre y a su propio clan.

Solt el aire que hab a estado conteniendo. No se dejar a vencer tan fácilmente, demostrar a de lo que era capaz Edora McKenzie. Sab a cuantos obstaculos deber a superar. Las fronteras no eran seguras y los Kinnon se encargaban de recordrselo. En los últimos tiempos, aprovechando la debilidad de su padre, les hab an arrebatado un bot n del cual ellos no pod an prescindir. Las reses eran indispensables para

pasar el invierno, y este, que gracias al Cielo tocaba a su fin, hab a sido el m s duro desde que acabara la guerra entre las dos coronas.

Apret los dientes enlazando los dedos detr s de la nuca. Fij la mirada en un punto del techo y pens con disgusto que pronto tendr a que compartir esa cama con un hombre para afianzar su papel como se ora del clan. No es que Edora no encabezara la marcha en contra de dichas incursiones, pero todos confiaban m s en el brazo de Broderick, la experiencia de Duncan

o la inteligencia de Robert para salir adelante.

Gimote a causa de la impotencia, pero luego se contentó con otros pensamientos. En el fondo, aquello no podía ser tan terrible. Los candidatos a desposarla eran tres y ninguno de ellos sería a una mala elección.

Esa misma tarde, horas antes, mientras recorría el oscuro corredor que la llevaría junto al lecho de su padre, Edora había perdido el valor para enfrentarse a su futuro. Pero de pronto la figura protectora de

Broderick empuj levemente su hombro para animarla a continuar. Hab a cumplido con su deber prometiendo a su padre velar por su querido clan, pero sus palabras segu an atorment ndola en la oscuridad de la alcoba. Sintió un escalofr o al pensar que su padre hab a muerto all , pero no pod a dormir en otro lugar, era la tradici n e incumplirla levantar a m s rumores sobre su incapacidad para gobernar. No deb a tener miedo, pues Iain McKenzie hab a muerto en paz y su esp ritu no deambular a por all , solo sus palabras permanecer an

grabadas en su mente para recordarle su consejo.

- No estar sola -le hab a prometido-. Escoger s esposo. Debes guiarlo con tu sabidur a, pero tambi n dejar que l te gu e. -Entonces la mirada del viejo Iain se hab a vuelto acuosa, como si recordara con melancol a lo que hab a significado el matrimonio para l-. Eres tan impetuosa como tu madre y eso no siempre es bueno. Necesitas un brazo fuerte que te proteja de tu hermano.

Con esas palabras su padre hab a se alado su futuro. Tres nobles

guerreros se disputaban su mano y ella estaba dispuesta a que uno la obtuviera.

Broderick era su favorito, nadie podía ser tan atractivo como ese dios pagano de granito. Lo había visto innumerables veces entrenar y luchar cuerpo a cuerpo con otros guerreros de su propio clan. Sabía que esos brazos y manos podrían ser mortíferos si se encontraban con un Kinnon. La marcada cicatriz en el lado derecho de su rostro atemorizaba a las mujeres tanto como les atraía su cuerpo bronceado. Pero

ella no era una mujer cualquiera. A ella esa marca de valentía le encantaba.

Si Broderick no fuera el elegido, Duncan no la desampararía. Lucharía por ella y por el clan al que amaba. Era un hombre de mediana edad con atractivas canas plateadas en las sienes. Eran estas las que le daban esa aura de sabiduría que los otros no poseían. Había sido el brazo derecho del viejo laird y con sus cualidades era seguro que el clan florecería. Tenía mano de hierro para dominar a cualquier Kinnon y, sobre

todo, a su hermano Bernard. Duncan hab a sido quien descubri el negro coraz n del heredero McKenzie y supo de su traici n antes que nadie. La avidez de poder lo hab a llevado a tratar de asesinar a su padre, sin que le importara la posibilidad de pudrirse en el infierno por ello.

Odiaba y tem a a Bernard, pero ahora no quer a pensar en su hermano. Suspir incorpor ndose levemente contra la cabecera de la cama. Hab a visto a Duncan miles de veces en aquella estancia junto a su padre y ciertamente no quer a

compartirla con l. Quiz , si no lo amara tanto como al padre que hab a perdido, podr a pensar en l como hombre.

Cerr los ojos con tristeza, las noches a su lado ser an un deber difcil de sobrellevar.

No pasar a lo mismo en brazos de Robert. l no le suscitaba un amor filial como Duncan, ni un respeto casi temeroso como Broderick. Bien al contrario, pens con una sonrisa en los labios. Robert era dulce pero a la vez temerario en el combate, pose a una aguda inteligencia y su sentido

del humor le har a ser un hombre perfecto con quien envejecer.

Al final de la noche Edora hab a tomado una decisi n. No sab a con cu l de los tres guerreros McKenzie se casar a, pero estaba decidida a demostrar que era una digna sucesora de su padre. No iba a permitir ni una sola p rdida m s que amenazara los recursos del clan para el resto del invierno.

La oportunidad de demostrar su val a lleg antes de lo que hubiera esperado.

Seis d as despu s de la muerte

de su padre, Edora se encontraba en el salón principal recibiendo los informes que sus tres pretendientes habían ido a presentarle. Al parecer, en el norte, donde los dominios Kinnon y McKenzie confluyen, se habían producido diversas incursiones a lo largo de esa semana. Ni siquiera Robert, paciente como pocos, era partidario de esperar un solo día más para tomar represalias contra las granjas fronterizas. Querían recuperar el ganado y dar un escarmiento a los Kinnon.

A Edora se le sonrojaron las

mejillas, no solo por el calor que desprendía el fuego de la chimenea, sino por la rabia que sentía hacia esos miserables. Sentada en su robusta silla, contemplaba a los tres guerreros de pie ante ella. No podía evitar masajearse las sienes para ver si aquel repentino dolor de cabeza remitía. No hubo suerte, y eso ayudó a que se calmara.

- El consejo no se reunirá, mi señora - dijo Duncan.

Ella sabía perfectamente por qué pronunciaba esas palabras con tanto cuidado.

- Quieren darme un voto de confianza hasta ver qu hago -susurr . No obstante, en su fuero interno cre a que los motivos eran menos nobles y que los ancianos buscaban que se derrumbara ante las adversidades, para as tomar el mando, convirti ndola en un mero t tere carente de poder.

No iba a permit rselo.

- Si lo que sospechamos es cierto -dijo Robert, impaciente-, no tardar n en atacar la granja de Philip.

Broderick asinti sin pronunciar palabra.

La conversaci n volvi a centrarse en los ataques de los Kinnon.

- Es la nica granja que da al norte y que posee suficientes vacas como para ser una succulenta presa para esos miserables.

- Qu propones? -pregunt a Robert. El hombre no sonri , pero estaba sumamente complacido de que la bella Edora le pidiera opini n.

- Ir a las granjas del norte, montar guardia...

Ella pareci meditarlo y finalmente asinti .

- Creo que no solo deberíamos vigilar la granja de Philip -dijo-. Aedan y los suyos también corren peligro. Viven lo suficientemente cerca de la frontera.

- Y la de Braedan. -Duncan le hizo ver que había muchos flancos a cubrir.

Ella prestó atención y reflexión que ser a lo mejor. Desgraciadamente, sus decisiones y acciones no iban a salir todo lo bien que deseaba.

- Cada uno de nosotros reunir una partida de hombres y se dirigirá a cada una de las granjas -decidió-. Los

hombres la escucharon con atención. Impediremos que se cometan más acciones contra los McKenzie.

Que Edora se incluyera en las incursiones no agradaba a ninguno de los presentes.

- Pretendes ir con nosotros? -

Duncan la miró con desconcierto.

Ella reaccionó levantándose para mirarlo con celo.

- Duncan, llevo haciendo incursiones con mi padre desde que tenía trece años, y permíteme recordarte que hace diez de eso. Soy capaz de ahuyentar a un miserable

Kinnon tanto como vosotros.

Duncan no pudo menos que sonreír.

- Así se habla, Edora. -El entusiasmo juvenil de Robert pareció molestar a los otros dos.

Esa misma noche, todos, a excepción de Duncan, quien quedó como custodio de la fortaleza y su gente, pusieron rumbo al norte.

Edora se arrebujó la capa, consciente de lo fría que era la noche. Al igual que ella, su hermoso caballo negro conocía bien sus tierras. Respiró hondo y la frialdad

del aire le abras los pulmones; no le import , como tampoco tiritar de fr o por el viento nocturno contra su piel. No le importaba, soportar a cualquier cosa con tal de estar ah . Edora sab a que contaba con el cari o de su gente, pero ganarse su respeto costar a algo m s. En esas incursiones ella podr a demostrar su temple, su valor y fortaleza como la lady McKenzie que era.

Avanzaron por los peligrosos senderos junto a los acantilados. M s all , el bosque que separaba ambas propiedades escond a en sus extensos

claros las tres granjas que querían proteger. Poco después, Edora se percató de que Broderick no tenía ningún deseo de dejarla sola en la tarea, y por alguna razón no quiso desafiarlo.

- Avanzad con cuidado -dijo quedamente cuando los hombres se pararon a su espalda-. Id a la granja de Philip -ordenó a Broderick.

Por un instante pensó que el guerrero iba a desobedecerla delante de sus hombres, vio el reproche en su mirada, pero una vez más Broderick confirmó su lealtad.

Antes de desaparecer en la

noche para cumplir la orden, le lanzó una mirada significativa a Robert, que asintió. El mensaje estaba claro: si a ella le sucedía algo, su guardián sería desmembrado.

Avanzaron en silencio hacia la granja de Braedan, quien posee hermosas vacas que daban una excelente carne y aun mejor leche.

Detuvo a los hombres nada más divisar la propiedad. Acababa de salir de la negrura del bosque cuando su espalda se tensó en señal de alerta. Presentaba a que los Kinnon estaban cerca, pero jamás hubiera acertado cu

nto.

Las grandes reses lanudas estaban all abajo, en el prado cubierto de un espeso manto verde, que se vislumbraba gris a la luz de la luna. De pronto, media docena de figuras se movieron entre las reses, revelando su presencia.

- Esos bastardos... -A pesar de que se divisaban con claridad, Robert esper la se al de Edora para atacar.

La l der de los McKenzie no se hizo de rogar.

- Ahora! -Dio la se al en voz

apenas audible, pero un simple movimiento de su mano hizo que los Kinnon, a quienes pretendian sorprender, se sintieran acorralados. O eso pens ella.

Los McKenzie descendieron como demonios sobre sus presas. Robert fue el primero en levantar su larga espada y proferir el grito de guerra en busca del primer Kinnon que se interpusiera en su camino. Todo sucedi demasiado rapido y el entrechocar de aceros se oy en todo el prado, a pesar de los escasos hombres que combatian.

Edora se sintió satisfecha cuando con un contundente golpe de la empuadura de su espada dejó a su adversario fuera de combate antes de que este pudiera soltar la cuerda con que sujetaba una res de Braedan. En las incursiones sus hombres, al igual que ella, usaban espadas ligeras, más cómodas y manejables, y eso evitaba un derramamiento de sangre innecesario.

Apenas cuatro Kinnon se enfrentaban a ellos, aunque pronto bajaron más de los árboles circundantes, pero eso no cambió el

resultado del combate.

La escaramuza parec a a punto de finalizar y Robert hab a perseguido a un par despu s de herirlos. Los Kinnon que quedaron en pie abandonaron los animales que intentaban robar y huyeron a esconderse en las profundidades del bosque.

Edora contuvo el aliento, preocupada al ver desaparecer a Robert. Mir alrededor y sinti un escalofr o cuando todo qued en silencio.

De pronto se oyeron gritos, y su

caballo, asustado, se levantó sobre los cuartos traseros, logrando que Edora cayera al suelo.

Tumbada sobre la alfombra, observó como la visión del cielo estrellado quedaba cubierta por una silueta masculina. Frunció el ceño al reconocer a un hombre tan alto como Broderick. Intuyó su rostro y el brillo de unos ojos oscuros mirándola mientras se entrecerraban, provocando que otro escalofrío recorriera su columna vertebral.

El frío de la noche la devolvió a la realidad. Su tosco vestido de lana

se le hab a enredado en las piernas dejando expuestas las rodillas. Ante la sonrisa maliciosa del hombre, se apresur a colocarlo en su sitio.

La furia la embarg . Aunque su montura estaba lejos, su espada hab a quedado al alcance la mano. La cogi con una velocidad que sorprendi a ambos. No obstante, el guerrero ni siquiera se movi cuando ella intent alcanzarlo con la peque a espada.

Solo un hombre pod a permanecer tan despreocupado cuando un combate se estaba desarrollando a su alrededor.

Ronald Kinnon.

Ronald se recuperó de la impresión a tiempo de esquivar la afilada hoja que iba directa a su antebrazo. No era un hombre que se dejara dominar por las emociones, pero, a pesar de su aparente pasividad, ver a aquella mujer lanzarse sobre él como una valquiria lo había desconcertado.

Por un instante se quedó observando sus ágiles movimientos con aquella pequeña espada que parecía hecha a su medida. Pero se recuperó al oír el sonido sibilante del

acero y, sin esfuerzo, logró esquivar el mandoble. Con el segundo ya fue más complicado, la sorpresa ya se había transformado en enfado, y para cuando la espada lo atacó por tercera vez, inundaba sus venas. No había muchos que pudieran alardear de haberle hecho perder los estribos, pero aquella mujer estaba a punto de conseguirlo.

Ronald arde de rabia. No era con ella con quien quería pelear. Había supuesto que un combate con el bastardo de Broderick le ayudaría a dejar en claro ciertas cosas, entre

ellas una muy importante: que si sus granjas de la frontera volvían a ser atacadas, despedazar a a todos los McKenzie.

Pero las cosas parecían destinadas a no salir como él esperaba. Estaba allí, en medio del prado, intentando recuperar lo que los malditos McKenzie les habían robado y, lejos de poder arreglar el asunto con unos buenos mandobles, se encontraba ante una mujer que intentaba mantener el equilibrio perdido por el peso de una espada. Tendría que enfrentarse a una mujer?

Por un momento la silueta femenina le hizo olvidar dónde estaban, pero al punto volvió a centrarse en ese hecho inaudito. Una mujer? En una incursión? Pero cómo...

- Por todos los demonios!

Quería dar su merecido a esos miserables y se encontraba con que enviaban a sus mujeres.

Ella lo miró a los ojos mientras lo apuntaba con su acero, se adelantó a que intentara ensartarlo si se acercaba un paso más.

Por un instante se quedaron inmóviles, hasta que un grito los distrajo.

Ronald se volvió encolerizado: uno de sus hombres, al parecer un muchacho, había caído de su montura. Para alivio de Ronald, el McKenzie que lo atacaba lo dejó en el suelo y corrió tras otro que pretendía abandonar el prado para perderse en el bosque. Cuando vio de nuevo a sus hombres reagruparse tras los árboles quiso ir en su busca, pero Edora no se lo puso fácil.

- ¿Dónde crees que vas? - Un suave viento se había levantado y ahora arremolinaba unos mechones rebeldes frente al rostro de la mujer.

Eso solo la hac a parecer m s bella.

Ronald se maldijo por la distracci n, pero, despu s de escudri ar la arboleda, sus ojos volvieron a aquel rostro.

- No creo que eso sea de tu incumbencia -le espet .

El laird Kinnon no quer a alargar la conversaci n. Su objetivo era Broderick y no la se ora de los McKenzie. Era probable que ella se creyera lo suficientemente importante para que desperdiciara su tiempo en ella, pero no era as .

Alarg el brazo para coger las

riendas de su caballo. Montar a e ir a hacia... Un movimiento lo distrajo, la espada de Edora dibujando un arco perfecto. Escuch el silbido antes de ver el reflejo de la luna en el metal. El caballo se asust y, al tiempo que Ronald intentaba esquivar el mandoble, lo golpe con sus patas delanteras. Ronald se vio tumbado en el suelo antes de entender qu hab a sucedido.

- Maldita mujer.

Instintivamente su mano vol hacia su cabeza y palp el l quido viscoso de la sangre. Por si tuviera

pocos problemas, una roca en aquel lugar inoportuno le proporcionó un terrible dolor de cabeza. Quizás el dolor le recordara que debía permanecer atento a cuanto ocurría a su alrededor y no distraerse con las curvas de una mujer.

Al intentar levantarse cayó de nuevo sobre su espalda, aturdido.

El sonido de las espadas cesó a su alrededor, pero solo unos instantes. Los hombres de Ronald luchaban para llegar junto a su laird y los de Edora para separar a los Kinnon de ella. El resultado fue que

ambos quedaron aislados de toda batalla que no fuera entre ellos dos.

Mientras l se debat a por no caer en la inconsciencia, vio como ella lo miraba desde lo alto.

- Vaya, vaya, qu tenemos aqu ? -
Al parecer, la ind mita dama hab a recuperado el sentido del humor-. No es maravilloso cuando alguien a quien subestimabas te quita la arrogancia de un solo golpe?

Gimi frustrado por no poder evitar el mareo que lo invadi cuando intent levantarse de nuevo. Fue in til y su cabeza volvi a caer sobre la

hierba.

- Se ora... suerte es lo que hab is tenido. Nada tienen que ver vuestros rid culos golpes con mi estado. -Pese a todo, la voz de Ronald son alta y clara.

Los labios de Edora se convirtieron en una fina l nea al apretarse. Volvi a lucir un semblante de desprecio por aquel hombre.

Dej la espada en el suelo, sustituy ndola por el pu al que llevaba sujeto al muslo. Solo entonces se arrodill , pero no lo hizo en la hierba sino sobre l, que fue muy

consciente cuando su rodilla le oprimi las costillas dej ndolo sin respiraci n.

- T , miserable Kinnon, pagar s por cada res que has robado, por cada sufrimiento que has provocado, por cada insulto que has dirigido a los m os -le espet la mujer con rabia. Hab a afrontado un invierno fr o y miserable por culpa del hombre que yac a ahora bajo su rodilla.

Sin vacilar, le puso la afilada hoja en la garganta y espera que l la mirara a los ojos. Por primera vez, Ronald pens que hab a perdido el

control de la situación.

Utilizando la escasa fuerza que le quedaba, estiró el brazo y enredó la gruesa trenza de ella en un puño. Tiró con fuerza, pero solo le sirvió para acercar su rostro marmoreo.

La mujer presionó de nuevo su rodilla contra el torso y Ronald tuvo que soltarla. Pero ella no apartó la cara ni un píxel, permaneció a escasos centímetros de su rostro, evaluando su mirada mientras la hoja se iba apretando más contra su garganta.

- Laird Kinnon...

La voz engañosamente suave

hizo que l centrara su atenci n en aquellos labios que empezaron a soltar una retah la de insultos. Intent respirar de nuevo y esta vez lo consigui . Aun as , permaneci quieto intentando recuperar fuerzas.

- Hay pocas cosas m s cobardes que un Kinnon -le espet Edora.

- Te equivocas -replic Ronald con una voz m s grave de lo que ella esperaba-. Las hay: una mujer siempre ser mucho m s cobarde, aunque intente jactarse de lo contrario.

De acuerdo, no es muy

inteligente provocar a una mujer que tiene todo a su favor para matarte, pero mientras ella tuviera algo que responderle, su puñal no le cercenar a la garganta.

- No me habéis de cobardía, Kinnon, pues sois muy pocos los que no habéis huido como alimañas -le espetó echando chispas por los ojos.

Él sonrió a pesar de todo.

- Huir? De una mujer?

Edora sintió ganas de acabar con él en ese preciso instante, pero no era estúpida. Aquello podría acarrear consecuencias que ni ella ni los

suyos deseaban.

- Nosotros nunca huimos, arp a -
dijo con firmeza-. Sin embargo, no
veo a tus guerreros por aqu .

Demian y Robert estaban cerca
intentando desembarazarse de dos
guerreros Kinnon que pr cticamente
los doblaban en estatura, pero eso no
importaba.

- Si no los ves es porque est n
persiguiendo a los cobardes de tus
hombres.

No estaba preparada para la
carcajada que Ronald solt . Su pecho
desnudo, apenas cubierto con el tart n

Kinnon, se removi a causa de los espasmos de risa. Ella tembló sobre él.

La punta del puñal se apretó más contra la piel. Satisfecha, vio que él esbozaba una fugaz mueca de dolor. Aquel Kinnon tenía agallas. Estaba a su merced y aun así osaba insultarla.

Edora enrojeció mientras la furia se apoderaba de su corazón. Fue la misma furia que guió su mano hacia la cabellera del hombre y volvió a estampar su cabeza contra la roca, sin demasiada delicadeza. Aquello había sido cruel, pero se negaba a sentirse culpable, aunque los ojos del

hombre giraran en sus cuencas intentando centrar su visión.

La mente de Ronald se nubló de nuevo, pero hizo un esfuerzo para memorizar el rostro de aquella vborra con cara de ángel. Sus ojos parecían negros en la oscuridad y su cabellera de bano, antes recogida en una simple trenza, ahora se derramaba sobre sus pechos hasta acariciar sus caderas. Incluso pudo sentir la suavidad de un mechón sobre su torso cuando ella se inclinó de nuevo hacia él.

- Mis hombres jamás abandonar

an a ninguno de los suyos, y mucho menos a su l der. En cambio los vuestros... d nde est n para salvaros? -La pregunta qued suspendida entre ambos-. No ten is honor -sentenci Edora-, y me encargar de que lo recuerdes.

Odiaba a ese hombre y estaba dispuesta a borrarle su arrogancia para siempre. Enfadada porque l la miraba como a una simple ramera, decidi darle una lecci n que no olvidase, aunque no volver a a golpearle la cabeza, su objetivo no era matarlo.

Ronald vio como la punta del pu al bajaba por su pecho. Aunque era lo que tem a, no le cercen la garganta. A n aturdido, sinti como se le desgarraba la carne. El pectoral izquierdo qued cubierto de sangre mientras la mujer se demoraba en apartar la hoja de su piel. Cuando pudo volver a mirarla, los labios de ella esbozaban una mal vola sonrisa mientras los de l intentaban no transmitir el dolor que sent a.

Aguant en silencio mientras aquel bello rostro descend a hasta colocarse sobre el suyo. Not su

aliento sobre la cara, pero no pudo hacer nada para apartarla.

- Recordar s esta noche y tu verg enza -fue lo ltimo que dijo ella antes de levantarse y desaparecer.

A su alrededor, la lucha acab .

Ronald lo supo: los McKenzie les estaban dando la oportunidad de huir. Hizo acopio de fuerzas y consigui levantarse tambaleante. No hab a rastro de la mujer McKenzie, pero s de los dem s. Iban a permitirles marchar, pero permanecer an all hasta que esto sucediera.

Cuatro de sus hombres se acercaron y consiguieron subirlo al caballo.

Ronald record las palabras de Edora. Cu nta raz n ten a: no iba a olvidar aquello, no lo olvidar a jams, pues cuando vio la marca sobre su pecho enloqueci de ira. Reson un grito estremecedor en el prado mientras se limpiaba con su tart n.

Llevaba el nombre de esa mujer tatuado en la piel, pero ella iba a pagar por ello aunque l tuviera que bajar al infierno para encontrarla.

Los dos d as siguientes a su

encuentro con Ronald Kinnon, Edora no pudo más que sentir satisfacción por su osado comportamiento durante la escaramuza. En ese tiempo recogió muestras de reconocimiento y admiración, y solo dos miradas de reproche, las de Duncan y Broderick.

Si creía que lo ocurrido quedaría como una anécdota más para los McKenzie, se equivocaba.

Oyó voces en el establo y cuando vio a Robert chocar contra la robusta puerta de madera, se acercó sigilosamente para saber qué ocurría. Al parecer, Broderick había perdido

la paciencia y Duncan, tan silencioso y sereno como siempre, miraba a los dos hombres a cierta distancia.

- Por qu se lo permitiste? -
Estaba claro a qu se refer a.

No parec an muy contentos y ciertamente, por la mirada de Duncan, nadie ah lo estaba.

Despu s de unos minutos, ya hab a escuchado suficiente. Se alej sin ser vista, meditando sobre si lo que hab a hecho era tan grave como para acarrearles problemas.

Entr en el sal n dispuesta a subir a sus aposentos y descansar un poco,

pero al parecer Broderick ten a otros planes.

- Edora -la llam .

Al volverse ya ten a la mano del hombre sobre su antebrazo.

- No deber as haber hecho semejante estupidez.

La estatura de Broderick intimidaba, pero su tono causaba pavor.

- As que ya has acabado con Robert y ahora vienes por m -repuso ella, dolida-. Me extra a que Duncan no te acompa e para vitorear.

- Basta. -No era una orden, sino

m s bien un reproche. En sus ojos vio algo muy parecido a la decepci n, y eso le doli .

- No s qu quieres.

- Lo sabes. -Mene la cabeza con disgusto-. Edora, eres joven, llena de fuerza e inteligencia -a adi intentando suavizar su expresi n-, pero a n tienes que aprender mucho sobre los hombres.

Ella trag saliva. Lo mir a los ojos intentando averiguar qu quer a decirle.

- Hombres?

- Hombres. Como Ronald

Kinnon.

Un escalofrío le recorrió la espalda nada más evocar la imagen del laird.

- No puedes provocar así a un hombre como él y creer que no habrá represalias. Nos despedazará a la mínima oportunidad solo para reparar su orgullo. Debe de estar loco de vergüenza y odio. ¿Cómo has sido tan insensata?

Ella bajó la vista ante Broderick. Al parecer, debía aprender mucho más de lo que había supuesto.

- Sabes que los Ross intentan

una alianza con ellos? Se ora, no les des motivos para aniquilarnos.

- Esos salvajes? -preguntó incrédula, pensando en los Ross.

No hubo respuesta y ella guardó silencio porque no sabía qué decir.

Broderick puso amigablemente sus manos sobre los hombros hundidos de la joven. Ella pensó que iba a aprovechar para abrazarla, pero nada más lejos de su intención. La zarandeó con fuerza.

- Mi se ora, es hora de que veis que vuestros actos repercuten sobre

todos nosotros. Lo que hab is hecho...
-A ella no le pas por alto su
repentino tono formal-. Ninguno
hubiera perdonado un acto semejante
contra nuestra se ora, y tampoco lo
har n los Kinnon con su laird.

Por primera vez, Edora se puso
en el lugar de Ronald Kinnon, y le
flaquearon las piernas. Cre a haberle
dado una merecida lecci n, pero lo
cierto es que hab a condenado a los
suyos a una guerra.

- Mi clan pagar las
consecuencias de mi error -admiti
cabizbaja.

No hizo falta que Broderick asintiera. Abatida, subí las escaleras dejando al guerrero tras de sí.

No dormí bien aquella noche, ni ninguna otra en las dos semanas que el laird Kinnon tardó en reclamar venganza.

Unos gritos procedentes del patio la despertaron.

- Han incendiado una granja!

Se cubrí con el manto McKenzie la larga camisola blanca y bajé rápidamente al salón, donde la esperaban Broderick, Duncan y Robert. Los tres se apresuraron a

acercarsele.

- Dónde? -preguntó antes de que ninguno pudiera hablar. Preguntar quién hubiera sido está pido.

- La granja de Aedan... La han incendiado.

Edora se llevó la mano al pecho. Broderick tenía razón, había sido tan tonta como para no darse cuenta de que un hombre tan orgulloso como Ronald Kinnon no iba a dejar las cosas así.

- Aedan y su familia han sufrido algo más?

- No, mi señora. Al parecer los

hicieron salir antes de incendiar la casa.

La sorpresa y el alivio se entremezclaron.

- Se han llevado todo su ganado, pero los Kinnon siguen en el valle como si quisieran desafiarnos a combatir.

- Siguen en el valle? -repiti incr dula.

Broderick maldijo entre dientes. Sab a lo que quer a ese miserable. Se dirigi al patio y Edora lo sigui . El guerrero se apresur a dar rdenes a sus hombres, mientras ella se

escabull a hasta el establo para ensillar su montura. No iba a quedarse fuera de aquello.

Al ver a los guerreros reunidos, no vacil :

- En marcha!

Y desapareci en la oscuridad antes de que Broderick y Duncan pudieran detenerla. Por suerte, Robert fue m s r pido y logr escoltarla con un pu ado de hombres.

- Maldita ni a! Qu demonios pretende? -Duncan no pod a creerse que hubiera salido en busca de su enemigo-. No se da cuenta de que es

a ella a quien quiere?

Broderick no tardó en espolear su caballo y dar alcance a Duncan.

- Creo que sí lo sabe.

Mientras intentaban alcanzarla, Broderick pudo comprobar que solo había una granja incendiada, tal como le habían informado. El intenso resplandor que llegaba desde detrás de la colina confirmaba que la granja de Aedan estaba ardiendo hasta los cimientos.

Sospechaba que no se trataba de una incursión más. Si los Kinnon estaban aguardando su llegada,

estaba claro que algo se traía entre manos. Mientras se dirigía al territorio del norte, el guerrero apretó los dientes con impotencia al ver que no le era posible alcanzar a Edora.

La señora McKenzie olió el humo, antes siquiera de ver la casa ardiendo. La columna gris se recortaba contra el cielo oscuro y estrellado. Tragó saliva y sus ojos se abrieron desmesuradamente al reparar en los hombres que se encontraban reunidos en el claro. El resplandor de la luna llena hacía fácil contemplar el espectáculo que se había

a preparado para sus ojos.

Sus escoltas se apresuraron a desenvainar las espadas, aun sabiendo que no podran salir victoriosos de esa batalla. Cerca de un centenar de guerreros Kinnon estaban listos sobre sus monturas. Desnudos!

Tan solo un azul intenso cubria parcialmente sus rostros.

Pinturas de guerra.

- Oh, Se or...

Aquella no era una incursi n cualquiera. Estaban esperando para matarla, y con ella a todos los

guerreros que intentaran protegerla.

En sus cabelleras, lucían trenzas que nacían de sus sienes para perderse luego sobre su pecho y espalda: un símbolo del orgullo y valor. Eran guerreros fuertes y ciertamente impresionantes, dispuestos a presentar batalla.

Edora vio como sus hombres se desplegaban a su alrededor para afrontar el combate. Todo ello era culpa suya, se derramaría la sangre de aquellos hombres que se negaban a entregarla.

- No me protejáis.

Pero esa era una orden que ninguno estaba dispuesto a cumplir.

Cuando los Kinnon se lanzaron al galope con sus enormes espadas desenvainadas, Edora sinti ganas de huir, pero permaneci firme. Necesitaba demostrarle a Ronald Kinnon que ten a tanto o m s valor que sus guerreros.

Lo busc con la mirada y la luz de la luna la ayud a distinguirlo cuando carg sobre ellos.

Todo sucedi muy r pido. Al ver la carga de los hombres del clan vecino, los McKenzie avanzaron

para presentar batalla. Edora no qued desprotegida, pero nada pudieron hacer Robert y los suyos para mantenerla a salvo de la ira del laird Kinnon.

Lo vio espolear el caballo hasta llegar a su altura. Con una mezcla de temor y admiraci n, ella contempla aquel hombre educado para la guerra, de pecho fuerte y musculoso marcado por una cicatriz que la impresion , al menos en el primer momento. No tard en darse cuenta de que, sobre su montura, l tambi n estaba totalmente desnudo. Su nico

adorno era una cinta de cuero atada al brazo y no se podía considerar una prenda. A medida que él se acercaba, ella volvió a reparar en la infame cicatriz. Fue lo último que vio cuando el laird la agarró del cuello y la derribó.

Cayó sobre la hierba húmeda y a continuación sintió aquel cuerpo desnudo impactando contra el suyo. Carne contra carne. Forcejeó, aunque enseguida se dio cuenta de que era inútil. Ronald Kinnon la cubrió con su cuerpo y entonces ella fue muy consciente de cuán fuerte era aquel

impetuoso guerrero escocés.

Lo maldijo intentando librarse de su peso, pero Ronald le sujetó ambas muñecas con una sola mano. Lo retuvo contra la tierra a media, sobre su cabeza, mientras su cabellera le acariciaba las mejillas.

No pudo levantarse, solo retorcerse inútilmente bajo ese cuerpo de acero que no tenía la menor intención de dejarla marchar.

- Se ora -dijo en tono burlón mientras los hombres de ambos bandos entrecocaban las espadas en una violenta danza-. Sabed cuánto

vamos a divertirnos con vos...

Los ojos de Edora se
agrandaron de terror.

- Mucho -a adi l.

Ronald esquivó las patadas que la mujer lanzaba enfurecida. Cuando logró atraparle las piernas entre sus muslos, ella se quedó inmóvil, seguramente temiendo que él podría partirle cada hueso de su cuerpo si así lo quería. Pero una vez más, Ronald Kinnon subestimó la osadía de la mujer. Sin duda, la lengua de ella no estaba tan impedida como el resto de su cuerpo.

- Maldito puerco, ladrón de ganado, incendiario, asesino...

Ronald no pudo evitar proferir una carcajada.

Le divirtieron por un momento todas las palabras malsonantes que aquella mujer hab a aprendido en su vida, pero no estaba dispuesto a que lo dejara sordo. Tap con una mano la boca que osaba insultarlo, mientras con la otra segu a inmoviliz ndole las mu ecas.

Edora se arque intentando sac rselo de encima, y l volvi a re r.

Furiosa, trat de propinarle un rodillazo, pero no lleg muy lejos. Un gemido de dolor brot de sus labios

cuando Ronald le solt la boca para apretarle con fuerza el muslo.

La amenaza de verse impedido por un buen rodillazo ya no le result tan divertida.

- Si intentas golpear mis... - Ronald apret los dientes para calmarse-. Juro que te romper el cuello aqu mismo.

Cuando sinti aquella tenaza en su garganta, asustada, dej de forcejear. Lo mir con detenimiento. Su largo cabello le ca a hasta m s abajo de los hombros. A pesar del claro de luna no distingui el color,

pero si pudo contar sus trenzas. Una, dos y tres. Con un pensamiento totalmente fuera de lugar, intentó imaginarse aquella cabellera al sol: sin duda sería dorada con hebras más oscuras. Los ojos le resultaron de un color indescifrable a la escasa luz, pero su pecho, que subía y bajaba a un ritmo acelerado, estaba bronceado... y herido.

La luz sería suficiente para ver la marca que lo había obligado a ir hasta allí.

- Su ltame -le ordenó con altivez, alzando el mentón. Él sonrió mientras

apretaba su muñeca con más fuerza-.
Maldito seas.

- No maldigas, mujer, te restas belleza y ciertamente quiero disfrutar de toda ella después de haberme tomado la molestia de atraerte hasta aquí.

- ¿Qué molestia? -Cuando iba a volver a insultarle Ronald tapó su boca de nuevo, y se llevó una sorpresa al sentir unos pequeños dientes clavarse en su palma. Retiró la mano de inmediato y Edora volvió a la carga-: Como si no estuvierais acostumbrados a robar e incendiar

las granjas que oponen resistencia a vuestras incursiones.

Ronald frunci el ceño ante aquellas palabras: ¡jamás había ordenado incendiar ningún hogar... hasta esa noche. Y si lo hizo fue movido por el odio que sentía hacia esa arpía.

- Esta noche no hemos venido a robar ganado, señor. Tengo en mente otro objetivo más importante.

- Y cuál es, si puede saberse? Destruir a mi clan como unos cobardes?

Al punto se arrepintió de haber

lanzado aquella acusación, pues los ojos de Ronald descendieron hacia el cuerpo que apretaba con el suyo. Su aliento le rozó las mejillas y una sonrisa malvada bailó en sus labios. Edora guardó en silencio, la vida y más asustada que antes.

Notaba cada vez más aquel cuerpo tendido sobre ella. La manta se había desplazado a un lado y solo una fina camisola separaba ambos cuerpos desnudos.

- ¿Qué querías? -susurró tragando saliva.

La sonrisa de él se ensanchó y sus

labios le rozaron la oreja al susurrar:

- A vos.

Ella se quedó sin habla y llegó a distinguir el fuego que ardía en su mirada. Edora jamás había estado tan cerca de suplicar por su vida, pero antes de que pudiera pronunciar palabra, Ronald se puso en pie y tiró de ella para arrastrarla hasta su montura. El semental aguardaba mansamente a su amo mientras en derredor seguía el combate.

Edora miró a sus hombres y sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

Ronald la alzó en vilo y la tiró sobre el cuello del animal como si fuera un vulgar saco de trigo. Humillada, oyó la carcajada del hombre.

El caballo, tan magnífico como su dueño, relinchó furioso al recibir el peso de un jinete que no era Ronald, pero este lo dominó utilizando solo sus piernas desnudas.

- ¿Adónde pretendes llevarme? -
Cruzada boca abajo contra las musculosas piernas del hombre, sus palabras quedaban ahogadas por el murmullo del viento.

Se apartó como pudo la larga cabellera, y gritó al sentir una mano que le acariciaba el trasero. Empezó a patear, pero Ronald la colocó sobre sus muslos después de palmearlos con fuerza.

- Mi señora, qué desconsiderada. Solo quiero daros un agradable paseo para agradecer lo que me hicisteis en aquella espléndida noche tan parecida a esta.

Ella sabía lo que le esperaba si él conseguía llevarla de allí. Conocía bien la manera que tenían los hombres de humillar y someter a las

mujeres. Gimi , alzando la vista y viendo como la casa de Aedan acababa de consumirse. Sus hombres yac an por el suelo con heridas leves o profundas que ella no podr a curar. Algunos no se mov an y tuvo que parpadear r pidamente para despejarse los ojos de las l grimas que empezaban a form rsele.

Cuando Ronald azuz el caballo para que emprendiera el galope, este lo hizo sin vacilar y Edora supo que intentar resistirse ser a in til. Se le derramaron algunas l grimas traicioneras, pero habr a preferido

morir antes que Ronald Kinnon las viera.

Mientras se alejaban, escuchó un potente silbido detrás de su oreja. Los Kinnon se replegaban para seguir a su jefe, pues ya tenían aquello que habían ido a buscar.

A ella.

Se sintió estúpida por no hacer caso a Broderick y haberse lanzado de cabeza a una trampa. ¿Y el pobre Robert? ¿No quería ni pensar qué habían hecho con él.

Se revolvió sobre sus muslos hasta que Ronald optó por sentarla y

sujetarla entre los brazos. Cogi su cabellera y la apartó a un lado.

- Si me molesta te la cortar -le advirti .

Ella se estremeció creyendo que se estaba refiriendo a su cabeza y no a su pelo. Ronald advirtió aquel estremecimiento con inmenso placer. Debía reconocer que tener entre sus brazos el cuerpo de una mujer como ella podría dejar sin aliento a cualquier hombre. Se imaginó por unos instantes sus cuerpos desnudos, entrelazados como los de dos amantes apasionados. Bufó por

aquella imagen e intent centrarse.

Respir hondo para serenarse, pero su cuerpo empezaba a reaccionar involuntariamente ante aquellos encantos que se hab a prometido odiar y que ahora se mov an al comp s del trote. Se dijo que solo era la excitaci n de aquel momento de gloria y que pronto pasara.

Mientras el frondoso bosque los ocultaba parcialmente de la luz de la luna, los Kinnon siguieron avanzando. Su se or iba en cabeza y Edora no escuchaba sonido alguno a

sus espaldas. Al parecer, podían ser extremadamente sigilosos si se lo proponían. En la noche solo parecía escucharse su propia respiración, que distaba de ser tranquila, dada la cercanía del cuerpo desnudo de su captor. Imposible relajarse, y por mucho que intentara separarse de su roce, este volvía a apretarla descaradamente. Lo miró de reojo y volvió a sentir cómo le tiraba una vez más de la cabellera.

Ronald enroscó la sedosa masa de hebras negras en un puño y le habló muy cerca del oído, exhalando su

aliento sobre el cuello:

- Se ora, ser a una l stima cortar unos mechones tan fragantes y suaves. Y si se os ocurre gritar ser vuestra lengua la que corte.

A continuaci n, Edora sinti unos lascivos labios sobre el cuello y se revolvi inquieta intentando apartarse, pero no grit .

- No me apret is tanto -rezong furiosa cuando el fuerte brazo del hombre le rode la cintura dej ndola sin aliento.

- No? Ummm -Oli de nuevo su cuello y frot la nariz contra su suave

piel-. Lamento que no os guste, porque es exactamente lo que pienso hacer el resto de la noche.

Edora lo odió. Sabía que no era simplemente apretarse contra su cuerpo lo que quería. Intentó darle un codazo en la cara y él soltó una suave carcajada al esquivarlo.

- Me gustan las mujeres guerreras, así se oye. Prefiero que peles con uñas y dientes a que soltes esas lágrimas inútiles que habéis derramado al dejar a vuestros hombres. -Edora se sintió humillada al saber que él se había dado cuenta.-

Puede que la noche no sea tan aburrida después de todo.

Edora oyó las carcajadas de los hombres que los seguían y eso acrecentó su vergüenza. Al parecer ya habían cruzado la frontera y se sentían seguros, puesto que ya no volvieron a guardar silencio.

Tenía miedo, debía reconocerlo, pero su voluntad era mantenerse fuerte. No podía dejarse intimidar y ceder a su voluntad. Si demostraba su flaqueza estaba perdida.

- ¿Qué pensará hacerme?

Volví a sentir los labios del

hombre en su cuello, ensanchándose.

- Veremos -dijo enigmático.

Ronald Kinnon había heredado pocas cosas de su padre, pero una de ellas era la aversión a dejarse manipular por arpías como aquella que retenía entre sus brazos.

Sí, Ronald conocía demasiado bien a las mujeres. Todas traicioneras. Fueran bellas o no, cada una poseía algo que atraía a los hombres hasta el punto de enloquecerlos. Se podía perder un imperio por las dulces caricias de una mujer, pero él siempre se había

mantenido firme y no ser a tan est
pido como para caer en las redes del
enemigo.

El laird McKenzie acababa de morir, una larga enfermedad lo hab a mantenido postrado en una cama, y durante su convalecencia su hija se hab a encargado de ejecutar sus disposiciones con ayuda de la bestia de Broderick. Y precisamente a partir de entonces se hab an recrudecido las incursiones contra las tierras de Ronald. Para l, las cosas estaban m s que claras.

Antes de aquello, el robo de

ganado era una especie de deporte en el que los dos bandos equilibraban sus fuerzas. Tanto los Kinnon como los McKenzie eran criadores de unas reses extraordinarias y por ese motivo las incursiones se remontaban a sus antepasados. Desgraciadamente, desde hac a un a o el sano esp ritu competitivo hab a abandonado esa tradici n de robarse mutuamente. Hab an herido de gravedad a muchos de sus hombres cuando intentaban defender lo que era suyo, y Ronald sab a que la culpable no era otra que aquella

maldita mujer, tan indomable como su lustrosa cabellera negra, que no dejaba de azotarle la cara.

Apart sus mechones de un fuerte tirón. Ella se limitó a apretar los dientes sin demostrar emoción alguna, como dejándolo que disfrutara del sufrimiento ajeno. No era así, pero la señora de los McKenzie parecía adorar las incursiones nocturnas, la muerte gratuita entre clanes y el castigo desmedido.

Ahora fue el turno de Ronald para apretar los dientes. La herida del pecho había tardado en cerrarse y

cuando lo hizo le dejó una cicatriz imborrable con la forma de una E. La E de Edora. Nada más y nada menos que la inicial de su nombre. Él sabía leer, no así la mayoría de sus hombres, pero había bastado un solo comentario de un miembro del consejo para que todo el clan supiera a las pocas horas que el laird Kinnon había sido marcado con el nombre de una mujer. Marcado. Como si fuera una res de su propiedad.

- ¿Qué os proponéis hacerme? - repitió ella, esperanzada en que tarde o temprano la soltara.

- A n no lo tengo decidido -
respondi con un tono peligrosamente
sosegado-, pero sea lo que sea, me
demorar en ello. -Su voz inundó el o
do de la mujer y ella notó que se
estremeció pegada a su cuerpo.

Ronald percibía a cada vez más
aquella piel cálida contra él, con cada
paso que daba el caballo. Y aunque
ella pretendiera permanecer erguida
en la silla y apartarse lo más posible,
la mano que aferraba sus cabellos se
lo impedía a base de tirones. La
mantenía así más por el placer de
verla sufrir que por el deseo.

Aunque Edora se intuía bella, Ronald jamás había visto a lady McKenzie a la luz del día o con suficiente claridad como para admirar sus formas y su ovalado rostro perfecto. Solo se había fijado en los penetrantes ojos oscuros que a la luz de la luna destilaban suficiente odio como para hundir un puñal en su pecho y dejarle una marca que lo avergonzara de por vida.

- Entonces estallar una guerra entre los clanes...

- Ser culpa vuestra -la cortó secamente.

- Os pedir perd n -dijo ella sin pensar.

Aquellas palabras sorprendieron a ambos, pero s , estaba dispuesta a humillarse por el bien de los suyos, aunque l no pareci conformarse con ello.

- Pedir perd n? Una McKenzie? -pregunt con desprecio-. Qu puede importarme? Qu valor tiene la palabra de un McKenzie, o siquiera sus disculpas?

- Somos gente de honor.

- Honor! -escupi l. Le volvi el rostro para que lo mirara a la cara

mientras conseguí a soltar su discurso sin que la mujer lo interrumpiera:- Qu honor hay en una gente que aprovecha el cobijo de la noche para matar e incendiar a gente de bien que solo intenta sobrevivir al invierno?

Mientras continuaba hablando, los dedos de Ronald se clavaron en la carne blanda de sus mejillas. Edora apretó los ojos y gimió ante el súbito dolor. Intentó deshacerse del contacto sin conseguirlo.

- Acaso no es exactamente lo que habéis hecho vosotros? -logró recriminarle cuando Ronald la soltó .

La ira lo dejó sin habla por un momento.

- Deber a haber venido a buscaros antes para cortaros esa lengua mentirosa -le espetó por fin.

Ella le soltó un codazo y el laird Kinnon gritó de dolor al tiempo que la sujetaba por el cuello y le apretaba más la cintura para inmovilizarla.

- Si no os he puesto en el lugar donde os merecís es porque mantenía la esperanza de que el viejo McKenzie se recuperara y no dejara a alguien tan incompetente y beligerante al frente de un clan que

se precipita a la decadencia más absoluta.

Eso la encolerizó, pero ante el cuerpo y la fuerza de ese hombre poco podía hacer.

Cabalgaron en silencio cerca de una hora y el humor de Ronald pareció mejorar al divisar su fortaleza.

A diferencia de la fortaleza McKenzie, esta no estaba flanqueada por un hermoso lago. El río atravesaba sus tierras a través del bosque cercano que quedaba a sus espaldas. Nada más ver la mole de piedra, Edora sintió un escalofrío. La

piedra gris brillaba a la mortecina luz de la luna. El fuego estaba encendido en las almenas esperando al centenar de hombres que se hab an reunido para cabalgar tras su laird.

Un grave chirrido se elev del interior del patio y el puente levadizo descendí justo a tiempo para evitar que Ronald detuviera su montura. El interior de la siniestra fortaleza no era mucho m s acogedor.

Los rostros ocultos tras tartanes no mostraban ning n atisbo de simpatía. Edora mir de reojo al laird Kinnon, que le devolvi una g lida

mirada.

Ronald no hab a dejado de arder de furia y pensar terribles castigos para aquella mujer. Pagarle con la misma moneda era algo muy tentador.

Por su parte, ella sent a que a cada segundo se estaba alejando m s de la posibilidad de ser rescatada. Qu esperanzas pod a albergar en aquella prisi n de roca viva?

Pens en los suyos. Qu habr a sucedido con Robert? Ser a uno de los McKenzie que hab a visto yacer sin moverse, en el h medo suelo? Sin

duda Broderick montar a en c lera y Duncan preparar a a sus hombres para la guerra, pero eso era precisamente lo que ella deseaba evitar. Robar ganado era una cosa, pero la guerra... Sintió remordimientos por cada mujer y niño que fuese a sufrir por su culpa. Eran los que más tenían que perder y por unos instantes la mente se le nubló ante un súbito escalofrío de horror.

- Miedo, se oía? -preguntó al notar que se estremecía contra su cuerpo.

Ella se negó a responder.

- No os culpo, deber ais tenerlo.

Los hombres que se esconden tras estos muros desean tanto este hermoso cuello como yo.

Pretend a asustarla, y lo consigui , tal como comprob al acariciarle con el dedo ndice la vena que palpitaba desbocada en su cuello. Sin delicadeza alguna, la empuj para que desmontara. Ella no tuvo que soportar la verg enza de perder el equilibrio, aunque s las miradas de la multitud que hab a acudido al patio para disfrutar del espect culo.

Esa gente estaba allí para verlo regresar victorioso, y sin embargo él no se sentó tan arrogantemente complacido como cabría esperar. Se enorgullecía de no haber puesto la mano encima a ninguna mujer en su vida, y aunque aquella arpía de cabello negro y mirada felina le hacía arder la sangre, en realidad no deseaba su escarnio público.

Edora palideció, y lo habría hecho aún más de haber sabido que el laird estaba deseoso de vengarse de ella de una manera muy especial. Debía resarcirse, vengar la ofensa

que ella hab a osado infringirle y recuperar el prestigio perdido.

La mayor a de los congregados eran mujeres cubiertas con los colores Kinnon y que iban alcanzando sus kilts a algunos de los temibles guerreros que entraban desnudos en el patio. No quiso mirar a Ronald a sus espaldas, pero present a que no ten a intenci n de hacer lo mismo. Cada hombre llevaba una antorcha y la luz del fuego hac a que las piedras de la fortaleza relucieran, volvi ndola aun m s fantasmag rica.

Edora grit al sentir que su

cuerpo se elevaba sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo. Ronald la levantó en vilo y subió los peldaños que llevaban al salón principal,

Al llegar arriba, ella creyó que la lanzaría desde esa altura contra el duro suelo de piedra. Presa del pánico, se agarró a sus hombros con fuerza, pero Ronald se limitó a dejarla sobre los escalones con escasa delicadeza.

- Aquí traigo el botón que me permitirá deshacerme de mi vergüenza.

Una poderosa mano la agarró por

la nuca y la hizo avanzar por delante de l hasta el borde de la escalinata. Contrariamente a lo que esperaba, no oy ning n grito de guerra, ni insultos ni risas burlonas. Ninguno cambi su amenazadora expresi n mientras Ronald la expon a ante ellos.

- Mirad, se ora, aqu ten is a todos los hombres y mujeres que hab is humillado con vuestra marca. - Edora sinti ganas de llorar cuando la mano de l ascendi hasta su barbilla y la apret con crueldad-. Decidme, no deber a humillaros tambi n delante de ellos para que puedan sentirse tan

satisfechos como yo?

Edora se horroriz .

- No -dijo con un hilo de voz.

- No? -le susurró al oído.

- Por favor -la voz era apenas audible.

Solo él escuchó sus súplicas y, a pesar de no desearle nada bueno a aquella mujer, tampoco tenía el corazón tan negro como ella creía.

La volvió para que pudiera contemplarlo, aún desnudo. Con un gruñido, la cogió del brazo y la arrastró hacia el salón.

Edora tropezó con su propio tart

n, pero el silencio no se rompió mientras se levantaba con la dignidad que pudo. Se ció el trozo de tela contra su cuerpo como si pudiera recibir de él alguna protección, y también para no sentirse tan desnuda como su captor. Las mujeres Kinnon eran muy conscientes de esa desnudez, algo que en el fondo ella debía agradecer, pues pocas le prestaron atención. Estaban pendientes de no perderse detalle de lo que él tenía a bien enseñarles.

La pesada puerta de madera se cerró con un golpe seco a sus

espaldas, dejando a la muchedumbre fuera. Cuatro hombres escoltaban a su señora. Edora miró sus caras, puesto que si miraba a cualquier otro lugar se ruborizaba, humillándose todavía más. Los cuatro estaban tan desnudos como Ronald.

La empujaron hacia la mesa central, en la que apoyó sus manos para sostenerse y no caer de rodillas. Las piernas le temblaban y tenía que apretar los dientes para no ceder al llanto. En un momento de flaqueza, apoyó su frente sobre la robusta madera de la mesa señorial.

Ronald se situó a su espalda privándole de la visión de su cuerpo.

- Ronald Kinnon! -se oyó una repentina voz con tono severo.

Edora elevó los ojos hacia la voz y vio renquear a una figura cubierta con un basto vestido de lana, bajando por la larga escalera de piedra a la izquierda del salón. Los hombres, cohibidos por la mirada de la anciana, se apresuraron a cubrir su desnudez con los kilts que tenían a mano. Solo Ronald permaneció tal y como su madre lo trajo al mundo.

- No interfieras, Tamy.

La anciana no se amedrentó por el tono duro del laird. Probablemente había vivido demasiado como para acobardarse ante un hombre que no llegaba a la mitad de sus años.

- Y ahora que la has traído aquí ... -Puso los brazos en jarras cuando llegó a su lado. Lo miró fijamente y, para sorpresa de Edora, al hombre le costó no apartar la vista-. ¿Qué piensas hacer con ella?

- Nada que sea de tu incumbencia.

Los hombres se miraron con una sonrisa en los ojos, aunque sus

rostros permanecieron imperturbados.

La anciana meneó la cabeza con disgusto.

- No te he enseñado a tratar a las mujeres.

- Y has enseñado a las mujeres a tratar a los hombres? - Se señaló la marca del pecho.

Tamy quedó muda por un instante.

Miró a Edora, que seguía inclinada sobre la mesa. Si había sentido algo de compasión por ella, Edora supo que, con la visión de la marca, todo rastro de ella se había

esfumado del rostro de la anciana. No obstante, alzó el mentón, dispuesta a no mostrarse asustada.

Pobre muchacha.

Su orgullo iba a sufrir un duro revés.

- No hagas que me avergüence de ti.

Esas palabras sorprendieron a Edora, y más aun al ver que Ronald asentía. Eso le dio un poco de esperanza, pero esta menguó cuando la mujer se dio la vuelta y se marchó por el pasillo del fondo.

Se sintió otra vez desprotegida.

La estancia estaba caldeada por el fuego que ardía en la gran chimenea frente a ella, y el hombre que se paseaba a su alrededor no sentía el más mínimo pudor en enseñar sus atributos. Edora intentó concentrarse en otra cosa, pase sus ojos por el gran salón, incapaz de mirar al laird sin ruborizarse. Los muros eran de piedras lisas pero el techo sorprendía por su maravilloso artesonado de madera. A su izquierda, la escalera ascendía al siguiente nivel acabando en un hermoso arco que daba a un corredor que no se veía con claridad.

Al ver los ojos de Edora bailar de un lado a otro y sentirse ignorado, Ronald avanzó decidido hacia ella y la agarró del brazo para acercarla más a él.

- Soltadme -espet ella intentando librarse de la mano que la apretaba con crueldad.

- Me dais rdenes?

Un mohín de disgusto se dibujó en el rostro de Ronald. Y aunque su expresión no dejaba de ser burlona, la proximidad de sus ojos grises la aturdieron. Ojos grises y casi sobrenaturales. Quién lo habría dicho,

cuando a la luz de la luna ella hubiera jurado que eran un pozo negro sin fondo.

- Aqu no aceptamos vuestras rdenes.

La anciana Tamy, oculta entre las sombras, sonri para s .

El laird recib a rdenes de mujeres, casi todos los Kinnon lo hac an, puesto que ellas pose an la inteligencia -como ellos el arrojo y el valor- necesaria para su supervivencia. Mene su cabeza plateada mientras posaba los ojos en la prisionera. No cre a que su

bisnieto fuese capaz de golpearla o violarla, pero sin duda le dar a un buen escarmiento.

Era extra o, sin embargo, que el castigo no hubiera incluido la humillaci n p blica. Entorn los ojos para ver mejor, pensando en dos posibilidades: o bien su bisnieto se propon a hacer algo tan atroz que incluso lo avergonzar a a l, o bien sent a algo m s aparte de odio por esa mujer. Se or! Ojal se tratara de esto ltimo.

Volvi a concentrarse en la escena cuando Ronald empuj a su

bella cautiva contra la gran mesa y ella se volvió furiosa para enfrentarlo.

Para desgracia de Edora, miró donde no debía y sus mejillas se sonrojaron. Una cosa era contemplar su desnudez a la escasa luz de la luna y otra muy diferente tenerlo frente a ella a la luz de las antorchas que colgaban de los muros del salón.

Se le secó la boca, y no era para menos: él muy desvergonzado seguía completamente desnudo. Volvió la cara para ocultar su rubor a los hombres, porque sabía que se reírían de su incomodidad.

La invadi el pánico al verlo dar un paso hacia ella.

Iba a violarla allí mismo, por eso no se cubría?

Miró a ambos lados. No había escapatoria posible: los cuatro guerreros Kinnon flanqueaban las solidas puertas.

Retrocedió tanto como la mesa le permitía.

- ¿Qué vais a hacer? - preguntó tragando saliva.

Ronald elevó levemente los brazos para que pudiera contemplarlo mejor.

- Miradme.

Ella obedeci por un momento. Sus mejillas recuperaron el color carmes . Levant los ojos hacia su rostro, que no mostraba compasi n alguna. Su tez estaba cubierta de un pigmento azul que hab a hecho costra sobre la piel, aunque el sudor lo hab a eliminado parcialmente, revelando un fuerte ment n y una piel bronceada por el sol.

Edora cogi aire al verlo por primera vez n tidamente. Era un hombre apuesto, similar a un arc ngel. Lo hab a cre do una bestia

deforme, tan deforme como su negro corazón, pero no era así. Sus ojos eran de un profundo gris, como el del lago McKenzie en un día nublado. Su cabello trenzado era de un castaño claro que recordaba al color de la miel.

- Miradme, se ora de los McKenzie -insisti , buscando que se ruborizara a n m s.

- Ya os he mirado -repuso Edora, y alz el ment n apretando los dientes.

l sonri , no tan complacido como quer a aparentar. Ella le hab a

causado una honda impresión y le costaba permanecer indiferente. Edora McKenzie sería capaz de enloquecer a un santo. Durante el trayecto se había visto obligada a apretar el cuerpo contra el suyo. Él había notado cálido y frágil, aunque Edora no tenía ni una pizca de fragilidad en su persona. Su barbilla se alzaba arrogante y podría amedrentar a muchos hombres, y aquellos ojos... Unos ojos negros capaces de ocultar cualquier sentimiento aunque, sin embargo, a él le provocaban encendidas emociones

que no deber a sentir. Sab a que estaba avergonzada y que ten a miedo. Hab a temblado durante la cabalgata, sin embargo ahora, cuando m s vulnerable se sent a, no se permit a transmitir ni un pice de preocupaci n o temor. Sus ojos se ve an tan fr os como el acero y reflejaban cu nto odiaba al laird Kinnon.

- No es mi rostro lo que quiero que ve is -dijo.

Ronald retrocedi un paso y extendi los brazos. Su pecho se tens , atrayendo los ojos de ella. Edora baj levemente la mirada y volvi a

subirla, provocando groseras carcajadas en los hombres.

- No, tampoco es eso lo que deseo que miris -anunció, acompañando su respuesta con una fiera sonrisa-. Al menos por ahora.

La velada amenaza la hizo enfurecer. Maldito fuera, ese hombre pretendía infundirle miedo, pero nadie atemorizaba a la señora del clan McKenzie.

Ronald se acercó nuevamente y el mentón de Edora se alzó desafiante. Miró el cuerpo del guerrero sin pudor alguno. Como se atrevió ese hombre

a considerarla algo tan insignificante? Una vez volviera junto a los suyos le har a pagar muy cara su afrenta.

- Qu hay que valga tanto la pena mirar?

Los hombres contuvieron la respiraci n. Ninguno rio. Todas las miradas se concentraron expectantes en la reacci n de su laird, al que se le desorbitaron los ojos. Aquella mujer ten a agallas. A su merced, rodeada de sus hombres, la se ora de los McKenzie demostraba un valor que muchos hombres querr an para s . Sin

embargo, l no iba a permitir que siguiera resisti ndose con semejante temple.

Le cogi el ment n y lo estruj hasta que sus dedos se hundieron en la carne. Con la otra mano le rode la nuca e hizo que su mirada se dirigiera al musculoso pecho. Entonces ella supo lo que l quer a que viera.

- Esto, mi se ora. Este es el motivo por el que voy a olvidar que sois una dama y a castigaros como os merec is. Eso es lo que quiero que ve is -dijo, con tanto odio que ella dese

salir corriendo.

La marca que ella le hab a hecho sobre el pecho izquierdo segu a sin cicatrizar del todo. Probablemente se le hubiera infectado y de ah su tardanza a la hora de buscar venganza. Se sinti culpable, pero solo por un instante.

l la agarr por el cuello con inusitada fuerza y la atrajo hacia l hasta que apenas pudo respirar. Aun as , ella pudo percibir que su cuerpo era magnifico, m s firme incluso de lo que hab a supuesto cuando la llevaba sobre su montura. Sus

abdominales se marcaban a cada respiración y su pecho era tan ancho que podría aplastarla si la abrazaba con suficiente fuerza.

Ronald se acercó con un dedo la marca en su pecho. Una E perfecta que le había quitado el sueño durante semanas. Ahora era el momento de que ella luciera la suya.

- Podría haber sido peor -dijo Edora al ver su trabajo.

Pronunció las palabras sin malicia. No comprendía que para Ronald pocas cosas había peor que la humillación frente a su gente. Él sintió

deseos de apretarle más fuerte el cuello y su rostro se tiñó de rojo. Esa maldita mujer lo llevaba al límite, hac a reaccionar su cuerpo y aflorar sus instintos más primarios. La soltó de golpe, como si quemara.

Al notar como su cuerpo reaccionaba ante la fantasía de su posesión se apresuró a cubrirse con un manto, haciendo de él una falda y dejando su pecho descubierto.

- Nada puede ser peor que llevar la marca de tu enemigo - mascullo .

- Querris decir la marca de una

mujer. -Edora apret los dientes-. Es eso lo que os disgusta tanto, verdad? -a adi , sorprendi ndolo-. Si esta humillaci n hubiera sido obra de un hombre...

l la cort en seco retorci ndole la cabellera en un pu o.

- Si hubierais sido un hombre no os castigar a como pienso hacerlo, ya os habr a ensartado en mi espada -espet furioso-. Bien, ya va siendo hora de que me resarza de vuestra ofensa.

Ella palideci ante aquellas palabras, y se revolvi intentando huir

cuando Ronald cogi una afilada daga que refulg a en la mesa.

- Qu ...? Qu vais a hacer?

La invadi el p nico y se apret m s contra la mesa, no queriendo reconocer que no hab a escapatoria posible. Mir alrededor, pero por m s que gritara nadie la ayudar a.

- No, por favor -suplic desesperada.

Vio con incredulidad como Ronald cortaba con la daga los pliegues que cubr an su hombro izquierdo. Le quit su labrado broche de plata y lo arroj al suelo sin

miramientos; en l brillaba el emblema de los McKenzie, un emblema que l se encargaron a de pisotear. Apart la daga y con la otra mano le arranc la tela de cuadros con que ella se cubr a.

Ahora qued ante ella una mujer temerosa con una fina camisa cubriendo apenas unas curvas que difcilmente pasar an inadvertidas a cualquier hombre que no fuera ciego. Se oblig a apartar la vista de aquella apetecible silueta y centrarse en cualquier cosa para aplacar el sbito deseo que lo embarg .

Mir a sus hombres. Si estos estaban complacidos con el espectculo que se les ofrec a, no lo demostraron. Vio la cara de horror de la mujer y tambi n algo m s: la ira y el odio que destilaban sus hermosos ojos negros. Sus pechos segu an cubiertos pero sus bronceados hombros estaban a la vista. Ronald sinti una nueva embestida de deseo. Fij sus ojos all , en la tersa piel del cuello, y aspir involuntariamente su aroma. Si no iba con cuidado se avergonzar a ante sus hombres. La apart de l de un

empujó pero sin soltarle el brazo.

- Vamos, es hora de ajustar cuentas.

Y la volvió rudamente para obligarla a inclinarse de nuevo sobre la mesa. Ella extendió las palmas de las manos sobre la superficie para no caer con todo el peso de su cuerpo.

El pánico se apoderó de ella. Una nueva presión sobre la espalda hizo que pechos y vientre se apretaran contra la madera. El hombre tras ella intentaba subirle la camisa hasta las caderas. Se resistió con todas sus fuerzas.

- No me hagas esto... -susurró, de manera que solo ella pudiera escucharla. Alguien como ella no podría sobrellevar semejante ofensa. Su orgullo no le permitiría olvidar. Prefería la muerte a aquello-. Por favor...

A pesar de que las lágrimas afloraban a sus ojos, Ronald no atendió a sus plicas. Subió la camisola dejando al descubierto su perfecto trasero. El deseo lo inflamó, pero sus intenciones estaban muy lejos de violarla.

- Y ahora no os mováis.

Lo dijo con total serenidad, tanta, que Edora se preguntó cuáles serían sus verdaderas intenciones.

Sintió la afilada hoja contra su piel y gimió de dolor cuando empezó a hundirse en la carne. La daga se desplazó sin mucha dificultad, cortando y haciendo brotar sangre. Edora abrió los ojos como platos al comprender por fin lo que se proponía el maldito Kinnon.

La estaba marcando.

Una perfecta R se estaba entrelazando con una perfecta K sobre la pulida piel de una McKenzie, lo intuía aunque no pudiese verla.

Llevar a por siempre su marca.

Entonces comprendí cómo era posible que ese hombre la odiara tan intensamente. Aquella era la marca de su enemigo, y le recordaba durante todos los días de su vida que había sido vencida y también humillada. La luciría con vergüenza

sobre su piel, aunque afortunadamente en una parte de su cuerpo que, estaba segura, pocos podr an ver. En cambio, Ronald, el gran jefe Kinnon, la llevar a para siempre expuesta en su pecho. Cada vez que combatiera, cada vez que se ba ara, cada vez que llegara tanto la primavera como el verano, cada vez que yaciera con una mujer... siempre recordar a a quien lo hab a humillado de la peor manera posible: una McKenzie.

- Ahora lo entiendo -susurr mientras las l grimas ca an sobre la

mesa una tras otra, sin poder detenerlas. Llor en silencio por su estupidez.

Se incorpor con las manos y fij la mirada en la pared de piedra. No se hab a resistido demasiado y, ahora que estaba hecho, sus nalgas segu an expuestas sin que ella hiciera nada por cubrirse.

Ronald retrocedi un paso para contemplar su obra.

Se dio cuenta demasiado tarde de que se arrepentir a de haberla marcado. Apret las mand bulas, l no quer a... pero bien merec a un

castigo, no? Pase la vista por el saln.

Los hombres lo miraban con desconcierto e incredulidad, pero ninguno se atrevi a abrir la boca.

- Bien -dijo fingiendo satisfaccin-. Es perfecto.

Mir la R y la K en la nalga izquierda.

Luego limpi la sangre con el tartn McKenzie que yac a en el suelo y volvi a bajarle la camisola. l se dispuso a cubrirse con un kilt, prendi ndose la daga a la cintura.

Cuando al cabo de unos minutos

le dio la vuelta, esperaba ver a una mujer llorosa, incluso loca de ira, pero no fue así. Ya no había lágrimas en sus ojos, ya no, solo una profunda tristeza que lo conmovió.

- Bien, estamos en paz? -preguntó ella mirándolo a los ojos.

Él había pretendido humillarla, hacerle daño, y sin embargo nada parecía afectar esa mujer.

Furioso, la cogió y sin pensárselo la arrastró hacia las escaleras del fondo del salón.

- No, así no. Os quedaréis aquí hasta que decida qué hacer con vos.

Tamy, la anciana que hab a contemplado incr dula todo lo que ocurr a en el sal n, le sali al paso para impedirle cometer otra estupidez, pero Ronald pas por su lado sin siquiera mirarla. Solo pudo suspirar decepcionada. No los sigui y Edora qued de nuevo a merced de su enemigo.

La arrastr escaleras abajo; estaba claro que no iban a su dormitorio. Eso deber a haberla tranquilizado, pero no fue as cuando vio las oscuras mazmorras. Clav una mirada asesina en su captor y sinti

que las lágrimas le abrasaban los ojos.

El laird la maldijo entre dientes, Qui n se cre a ella para mirarlo as ? Pretend a erigirse en su conciencia?

Ella se retorci . Estaba harta de ser tratada de esa manera.

- Estamos en paz! -grit furiosa-. Ya me hab is marcado. Qu m s quer is?

- S , os he marcado con mis iniciales. -Ella lo fulmin con la mirada. Le daba igual si con aquello aumentaba el placer de su castigo-. No me mir is as . Llev is la marca de

Ronald Kinnon en vuestro cuerpo. ¿Qué tal os sienta?

Entonces allí, en aquel oscuro pasillo, ella clavó los talones en el suelo y no dio un paso más. Quedaron frente a frente.

- Estamos en paz -repetió sin amedrentarse.

- Todavía no! -espetó, como si la mera idea lo ofendiera-. Distamos mucho de estarlo.

Reanudaron la marcha. Al llegar al fondo del pasillo la humedad hacía el aire casi irrespirable y ella contuvo el aliento al ver la celda

donde pretend a confinarla.

- Aqu no!

- Vamos, sabes muy bien que no tienes opci n.

Solt una mal vola carcajada y abri la puerta del oscuro calabozo. Y Edora supo que nadie podr a sacarla de all a menos que el laird Kinnon quisiera.

- Sois una bestia.

- Deber ais haberlo pensado antes de desafiarme.

Ella intent ara arle el rostro y l reaccion estrechando su apetecible cuerpo entre los brazos.

- Soltadme!

Eso solo sirvi para que l la apretara a n m s contra su pecho, cort ndole la respiraci n. Ronald crey que la hab a doblegado hasta que cometi el error de mirar sus ojos negros. Lo cautivaron, haci ndole olvidar por un momento que ella era la se ora del clan McKenzie. Algo hipn tico atra a a Ronald Kinnon desde aquella profunda mirada. De pronto ella se qued quieta, dejando que cada curva de su cuerpo se apretara contra el highlander semidesnudo.

Entonces sucedi algo que

ninguno de los dos se esperaba: como si tuvieran vida propia, los labios del laird descendieron rudos sobre aquella carnosa boca que tan cidas palabras hab a soltado contra l. Ambos cuerpos palpitaron mientras l la besaba con ardor, ignorando los d biles gemidos de protesta.

Edora intent permanecer impasible, pues poco pod a hacer contra un hombre que la doblaba en tama o y peso. Esa obviedad le sirvi de excusa para no sentirse culpable por no debatirse como una fiera contra aquel abuso. A n as , continu

aferrándose a su único pensamiento coherente: él era el enemigo. Eso le permitió resistirse al deseo de rodear su cuello y abandonarse a los temblores que le recorrían la columna. Cuando la lengua de Ronald acarició sus labios, instintivamente apretó los puños dispuesta a golpearle, pero no lo hizo. Olvidó defenderse de su propio deseo al verse acometida por aquella lengua, que no tardó en abrirse camino hacia el interior de su boca.

Ronald la arrastró dentro de la celda sin dejar de estrecharla. Solo

interrumpi el ardiente beso para respirar, y al punto volvi a beber de sus labios.

Aquella mujer era una delicia. Ahora entend a porque sus hombres eran capaces de dar la vida por ella. l tal vez contemplara tal posibilidad si ella, en lugar de mirarlo con odio, lo mirara con la dulzura infinita que parec a tener reservada para su gente.

Dio unos pasos m s dentro de la celda, hasta que Edora, entre sus brazos, choc contra la fr a pared de piedra. La oscuridad los envolvi ,

solo en el l gubre pasillo ard a una antorcha agonizante. Pero ella no necesitaba verlo para sentir cada uno de sus movimientos. Estaba sobre ella, entre sus piernas, apretando cada m sculo de su ejercitado cuerpo contra ella. Sin darse cuenta, sus manos ya no estaban apretadas formando un pu o, ahora reposaban sobre la calidez del pecho del hombre, apretando y deslizando por esa c lida piel.

Qu estaba haciendo? Abri los ojos de pronto y empuj al Kinnon con todas sus fuerzas. En vano. Era como

empujar un muro de piedra. Su conciencia la empujó a intentarlo de otra manera, así que apretó los dientes y le mordió el labio inferior.

Ronald soltó un juramento al sentir el sabor metálico de la sangre en su boca y alzó la cabeza, aunque sin retroceder ni un paso. Edora esperaba que un golpe descendiera sobre su rostro en cualquier momento, pero nada de eso sucedió.

Se quedaron inmóviles. Ella contra la fría pared y ambas manos atenazadas nuevamente por las de él. Aunque no veía su rostro con

claridad, se escuchaba su pesada respiración, que variaba cuando bajaba la boca hacia el cuello de ella.

Edora no pudo evitar soltar un jadeo y sintió algo que nunca antes había experimentado, y lo odió por ello. Se revolvió con más fuerza soltando un gemido que retumbó en la celda:

- Dios, maldito Kinnon...!

Así que eso le gustaba, pensó complacido.

Pellicó la delicada piel con los dientes, para acto seguido volver a besarla. Para su sorpresa, ella le correspondió.

Edora hubiera querido seguir impasible, pero no pudo. Cuando la lengua de Ronald le rozó los labios, la suya salió a su encuentro con avidez. Sus pulmones se vaciaron cuando las manos de Ronald empezaron a acariciarle los pechos.

Gimió nuevamente y esta vez Ronald no lo interpretó como una protesta. Notaba arder su piel y el latido de su corazón reverberaba en sus oídos. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que poseyera a una mujer? Debía de ser eso, no encontraba otra explicación a

aquel deseo repentino e irrefrenable.

Los dedos acariciaron sus pechos y las palmas los apretaron alzndolos, mientras el dulce ronroneo que emit a Edora lo enardec a a n m s. Apret las caderas contra las de ella y profundiz el beso con voracidad desatada.

De pronto ya no importaba que ella fuera la perra a quien hab a prometido odiar el resto de su vida. Esa mujer era de fuego y l quer a consumirse en sus llamas.

Edora pensaba lo mismo del Kinnon: aquel demonio ten a el don

de embrujar a las mujeres, no se explicaba cómo había conseguido llevarla a ese extremo. Pero su deseo era tan intenso que la asustó, haciéndola reaccionar. Intentó apartarse mientras él le manoseaba los muslos acomodándose firmemente entre ellos.

- ¡Parad! -jade Edora sin reconocer su propia voz.

Ronald estaba tan excitado que ni siquiera la escuchó, pero de pronto notó un tirón en su falda: la daga que llevaba prendida a la cintura, con la que la había marcado, estaba ahora

en poder de Edora. La vio con claridad cuando la punta ascendió hasta su cuello.

- Parada -susurró ella de nuevo.

El la miró desconcertado, a ella y a la daga. Mientras sus ojos se deslizaban desde la afilada hoja hasta el bello rostro de la mujer, Ronald no podía dejar de preguntarse cómo era posible que se hubiera dejado engañar de esa manera.

Sus ojos se habían adaptado a la penumbra y ahora veía su rostro. Sus labios estaban hinchados por el ardor de los besos, la oscura cabellera

enmarañada después de que él palpará su suavidad entre los dedos. A pesar del brillo del acero, algo atrajo poderosamente su atención: el cuerpo de ella. La camisola desencajada permitía ver la profundidad del escote, y en el forcejeo se había desgarrado parte de la tela dejando al descubierto parte de sus muslos.

Aún con la daga contra su garganta, Ronald se quedó embelesado mirando la redondez de sus senos. Deseaba volver a sentir su tacto, mirar el suave contorno de un hombro, pulido, perfecto para ser mordido. Pero

Edora lo empuj con un brazo y apret m s el pu al, y l no tuvo m s remedio que contener su loco deseo y volver a la realidad.

- Bruja endemoniada -mascull .

Cogi su mu eca retorci ndola furibundo hasta que la daga resbal de entre sus dedos. Ella solt un grito de dolor, pero eso no lo detuvo. Se sent a enga ado, por muy absurdo que eso pudiera parecer. Sin consideraci n alguna, le encaj una rodilla entre los muslos y la tumb en el suelo.

Edora not el cambio en l: Ronald Kinnon ya no se guiaba por

su deseo, ahora solo pretend a castigarla.

- No! No, por favor.

Era muy consciente de que l pod a hacerle lo que le viniera en gana. Sus manos estaban bien sujetas y no pod a defenderse.

- No? Acaso no lo estabais deseando? -Ella lo maldijo entre dientes y Ronald esboz una mueca ir nica-. O solo pretend ais distraerme? -pregunt restregando sus caderas contra las de ella-. Qu mujer m s astuta.

Ella boque ante aquel roce tan

desvergonzado, y quiso gritar cuando le desgarró su nica prenda, hasta tenerla completamente desnuda bajo su cuerpo.

Ronald ve a el terror en sus ojos y, aunque quer a castigarla más que cualquier otra cosa, poseerla de aquella vil manera no lo complacer a.

El ltimo jir n de tela qued a un lado.

La contempl maravillado. Sus pechos eran más plenos de lo que l hab a imaginado, y sus caderas voluptuosas incitar an al eremita más

casto a hacerla suya. Era poco menos que una diosa y podr a tenerla en ese momento si su conciencia no le martilleara el cerebro dici ndole con voz atronadora que l no hab a sido criado para comportarse de esa manera.

Jam s hab a tomado a una mujer en contra de su voluntad y no pensaba hacerlo ahora, aunque esta fuera Edora McKenzie. De pronto vio que ella estaba sollozando, y entonces la conciencia gan la batalla al deseo.

Ronald se levant sin decir nada.

Con los ojos cerrados, ella no vio la imponente silueta del laird abandonar la habitación, ni el abatimiento que le embargaba cuando cerró la pesada puerta de la celda. Un sonido chirriante siguió al portazo: la barra metálica se deslizó y se quedó prisionera.

A solas, su orgullo se esfumó y por fin pudo dar rienda suelta a todas las emociones que la agobiaban. Lloró desconsoladamente como no había hecho ni siquiera en el entierro de su padre meses atrás. Estaba perdida. Odiaba a ese hombre, pero más se

odiaba a sí misma. La humillación le hizo apretar puños y dientes. Y aún peor: no sabía si se sentía más humillada por la marca del laird o por el deseo que él le despertaba.

Pas tres horas sentada en un sucio rincón, atormentada por diferentes pensamientos que no la dejaban descansar, todos relacionados con temibles guerreros y castigos.

Se frot los brazos para entrar en calor y se cubri con los jirones que quedaban de su camisola. Qued adormilada, pero despert asustada cuando la luz de una antorcha la iluminó al entrar en la celda. Creía que Ronald Kinnon había vuelto,

pero al mirar hacia la puerta vislumbró un cuerpo menudo que entraba en la celda con paso pausado.

- Veo, se ora, que sois más fuerte de lo que pensaba.

Edora se mordió la lengua, vacilando en contestar, pero cuando vio que se trataba de aquella anciana, respiró aliviada y se permitió relajarse. Iba desarmada y su cuerpo era tan escuálido que la hubiera podido levantar con una mano.

- Cuánto tiempo me vais a tener aquí? -preguntó ansiosa.

La anciana la mir con una sonrisa, para su sorpresa no desdentada sino provista de unos parejos dientes blancos.

- El que haga falta -respondi .

Edora frunci el ce o.

- El que haga falta... para qu ? - pregunt recelosa.

- Pues para que al chico se le pase la rabieta, para qu si no? -Una risita escap de los arrugados labios.

Edora la mir sorprendida y se levant del sucio suelo apoy ndose contra la pared de piedra.

- Habl is del laird Kinnon?

Como si no le diera importancia a la descortesía de llamar "chico" a uno de los hombres más poderosos de las Highlands, la mujer agitó la mano en el aire.

- Buen chico, ¿se oye, pero orgulloso y terco como una mula. -Y lo enfatizó volviendo a agitar la mano. Claro, lo heredó de su padre, porque solo Dios sabe lo difícil que era mi querida Margareth.

Hablaba de la antigua se oye Kinnon. Edora siguió escuchando alabanzas a la madre de Ronald mientras la anciana se dirigía a la

puerta, pero de pronto aparecí un guardia y le cerré el paso.

- Se ora...

Sin vacilar, la anciana lo apartó de un empujón; desde luego, era más fuerte de lo que parecía.

- No creas que nuestra hospitalidad siempre fue tan mala. -Y se volvió hacia Edora y la invitó a salir de la celda.

Para sorpresa de la joven, el guardia no volvió a intervenir, franqueándole el paso a la anciana. En la mirada del hombre había respeto, pero también algo más. Miedo? Como

era posible que ese bruto de aspecto rudo temiera a una escu lida vieja? Se sinti avergonzada cuando la luz de la antorcha la ilumin al acercarse. Iba pr cticamente desnuda y Tamy se percat de ello.

- Madre de Dios, ni a.

Ella se irgui y movi los hombros intentando que sus pechos quedaran ocultos tras su larga cabellera.

- No me dig is que...

Edora la fulmin con la mirada y dijo:

- Sigo intacta, anciana.

Fueron sus nicas palabras antes de que la abuela arrancara el manto Kinnon al pobre guardia y se lo pasara a ella. Edora se dio la vuelta ante la visi n del hombre desnudo.

- Pero se ora...! -la protesta del desconcertado guardia retumb en aquel lugar.

- Anda -le dijo la vieja al enfadado Kinnon-, s bueno y ve a vestirse antes de que las doncellas se desmayen al ver tus...

El hombre resopl indignado y se alej por el corredor a grandes zancadas.

- Bien -suspir Tamy-, siempre me hace rejuvenecer ver esos jóvenes y...

- Por favor -suplic Edora escandalizada.

Aborrecí la prenda que le cubrió los hombros porque era la de su enemigo, pero más hubiera aborrecido la vergüenza de verse arrastrada al exterior desnuda. Seguía a la anciana porque hubiera dado cualquier cosa por salir de ese horrible lugar.

- ¿Qué te iba diciendo?

Edora temió que su nueva

guardiana estuviera loca, pero la vieja prosigui como si tal cosa.

- S , cuando Ronald era peque o organiz bamos grandes y magn ficos banquetes. -Suspir con a oranza hablando del antiguo laird. Por lo que contaba, podr a parecer que estaba all desde el nacimiento del mundo-. Y mira ahora, ese bisnieto m o solo piensa en saqueos, guerras e incendios.

Edora se detuvo con el pie en el primer escal n.

- Bisnieto?

- Nadie lo dir a, verdad? -

repuso la vieja mirandola con cierta coquetería.

En otras circunstancias, Edora se hubiera reído. Pero no era así y siguieron en silencio hasta las habitaciones del primer nivel. El guardia reapareció vestido y los siguió de cerca, como si no estuviera muy convencido de obedecer a la anciana. Lo que estaba claro es que Ronald la había enviado para que no perdiera de vista a Edora.

Al final de otro pasillo, Tamy reparó en que ya habían llegado a su destino.

- Es aquí . -Empujó la puerta y apenas entraron la cerró tras ellas, dejando fuera al guardia.

Edora se quedó estupefacta.

Las paredes estaban cubiertas de ricos tapices que en invierno seguramente no dejaban pasar las corrientes de aire, protegiendo del frío, pero ahora, dos de ellos estaban apartados de las ventanas para dejar entrar la escasa luz del amanecer y airear la estancia, que resultaba evidente que había permanecido bastante tiempo cerrada. La chimenea estaba apagada, pero la cama tenía

hermosas cortinas de un tono azulado que servirán para proteger la intimidad en caso necesario.

- Bien, ya he cumplido con mi tarea.

Edora estaba tan entusiasmada mirando cuanto le rodeaba que no escuchó a la anciana, solo el suave chasquido de la puerta la alertó.

- Espere. -Corrió hacia la puerta, pero el guardia le cerró el paso-. Qué...?

- Es deseo de la digna Tamy que permanezca en esta habitación en lugar de la mazmorra.

- Tamy? As se llama?

Sin preocuparse de responder, el hombre le cerró la puerta en las narices. Después de todo, puede que los Kinnon supieran demostrar algo de compasión, pero carecían de los modales más elementales.

Una hora después la anciana reapareció. Traía un cubo de agua y la acompañaba una bella muchacha que intentaba, sin conseguirlo, que le dejara llevar el pesado recipiente.

- Crees que soy una invitada? - refunfu la anciana-. Sí que lo crees, pero no importa, sólo que me hago

aunque vosotros creis que chocheo...

- No creemos eso de ti, Tamy.

- Sólo creis, caramba, pero os equivocáis. -Lo dijo con tanto nfasis que la joven doncella se apart de ndola cargar con el pesado cubo.

Edora se alej de la ventana. A n no hab a podido dormir, ten a los nervios a flor de piel por todo lo ocurrido durante la noche. Ni siquiera se hab a tumbado en la opulenta cama, que parec a m s digna de una reina que de ella.

- Venimos a cuidar de vuestra herida -dijo la joven.

Edora tuvo que agradecer que en aquellos ojos no hubiera maldad alguna, aunque estaba claro que la bella muchacha no estaba nada complacida con la tarea de servirla.

Edora suspiró .

Su herida... Sintió como sus mejillas enrojecían. Se acordaba perfectamente donde tenía esa condenada herida, de hecho era la responsable de que estuviera junto a la ventana y no cómodamente sentada en una silla. Al ver que no reaccionaba, la anciana dejó el cubo sobre el pequeño arco a los pies de

la cama y se acercó decidida a ella.

- Anda, enséame tu trasero.

La doncella se llevó la mano a la boca, sofocando la risa.

- Estoy bien.

- Con un tajo en una nalga? -La vieja meneó la cabeza con disgusto-. Estoy segura de que mi chico te ha hecho un corte limpio, pero no esperes para ver si se te infecta o no.

Cuando la vio avanzar hacia ella, Edora intentó apartarse, pero la mujer fue sorprendentemente rápida.

- Sois más gil de lo que podríais esperarse -dijo la joven, asombrada.

- Tumbaos sobre la cama, vamos. -Su voz son dulce pero firme, como una madre segura de saber que es lo correcto-. Olvida que somos Kinnon y yo me olvidar que sois la p r fida McKenzie que marc a mi muchacho.

Edora no pudo menos que morderse la lengua. Asinti a rega adientes y vio a la criada, no mucho mayor que ella, mirarla con cierto recelo.

- Marian tambi n lo olvidar - dijo la anciana.

La joven no parec a sentirse

nada c moda, pero a las rdenes de Tamy cogi un peque o recipiente de agua caliente y pa os limpios. Despues se acerc a la cama.

- Y ahora daos la vuelta.

Sus mejillas le ardieron pero Edora se apresur a obedecer. Sab a lo que pod a hacer una infecci n. Con verg enza, se tumb en la cama y se subi la camisola limpia que Tamy le hab a proporcionado antes. La anciana palp su herida y limpi la escasa suciedad con un trapo y agua caliente.

- Mi muchacho... no deber a

haber hecho algo semejante -dijo como para sí misma, pero había dos pares de orejas que la escuchaban, y también una lengua cargada de veneno.

- Pudo haber hecho algo mucho peor. -Las palabras de Marian hicieron dar un respingo a Edora-. Collen dijo que cuando le subió las faldas él se orinó y no sabía cuál de sus dos puales utilizar.

Edora soltó un bufido y Tamy sofocó a duras penas una carcajada, mientras Marian reía abiertamente.

- En el fondo mi chico tiene

buen corazón.

- Tan bueno como el de una serpiente -repuso Edora impulsivamente, sin pensar en las consecuencias.

Tamy presion con más fuerza el paño hmedo contra su piel cortada y Edora apret los dientes para ahogar un grito de dolor.

- Hay que limpiarlo bien, o arderis de fiebre, igual que le ocurri a Ronald.

Edora visualiz aquella cicatriz enrojecida en los bordes... Sí, de seguro que aquel bribón hab a ardido

de fiebre. Oy el suspiro de Tamy al terminar.

La anciana pens que no iba a ser muy dura con la prisionera. Despu s de todo, aquella mujer fogosa podr a ser lo mejor que le ocurriera a su bisnieto en la vida.

Las siguientes dos semanas no fueron para Edora mucho mejores que la primera noche. Se reprochaba haber reaccionado de aquella manera a los besos de su enemigo. Se suponía que ella era una McKenzie nacida para odiar a los Kinnon.

Pronto se convenció de que no iba a ser liberada de inmediato.

Los días transcurrían sin que a ella se le permitiera abandonar aquel aposento. Era una prisionera a la que se trataba con indiferencia, algo que

agradec a enormemente, pues no volvi a ver al laird Kinnon en todo aquel tiempo. Le daban alimento, la ba aban e incluso la vieja Tamy le proporcionaba una pasable conversaci n cuando acud a a visitarla en su cautiverio. Pero ni rastro de sus hombres.

Sin poder cabalgar por sus tierras, ni saber de los suyos, se le agriaba el car cter. Era un tormento que nunca hubiera imaginado, y la bilis le sub a por la garganta maldiciendo al Kinnon que la hab a privado de libertad.

Unas veces pensaba en arrancarle la piel a tiras y atar su cuerpo a un semental para que tirara de l. Arrojarlo ladera abajo tampoco le parec a una mala idea. Sonri pensando en todas esas venganzas. Solo ten a que esperar a que sus pretendientes acudieran a rescatarla y entonces... De pronto pens en besos. Besos! Se pase fren tica por la habitaci n para despu s volver junto a la ventana a contemplar el mon tono paisaje. No deber a haber permitido que su captor la besara de aquel modo, que le hiciera sentir...

Por qu no pod a sentir esa atracci n por los tres hombres que le profesaban lealtad?

Mene la cabeza disgustada.

No ten a duda de que Broderick o Duncan acabar an con l despu s de trazar un excelente plan. Lo odiaba y todo lo que le deparara el futuro le parecer a bien, porque sin duda se lo merecer a.

Buf , el cielo estaba tan sombr o como su humor.

Sin quererlo, como sol a ocurrirle, sus pensamientos volvieron al tema prohibido. No

deber a haberse dejado besar as . Pero c mo resistirse... Los besos de aquel canalla casi la hab an hecho flotar. Sinti calor, tanto que temi acabar ardiendo. Por fortuna, la indeseada excitaci n se apag al recapacitar y darse cuenta de que lo nico que pretend a el Kinnon era castigarla por ser quien era y haberle se alado con una marca tan indeleble como la que ahora ella luc a en su trasero.

Sacudi la cabeza y se masaje las sienes para despejarse la cabeza.

De pronto oy el rumor de una

muchedumbre y cascos de caballo. Asomó medio cuerpo por la ventana para ver el camino. Vislumbró una caravana de hombres y carros, pero ninguno con los colores McKenzie. Al oír pasos acelerados en el corredor abandonó la ventana y esperó impaciente que alguien fuera a informarla. Tamy entró con su cabello gris recogido bajo un pañuelo tan austero como el resto de su indumentaria habitual. Junto sus nudosas manos y sonrió con deleite.

- Tamy, ¿qué pasa?

La anciana se sentó a los pies de

la cama y tom aire antes de hablar.

- Las cosas han salido como pens -dijo por fin.

Aunque no la entendi del todo, Edora pens que la mujer hab a estado maquinando mientras ella permanec a encerrada en esa torre.

- El rey ha llegado.

El rostro de Edora se ilumin .

- El rey?

- Se ve que tus hombres se las arreglan muy bien solos, sobre todo ese tal Broderick. Mmm, si yo tuviera cincuenta a os menos me recoger a las faldas para recibirlo

entre los brazos.

Edora se limitó a mirarla con la boca abierta. Esa mujer parecía haber nacido para escandalizar.

- Broderick ha venido?

- Por supuesto, ni a. Crees que iban a cruzarse de brazos y dejar a la señora de los McKenzie en manos de mi bisnieto?

- Cuando vino? Est aquí?

- Los tres. El primero fue Robert, pero la verdad es que ese jovencito no tiene suficientes... bueno, lo que hay que tener para enfrentarse a Ronald.

- Entonces sigue vivo... -El corazón le dio un vuelco de alegría. Guardó silencio y esperó que la anciana se lo contara todo.

- Robert llegó la misma noche de tu rapto.

- Le hicieron algo?

La anciana asintió .

- Le habló con palabras demasiado duras a mi pobre Ronald, que, después del encuentro contigo, no estaba de humor para escuchar a nadie, más bien para descuartizarlo. - Levantó la mano para tranquilizarla-. No, no te preocupes, solo lo dej

inconsciente de un pu etazo. Sus
acompa antes se lo llevaron.
Descuida, se encuentra bien, pero si
ya la primera noche hubiera venido
Broderick, ahora no estar amos
hablando aqu .

- Se habr an matado -repuso
ella.

- Probablemente, ni a. -La
anciana se levant con sorprendente
agilidad-. Dos gallos en un corral tan
peque o y deseando la misma gallina.

Pero acaso Ronald la deseaba?
Apart ese inesperado pensamiento.

- Cu ndo vino Broderick?

- Vino más calmado a la mañana siguiente y dejó hablar a Duncan; se ve que preferían la diplomacia a la guerra abierta.

Edora asintió .

- No consiguieron mucho, pero ayer volvieron anunciando que habían pedido ayuda al rey para que hiciera justicia. El rey Alexander aceptó venir a las tierras Kinross para resolver el conflicto.

- Entonces nos iremos...

La anciana tamborileó con sus encorvados dedos sobre su regazo con cara de inocente.

- No sé como decirte esto, ni a, pero... -vacil-. Si conozco a mi bisnieto como creo conocerlo, es capaz de desafiar al mismísimo rey con tal de mantenerte aquí.

Edora se levantó de un brinco y miró a Tamy incrédula.

- No puede retenerme para siempre. Él muy...

La anciana la cogió por los hombros y volvió a sentarla.

- Así pues -continuó-, el rey en persona se ha desplazado hasta aquí para mediar entre vosotros.

Edora soltó el aire que había

estado reteniendo sin darse cuenta.

- Excelente noticia -dijo secamente, como si su mente no hirviera de temores.

Se acercó a la ventana, atraída por el bullicio en el patio. Sonrió al pensar que se haría justicia, sin saber cuán influyente era Ronald McKenzie sobre el rey Alexander III.

El que fuera el rey Alexander III se paseaba por el salón como si nada preocupante le hubiera hecho desplazarse hasta aquellas tierras.

- Ahora estamos en paz con los ingleses. He propuesto la alianza

divisoria de Tweed-Cheviot, con lo que nuestras fronteras permanecerán seguras. Además, el matrimonio que he concertado con Enrique, nos dará la paz definitiva.

Ronald lo escuchaba y no daba crédito.

- Por el gran ciervo rojo, ¿os casaréis con la hija del rey inglés?

- No me juzguéis, muchacho, y sujetad vuestra lengua. -Alexander levantó una ceja y le apuntó con un dedo autoritario-. Ahora que la frontera del sur ya no es un problema podré dedicarme a poner paz entre

vosotros. Ya he sometido a los McWilliams y los McHeath.

- Con mi ayuda.

Los ojos del rey empujados se abrieron. Aquellas dos familias, de raíces celtas, habían ambicionado su trono, pero gracias al brazo fuerte de hombres leales como Ronald Kinnon había salido victorioso.

- Soy consciente de ello y os lo agradezco.

- Podéis agradecerme lo que deseo.

- Edora McKenzie?

Ronald no se movió, no asintió ni

parpade . Simplemente se maldijo por contener el aliento y demostrarle que hab a algo de cierto en aquellas palabras. "Recuerda que solo quieres castigarla", se reprendi .

- Soy un monarca muy generoso.

-Alexander le dedic una sonrisa ladeada y avanz hacia l-. Ced Agyll a los Campbell y a vos intentaba recompensaros con algo de similar valor. Tal vez emparentaros con nos?

Dios le protegiera! Bastantes problemas ten a como para encima a adir el de formar parte de la familia real.

- Sois muy generoso...

- Pero elegir esposa es otro de

los privilegios que queris para vos.

-El rey se acarici la barba pensativo-

. En eso no s si podr complaceros.

Ronald estaba dispuesto a permanecer callado, siempre que se hiciera justicia.

- Os tengo en muy alta estima, Ronald, pero...

- Os recuerdo que fue ella quien empez -se le escap a Ronald, incapaz de contenerse m s tiempo.

- Vos la secuestrasteis, la atasteis, la marcasteis con un

cuchillo y... y no me atrevo a imaginar que otras cosas le habr is hecho para divertirlos.

Conoc a a Ronald lo suficiente para creer que no hab a llegado tan lejos, y tambi n para saber que esperaba que el rey le diera un castigo ejemplar a aquella mujer. L stima que los pensamientos de su majestad fueran tan diferentes.

- No seguir discutiendo esto con vos hasta que la vea y escuche su versi n.

- Su versi n? De la boca de esa arp a solo salen mentiras.

- La escuchar , as que dejad de distraerme para que no la mande a llamar.

Un silencio inc modo cay entre ambos hasta que Ronald consigui serenarse lo suficiente para escuchar de nuevo al rey.

- He visto a Duncan reclamar lo que era justo: vuestra cabeza. -Se acerc para ver mejor a Ronald en la penumbra-. Pidi que se cortara vuestra cabeza, y Broderick, que lo acompa aba, parec a muy dispuesto a hacerlo con o sin mi consentimiento. Edora McKenzie iba a casarse con

uno de esos hombres, y por consiguiente, darles el liderazgo de su clan. Así que vos -lo acusaste al dolo con un dedo-les habéis arrebatado algo más que una mujer. Ella se merece un castigo. Pero vos no os libráis. Bien, traedla a mi presencia. Ya tengo decidido el castigo idneo para ambos.

Mir al guerrero, ahora apoyado contra una pared del saln. Parece más un salvaje que un gran señor de las Highlands. Hombres como él fomentaban la leyenda de que entre los escoceses solo había bárbaros

paganos e incivilizados. Su actitud seguía siendo respetuosa a pesar del enfado, pero era más que evidente lo que Ronald pensaba acerca del clan vecino.

Ronald era consciente de cómo lo miraba el rey. Ese Broderick McKenzie no había perdido el tiempo, o quizá Duncan hubiera hecho lo imposible por llegar a la corte y pasar un informe lleno de injurias contra él. Sea como fuere, Alexander III estaba muy bien informado. Empezaba a sospechar que tenía la batalla perdida de antemano. Habría

un castigo para l, y Alexander seguramente ya lo ten a decidido desde antes de poner el pie en su casa. Aquella zorra volver a a sus tierras sana y salva y l podr a seguir odi ndola.

La muy bruja contonear a sus caderas hasta el sal n, clavar a sus ojos hechiceros en el rey y, zas!, conseguir a todo cuanto se propusiera.

- Condenada perra -mascull para s .

- C mo dec s?

- Como dese is.

Ronald orden a sus hombres para que fueran a buscarla; seguramente Tamy estar a con ella. Todav a no hab a logrado averiguar por qu demonios Edora McKenzie le ca a tan bien a su bisabuela. "Porque es como yo a su edad, y cr eme, somos las mejores", hab a dicho la anciana con descaro.

Ronald invit a Alexander a discutir el asunto en una sala m s privada. La estancia donde despachaba sus asuntos quedaba bajo el pasillo de la escalera. All llevaba el libro de cuentas. Sus tierras eran

pr speras y, de no haber sido por las incursiones del invierno pasado, el clan vivir a mucho m s holgadamente que ahora. La chimenea estaba encendida y se ve an plumas y pergaminos sobre la pulida mesa central.

Fuera de la acogedora habitaci n, Tamy dio un empujoncito a Edora para que se acercara a la puerta cerrada.

Estaba hermosa con el tart n McKenzie que le hab an proporcionado. La anciana lo aprobaba, no pod a presentarse ante

el rey de cualquier manera.

- Vamos -la animó dándole un toquecito en la mano antes de hacerla entrar-. No debes preocuparte por nada, ya me he encargado de hacerle ver al rey que es lo que más nos conviene.

Edora abrió los ojos como platos. Aquella anciana había osado dar consejos al rey?

- Bien, Dios nos asista -musitó la vieja, y le dio la vuelta a la joven y con otro empujón la hizo entrar en la caldeada estancia.

El rey ocupaba la cómoda silla

de respaldo alto frente a la chimenea, mientras que Ronald estaba apoyado contra la repisa. Al contrario de la audiencia pública que ella hubiera esperado, en el salón se encontró con una escena familiar, como si aquello tan trascendental para su vida no tuviera demasiada importancia para nadie.

Pero no era así.

La anciana y muchas otras mujeres de la fortaleza ya habían tomado posiciones detrás de la puerta, aguzando el oído, vidas de carnaza de cotilleo. Varios guardias

carraspearon a su espalda, pero una fiera mirada de Tamy les cerró la boca. Había dado órdenes de que se sirviera más vino de lo conveniente a los hombres del rey, suponiendo que eso los mantendría lejos de allí el tiempo suficiente para poder cotillear a sus anchas.

Dentro, nadie parecía tan cómodo como el monarca. Un hombre siempre seguro de sí mismo que se disponía a cambiar sus vidas para siempre.

Edora entrelazó los dedos para que las manos no le temblaran. Lo

mir tragando saliva, no al rey, sino a l, ahora convertido en un hombre imperturbable que la miraba bajo sus tupidas pesta as de color miel. Por qu la miraba as ? Sabr a l que aquellos ojos le hac an temblar las piernas? Se concentr , dispuesta a obviar su presencia y prestarle la mayor atenci n al rey.

A diferencia de lo que se tem a, el monarca parec a de buen humor. Se levant para darle la bienvenida con una sonrisa en los labios. Ese gesto dio esperanzas a Edora: si no estaba enfadado con ella, cab a

suponer que la dejar a volver con su gente y no pensar a en su hermano Bernard como nuevo laird McKenzie.

- Sab is qui n soy?

La voz del rey la sac de sus cavilaciones. Edora asinti prestamente. Era una ni a la ltima vez que la corte se hab a hospedado en tierras McKenzie, pero lo recordaba. Alz el ment n, provocando una sonrisa en el soberano.

Estaba convencido de que aquel gesto irritaba a Ronald de manera inimaginable. Sonri complacido

mientras iba al encuentro de la dama, en el centro de la estancia.

- Majestad.

Ronald contempló la escena. Esa mujer no parecía tener vergüenza y aunque se repetía que deseaba echarla de su hogar con el merecido escarmiento, también era cierto que deseaba castigarla personalmente muchas lunas más.

El rey se detuvo delante de ella para contemplarla a placer. Edora McKenzie había cambiado desde la última vez que había visitado la casa del que fuera antaño su mejor amigo,

Ian McKenzie. La vio inclinarse en una profunda reverencia. Ronald hizo un mohín de disgusto al ver el pronunciado escote que el tartán de los McKenzie, sobre su hombro, no llegaba a cubrir.

La estancia era pequeña pero acogedora. Sin embargo, a Edora le costaba respirar.

A su lado, Ronald permanecía impasible. Estar junto a ella le empequeñecía. Aquel canalla era capaz de absorber toda su energía y su buen humor. Deslizó sus ojos desde su fuerte mentón hasta las botas de fino

cuero que luc a. La marca del pecho a n se ve a rojiza, como si no hubiera cicatrizado bien. Quiz si le preparara su emplasto de hierbas... Puso los ojos en blanco. Qu le importaba a ella! Mucho mejor si le escoc a. Acaso no se lo merec a? Sin embargo, cada vez que lo ve a toc rsela disimuladamente sab a que le dol a y se sent a un poco m s culpable y, por tanto, un poco menos enojada con l. Esa marca era el signo de su propia debilidad, se dijo. Desde luego hab a perdido los nervios. Solo hab a sido eso, un

impulso no refrenado a tiempo, y esperaba que el rey no fuera demasiado severo con ella.

- He venido a petici n de vuestro clan -le dijo el soberano con voz serena, y a continuaci n pase la mirada por la estancia, como si buscara las palabras adecuadas-. Al parecer, vosotros dos no pod is estar sin derramar la sangre de vuestros hombres.

Edora mir a Ronald con culpabilidad.

- Bien, en adelante eso se acab . S que vuestro padre os hizo se ora

del clan, por motivos más que evidentes, y no niego que justos.

Por qué aquellas palabras no la tranquilizaron?

Volvi su mirada de nuevo a Ronald, que la observaba en silencio, apartado del resplandor de las antorchas. Su cabello castaño se derramaba sobre sus hombros enmarcando su cara. Sintió un escalofrío en la espalda y apartó la mirada de aquellos ojos grises.

- Majestad, yo... -balbuceó, haciendo evidente cuán perturbada se sentía por aquel hombre.

Alexander levant la mano para acallarla, pues todav a no hab a terminado. Pas a tratarla de manera m s familiar.

- A pesar de todo lo dicho y tu noble designaci n, ten is un hermano menor que podr a encargarse de vuestros deberes con el adiestramiento necesario.

- Bernard -dijo ella, jadeante-. Pero...

Guard silencio cuando se dio cuenta de que Alexander no encajaba con agrado sus interrupciones. Sus ojos aguantaron las l grimas.

- S que tu padre lo desterr de vuestras posesiones, pero si l fuera el laird no habr a tantos problemas. Ciertamente, dudo que todo hubiera terminado con un secuestro y una marca que avergonzar a generaciones. As que...

- No lo creo -protest ella impulsivamente.

Ronald enarc una ceja ante semejante desplante. Deb a reconocer que la mujer ten a valor, al menos tanto como l.

- No? -repuso el rey, contrariado-. Te atreves a

desautorizar a tu rey?

Ella vacil intentando contener su lengua. Cu nto odiaba al laird Kinnon! No era culpa suya, sino de l. Estaba all , mir ndola con una leve sonrisa socarrona y la seguridad de la victoria reflejada en sus ojos. Ojal ardiera en el infierno.

- Digo, majestad, que simplemente me castig is por ser una mujer.

Alexander frunci el ce o.

- De verdad cre is eso?

- Mi rey, quer is desposeerme del mando sobre mi clan por una

mera escaramuza. Con un hombre no har ais lo mismo.

- S lo har a -dijo el monarca, aunque titubeante-. Estoy harto de vuestras estupideces.

Ella comprend a la desesperaci n de aquel hombre llamado a reinar toda una naci n. Se hab a vendido al enemigo a cambio de la paz y recib a amenazas veladas de aquellos nobles que ambicionaban m s poder del que les correspond a, pero aun as no sinti ni un pice de simpat a por l. No mientras Ronald Kinnon estuviera all como un depredador a la espera de

atrapar definitivamente a su preciada presa. Era una humillación que el rey la desposeyera del liderazgo, pero hacerlo frente a ese hombre... Obligarla a suplicar por el bien de los suyos era algo insoportable.

- No lo hagis, os lo suplico, he gobernado con sabiduría.

- Con sabiduría? -espet Ronald-. Si de mí dependiera vuestro castigo...

- Maldito puerco... -susurró, consciente de que él le había dado los labios.

Ronald se acercó a ella con aire

desafiante; si bien no podía abofetearla en presencia del rey, esperaba que su cercanía amenazadora bastara para acallar su lengua venenosa.

- Basta. - Alexander miró a Ronald, que se detuvo en seco; Edora echaba chispas por los ojos-. Si he llegado a pensar, por un momento, que habéis algo de madurez en vosotros, en este momento me cuesta creerlo. Habéis marcado a todo un señor de las Highlands. -Esas palabras iban dirigidas a ella, pero la mirada de reprobación era para ambos.

Ronald hinch el pecho y Edora se hinc las uñas en las palmas para no gritar.

- No creo que sea necesario que le muestre mi marca, majestad -dijo, dejándole claro que ella también había sufrido.

- Os la merecís. Pero no debéis preocuparos -a adá el rey-, no viviréis con los McKenzie para ver cómo otro ocupa vuestro lugar. -Edora abrió la boca mientras palidecía mortalmente. Ahora sí que las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Avanzó hacia Alexander con la intención

n de arrojarse a sus pies si fuera necesario-. Si dej is de ser la se ora de los McKenzie, lo ser is de otro clan.

Ella se qued perpleja, sin entender nada. El silencio se abati sobre la estancia y ninguno se atrevi a moverse. Hasta Ronald parec a desconcertado.

Edora alcanz a pensar que Bernard iba a liderar el clan McKenzie...

- C mo...? -Quiso preguntar c mo era posible que tuviera en mente elevar a Bernard a tal alto rango,

pero el rey malinterpretó la pregunta.

- ¿Casándose con un laird, por supuesto.

La joven enmudeció y por un momento creyó que su corazón se había detenido. ¿Con un laird? ¿Con quién? ¿Con Murrock Ross no, pensó horrorizada.

- Yo me encargaré de que se os respete y que tengáis voz y voto en el consejo -prosiguió el monarca-. Pero dejar a vuestro cargo un clan tan poderoso como el McKenzie después de lo que habéis hecho...

La mirada de horror de Edora

habl por ella.

Una sonrisa bailaba en los labios del rey, y Ronald enarc una ceja al verlo avanzar hacia Edora y tomarla de la mano. Ella se dej llevar y el monarca la coloc al lado del odioso Kinnon. Los tres permanecieron frente a la chimenea mir ndose entre s .

Edora ten a un nudo en la garganta, y cuando cruz la mirada con la de Ronald, trag saliva y un h medo calor le inund el vientre: all estaba otra vez. Se ruboriz temiendo que el rey o l mismo pudieran darse cuenta.

Se aclar la garganta ante la sonrisa de triunfo que Alexander le dedicaba y se oblig a centrarse en l.

- Os lo ruego -suplic apenas en un susurro.

- Tu hermano Bernard es un hombre belicoso.

S , lo era, y el rey se hab a dado cuenta de ello. Bernard no podr a mantener la paz con los clanes vecinos, pero ella s podr a, y eso hablaba a favor de sus dotes de liderazgo. As pues, si le ped a perd n a Ronald, aunque fuera un trago muy amargo, el rey tendr a que

replantearse el castigo.

- Por eso lo necesito como laird de los McKenzie. Sin duda me har un buen servicio en tiempos de guerra.

Edora jade al tiempo que sus rodillas se aflojaban. Ni siquiera fue consciente de que Ronald la sosten a del codo para que no cayera.

- Ser un gran laird -a adi el rey.

"Un aut ntico miserable hijo de Satan s", eso ser a su hermano si consegu a hacerse con el liderazgo de su clan. Sinti que le faltaba el aire pero se apresur a enderezarse. Lo ltimo que necesitaba era que la

consideraran d bil.

Mir de reajo a Ronald. Deb a de estar disfrutando, pero en sus ojos solo vio una chispa de algo parecido a la preocupaci n. Entonces por fin se dio cuenta de que l la estaba tocando. Baj la vista hacia su mano y Ronald se apresur a retirarla. Edora se mir los pies como si temiera caerse, lo que la hizo sentir verg enza de s misma. No hab a sabido controlarse, un nudo se formaba en su garganta y sus ojos le escoc an, pero no pod a llorar, no a n. No mientras l la estuviera mirando con porte altivo,

apoyado contra la chimenea.

Ronald sinti algo muy diferente a lo que esperaba. Aquella mujer hab a perdido a su clan. Se ver a apartada de todo cuanto significaba algo para ella, porque, como acababa de decir el rey, dejar a de ser la se ora de los McKenzie y l mismo se encargar a de concertarle un buen matrimonio, lejos de los suyos. Sinti una profunda l stima al mirar sus ojos oscuros. La vio tragar saliva y dese que no hubiese sido tan impulsiva. Pero entonces record la odiosa marca de su pecho y mene la cabeza.

No deba sentir compasión ni pena.

- Por tanto, Bernard será el nuevo jefe de los McKenzie, y a vosotros he concertado otro matrimonio con el monarca.

No! Deba rebelarse contra aquella sentencia, pero cómo hacerlo? Alexander era el rey y desobedecerlo significaba traición.

Le subí un glorioso escalofrío por la espalda que le nubló la mente por un instante. Estiré el brazo para apoyarme en la repisa de la chimenea, pero al hacerlo rozé con el de Ronald, quien se apresuró a sostenerla. Esta

vez la agarró de ambos codos y tiró de ella hacia arriba.

- No os desmayéis -le susurró al oído.

Alexander los miró con leve desconcierto. Ser posible que aquella vieja bruja tuviera razón?

Edora y Ronald se miraron por un instante y ella jadeó hasta que pudo recomponerse. Estar cerca de aquel hombre no era lo que necesitaba.

Bajo la atenta mirada del monarca, que fingía no darse cuenta del estado de la mujer y la preocupación reflejada en los ojos de

Ronald, escucharon lo que el rey tenía que decir.

- He pensado en una manera de pacificar esta zona, y a vosotros. - Mir a ambos con ojos acusadores-. Hay que consolidar la paz, y como parece que no va a lograrse por las buenas, se har a mi manera.

Las palabras de Alexander despertaron todo su interés. Conoc a muy bien a su rey, su forma de resolver los conflictos. No siempre era justo. Record la infame marca grabada en su pecho y renov su odio contra aquella McKenzie, pero aun

as no quer a ver su cabeza colgada dentro de una jaula. Vio algo extra o en la actitud del monarca y frunci el ce o.

Era un juego, Ronald entorn los ojos al entenderlo por fin. Alexander hablaba sin sentido, palabras vac as sobre un mismo tema y lo que realmente hac a era observarlos. Por qu ? Ronald lo adivin : quer a ver sus reacciones. Acaso si ella ped a clemencia l la perdonar a, le devolver a sus tierras? Y qu pasaba con l? Por qu lo miraba de igual modo? Deb a agachar la cabeza y

confesar cu n malas hab an sido sus acciones al secuestrarla y marcarla como si fuera de su propiedad? Dar a su perd n despu s de entretenerse un rato con ellos?

La mir de nuevo mientras el rey segu a divagando.

Era hermosa y, aunque de apariencia fr gil, l ya hab a probado la fuerza que pose a. Vio como jugueteaba con sus propios dedos, nerviosa ante la perspectiva de perderlo todo. Sab a que Alexander la depondr a. Con tantos problemas en las fronteras, era imposible que un

rey inteligente dejara al frente de un clan tan belicoso como los McKenzie a una mujer. Las mujeres no podían participar activamente en las batallas.

Al darse cuenta de que la miraba, ella volvió el rostro hacia el rey, que estaba sonriente.

- Bien, Edora, necesitas un marido. Y vos, Ronald, un castigo.

Los ojos de Ronald se abrieron desmesuradamente.

Sabía cuáles serían sus siguientes palabras y prefería beber veneno antes que acatar aquella

orden.

- No me queda otra opción que casaros.

Ambos se quedaron sin habla.

Ronald sintió que la ira crecía en su estómago y se expandía como una bola de fuego. Por su parte, Edora se quedó helada de estupefacción.

Durante unos momentos reinó el más absoluto silencio, las miradas de los flamantes prometidos fijadas la una en la otra, mientras Alexander observaba su reacción, expectante.

Por fin, Edora se volvió hacia su rey y pronunció una especie de súplica incongruente:

- No... no hablo en serio -
balbuceo.

- Es una condena demasiado severa - Ronald hablaba con los dientes apretados, deseando que las ganas de asesinar a su rey fueran pasajeras.

- Nada que no os hayis buscado.

Edora y Ronald se miraron, no con odio, aunque tratando de evaluar por primera vez cómo ser a compartir la vida con una persona que no sentía más que desprecio hacia uno.

- Es un castigo demasiado... -
dijo ella.

Alexander enarc una poblada
ceja.

- De verdad? Prefer s que
separe vuestra hermosa cabeza de
vuestro cuerpo?

Ella no tuvo miedo, pero
comprendi que el rey no se ablandar
a con llantos y no mostrar a piedad
alguna.

- Me arrebat is mi clan, duro
castigo por la ofensa que caus al
laird Kinnon, pero casadme con l y
morir .

Ronald enarc una ceja, esc
ptico.

- Por favor, sois una p sima
actriz.

Aquellas palabras la
enfurecieron tanto que levant un pu o
contra l, pero Ronald lo inmoviliz
cogi ndola por la mu eca.

- Y vos sois ruin y cobarde -le
espet ella, sin importarle que l le
apretara la mu eca dolorosamente-
Decidle al rey cu nto tardar is en
encerrarme de nuevo en la mazmorra.
Como mi marido os sobrar autoridad,
tendr is poder sobre m , tanto como

para golpearme a voluntad, y entonces... -Iba a decirle que ella intentar a arrojarlo al foso, pero su voz atronadora la cortó en seco.

- Yo no golpeo a mujeres!

- Ah no? Pues mis posaderas no opinan lo mismo.

La carcajada del rey paró la discusión.

- Bien, bien. Creo que ser un matrimonio de los más interesantes.

Ronald optó por adoptar una actitud impasible ante el nuevo juego de Alexander.

- No crees que la dominarás?

cilmente, pero ser instructivo ver como lo intentis. -Alexander se cruz de brazos-. Pero no os permitir hacerle da o. Ella no sufrir humillaciones ni maltratos, que os quede claro.

- Entonces queris que me convierta en el hazmerre r de mis hombres? Si me pliego a sus caprichos, esta mujer me meter en m s problemas de los que puedo imaginar.

- Vamos, vamos. Por lo que me ha comentado vuestra bisabuela, hay discusiones que os resultan de lo m s

placenteras.

Edora contuvo una exclamación.

Ronald respiró hondo por la nariz. Cuando le dijera un par de cosas a Tamy haría que deseara ser sorda.

- Ronald, ella será vuestra esposa en todos los sentidos, pero os comportaréis correctamente. Es más, como se ora de este clan le corresponderán una serie de privilegios.

Ronald entornó los ojos y un escalofrío le subió por la columna.

- Su opinión será escuchada por

el consejo y su voto contar tanto como el tuyo, lo que no os importar demasiado ya que seguís con la vieja tradición de que te digan qué debéis hacer y qué no.

Ronald apretó los dientes. ¿Quién era el rey para criticar? Si hasta ese momento le había evitado luchas internas, y con ello le permitía prosperar. No obstante, era el rey y su vida estaba en sus manos, cualquier contratiempo podía hacerle caer en desgracia y perder cuanto poseía.

- Vos -Alexander lo señaló para

que no hubiera dudas-guiar is a vuestros hombres. Y vos, que ser is la se ora Kinnon -dijo con una sonrisa a Edora-, llevar is los colores de vuestro esposo y cumplir is con vuestros deberes de esposa y se ora del clan.

Esa ltima parte la dej sin respiraci n.

- Llevar sus colores... -murmur con infinita congoja.

Y ser su esposa, ser suya en todos los sentidos.

Observ el musculoso pecho del Kinnon. Desde luego podr a acabar

con ella cuando quisiera. Un fuerte abrazo la partió a en dos y un solo golpe de su puño podría matarla en el acto.

Lo miró a los ojos: fríos y llenos de rencor. Cómo impedir a el rey que la maltratara? ¿No estar a en la fortaleza, no habría a nadie que la tratara con respeto. Quiz la vieja Tamy, pero... acaso su voz sería escuchada por los ancianos? Absurdo. ¿Qué era ella allí más que una forastera venida del clan enemigo?

Solo una mujer.

Lo miró de nuevo y sus ojos

grises se movieron a lo largo de su cuerpo. Marc ndola como si ya fuera de su propiedad.

- Te odio -le susurr .

Entonces la cabeza de Ronald se alz y su mirada fue tan intensa que la oblig a bajar la vista.

Podr a alegar cualquier accidente para llevarla a la tumba y ninguno de sus hombres dir a nunca nada. Es m s, estar an agradecidos de librarse de una intrusa McKenzie.

- Si llega a mis o dos conspiraci n alguna contra l, no querr is saber el castigo que os impondr -dijo el rey

mirndola a los ojos-. Y pobre de vos, Kinnon, si un solo golpe alcanza a vuestra esposa, porque desearis no haber nacido.

Ronald lo mir con demasiada intensidad para el gusto del rey. No obstante, no dijo nada. Sab a que ambos necesitar an tiempo para hacerse a la idea.

- Qu pasar a si...? -empez a preguntar Edora.

- Mor s accidentalmente?

Ella parpade y asinti .

- Mejor ser que no pase. Antes de haceros da o pensad que vuestros

hombres no tienen por qué pagar con su sangre vuestros juegos.

Ronald dio media vuelta y se encaminó a la salida.

Cuando abrió la puerta, Tamy apenas tuvo tiempo de recuperar el equilibrio. Las cinco mujeres allí congregadas agacharon la cabeza y huyeron a toda prisa por el corredor.

Ronald enderezó a su bisabuela y le susurró con dientes apretados.

- Maldita sea, ¿qué le has dicho al rey?

Tamy se encogió de hombros y se apresuró a cerrar la puerta para que el

rey no los viera. Alexander rio divertido.

- No es muy educado abandonar a tu prometida sin un beso, pero se lo perdonis, verdad?

Edora lo mir con toda la tristeza del mundo.

- Majestad.

- No lloris. -Ella fue a protestar diciendo que nunca lloraba, pero Alexander ya estaba enjug ndole una l grima de la mejilla-. Adem s de que as no vais a conmovirme, tampoco ten is motivo -a adi -. El clan Kinnon es extraordinario, ya os acostumbrar

is.

Lo dijo como quien anuncia que un día de lluvia pasa pronto.

Ella jade , pues las palabras que quer a decirle se le agolpaban en la garganta form ndole un nudo.

- Mientras preparamos la boda - agreg el rey-, convocar la corte. Nadie querr perderse semejante enlace.

Y tras este halag e o comentario, se march dej ndola sola.

- Nadie -susurr Edora para s -. Ni siquiera Bernard.

El día de su boda hab a llegado.

La comitiva del rey ven a de camino para asistir a la ceremonia y el festejo, pero ella solo pod a pensar en su cautiverio perpetuo.

Una semana, pens , es lo que tardar a en convertirse en la esclava de ese hombre. Voz en el consejo? Tratarla con respeto? La se ora de los Kinnon?

Mentira!

Cu nto tiempo tardar a ese animal en someterla? Muy poco, se tem a.

El rey hab a ido a ocuparse de asuntos m s importantes, dej ndola a

merced de su futuro esposo, al que ten a que soportar en cada maldita comida, como si no fuera suficiente tenerlo al acecho en cada rinc n.

Al parecer, el rey hab a dejado instrucciones expl citas de lo que l consideraba tratarla con respeto, por lo que Ronald tuvo que replantearse su actitud hacia ella.

Ya no cenaba sola, sino que era convocada en el sal n principal para cenar a su lado y permanecer all aun despu s de haber terminado. Ella sospechaba que lo mov a el placer de verla atormentada. Por otro lado,

Tamy se ve a muy contenta con ese arreglo. Sol a hablar sin parar, algo que a Ronald le resultaba de lo m s molesto.

Ahora, Edora se sent junto a la ventana para observar el paisaje.

Se hab a negado a marcharse de la torre, un lugar que le gustaba. Era tranquilo, silencioso de d a y de noche, una paz solo perturbada de vez en cuando por el crujir de alguna viga. Sin embargo, no pod a decirse que fuese segura, pues la compart a con la bestia que dorm a dos plantas m s abajo. Estaba convencida de que

a l le satisfac a esa circunstancia. Si descend a las escaleras para escapar, deb a pasar por delante de su dormitorio. La visi n de Ronald abriendo la puerta durante la noche, para encontrarla en plena huida, era suficientemente disuasoria como para no intentarlo. Solo Dios sab a lo que ese b rbaro ser a capaz de hacerle.

Se llev la mano a la frente y pate el suelo. S , su cuerpo la traicionaba. Ella tambi n sab a lo que Ronald Kinnon pod a hacerle y... no le parec a tan malo.

- Averg nzate, Edora McKenzie

-se reproch .

Apret los pu os y se golpe las rodillas.

Por qu los sue os vergonzosos que la asaltaban por la noche no pod an ser con otro hombre que no fuera l? Broderick era m s apuesto y m s fuerte, y estaba segura de que ser a mejor amante, a pesar de no haber o do a ninguna mujer hablar al respecto.

No, no era justo so ar con su enemigo y disfrutar de sus besos y caricias.

Se levant de nuevo y observ el

patio donde se realizaba el entrenamiento de la tarde.

Por Dios! Y cre a que Broderick era exigente con sus hombres? Ronald les exig a el doble. Se encargaba de levantarlos temprano para entrenar y les daba descanso a media tarde. Incluso la comida era fugaz. Al parecer, lo nico que le interesaba a ese hombre era hacerse cada vez m s fuerte para someter todo cuanto abarcara su vista Y ella hab a pretendido desafiarlo! Era una necia.

Durante los dos ltimos d as le

había observado con detenimiento. Sus misteriosos ojos grises se le clavaban cuando creía que ella no miraba. Cada comida y cada cena debían pasarla juntos, aunque ahora posea más libertad para subir y bajar a voluntad de sus habitaciones. No obstante, seguía sin permiso para salir de la fortaleza, incluso al patio. No hacía falta que Tamy se lo dijera, Ronald se lo había dejado claro el mismo día en que el rey anunció su matrimonio. Todavía sentía la mano caliente de Ronald apretándole el brazo:

- Si se te ocurre desobedecerme y salir al patio, no me hago responsable de tu seguridad.

Edora alzó el mentón y él se lo atrapó con la otra mano.

- Partirte el cuello dentro de la fortaleza es una cosa, pero disparar una flecha a un fugitivo en plena noche es otra muy distinta.

La amenaza estaba clara: "Intenta huir y te mataré con gusto." Susana estaba segura de que él disfrutaría.

- Estoy bajo vuestra protección - repuso agarrando su mano para que la soltara-. No me lastiméis, señor de

los cerdos, o reclamar vuestra cabeza.

La vena del cuello se le hinchó, enrojeciendo su rostro.

- Intentad huir y os arrepentiréis - la desafió, y apoyó las manos en sus delicados hombros para mascullearle entre dientes -: Decidme, intentaréis escapar de mí ?

Ella boqueó involuntariamente al querer contestar que sí .

- Entonces hacedlo por la noche - le susurró al oído -. Pasad junto a mi puerta. Provocadme y juro que os marcaré de otra forma que a nadie más .

conocis.

Ella respiró con dificultad, y él percibió su calor en la palma de las manos. Edora tenía los labios entreabiertos y Ronald sabía cuál era su sabor. La soltó como si quemara, dándole un empujón que la hizo retroceder varios pasos.

La ira volvió a teñir su rostro hasta que vio aparecer a la vieja Tamy, quien le apuntó con un dedo y lo meneó en señal de negación.

Se oyó como un juramento se escapaba de entre los labios del guerrero, y desde entonces no lo hab

a vuelto a ver.

Ahora, mientras contemplaba las llanuras verdes que rodeaban la muralla, Edora pensó en su clan, en aquellas personas que le habían dado su apoyo al morir su padre. Ellas eran buenas. Se sintió abatida al pensar que podría caer de nuevo en las garras de Bernard. Su hermano apenas tenía corazón y tiempo para pensar en nadie que no fuera él mismo.

Unos suaves golpes en la puerta captaron su atención. Era el día de su boda y a esas horas de la mañana

Tamy le hab a prometido ayudarla a vestirse. Esperaba ponerse un sencillo vestido que la misma anciana le hab a dado dos d as antes, pero cuando se puso en pie, no fue la anciana a quien vio aparecer.

La primera doncella entr en la habitaci n llevando en el brazo un vestido tan exquisito que Edora se qued boquiabierta. Era de un blanco marfil, suave y con pedrer a adornando la falda. El escote estaba enmarcado por peque as perlas que, a pesar del tiempo, no hab an perdido su color.

- Es para usted. Tamy lo encuentra adecuado.

Llenaron la bañera, y una vez terminado el baño la ayudaron a vestirse. Todo el tiempo, Edora permaneció como en trance. Solo cuando pudo sentir la suavidad de la tela, suspiró de puro placer. Un placer que se prolongó unos instantes, hasta que la puerta se abrió con estrépito, chocando contra la pared.

- Quitaos ese vestido! -Roland la miró, entrecerrando los ojos-. Fuera todas!

Su orden fue tan rotunda que las

tres doncellas salieron aterradas, sin atreverse siquiera a cerrar la puerta. Ronald se encargó de hacerlo con una patada, permitiendo que al menos la discusión fuera en privado.

- Quitaos eso ahora mismo.

- Ni hablar! -replicó ella, y lo miró contrariada. Se llevó las manos al pecho. ¿Quisiera pretender a ese bastardo? ¿Que se quedara desnuda ante él?

Por su parte, Ronald no daba crédito. ¿Cómo era posible que Tamy le hubiera dado el vestido de su madre a esa arpía? No se lo merecía, de hecho no se merecía nada salvo un

buen castigo por todo el infierno que l iba a vivir por su culpa.

- No os merec is usar ese vestido.

Ella lo mir con odio. Insinuaba que no deber a ir de blanco?

- C mo os atrev is?

- C mo te atreves t ? -la tute , furioso, y avanz a grandes zancadas y con manos m s que h biles desat los lazos de su espalda.

- Qu demonios est s haciendo? - exclam ella, aceptando el tuteo.

- No llevar s el vestido de mi madre.

Edora se qued con la boca abierta. Cuando las manos de Ronald bajaron la prenda hasta su cintura, el vestido blanco cay a sus pies dej ndola solo con su corta camisola, que apenas la cubr a decentemente.

Las l grimas ard an en sus ojos pero parpade varias veces para que desaparecieran.

Ronald apret lo que parec a un revoltijo de tela contra sus pechos. Entonces se dio cuenta de que era otro vestido. Uno m s nuevo, de un blanco resplandeciente con perlas incrustadas en su pronunciado escote.

No supo qu decir cuando acarici el suave tejido de seda.

- Es un regalo de vuestro antiguo clan. Lo ha tra do vuestro amante en persona, pero me pareci de muy mal gusto dejarle ver a mi prometida antes de la boda. Por si se os ocurr a alguna estupidez.

Ella parpade . A qui n se refer a?

l la mir con curiosidad.

- Ten is tantos amantes que no sab is a qui n me refiero?

Aquello s que la enfureci , pero estaba dispuesta a seguirle el juego.

- Pues sí, tengo muchos -minti-. Solo que no sé cómo funciona una mente tan retorcida como la tuya, señor de los bobos, y da la casualidad de que no sé quién crees que es mi amante.

Ronald reaccionó al insulto entornando los ojos. Se acercó un paso para amedrentarla pero, al ver su espesa cabellera bañada por la luz del sol que se filtraba por la ventana, retrocedió, buscando recuperar su determinación.

Edora no se movió ni un pice. Lo miró, sabiendo que quien le habla tra

do aquel vestido deb a de ser uno de los nicos tres hombres que pod an acercarse a la fortaleza Kinnon sin que la cabeza se les separara del cuerpo. Probablemente Duncan, o quiz s el propio Broderick.

- Bajad a la capilla y acabemos de una vez -espet l.

- Bajar cuando est preparada, y si por m fuera... podr as echar canas esperando.

Ronald dej de lado toda cautela. Aquella lengua ponzo osa sab a como abrir heridas. Se acerc hasta tenerla a la distancia de un brazo.

- Te he dado más libertad de la que mereces. -La informalidad de su trato la puso en alerta-. Y he consentido demasiadas palabras a esa lengua viperina, así que desde esta noche procura dominarla o te la cortar .

No deba acercarse más. Retrocedí un paso y la miré a los ojos para no ver lo increíblemente tentadora que estaba con la escasa ropa que cubría su magnífico cuerpo. Ronald cedió un instante: la camisola era casi transparente y los pezones se le marcaban nítidamente. Podría

volver loco a cualquier hombre que la viera en ese momento. Trag saliva. Quiz la propia Tamy lo hab a arreglado as para su futura se ora, esa anciana ten a un extra o sentido del humor.

- Vest os y bajad. El rey est aqu

Ella palideci al o r el tono glacial de Ronald. Lo mir : estaba de un humor no mucho mejor que el suyo, pero con una marca bien visible a la izquierda de su pecho.

- Quisiera haberos arrancado el coraz n aquella noche.

Al ver que ella observaba su abominable obra, Ronald se enfureció y recordó los sólidos motivos que tenía para odiar a aquella v bora y no dejarse dominar por cualquier otro sentimiento. Se marchó sin más, cerrando de un portazo a su espalda.

Dos horas después Edora recorrió el silencioso pasillo de la capilla Kinnon.

La condujo al propio rey, quien había vuelto expresamente para la boda porque su hermano le había cedido ese honor, además de declinar la invitación para sentarse en una de

las primeras filas. Ahora estaba en el fondo de la capilla flanqueado por dos hombres de su confianza.

Edora respiró hondo y se concentró en cualquier nimiedad que la tranquilizara y la dejase avanzar en lugar de hacer lo que deseaba: dar media vuelta y huir corriendo.

La capilla estaba decorada con flores blancas gracias al esfuerzo de última hora de Marian y Tamy. Aquel podría haber sido el día con que había soñado toda su vida si no fuera porque unos metros por delante de ella, mientras el brazo enguantado

del rey Alexander la reten a para que no huyera, se encontraba Ronald Kinnon.

Mir en derredor. En el primer banco de la izquierda, sus tres antiguos pretendientes aguantaban el bochornoso espectaculo por orden real. Ellos eran los testigos principales, aquellos que se encargaran de transmitir a sus hombres que ella se habia convertido en la seora de otro clan mediante ese infame matrimonio.

Ronald respir hondo para calmarse. Vio la tristeza en los ojos

de su inminente mujer cuando ella mir a Broderick. El maldito bastardo. Era m s que probable que hubiera gozado de los favores de ella, y esa era una afrenta para la que el rey le hab a prohibido venganza. Que fuera virgen o no carec a de importancia, que entregara dote o no daba igual. Y los sentimientos de los contrayentes? Tampoco importaban.

Alexander era as : sacrific cate por el bien de tu pa s o muere. Deb a admitir que el propio rey lo hab a hecho en innumerables ocasiones. Acaso casarse con la hija del rey ingl

s no era un enorme sacrificio?

Cuando Edora se detuvo a su lado y el rey junt las manos de ambos, algo en su interior se revolvi sin saber exactamente el qu .

Bernard, por su parte, observaba la escena desde el fondo de la peque a capilla, mientras fuera una muchedumbre silenciosa esperaba el inevitable desenlace. La hab a visto entrar como una diosa antigua, soberbia y altiva. Hab a deseado ser l quien le bajara los humos, pero al parecer no tendr a ese privilegio. El hombre que la

esperaba al pie del altar parec a m s que predispuesto a hacer de su futura esposa una mujer sumisa, aunque para ello debiera emplear toda la mano dura que el rey le permitiese.

Hizo una mueca que quer a ser una sonrisa. S , su hermanita tendr a suficiente castigo. Si, tal como intu a, los dos desposados no se profesaban el menor afecto, ser a f cil que se destruyeran entre s . Eso desatar a la ira del rey, pero mientras no fuera dirigida hacia su persona todo saldr a bien.

Se frot las manos con anticipaci

n. Sonri ante las im genes que acud an a su mente, y a n m s le deleitaba la escena que estaba discurriendo ante sus ojos. Ver a Edora derrotada, humillada al casarse con un Kinnon, distaba mucho de ser el fin que l hab a planeado para ella. No obstante, era agradable. Ya era hora de que pagara la osad a de haberle arrebatado el liderazgo del clan. Mir a ambos lados, para despu s fijar la vista en los nicos tres que podr an oponer resistencia al cumplimiento de sus planes, pero ni siquiera ellos ser an un problema por mucho

tiempo.

En ese momento, los pensamientos de Ronald distaban de los de Bernard. Como hab a comprobado al verla avanzar por el pasillo, su futura esposa era la mujer m s hermosa que hubiera visto jam s. Su espesa cabellera negra le ca a en graciosas ondas sobre los hombros para derramarse luego hasta la espigada cintura. Las mejillas estaban sonrosadas y Ronald no quer a imaginarse por qu , quiz la mirada asesina que lanzaba a Alexander durante el trayecto ten a algo que ver.

Sonri para sus adentros: ser a consciente ella de que si las miradas matasen, Escocia se habr a quedado sin rey? Era tan transparente... Ajeno a eso, Alexander sonre a a cada paso, pero ella no.

Edora sinti un escalofr o cuando la mano de Ronald se pos sobre la suya con suavidad. El rey los mir complacido. Ella no se atrevi a apartarse de su contacto y aguant estoicamente a que el sacerdote, con voz clara y vibrante, empezara su plegaria. Los minutos parec an acortarse, jam s pens que casarse

fuera tan rápido.

De pronto, las preguntas de rigor hicieron que volviera a prestar atención al momento. Sintió un leve apretón en su muñeca: la mano de Ronald le llamaba la atención con suavidad mientras él contestaba. Ella lo observó, su anguloso mentón afeitado, el labio inferior ligeramente más carnoso que el otro...

Gimió por dentro al recordar lo que ese hombre era capaz de hacer con su boca. Ser así consciente de que su mano cálida y fuerte le estaba acariciando el pulso?

Enrojeci a n m s.

- S . -Una nica palabra y se entreg para siempre. Unos cautivadores ojos grises la miraron enigm ticos.

La mano de Ronald no se retir , qued en su mu eca como un recordatorio de que l segu a a su lado y seguir a por mucho tiempo. Quiso desaparecer cuando estallaron los gritos de j bilo dentro del recinto sagrado. El motivo era que Ronald la estaba besando.

No fue un beso abrasador como el que le diera en la mazmorra de la

fortaleza. Más bien lo contrario, dulce, casi tierno, pero dominante a la vez. Sintió que su corazón le martilleaba, y aún más cuando él no la dejó apartarse.

Antes de que pudiera darse cuenta, su poderoso brazo la alzó por la cintura impulsándola contra su musculoso cuerpo. Sin comprender por qué sus brazos rodearon el cuello de su esposo, Edora entreabrió los labios y se dejó seducir por un beso que jamás admitiría que había esperado con ansias.

Entonces fue Ronald quien puso

fin a aquella placentera tortura, consciente de que acabar a avergonzando a ambos frente a todo su clan si no paraba.

- Pronto -le susurr al o do.

Ruborizada, Edora camin por el largo pasillo hasta detenerse en la entrada. Frustrada, se dio cuenta de que su esposo permanec a a su lado con una cara de maliciosa satisfacci n. Si Ronald Kinnon odiaba esa boda tanto como ella, no lo parec a en aquel momento.

Fuera de la peque a capilla, una muchedumbre abarrotaba el patio

central. No hubo v tores, excepto por parte de los hombres del rey y su nutrida comitiva, que hab a salido precipitadamente del interior para ver el paseo de los novios hacia el sal n de la fortaleza. En el sal n, los hombres Kinnon permanec an imperturbables y hasta Ronald volvi a su hosquedad, esfumado su buen humor.

Se oblig a fingirse contento cuando tuvieron que recibir las felicitaciones de todos los visitantes ajenos al clan. Los Kinnon eran demasiado orgullosos para aceptar a

una McKenzie como se ora, nada hipcritas como para felicitar a su laird por lo que era una deshonra.

Ya sentados a la mesa, con el rey a su izquierda, Edora seguía a nerviosa. Un pensamiento cruzaba su mente instintivamente cada vez que miraba el mentón alzado y el ceño del hombre que tenía a su izquierda. La noche de bodas sería sin duda el momento más difícil del día.

Sabía a lo que ocurría entre hombres y mujeres, pero ¿qué pasaría entre ellos dos? Su orgullo no le permitía aceptarlo. Había un deseo, y

eso, lejos de reconfortarla, la humillaba.

- Estoy feliz de que todo haya salido tal como deseaba.

La voz del rey la hizo apartar su mirada del bello rostro de su esposo y volverse. No supo qu responder, pues sab a que el monarca siempre consegu a lo que se propon a, ya fuera el castigo ejemplar de alg n noble o la mujer que se convert a en objeto de su capricho m s urgente.

Suspir .

La noche transcurr a entre los toques humor sticos del juglar real y

sus bellas baladas. Los bailes se hab an sucedido toda la tarde y ahora, entrada la noche, las parejas segu an saltando y girando jubilosamente.

Ronald hab a bailado con ella una sola vez, siguiendo una orden velada del rey de Escocia. l hab a obedecido a rega adientes.

Pase la vista por el sal n; algunas mujeres llevaban los mantos t picos, pero los vestidos parec an ostentosos y un derroche. Edora no tard en sentir disgusto por cuanto la rodeaba. Ronald bailaba alegremente con una mujer de la corte cuyas joyas

relucían más que su sonrisa de dientes torcidos, pero él no parecía reparar en sus defectos, atraído por las dos voluminosas virtudes que tenía ante sus ojos. Sin ánimo de seguir allí, Edora salió al exterior. Observó a varios guardias en las murallas y luego se quedó mirando las estrellas, alejada de todo y de todos, o eso creía.

- Se ora.

La conocida voz le hizo dar un respingo y se volvió.

- Broderick.

El corazón le dio un vuelco de

emocion. Todo habría sido muy diferente si aquel hubiera sido el día en que se desposaba con el hombre que le tendía la mano. Cuando sola iba a sentirse sin la presencia tranquilizadora de sus hombres. Ahora viviendo en la casa Kinnon, los peligros serían constantes y no habría ningún hombre deseoso de protegerla.

- Oh, Broderick, no quiero estar aquí.

Él no respondió, parecía pensativo.

Miró las estrellas en el

despejado cielo. La noche era c lida y la media luna iluminaba las murallas como si fuera llena. Sobre el parapeto, tres guardias hac an la ronda ajenos a ellos.

- Broderick -insisti ella apoy ndose contra la fr a piedra y observando el paisaje circundante, de espaldas al hombre-. Qu va a ser de m ?

- No tienes que aceptar esto.

- Ya estoy casada.

Se dio la vuelta tan r pido que casi choc contra el musculoso pecho de Broderick. l retrocedi un paso y

ella agach la cabeza, triste.

- No s qu voy a hacer sin vosotros, jam s me aceptar n y tampoco s si quiero sentirme aceptada.

l la entend a perfectamente y sufr a por ella. Con Bernard tan cerca ten a problemas m s serios que atender.

- He hablado con los dem s. Podr amos sacarte de aqu ... y hacer que Bernard desapareciera...

- Broderick! -exclam sorprendida, y se apart de l-. No pod is hacer algo as . Te has vuelto loco?

Si él se sintió dolido, no lo demostró. Amaba a Edora, no como a una mujer, sino como a una líder fuerte y a la vez misericordiosa, capaz de sacrificarse por el bien de su clan, y en aquellos momentos era lo que los McKenzie necesitaban.

El bastardo de Bernard sobraba. Qué diferente era ese miserable. No haría más que dilapidar los escasos recursos que poseían y, sobre todo, vengarse de quienes se habían opuesto a su liderazgo, que eran los guerreros más fieles a Edora.

- Robert y Duncan están de

acuerdo. No puedes permitir que quedemos a merced de Bernard.

- El rey ha sido claro. Queris morir decapitados? Que se confisquen nuestras tierras y nos anexionen a los Kinnon? No podis tocar a mi hermano, ni siquiera desairar a Ronald.

- No ser a eso preferible que morir a manos de Bernard? Nos rebelaremos -sentenci .

- No lo haris.

El highlander la agarr del brazo y la acerc a l. Ella not su firme torso contra los pechos, su aliento c lido

en la mejilla, y a pesar del dolor en el brazo no sinti miedo de aquel que hab a jurado protegerla hasta la muerte. Sus fr os ojos negros, bajo aquella noche estrellada, podr an hacer temblar de pavor al m s valiente, pero a ella no. Lo conoc a demasiado bien. Su apuesto y noble Broderick.

- Es una orden, acatar is las rdenes del rey, y yo... -vacil antes de decirlo-yo intentar adaptarme y convencer a Ronald de que forme una alianza s lida con nuestro clan.

- Nuestro clan, se ora de los

Kinnon?

Le solt el brazo y ella tuvo que retroceder un paso para recuperar el equilibrio; sus palabras le dolieron m s que un golpe. Fue a acercarse de nuevo para convencerlo, pero una poderosa mano la cogi del otro brazo apart ndola del guerrero McKenzie.

- Ronald... -boque dando un respingo.

Los dos hombres se miraron como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

A pesar de la escasa luz, Edora distingui perfectamente la vena

palpitante en el cuello de su esposo. Se sintió desfallecer cuando se percató de que estaba apretando los puños, conteniéndose para no lanzarse contra Broderick. Por su parte, este no parecía tan imperturbable como de costumbre, las preocupaciones causadas por el porvenir del clan hacían que estuviera de muy mal humor y se le traslucía en el rostro.

- Buenas noches -dijo Ronald con voz forzada-. Creo que no es de muy buena educación apartar a la novia del lado de su esposo el día de su boda.

Hubo un largo silencio hasta que Edora consigui deshacerse de la mano que atenazaba su brazo.

- Nada m s lejos de mi intenci n.
-Edora sab a que esas palabras pronunciadas por Broderick eran como golpes secos en su est mago-. Solo quer a desearle felicidad a nuestra antigua se ora; al parecer ya es toda una Kinnon.

Ella agach la cabeza y parpade vivamente para librarse de las lgrimas. El dolor era casi insoportable. Lo vio alejarse, pero de pronto la alta figura de Ronald

Kinnon se situ frente a ella cubriendo todo su campo de visi n.

- As que aqu es donde te escondes en nuestra noche de bodas.

- Yo no me escondo -replic ofendida-. Y a n falta mucho...

- No falta tanto -la cort . Una sonrisa mal vola se dibuj en sus labios y Edora supo que pretend a intimidarla-. Es m s, me siento tentado de mandar al infierno a toda la corte y al mism simo rey para poder llevarte en brazos al lugar donde vas a pasar las noches en adelante.

El dedo índice de Ronald se deslizó a lo largo de su garganta hasta el nacimiento de sus pechos. Ambos aspiraron con fuerza pero fue ella quien le dio un manotazo y retrocedió un paso.

- Eso suena a traición -le espetó sin amedrentarse.

- Pues a mí me ha sonado de maravilla -repuso él.

- Eres un bárbaro.

- Y tú una arpía, pero eso no me va a impedir el placer de obligarte a cumplir con tus deberes conyugales.

La ira se apoderó de Edora e

intent darle una bofetada pero, naturalmente, los reflejos de ese hombre estaban muy bien entrenados para siquiera lograr rozarlo. Ronald le atrap la mano y la estruj en un puo.

- Su ltame.

l no lo hizo, pero afloj la presi n cuando vio que sus gr ciles dedos se estaban poniendo morados. Y a continuaci n con la otra mano empez a acariciarle uno por uno los dedos. Ella se estremeci involuntariamente y solt una maldici n.

- Decidme, tembl is as cuando

Broderick os toca? -pregunt con sorna.

- Maldito seas.

Edora dio un fuerte tir n para liberar la mano, pero aun as le fue imposible. Ronald era demasiado fuerte para ella, ten a que admitirlo.

- Broderick no me toca -dijo exasperada.

- Ni te tocar jam s.

Si Edora hac a caso a la determinaci n que vio en aquellos ojos, deb a ceder y aceptar ese hecho. Jam s nadie la tocar a sin el permiso de ese hombre, porque nadie

ser a tan est pido como para provocar la ira que ard a en sus ojos grises. Pero eso no significaba que deb a dejar traslucir su debilidad. Su arrogancia provocaba a su lengua.

- Pareces muy seguro.

- Lo estoy -dijo l con una sonrisa ladeada.

Sus perfectos dientes blancos asomaron entre sus labios. El gris intenso de sus ojos la hipnotiz de tal forma que no repar en que l hab a dejado de ejercer presi n contra sus dedos. Ahora simplemente le sosten a la mano con la palma abierta,

esperando divertido a que ella se diera cuenta de que era libre. Cuando por fin lo hizo, sus mejillas se ruborizaron. Apartó la mano como si quemara y se enfureció ante la voz ronca del hombre.

- No pretender s decirme con qui n puedo o no puedo hablar -le advirti dispuesta a zanjar el asunto.

Le enarcó una ceja sin perder el humor. Le gustaba fastidiarla, a tal punto que había olvidado cuánto detestaba verla junto a otros hombres.

- Lo lamento, pero es uno de

mis privilegios como marido. -Mir su rostro ruborizado y baj la vista hacia su prominente busto-. Aunque no se me olvida que tengo otros.

- C mo te atreves? -Levant la mano para volver a intentar abofetearlo, pero para l fue un juego de ni os atraparla de nuevo.

Esta vez se llev la palma a los labios y la bes sin dejar de devorarla con la mirada.

- Me atrevo porque ser s m a. - Su ment n se tens al pronunciar aquellas palabras y todo humor en sus ojos fue sustituido por la frialdad

de los celos-. Mejor dicho, ya eres mía. No pienso compartirte antes de la noche de boda, ni después.

Sus labios se apartaron bruscamente de la palma abierta y la soltó con brusquedad.

- ¿Así que no piensas compartirme. ¿Y cómo vas a lograrlo?

Ronald la sujetó por los hombros con más rudeza de lo que pretendía. La atrajo hacia sí y ella notó el olor a vino de su aliento. De pronto jadeó por la sorpresa cuando, sin advertirlo, los labios de él descendieron sobre su boca.

La bes con ansias, no fue tierno, y lo peor es que a ella no le import . Cuando sinti su lengua acariciarle los labios, abri la boca instintivamente y sali a su encuentro. Le rodee el cuello con los brazos.

Las manos de Ronald bajaron de sus hombros a su espalda, y la estrech contra s al notar que ella inclinaba todo su peso contra su musculoso pecho. Sus sentidos le dec an cu nto pod a llegar a perderse en esa boca. Cada instante que pasaba la deseaba m s. Su lengua empuj nuevamente para saborearla. Oy un

gemido gutural sin ser consciente de que salía de su propia garganta. Esa mujer sabía besar, sabía exactamente lo que quería a un hombre de ella. Ese pensamiento hizo que la soltara. Cuántos hombres habrán pasado por su cama? Se dijo que no le importaba, pero solo era una manera de ignorar algo que crecía en su interior, algo muy parecido a los celos.

- Sube a mi habitación -ordenó en un susurro apretándole un brazo.

A Edora no le sorprendió esa orden, pero no tenía la más mínima intención de cumplirla.

- Ni hablar.

Entonces fueron dos manos que apretaban sus brazos alz ndola de puntillas y recost ndola contra l.

- Ir is al sal n a despediros del rey, y luego Tamy os acompa ar a mi alcoba. Pobre de vos que me dej is en rid culo esta noche.

Ella fue consciente del cambio en su tono y su tratamiento: la confianza e intimidad hab an desaparecido.

- En rid culo? En rid culo ya est is!

Ronald malinterpret sus

palabras. Busc herirla cuando escupi su veneno:

- Poco me importa con cuantos hombres hay is yacido, se ora. Nadie osar decirme jam s que mi esposa fue una ramera.

- C mo te atreves?

Trat de darle una bofetada, pero l volvi a atraparle los dedos y los apret sin compasi n.

- No me obligu is a castigaros.

- Golpeadme, adelante. -Alz el ment n desafiante-. Dadme una excusa para acudir al rey a pedir vuestra cabeza.

- Har algo mejor que eso. -Una mala sonrisa apareció en su rostro-. Disfrutar de cada instante de vuestro sometimiento. Veremos si seguís tan altiva después de que haya acabado con vos.

Ella sabía a lo que se refería. El momento de ir a la cama estaba demasiado cerca como para no temerlo.

Iba a replicar algo mordaz, pero se quedó con la palabra en la boca, algo frecuente cuando discutía con él, pues Ronald se dio la vuelta y se alejó.

.

- Os doy hasta el próximo baile para entrar -le dijo sin volver la cabeza.

Quer a lanzarle algo, una piedra para aplastarle la cabeza o destrozarle el ment n con ese hoyuelo tan endiabladamente seductor. Pero no vio nada que le sirviera a tal efecto, as que solo pudo patear el suelo con rabia.

- Te odio, maldito Kinnon.

Sus palabras se perdieron en la noche. Ronald ya hab a desaparecido por la puerta que daba al interior. Edora se qued mir ndola, y las

piernas le flaquearon al pensar en lo que la noche iba a depararle.

Apoyó la espalda contra la fría pared y miró al cielo intentando tragarse su rabia y su tristeza, pero no debía desfallecer, ella era una McKenzie, y por mucho que dijera el rey, no iba a dejarse vencer por ese hombre. Carraspeó y respiró hondo hasta sosegar-se. Con paso decidido, volvió al salón, pero prefirió quedarse unos momentos en un rincón, lejos de la caldeada chimenea donde el rey y su esposa esperaban su comparecencia.

No estaba preparada. A n no.

Parcialmente oculta por un tapiz, contemplaba la escena. El bullicio acompañaba la velada de aquellos amantes de los festejos. Buscando con la mirada los colores McKenzie, no tardó en localizar a Broderick, junto a Robert y Duncan. En cambio, no lograba divisar a su hermano; suspiró agradecida, con un poco de suerte ya se habría marchado.

Sentía náuseas. Su padre debería de estar retorciéndose en su tumba. Bernard había vuelto mostrando mayor crueldad que antes, su sed de

venganza se hab a incrementado con la verg enza de ser desplazado por una mujer.

- Malditos hombres y su orgullo
-mascull .

- S -dijo una voz a su espalda-.
No debiste hacer semejante marca en el torso de tu nuevo amo y se or.

Se agarr al tapiz pero lo solt de inmediato temiendo que le cayera encima. La voz de Bernard le provoc un ataque de p nico que se apresur a disimular.

All estaba, despu s de todo.

- Bernard.

- El mismo en persona, querida hermana. -Hizo una sutil reverencia y la escrutó de arriba abajo, como quien evalúa a un caballo viejo y desdentado para su posible compra-. Has cambiado, hermanita, no me extraña que mis hombres te siguieran -dijo con tono despectivo-. Con lo que tienes entre las piernas puedes encandilar a tu esposo y persuadirlo para que no te encierre en su torre y tire la llave.

Cuanto lo odiaba. Cada poro de su piel rezumaba odio contra ese hombre. Pero al punto se reprendió :

era pecado sentir aquello contra los de su propia sangre. Sin embargo, para ella era inevitable.

- Mis hombres no me seguían por eso -le informó con desprecio-; ya te darás cuenta.

- No te preocupes, tengo otros muchos para que me obedezcan.

Se percató tarde de que su hermano estaba demasiado cerca. Cuando su mano le aferró la garganta, el miedo la paralizó.

- Bernard...

- Edora, me las pagarás. Puede que ahora no, porque por mucho que

lo desprecies, tu nuevo marido es lo nico que te salva de ser desmembrada. Pero llegar el d a -la amenaza mientras su rostro enrojec a por la falta de aire-. Aunque est s bajo las faldas del rey y las de tu maldito esposo, llegar el d a.

Le solt el cuello y la empuj hasta que su cabeza golpe la pared.

- Maldito seas.

- No, maldita pareces estar t . -

Una sonrisa burlona apareci en su bello rostro-. Ve y disfruta de tu marido, espero que te resulte tan desagradable como para alegrarme la

noche.

Ella lo mir furiosa; a pesar del miedo se ve a capaz de abalanzarse sobre l y golpearlo, pero la perspicaz Tamy apareci a su lado.

- Ya ha llegado la hora, se ora. -
La anciana no sonre a como era habitual y su expresi n contrast con la alegr a que Bernard dej entrever.

- Que pases buena noche, hermanita, seguro que la disfrutar s tanto como te mereces.

Edora lo vio adentrarse entre el gent o y ponerse a bailar con una bella joven de la corte. Pens que la

vida era muy injusta.

- No le hagas caso, mi Ronald te tratará bien. De lo contrario, lo castraré.

Imaginarse a aquella menuda mujer, delgada y de puro nervio enfrentarse al torrone que era su bisnieto, la hizo sonreír y así liberar la tensión que sentía en el cuerpo.

- Gracias, Tamy.

- De nada! Afilar mi daga favorita.

- Para castrarlo?

La anciana frunció el ceño y pareció vacilar.

- A qui n? -Ech una mirada significativa a Bernard all en la pista.

Edora supo que Tamy hab a advertido la animadversi n que se profesaban pese a ser hermanos.

Era una l stima que el rey estuviera tan ciego y no previera que pod a estar jugando con fuego al darle tanto poder a ese hombre. Ella no era la nica que no aceptaba a Bernard como se or, Broderick lo hab a dicho abiertamente y tem a por sus hombres, m s que por su propia vida.

- Vamos, es tarde.

Se dej llevar hacia la chimenea para despedirse del rey, el cual la bendijo. "Me bendice y me echa al foso de los leones", gru ella para sus adentros.

Mientras avanzaban por el sal n tuvo que aguantar un rosario de buenas intenciones, bromas obscenas y unas g lidas miradas procedentes de las fr as mujeres Kinnon. Los hombres al menos se hab an relajado con la ingesta de buen whisky escoc s.

Tamy se neg a pararse y, llev

ndola cari osamente de la mano, la condujo escaleras arriba. Edora no apartaba la mirada de Ronald. Sus ojos se encontraron y tropez tontamente con un escal n. "Ya no falta tanto." Las palabras de su marido resonaban en su cabeza y volvi a enfadarse con Tamy.

- Me has vendido -murmur a la anciana al llegar a la habitaci n de Ronald.

- No veas en ello un infierno, ma ana volveremos a hablar y ya ver s...

- No ver nada! Tendr mucha

suerte si vuelvo a ver la luz del sol.

Tamy dej de hacerle caso, la joven estaba asustada, pero qu doncella no lo estar a con semejante hombre a punto de aplastarla, desnuda, sobre una cama.

- Ser un infierno -dijo Edora sin reparos.

- O como tocar el cielo.

Unos golpes en la puerta precedieron la entrada de Marian, que apareci radiante en la habitaci n, con las mejillas sonrosadas armonizando con su pelo rojizo.

Edora la mir con el entrecejo

fruncido.

- Es agradable yacer con un hombre, de lo contrario Marian no tendr a tan buen aspecto -coment la anciana.

Edora apret los labios mientras la muchacha balbuceaba algo ininteligible. Finalmente opt por sonre r a su se ora y dejar la ropa de cama a su alcance.

Resignada, se dej desvestir. El fino camis n que estaba sobre la cama pronto adorn su cuerpo. No pod a decir que Tamy no se esforzara por tranquilizarla, pero a pesar de la

ayuda de ambas mujeres, era incapaz de calmar sus nervios.

- Ya viene.

El fino o do de Tamy advirti que los hombres se acercaban por el corredor.

- Meteos en la cama -dijo Marian sonriendo.

Pero Edora no fue lo suficientemente r pida. La muchacha agit su hermosa cabellera rojiza cuando fue a abrir la puerta, dejando entrar a Ronald. Los hombres a sus espaldas se esforzaron por asomar la cabeza y ver a la novia apenas

vestida.

- Vamos, vamos, buscaremos una esposa. A esta no puedes mirarla siquiera -Tamy se acercó a la puerta entreabierta haciendo aspavientos con los brazos. Salí al corredor bloqueando la puerta y me volví hacia Ronald:- Y tú, esfuerzate un poco, no seas como tu padre -Y cerré la puerta antes de que él pudiera responder.

Ronald pens que no era lo mismo besar a aquella mujer estando furioso que intentar seducirla cuando no hab a provocaci n previa. No obstante, aquella era su noche de bodas y pensaba disfrutarla. C mo no hacerlo con una mujer como la suya.

La antigua se ora McKenzie pod a ser muchas cosas, puede que una v bora insufrible o una arp a sin coraz n, pero nadie pod a negar que era toda una belleza. Lo enardec a como jam s ninguna otra lo hab a

conseguido.

Los postigos estaban cerrados pero la chimenea irradiaba suficiente luz para verla ntidamente. El fino camis n blanco lo animaba a imaginar qu habr a debajo. Sus pechos eran plenos y su cintura tan estrecha que se mor a de ganas de comprobar si podr a abarcarla entre sus manos. Sus caderas le fascinaban, se ve a acarici ndolas hasta hacerla gemir de placer mientras se dejaba llevar hundiendo el rostro en su cuello y aspirando su aroma. Oh, su aroma. Respir hondo

mientras apartaba por un instante la mirada de su cuerpo. La fantasía le proporcionó una erección casi completa y tuvo que darse la vuelta para no avergonzarse.

- M tete en la cama.

No dijo nada más. Prefería esperar y saborear aquel momento de expectación. Quedaba mucha noche por delante, pero la actitud de ella le hizo replantearse si deseaba ser tierno o no con quien ya era su esposa.

Volvió la cabeza y la observó por encima del hombro. La vio apartar el

fino manto Kinnon que cubra a la cama. Respiraba hondo mientras miraba el entramado del dibujo. Estaba claro que a su esposa, y por tanto la señora Kinnon, no le agradaban sus nuevos colores.

Ronald enarcó una ceja al verla esbozar una mueca de disgusto. Tras meterse entre las sábanas, ella dio dos vigorosas patadas haciendo que la manta quedara enmarcada a sus pies, y luego se cubrió hasta la barbilla con la sábana. Bufó para sus adentros al escuchar la carcajada burlona de su indeseado esposo.

No, lady Kinnon no amaba su nuevo clan, desde luego que no. Pero eso no significaba que l no pudiera amar su cuerpo aquella noche y las siguientes.

Edora aparent no hacer el menor caso de la carcajada de su marido. Deb a ser fuerte, era consciente de que se burlar a de ella. Lo hab a dejado claro en el jard n, no pensaba ser tierno, ni proporcionarle placer alguno tal como aseguraban Tamy y Marian, simplemente quer a humillarla, demostrarle que l mandaba en sus dominios y por

consiguiente sobre todos los que vivan en ellos.

Y pensar que hac a escasas horas hab a jurado amarle y respetarle...

Amarle y respetarle. Ja! Clavarle un pu al y arrancarle su negro coraz n hubiera sido mejor promesa.

Estaba nerviosa, pens Ronald, sus nudillos se hab an puesto blancos de aferrar la s bana con fuerza. Se sent a su lado y Edora relaj los dedos. Se inclin sobre ella. Pretend a darle tiempo para que se

acostumbrara a su proximidad y sintiera deseos de colaborar. Le acarici un hombro introduciendo un dedo bajo el fino camis n.

Aquella caricia la hizo reaccionar m s vivamente de lo que ella cre a posible. Jade involuntariamente y se enfureci consigo misma. Para acallar el deseo decidi atacar.

- No me toquis -le espet con sequedad.

Su esposo permaneci impasible mientras ella se levantaba de la cama y se alejaba de l.

Edora apoyó la espalda contra la pared, cerca de la ventana. Abajo seguía el bullicio y la fiesta, mientras ella tenía que enfrentarse con su esposo en el dormitorio. Puede que él fuera físicamente perfecto, con el torso parcialmente desnudo y su kilt de suaves pliegues, pero ella no tenía por qué sucumbir a sus encantos sin poner resistencia.

Alzó el mentón en señal de desafío, pero Ronald la miró sin expresión alguna. No sabía si aquello era divertido o si debería ponerse furioso. Al final sonrió muy a su

pesar. Edora era una mujer apasionada, y si l consegu a encender ese fuego y hacerla olvidar que lo aborrec a, podr a ser una noche inolvidable.

- No tienes por qu temerme, Edora -dijo con una sonrisa ladeada que ella interpret como una burla-. Te facilitar nuestra primera vez. Acaso el deseo no es algo que anida entre nosotros desde que nos conocimos?

Ella ahog un grito.

- Cerdo presuntuoso -sise casi en un susurro, pero l la escuch .

Hab a dado en la llaga. Pero si cre a que por ese motivo iba a ser una esposa sumisa, es que no la conoc a. Busc la manera de herirle porque era la nica forma de salvar su orgullo hecho trizas. Pero l fue m s r pido. Antes de que pudiera pronunciar una palabra m s, Ronald salt de la cama y se abalanz sobre ella. Le agarr las mu ecas y las aprision entre la espalda de ella y la pared.

Edora sinti el firme torso de l apretarse contra ella, apenas cubierto por su kilt. Sus botas hab an

desaparecido y para su sorpresa vio como dejaba caer su magnifico broche de plata para que la prenda que lucia siguiera el mismo camino.

- No.

Su negativa fue para l solo un divertido aliciente para seguir escandalizandola.

- De verdad que no? No quieres ver si todos los hombres somos iguales?

Ella jade indignada.

El tart n de su esposo no cay al suelo, sigui anudado a su cintura aun despues de alzarla contra la pared de

piedra y situarse entre sus muslos.

- Te odio -le espet Edora.

l sonri contra su cuello mientras iba deslizando su spera mano entre sus muslos. El camis n dejaba sus piernas completamente expuestas. Ronald se inclin m s sobre ella para dejarla sin aliento. El camis n se arremolin en su cintura, dejando sus piernas expuestas. Ronald se apret todav a m s contra ella, para dejarla sin aliento. Le dio un beso largo y profundo, para que no pudiera protestar.

Sab a que era consciente de su

erecci n apret ndose contra ella. Quiz se sintiera inc moda o atemorizada. Por extra o que le pareciera, este ltimo pensamiento no lo divirti . La prefer a furiosa, deliciosamente bien dispuesta y no aterrada por lo que l pudiera hacerle. Interrumpi el beso que ella empezaba a devolverle.

- Despu s de que te haga m a, se intensificar tu odio o volver s suplicante por m s?

Edora se resisti tir ndole del pelo hacia atr s. Ronald gru por el inesperado dolor pero resisti sin apartarse. Sus bocas apenas estaban

separadas por un aliento. Ronald cerr los ojos esperando un beso que no lleg .

Para Edora, ese hombre era insufrible, presuntuoso y tan seguro de s mismo que sinti la necesidad de herirlo.

- Acaso crees que me he reservado para ti? -pregunt con los dientes apretados-. Pues debes saber que he tenido que acostarme con la mayor a de los hombres McKenzie para asegurarme su obediencia -minti .

Intent deshacerse de su abrazo,

en vano.

Ronald se quedó quieto y por un momento dejó entrever un sentimiento en su mirada: dolor. Pero se apresuró a volverse tan frío y distante como siempre.

- Y crees que así te ganarás la vida?
-preguntó contra su cuello.

- Puedes estar seguro de ello.

El gruñido. Si había algo que odiaba más que el deseo que le despertaba aquella mujer, era que ella se diera cuenta del poder que ejercía sobre él. Sin darle tiempo a reaccionar, retrocedió unos pasos llevándola en

brazos y la tumbó en la cama.

El kilt cayó al suelo mientras las manos de él volvían a subir el camisón a la altura del vientre. No se molestó en desvestirla, le bastó con exponerla lo suficiente para que ambos cuerpos se tocaran.

Edora no protestó, se quedó quieta intentando convencerse de que no había otra manera de hacer las cosas. Por alguna absurda razón creía que si él no era amable con ella conseguiría dominar su propio deseo y salvar algo de orgullo. Por su parte, Ronald estaba muy lejos de

poder pensar. Loco de deseo, nada le importaba aparte de poseer a Edora. Le dar a aquello que la enloquecer a. Su miembro no era peque o ni delgado, y su habilidad para manejarlo vigorosamente hac a que las mujeres que visitaban su lecho se retorcieran de placer. Se jur que con Edora no ser a distinto.

Movi las caderas con determinaci n en fuertes embestidas hasta deslizarse en su interior.

Abri los ojos, enmudecido por la sorpresa.

Ella no hab a gritado, pero vio

como las lágrimas acudían a sus ojos.

- Por qué me has mentado? -
preguntó él.

Ella meneó la cabeza sollozando.

- Cre que no te darás cuenta.

- Oh, ni se te ocurra.

Las manos que sujetaban las muñecas de su esposa sobre su cabeza se deslizaron por los brazos hasta apoyarse en el colchón. Ronald cerró los ojos e intentó calmar el deseo que le quemaba las entrañas. Como era posible que lo hubiera hecho tan mal?

Se quedó tendido sobre ella inmóvil.

vil mientras su corazón se calmaba. Le miró los ojos vidriosos y su deseo pareció morir por un instante. No había creído que se acostara con los hombres de su clan para conseguir el poder, pero sí que tuviera amantes. Como no hacerlo si esa mujer tenía un cuerpo perfecto para hacer el amor.

Había interpretado sus palabras como un intento de herir su orgullo. No había imaginado que su mentira fuera aun mayor: ella era virgen, y él un desalmado sin tacto. Otro pensamiento acudió a su mente: Broderick no la había tocado... De

pronto se sinti tan arrogantemente complacido que la culpabilidad renaci en su conciencia.

Se movi nuevamente en su interior, esta vez de manera m s delicada, pero ella segu a sufriendo. No estaba preparada y l lo sab a. Cmo estarlo si no la hab a besado amorosamente, si no la hab a acariciado ni tocado con delicadeza, como le hubiera gustado, si no hab a acariciado ni tocado su piel m s all de las mu ecas.

Ronald apret los dientes. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de

voluntad para apartarse de ella. Salió de la cama y se alejó, dejándola allí tendida.

Edora miró al techo.

Eso era todo? Ah acababa su noche de bodas? Se sintió desconcertada. De pronto las lágrimas volvieron a sus ojos. Jamás sería feliz allí, nunca encontraría la paz con ese hombre.

Se sobresaltó al notar algo frío y el miedo entre los muslos. Ronald se había acercado y con un paño limpió la sangre que su virginidad perdida había vertido sobre las sábanas blancas.

- No... -gimi , apenas en un susurro-, ya puedo hacerlo yo.

l dej el trozo de tela en sus manos. Edora se incorpor sent ndose en la cama.

Cuando hubo terminado, Ronald volvi a coger el pa o y fue a depositarlo en el recipiente con agua tibia que Tamy hab a dejado all para ella. Apoy las manos sobre la superficie de madera e intent serenarse.

Lo hab a hecho todo mal y su actitud beligerante no arreglar a las cosas.

Tamy hab a sido clara con l: si quer a que aquello saliera bien tendr a que poner algo de su parte y olvidar que alguna vez hab an sido enemigos. Ahora, ella era su esposa y deb a facilitarle las cosas para que se acostumbrara a l. Y era obvio que no solo se refer a a la cama.

Al mirarla la encontr arropada con la manta, la misma que tan desde osamente hab a arrojado a sus pies para evitar su contacto. Los colores del laird la cubr an de pies a cabeza. Estaba sentada con las piernas cruzadas y lo miraba sin atisbo de

hostilidad. Su expresi n era m s bien triste, o a n peor, de decepci n. Con toda seguridad, estaba intentando saber qu ocurrir a a continuaci n.

Se sent a dolorida y algo confusa, Ronald deber a sentirse complacido por ser el primero, y sin embargo distaba mucho de estar de buen humor. Edora ten a un nudo en la garganta; por culpa de una est pida marca se ve a sometida a todo aquello, y esa solo era la primera de un sinf n de largas noches.

l la contempl largo rato hasta que decidi acercarse otra vez al

lecho.

Estaba hermosa, la manta cubría a sus pechos pero dejaba ver la blanca piel de sus hombros, pues la camisola se había deslizado sobre estos. Su espesa cabellera negra se derramaba sobre su espalda y él deseaba acariciarla a placer, sin la censura de aquellos ojos.

- Eres hermosa -dijo sin pensar.

Ella se encogió, como si no se esperara aquel comentario y sin saber cómo tomarlo.

- Yo... tú... -balbuceó incómoda, y pase la mirada a lo largo de aquel

desnudo cuerpo masculino.

Le encarrucó una ceja. Él tampoco había caído a sus pies y casi no se había dado cuenta. Sonrió levemente al recordar entonces que ella ya lo había visto el día que la trajo a la fortaleza Kinnon por primera vez.

Edora no podía apartar la mirada de su marido, que poseía un cuerpo impresionante: sus abdominales se marcaban sobre su vientre húmedo por el sudor. Lo miró de reojo, vergonzosamente consciente de por qué Tamy había insistido en que esa noche podría ser

memorable. Pero no lo fue. Edora se sent a como si le faltara algo.

Aquello no deb a haber acabado as , y sin embargo suspir algo aliviada, al menos no hab a sido tan horrible como algunas damas de la corte le hab an asegurado esa misma tarde entre risas.

Ciertamente hab a sangre, pero ning n dolor que no pudiera soportar.

Ahora s ya estaban en paz, verdad?

Lo mir a los ojos, de un gris profundo y maravillosamente c lido. Eran asombrosas las emociones que

podían transmitir, y a pesar de todos sus increíbles atributos su pelo era lo que más deseaba acariciar. De un tono meloso oscuro, con reflejos dorados y pequeñas trenzas cayéndole sobre los hombros, enmarcando su cara suavemente y a la vez dándole un aire de depredador.

La cama crujió bajo el peso de Ronald cuando se acostó a su lado. Titubeante, le quitó el camisón, para luego coger la sábana y cubrir su desnudez.

La situación era incómoda, pero por lo menos ninguno de los dos hab

a vuelto a gritar ni a llorar.

Edora suspiró . Se sentó a muy sola. Lo miró de reojo y vio el gris de sus ojos clavado en ella; al parecer, él tampoco podía fingir que se encontraba solo en aquella enorme cama nupcial.

- Has terminado? -Edora tragó saliva al hacer la pregunta.

Él entendió a qué se refería a su esposa.

Hubo unos momentos de incómodo silencio. Al pensar que él no contestaría, ella insistió :

- Es así la noche de bodas?

El deseo inflam de nuevo a Ronald, que se apresuró a cubrirse mejor para no asustarla. Se volvió sobre su costado izquierdo para contemplarla.

- Tmbate. -Su tono amable suavizó la orden, pero Edora sabía que era exactamente eso, una orden.

Se había cansado de pelear, así que apretó los puños contra el pecho y se deslizó hasta quedar de espaldas. A continuación se mordió el labio inferior, rogando no sufrir las pavorosas sensaciones descritas por las mujeres de la corte.

Al ver que miraba el techo, Ronald alargó la mano bajo las sábanas. Buscó el cuerpo desnudo de su esposa hasta tenerla otra vez como lo quería.

Le abrió las piernas con una rodilla y se situó sobre ella.

- Esta vez lo haremos despacio.

Ella se tensó temiendo que lo volviera a hundirse en su cuerpo sin contemplaciones, pero no fue así. Ronald le dio tiempo para que se adaptara a cada sensación que le provocaba su contacto.

El vello del pecho y las piernas

le hac an cosquillas y el calor de su abdomen era placentero. Trag saliva e intent permanecer quieta, esperando que tomara la iniciativa, pues ella no sab a qu hacer.

Apoyado sobre los codos, Ronald descendi lentamente para besarle los labios, y ella los abri para l. Aquello s era agradable. Era una sensaci n que ya conoc a de antes, la misma que Ronald le provocaba cada vez que se acercaba a ella con intenciones lascivas. Gimi cuando la lengua se introdujo en su boca.

S , besar a Ronald siempre era agradable, estuviera enfadada o no.

Sus manos se posaron sobre los hombros de l y los acarici insistentemente hasta que lo apret m s contra ella, haciendo que la cubriera completamente. Era una delicia sentir aquellas manos speras recorrer sus caderas hasta la sensible cara interior de los muslos. La acarici con suavidad para que se relajara.

Edora enarc su espalda buscando su contacto.

Ronald estaba completamente excitado y ella lo notaba, pero lejos

de sentir miedo o rechazo, los besos y las caricias de sus manos la hacían desear aquello que instantes antes le había resultado desagradable.

Llegó el turno de ella para acariciarlo.

Movió las manos sobre la musculosa espalda, haciéndolo jadear contra su cuello cuando lo estrechó contra ella dejándole marcas de media luna con sus uñas.

- Edora, no tan rápido -pidió al agarrándole las muñecas.

Era consciente de que a ambos les faltaba el aliento. Ella no sintió

miedo ni enfado cuando l volvi a besarla profundamente y la penetr , esta vez con exquisita suavidad. Grit pero no a causa del dolor. Se sinti plena, maravillosamente plena por ese hombre que segu a atorment ndola con sus caricias. Sus manos la recorr an de los pechos al vientre, y hasta m s abajo, un lugar donde nadie la hab a tocado antes.

Ronald quer a ir despacio, compensarla por su brusquedad anterior, pero fue incapaz de llevar a cabo sus prop sitos. Cada vez que ella se arqueaba y gem a, su

autodominio se resquebrajaba un poquito más, alentándolo a acelerar el ritmo.

Se senta tan extraamente bien... Lo apretó contra su cuerpo mientras él se movía vivamente sobre ella. Sus manos lo incitaron, haciendo aumentar su placer hasta que apenas pudo respirar.

Ronald hizo otro tanto con ella, sus pechos eran algo exquisito que valía la pena saborear. Los lamió y succión consiguiendo que ella se arqueara y gimiera buscando más. Las esbeltas piernas rodeaban su cintura,

invitándolo a seguir. Sus jadeos lo enardecían. Sea lo que fuere que había pensado sobre hacer el amor con aquella mujer, se equivocaba totalmente: era mucho mejor de cuanto creyera posible.

- Mujer, yo... - Volvi a apoyar su peso sobre los codos sin perder el ritmo.

La miró a los ojos de un profundo castaño oscuro, brillantes y tan hermosos como su rostro.

Cuando la vio cerrar los ojos presa del primer espasmo, se olvidó de cuanto quería decir.

Apret con más fuerza sus nalgas para penetrarla más profundamente. La vio abrir los ojos de nuevo tras sentir que él acariciaba su herida, la marca imborrable que le había hecho y que ahora tocaba con tanta pasión con sus manos. Ronald no parecía advertirlo en un principio, pero al final supo qué significaba esa mirada: ahora era ella quien acariciaba la marca en su pecho izquierdo. Dos marcas imborrables para dos personas que parecen olvidar quienes eran entre las sábanas.

La pasión volvió a crecer entre

ambos. Se besaron con avidez y sus lenguas no parecían saciarse.

Ella se abrazó a él, dejando que la tensión acumulada en su vientre estallara. Gritó tan alto que Ronald sonrió imaginándose las risas de sus hombres en el salón al escucharla.

Esa mujer era una delicia, un tesoro que valía la pena conservar sobre todas las cosas.

Cuando las últimas oleadas la sacudieron, Ronald seguía moviéndose en su interior. De pronto le dio la vuelta, dejándola boca abajo.

Ella no supo qué se proponía

hasta que sus manos empezaron a descender por la columna hasta llegar a los muslos. Sinti sus labios c lidos descender por la espalda y llegar a la marca. Edora jade por la sorpresa. Ronald estaba besando la marca que l mismo le hab a hecho.

Cuando volvi a penetrarla, ella sinti el aliento c lido de Ronald en su o do.

- Eres m a -susurr mientras la embest a m s vigorosamente que antes.

Le lami la oreja y el cuello mientras se dejaba llevar en busca de

su liberación. Acarici sus pechos y se deleit con la suave piel de la nuca. Y cuando ella alcanz el xtasis apretándose contra l, contempl de nuevo su estallido, sinti sus contracciones alrededor de su miembro y fue a su encuentro. Bes sus labios, devorndolos, mientras las ltimas embestidas lo llevaban al orgasmo.

Se derrumb sobre su cuerpo y no se sinti culpable. Su coraz n a n martilleaba sobre la espalda de su esposa. No oy protesta alguna, aunque l sab a que el peso de su cuerpo la incomodaba. Retras el

separarse de ella todo lo posible, y al final, a rega adientes, se apart para liberarla de su peso.

Estaba pr cticamente dormida cuando busc el cuerpo tibio de Ronald. Dej que un brazo posesivo le rodeara la cintura y se durmi . l no tuvo tanta suerte. Volvi a desearla en el instante que se atrevi a aspirar el aroma de su pelo. Pero no la despert . Ser a propio de un marido desconsiderado, y l no quer a que su enfado le privara de adorar su cuerpo las noches siguientes. Se permiti abrazarla con ternura y se

qued dormido con los suaves pechos de ella apretados contra su brazo. Puede que a la luz del día no se entendieran con palabras, pero en aquella cama, sobraban.

Horas más tarde, cuando la luz de la mañana entró por la ventana para despertarla, Edora se avergonzó de recordar cuánto placer le había dado ese hombre.

Aguantó la respiración un instante y su corazón palpitó desbocado, pero no se movió por miedo a despertarlo. No estaba preparada para mirar su cara y ver la sonrisa de satisfacción

que seguramente lucir a.

Hab a sido una desvergonzada.
Ocult la cara entre las manos.
Recordaba cada beso, cada caricia y
la manera delicada en que le hab a
besado la marca en la nalga.

Arrogante hombre insufrible.

Solo lo hab a hecho para dejarle
claro a qui n pertenec a.

Sinti enfado.

Eso estaba mejor, ahora ya pod
a volverse y empezar el nuevo d a.
Se dio la vuelta lista para
enfrentarlo. Y fue una decepci n no
encontrarlo en la cama.

Se hab a establecido una rutina en las semanas posteriores a la boda: cada amanecer, con la salida de sol, Edora se volv a para encontrar la cama vac a. Ronald madrugaba y dirig a a los hombres en su entrenamiento tal como hac a su padre antes que l. Ella se aferraba a esa rutina para saber cu l era su lugar entre aquellas murallas.

El rey se hab a marchado dos d as despu s de la ceremonia y desde hac a semanas nadie sab a darle

noticias del clan McKenzie. No se atrevió a preguntar a Ronald, consciente de que eso podía romper el ciclo de su relación: ignorarse durante el día y saciar su lujuria durante la noche. La comida se servía en el salón y era uno de los pocos momentos en que sus ojos se encontraban antes de la noche.

Tenían un ritual de lo más práctico. Ronald llegaba tarde, cuando la fortaleza dormía y ella fingía hacerlo. Se desnudaba y se acostaba a su lado. A continuación le recorría los pechos con las manos y le besaba

la nuca, antes de poseerla con vigor y dejar que ella lo tocara a su antojo. Aquello se repetía a cada noche, por lo que Edora, recién entrado el verano, decidió esperarlo desnuda.

Si por la noche no cambiaba nada entre ellos, durante el día tampoco. Se trataban con el debido respeto. Edora rehuyó a las tareas que requerían lidiar con los soldados y luego había vuelto a ocuparse de la administración tal como le había prometido al rey. Los miembros del clan podrían llegar a creer que sus señores apenas se toleraban si no fuera

por las miradas que ambos se echaban en las comidas y los audibles gritos que salían de la habitación se oían durante la noche. Además, la siempre complacida Tamy se encargaba de cuchichear cuantos progresos hacía la pareja para adaptarse a la vida matrimonial.

- Ronald la ha dejado a cargo de la administración -había anunciado Marian, jubilosa, mientras preparaba la cena en la cocina junto a las demás mujeres.

- Pero sigue sin llevar nuestros colores -le recordó Nora, una mujer

de mediana edad, algo cascarrabias, pero que a Edora le hab a ca do bien desde el principio.

Ahora, oculta entre las sombras junto al portal de la cocina, ya no estaba tan segura de que le gustara.

- l no le ha exigido que los lleve, un error de su parte. La se ora deber a aprender que ahora es una Kinnon y ya no uno de esos malditos McKenzie.

Edora no dijo nada ante el comentario de la mujer y pens en marcharse, pero aprender a m s de su nuevo clan si se quedaba y cotilleaba

tal como hac a la anciana Tamy.

La cuesti n del manto no era nueva para ella. Sab a que a Ronald no le complac a verla con un simple vestido de verano.

- Ella lo mira como si fuera el nico hombre del clan -coment otra.

- Debe de darle algo muy grande para tenerla tan encandilada.

Las risas se propagaron por la cocina mientras una sorprendida Edora sal a de las sombras y se paraba en el umbral de la puerta.

Cuando Marian la vio apret los labios en una sonrisa.

- Se ora, no sab amos que estaba usted ah .

- Ya me he dado cuenta.

Con las mejillas encendidas, dio media vuelta para volver al peque o cuarto donde se ocupaba de la contabilidad y supervisaba que las despensas estuvieran llenas y nadie pasara necesidad, pero despu s de dos horas estaba francamente harta.

Hac a un calor insoportable. Por las estrechas ventanas apenas pasaba una brisa c lida.

Se pas un pa uelo h medo por el cuello y decidi salir fuera un rato.

Desde el saln ya se escuchaba el entrecuchar de espadas. Al parecer, Ronald a n no hab a terminado con sus hombres.

Se mordi el labio al verlo en el centro del patio.

l solo luchaba contra dos hombres. Los dem s entrenaban con sus espadas bajo la mirada atenta de Collen, un hombre alto y apuesto, demasiado fornido para su gusto y con una cicatriz que le cruzaba la cara, del ojo izquierdo hasta la boca.

Sus ojos se centraron de nuevo en Ronald, que levant su espada

parando con un solo movimiento las dos hojas que descendían sobre su cabeza. Un grito surgió en la garganta de Edora cuando su esposo, con otro rápido giro, tumbó a sus dos oponentes, que se apresuraron a levantarse del suelo.

- Cuidado! -Su grito apenas se oyó cuando las espadas chocaron de nuevo y Ronald pareció perder el equilibrio por un instante.

No es que hubiera desarrollado afecto hacia Edora lo que la hacía hasta la muerte-, era simplemente que su esposo... era una persona, y a ella le

ca an bien las personas y no quer a
verlas muertas en su patio de armas.

Buf exasperada.

Ese hombre era un inconsciente
Acaso quer a morir? Necesitaba
concentrarse en otra cosa o acabar a
por arrastrarlo de las orejas y
encerrarlo en la despensa para que
no lo mataran.

Aunque siguiera negando que le
gustaran algunos aspectos de l -como
el trato que dispensaba a sus
guerreros, su sentido de la justicia,
sus manos entre las s banas-, deb a
admitir que l no era la clase de

hombre que esperaba. Pese a que manejaba con mano de hierro a sus hombres, Edora no había visto ni una sola injusticia en las tierras Kinnon. A regañadientes, admitió que Tamy tenía algo de razón con su bisnieto.

Sin duda hacer el amor con Ronald era lo más exquisito que pudiera experimentar jamás. Su esposo no se comportaba como el bárbaro que aparentaba ser, sino muy al contrario, tierno cuando ella lo necesitaba y apasionado cuando lo exigía.

Quiéno iba a decir que un Kinnon

podría ser así .

Respiró hondo mientras una gota de sudor le bajaba por la espalda. Desde luego, ver a su esposo con el torso desnudo combatiendo con otros hombres no le ayudaba en nada a refrescarse.

Pensó en las cosas que le quedaban por hacer. El día no era sencillo para ella, más teniendo en cuenta que el resto del clan no era muy diferente a su esposo. Al igual que Ronald, durante el día se dedicaban a ignorar a su señora. Y a diferencia de lo que creía en un

principio, las mujeres la detestaban más que los hombres. Sin embargo, había puesto orden en la cocina, en el salón, e incluso mediado en algún que otro altercado amoroso; no iba a permitir que dos de sus doncellas se pelearan por un hombre, por muy apuesto que fuera.

Ronald la dejaba hacer, al fin y al cabo tenía voz y voto en la rutina del clan, pero no pudo evitar reír a carcajadas cuando, durante la noche, Edora manifestó el enfado que le provocaron aquellas dos sirvientas.

- Te lo digo en serio: podrías

controlar a ese Angus.

- Tiene sesenta años -le record Ronald, a n riendo-. Diles a tus sirvientas que se busquen a otro más joven, no veo el problema.

Edora mene la cabeza al recordar como Ronald le hab a dicho "tus sirvientas".

De todas maneras, hablaban poco. Incluso aquella misma noche Ronald la hab a acallado con un largo beso que hab a llevado a otras cosas.

Al menos sab a re r, se consol para sus adentros mientras se debat a

entre seguir contemplándolo a la luz del atardecer o volver a sus quehaceres.

Vio al carpintero con el cual deb a resolver el asunto de la nueva mesa de la cocina, demasiado pequeña para tantas bocas que alimentar.

Bajo los peldaños y se aventuró entre los hombres hacia el cobertizo, pero su marido volvió a distraerla. Esta vez volvió a a desequilibrar a sus dos contrincantes. Quiz si no estuviera tan interesada en lo que le hacía, habría reparado en la presencia de aquellos dos hombres

semidesnudos, que casi la aplastan en pleno entrenamiento.

- Edora! -El grito de Ronald lleg demasiado tarde.

No sab a muy bien qu la hab a golpeado.

Un poco aturdida, vio correr a Ronald hacia ella. Mir alrededor y frunci el ce o. Dos guerreros Kinnon la hab an derribado. Su tobillo se hab a torcido antes de que ella cayera al suelo, golpe ndose la cabeza contra la pared del patio.

No hab a perdido la conciencia, o eso esperaba, pero se sinti mareada

por un instante. Cuando volvi a parpadear, Ronald ya estaba a su lado, junto a dos soldados, que la contemplaban con caras que iban mudando de la preocupaci n a la exasperaci n.

El alto y moreno estaba de cuclillas y Edora tuvo que apartar la mirada para no ver bajo su kilt. El rubio de largas trenzas apoyaba ambas manos sobre las rodillas y la observaba con ojo cr tico. Por ltimo, su marido dej entrever su preocupaci n a trav s de sus ojos grises. Edora sinti que el coraz n le palpitaba con

me s fuerza y se llev una mano a la sien. Ser a posible que sintiera un poco de afecto por ella? Antes de pensar en la respuesta, Ronald frunci el ce o y buf por la nariz.

- Qu demonios te pasa? Quieres que te maten?

La pregunta la sorprendi . No, claro que no quer a morir, aunque Ronald parec a dispuesto a ayudarla si cambiaba de opini n. A n aturdida, intent levantarse con rapidez, pero el tobillo la hizo gemir de dolor y la devolvi al suelo.

A su esposo le falt tiempo para

levantarla y llevarla hacia las escaleras que daban paso al interior.

- No me hagas esto -dijo ella, más sorprendida que enfadada.

- Hacer qué ?

Ella tardó en responder. Miró sus ojos grises y le rodeó el cuello con fuerza mientras cruzaban el salón y subían las escaleras que daban a su dormitorio. Edora lo miraba fijamente. Eran tan guapo y en el patio parecía hasta preocupado por ella... Luego pensó en su disgusto y en que la había acusado a ella de ser la responsable del accidente.

Le golpe el hombro impulsivamente. Fue como golpear el muro contra el cual hab a chocado su cabeza.

- Me tratas como una ni a -dijo por fin mientras Ronald fing a ignorarla-. Me has dejado en evidencia ante tus hombres.

l abri la puerta de una patada y sin demasiados remilgos la dej sentada en el borde de la cama.

- Te equivocas, t sola te has puesto en evidencia.

Ella lo mir sin llegar a comprender, entre avergonzada y

furiosa.

Lo vio acercarse de nuevo después de abrir los postigos de madera, que no dejaban correr el aire fresco. Ya era verano y el calor hacía que después del entrenamiento su piel brillara por el sudor. Se quedó observándolo un instante, consciente de que su cuerpo traidor reaccionaba cada vez que él estaba cerca.

- ¿Qué haces? - preguntó sobresaltada cuando él se arrodilló ante ella al pie de la cama.

Edora permaneció sentada, con los brazos extendidos hacia atrás para

mantenerse incorporada. A sus pies, Ronald le cogi el dobladillo del vestido y lo alz sobre sus rodillas para examinar el tobillo inflamado.

- No es nada -dictamin ella.

- Yo decidir si es algo o no.

Cuando sus ojos se cruzaron, Edora apart la mirada y Ronald se arrepinti de su aspereza. Pero la culpa era de ella.

- No vuelvas a cruzar al patio de esa manera.

- No he cruzado...

- Te has interpuesto entre dos hombres que bien podr an haberte

matado.

- Exageras -repuso ofendida.

- Y t estorbabas.

Edora boque como un pez.

Quiso aporrear su pecho y abofetearle la cara. Como se atrev a a decirle eso? Nadie jams la hab a tratado con tal falta de respeto. Mir sus fr os ojos, que segu an examin ndola.

Odiaba el papel de mujer sumisa que pretend a imponerle. l era su marido, ese hombre que con manos c lidas le recorr a la pantorrilla y palpaba su tobillo

haciendo que su corazón se acelerara y sus mejillas se encendiesen. Era injusto, muy injusto que no pudiera rebelarse contra él, mejor dicho, que ya no deseara hacerlo tanto como antes.

Le invadió una profunda tristeza entremezclada con una ira apenas fingida.

- No soy ningún estorbo, yo solo presenciaba los entrenamientos cuando...

- Y estorbabas -sentenció Ronald sin atisbo de duda.

- Eso no es cierto. -"O eso

creo", pens -. Yo...

l la mir , apenas sin sentir la necesidad de corregirla.

- Seguramente Broderick sinti a veces tantas ganas de estrangularte como yo.

- Broderick no har a eso jam s. -
Con lo que quedaba claro que ella si ve a posible que su esposo fuera capaz de estrangularla.

Ronald guard silencio un instante para atacar de nuevo.

- Broderick ser a capaz de despellejar a una monja para usar su piel como manta para el invierno.

Edora solt una carcajada, pero consigui reponerse y volver a su seriedad habitual.

- Broderick jam s har a eso - repiti -. S , es un poco gru n, pero...

- Yo soy un santo var n comparado con ese engendro de Satan s.

Edora iba a salir de nuevo en su defensa cuando comprendi que Ronald estaba bromeando. Broderick era tan parecido a l que deb a gustarle a la fuerza.

La mir de reajo mientras ella lo observaba masajearle el tobillo. Si

ella se había ofendido por su comentario, no lo demostraba. Edora amaba a su clan y asimilaba que ya no le pertenecía a llevar su tiempo. Ronald siguió palpando el tobillo. La hinchazón no era grave, pero al pensar que pudiera haberse hecho un daño irreparable se echaba a temblar. Frunció el ceño al darse cuenta de cuánto empezaba a importarle esa mujer.

- No parece que te queden secuelas.

- Secuelas? Solo es una torcedura y... -Se interrumpió al ver

que l se incorporaba levemente, inclin ndose sobre ella. Sus manos se enredaron en su pelo haci ndole contener la respiraci n-. Qu haces?

Ronald palp su cabeza de manera delicada. La mir a los ojos, consciente de lo cerca que estaban sus bocas. Edora contuvo el aliento como si esperara que l pretendiese algo m s que un casto reconocimiento.

Observ sus labios carnosos, aquellos suaves cabellos casta os que enmarcaban su rostro con dos hermosas trenzas que nac an en sus

sienes. Era hermoso, el m s hermoso de los hombres. Apart la mirada al sentir que se sonrojaba, mientras l parec a ajeno a todo, concentrado en encontrar algo en su cabeza. Trag saliva, pero su curiosidad hizo que sus ojos volvieran al rostro de l. La barba crecida resaltaba el color de sus ojos. Se humedeci los labios casi sin ser consciente de ello y trag saliva algo nerviosa por su proximidad. Supon a un esfuerzo desmesurado permanecer impasible cuando Ronald estaba tan cerca.

Por su parte, l estaba muy alerta

a cada movimiento de Edora. Soportaba su escrutinio y no hizo nada para propiciar que se apartara. Toc con suavidad el ltimo punto de la cabeza que le faltaba para examinar, consciente de que tarde o temprano deber a volver al entrenamiento de la tarde.

- El golpe contra el muro no te ha dejado ning n chich n -la inform mir ndola a los ojos. Sus manos disminuyeron el ritmo y se dispusieron a descender para acariciar su cuello.

Apart la mirada de aquellos

ojos perturbadores y la desliz sobre la perfecta curva de sus pechos. Edora contuvo la respiración, mientras su deseo volvía a esparcirse por su vientre involuntariamente. Era incapaz de moverse, temiendo que podría romper el hechizo en cualquier momento.

- No llevas mis colores -aadió.

Aquellas palabras rompieron la magia.

Edora se reclinó hacia atrás volviendo a apoyarse sobre ambos brazos. Intentó apartarse, pero él no se lo permitió. La agarró del tobillo sano

y tir de ella para acercarla m s al borde de la cama.

- A n no hemos terminado. -Y la mir a los ojos.

Ella jade furiosa. Apart la vista sinti ndose culpable sin raz n. Era una McKenzie, por mucho que el rey de Escocia la hubiera casado con uno de sus lairds favoritos. Ella no pod a cambiar el hecho de que, durante a os, uno y otro clan se hab an enfrentado fieramente.

- No -fue su nica respuesta, un susurro apenas audible.

- No?

- No llevo tus colores.

Ronald observó como el mentón activo de su esposa se alzaba desafiante.

Durante los tres meses transcurridos se había esforzado por comprenderla, incluso los motivos de su rebeldía. Si a él le hubieran separado de los suyos y quitado el liderazgo para dárselo a un hombre tan miserable y ruin como Bernard McKenzie, también estaría furioso con el mundo y dispuesto a hincar los dientes al primero que se cruzara en su camino.

- Ronald. -Al pronunciar su nombre lo devolví a la realidad. Reuní valor para preguntar-. ¿Sabes de mi gente? -Lo dijo con lágrimas en los ojos y él no supo qué responder.

- Tu gente? -No quiso atormentarla y eludió la respuesta. No obstante, ¿qué debía responder a eso?

Bernard era un miserable que había provocado dos asesinatos injustificados durante ese tiempo. Como confesó a una mujer que parecía amar más a "su gente" que a su propia vida. La muerte de Robert había

a llegado a sus o dos apenas dos d as
antes y l no hab a sabido c mo
comunic rselo.

"Un accidente de caza -hab a
anunciado el muchacho enviado por
Duncan para informar de las
novedades-. Aunque nadie parece
creerlo", a adi con pesar y dispuesto
a informar a Ronald de la verdadera
situaci n del clan vecino. Por
supuesto, nadie era tan est pido como
para creer que Robert no hab a sido
asesinado por su se or.

La segunda muerte no fue de un
hombre y tambi n dej claro que

Bernard era un laird caprichoso que no pensaba doblegarse ante el consejo de ancianos, el cual hab a disuelto. Mouth McKenzie hab a sido el objeto de deseo de Bernard esos meses, y su obstinado rechazo no fue muy bien acogido por su se or, al extremo de que decidi eliminarla.

Por alguna raz n aquel asesinato hab a inquietado a alguno de sus propios hombres. Collen lo inst a que se pusiera en contacto con el rey y acabara con Bernard. Quiz su amigo tuviera raz n, quiz s era momento de actuar, pero hab a m s se ores que

ejercían su autoridad con igual crueldad. Alexander no podía deponerlos a todos.

Intentó aclararse las ideas.

Ahora estaba frente a ella y las palabras seguían surgiendo de sus labios. No podía decirse lo. Con esos enormes ojos oscuros suplicando información sobre aquellos hombres que no quería olvidar, le estaba lastimando el corazón. Debería decirse lo y ahondar su sufrimiento? Eso no haría más que alimentar su impotencia, porque él no podía hacer nada contra el clan vecino sin que

mediara una provocaci n previa. Alexander hab a sido claro, y por ahora Bernard se dedicaba a eliminar a sus propios hombres y no a los Kinnon. Si intentaba acabar con l, su propia vida ser a el pago por una osad a semejante.

Mir aquellos ojos llorosos.

Edora sinti como las manos que a n estaban en su cuello sub an para enmarcar su rostro. Ronald la bes , incapaz de responderle. Quiso creer que lo hac a para confortarla, pero lo cierto es que era incapaz de permanecer cerca de ella sin tocarla.

Por eso hu a de ella durante el d a.

Se inclin sobre su esposa hasta que su torso le toc los dulces pechos, mientras ella separaba las rodillas para recibir su peso.

Un minuto despu s el beso dejaba de ser tan dulce e inocente.

Olvidarse de todo lo que no fueran las manos de Ronald era f cil. El roce de su lengua la hizo jadear, y sinti que el vello se le erizaba ante aquellas manos que la recorr an del tobillo a los muslos. Flexion la pierna hasta rodear la cintura de su esposo.

La lengua de Ronald empuj una y otra vez, separándole los labios y entrando en su boca. La bes con ansias hasta que ella, excitada, se apartó levemente en busca de aliento.

- Oh, Ronald... -jadeo contra su oreja.

Él hizo caso omiso a la interrupción y mordisqueó su cuello hasta que ella echó la cabeza atrás. Un jadeo involuntario escapó de sus labios entreabiertos. Moviéndose las caderas para que él pudiera situarse mejor entre sus muslos.

- Ronald, para -suplico con

escasa convicción, es de día.

l la mir a los ojos con una sonrisa bailando en sus labios.

- Y?

No supo contestar a eso, pero parec a algo pecaminoso. Estaba mal porque era de día y ellos de día no hac an esas cosas. Se dedicaban a ignorarse y a creer que as su matrimonio podr a funcionar sin que ambos se mataran mutuamente. Ronald volvi a mover sus caderas, alz ndose parcialmente el kilt.

- Edora -le pellizc el cuello con los dientes-, d jame hacerte olvidar

que es de día.

Con ambas manos le quitó el vestido por la cabeza dejándola totalmente desnuda.

Sus labios se deslizaron sobre el cuerpo de ella, trazando con su lengua un camino hacia el ombligo. Ella se arqueó disfrutando el recorrido de Ronald por su piel. La suavidad del kilt la acariciaba excitándola más de lo que ella creía posible.

Cuando el primer grito escapó de sus labios ya hacía rato que había olvidado que era de día.

Con las preocupaciones que acuciaban la mente de Edora, su estado de ánimo no podía calificarse precisamente de felicidad, pero cuando Ronald estaba cerca podía confundirse muy bien con esta.

Feliz? "Solo eres una maldita perra en celo saciada", le gritó su mente.

Las discusiones con Ronald seguían a diario por nimiedades, pero era un milagro si conseguía acordarse de por qué discutían cuando

l le devoraba los labios o la acariciaba entre las s banas.

Los d as transcurr an y deb a admitir que cada vez se sent a m s til.

El castillo ten a un nuevo aspecto. Ronald era consciente de los cambios pero se limitaba a fruncir el ce o o hacer un moh n con los labios ante cualquier cosa que encontrara fuera de lugar, pero no dec a nada. Parec a confiar en que lo que ella aportaba a la fortaleza era bueno, y eso la complac a m s que cualquier cumplido.

La pulcritud se hab a adue ado

de cada rincón. Edora daba órdenes de que se sirvieran succulentas comidas, pues se había percatado de la prosperidad de aquellas tierras, administraba la despensa y se encargaba de que todo estuviera en orden. Ciertamente Ronald debía apreciar los cambios y su buena gestión, al igual que todos los hombres del clan. Por eso, cuando el consejo se reunió para tratar asuntos importantes, Edora no se preocupó, ni siquiera después de que la mandaran llamar.

Los ancianos se habían reunido por la mañana en una de las salas del

nivel superior. Aunque uno de sus privilegios era asistir por orden de Alexander, no era obligatorio, y había considerado que tenía asuntos más importantes que atender.

Suspiró al volver a sumar los gastos de aquella última semana. El herrero necesitaba ayuda para poder reparar el taller. Nelly había enviudado y sus hijos eran demasiado pequeños como para contar con ellos; debería recibir alguna ayuda al menos hasta que los niños crecieran o ella volviera a casarse.

Los pequeños incidentes y problemas que surgen en un clan tan vasto como el Kinnon la mantienen ocupada casi todo el día. Por eso suspiró aliviada cuando llamaron a la puerta, deseosa de alguna distracción.

Esperaba que fuera Ronald, pero quien entró fue Tamy, con una bandeja de comida e insistiendo en que seguramente ya estaría embarazada y debía cuidar por dos. Ella puso los ojos en blanco descartando aquella posibilidad y siguió con lo suyo. Un rato después acudió Marian, con los últimos

cotilleos del día, y finalmente entró Collen, con un humor tan sombrío como su expresión.

- Se ora, debe reunirse con el consejo, ahora. -Sus palabras no admitían réplica.

Ronald sabía que aquella mañana el consejo se había reunido, pero él se encontraba con sus hombres entrenando en el patio.

Los asuntos del consejo eran importantes, aunque las tediosas discusiones que se ceñían a sus competencias habituales eran poco menos que insoportables. Él prefería

que tomaran sus propias decisiones. Si su voluntad concordaba con la del consejo, perfecto, si no ya se ocuparía de hacerles cambiar de opinión.

Un aguijonazo de culpabilidad lo distrajo y uno de sus hombres casi logra derribarlo. No supo quién de los dos estaba más sorprendido. Intentó concentrarse de nuevo, pero no lo consiguió del todo.

Aquel día debía haberse presentado en la reunión. Era evidente cuál sería el tema principal del día: su esposa.

Su esposa, que había puesto a

trabajar a cada uno de sus artesanos para adornar la fortaleza como si fuera la maldita corte; su esposa, que hab a puesto a trabajar a sus hombres, despu s del duro entrenamiento, para arreglar las insignificantes goteras del tejado; su esposa, que trataba a sus doncellas como una tirana para que el sal n estuviera tan limpio que se pudiera comer en el suelo.

- Ser mejor que lo dejemos por hoy -dijo a sus hombres, sin mucho entusiasmo.

Intent ignorar las miradas que

sus guerreros se lanzaban entre ellos. Si no ten a cuidado se convertir a en un pelele. Pero por ahora sus pensamientos se centraron en lo que ocurrir a en el interior del castillo. Mir sus muros y suspir . Collen hab a ido a buscar a Edora, lo sab a porque l mismo hab a dado la orden instigado por el consejo.

Subi los pelda os hasta la gran sala del piso superior. Para su sorpresa, Edora a n se encontraba frente a la entrada. Las robustas puertas amortiguaban las voces de quienes se encontraban en el interior.

Cuando lleg a su lado, ella se apresur a interrogarlo. Llevaba largo rato esperando y con el paso del tiempo su nerviosismo no hab a hecho m s que aumentar.

- Qu ocurre? -pregunt en un susurro.

Ronald lade la cabeza para mirarla. Involuntariamente contempl su atuendo y a Edora le pareci ver una extra a luz en su mirada.

- El consejo se ha reunido -fue cuanto dijo.

- Eso ya lo s , Ronald.

l no ocult su exasperaci n

cuando volvi a mirar en las puertas y por alg n motivo su mal humor se agudiz .

- Tranquila -dijo apretando los dientes-. Eres la se ora Kinnon, no un vulgar ladr n. Si lo fueras ya te habr an sacado al patio para recibir un escarmiento p blico.

Algo en sus palabras hizo que ella pensara que probablemente alguien hab a sugerido tal idea y que, si no fuera por l, seguramente la hubieran llevado a cabo. Trag saliva algo confusa y asustada.

- Ronald -murmur -. Van a...?

- S , van a hablar de ti -gru .

Ronald se arrepinti de aquellas palabras al verla palidecer. Sin pensarlo, le cogi la mano y se la apret , atento a que ninguno de sus hombres se percatara de ese gesto afectuoso. Eso hizo que aquellos grandes ojos oscuros se clavaran en l sorprendidos, y eso pareci irritarlo. "No deber as sorprenderte tanto", quiso gritarle.

En el fondo no estaba nada complacido con los ancianos que se hab an propuesto intimidar a su esposa con un nico prop sito: lograr

su sumisión. Y maldito fuera si iba a consentirlo. De algún modo, aquella mujer se había abierto paso hasta donde ninguna otra lo había hecho.

Existían diferencias entre ambos, abismos más bien, y más discusiones y problemas estaban por llegar, y no los superarían con Tamy y los demás metiendo las narices en sus asuntos. Solo necesitaban tiempo.

- Sea lo que sea que te pidan -dijo Ronald-, no los desaires o te los ganarás de enemigos para siempre.

- Ya son mis enemigos -repuso ella en un susurro ofendido-. Nadie

me quiere aquí, ni tus hombres, ni el consejo, ni... t.

l le soltó la mano para castigar esa afirmación. Edora se sintió perdida sin su apoyo, pero levantó el mentón.

- Eso no es cierto -le espetó-. Tal vez si colaboraras...

- Colaborar?

Aunque hablaban en susurros, cualquiera que los viera sabía a que estaban discutiendo.

- Maldición, Edora -refunfu con los dientes apretados-. No te comportas como la señora de los Kinnon.

- No? -Ladeando la cabeza para mirar el perfil de su esposo, se dispuso a darle una exhaustiva explicación. Llevo esta casa, que por cierto ya no huele a estiércol, controlo a las mujeres para que puedas llenarte el buche todos los días, me ocupo de la contabilidad y hasta he ayudado a parir a una de tus yeguas Por Dios! Qué más debo hacer para complacerte? -Se sentó a imponente.

"Para complacerte", había dicho. Maldito fuera, por qué era tan importante para ella que él se sintiera

complacido. Respir hondo para calmarse y observ la puerta cerrada.

- Cr eme, visto lo visto, no s c mo demonios has podido sobrevivir sin m .

Ronald sigui con la vista fija en la puerta para evitar gritarle. En el fondo ella ten a raz n, si no fuera tan cabezota y su marca no le recordara lo implacable y testadura que pod a llegar a ser esa mujer, incluso podr a proponerse amarla. Maldita sea, pero amar a una McKenzie no estaba en sus planes, no deber a estarlo nunca.

- Sigues sin llevar nuestros

colores -le espet .

Ella volvi a apretar los dientes.

- En tu clan no todos visten los colores del laird.

- Eso no viene al caso, t eres mi esposa. -Se volvi hacia ella, pero los ojos de su mujer se fijaron en la puerta, que en ese momento se abri de repente para recibirlos.

Dos hombres la flanqueaban. Inclinaron la cabeza cuando ambos pasaron al interior de la sala.

El consejo era m s pintoresco de lo que Edora hubiera imaginado. Los mir con el entrecejo fruncido.

Eran seis ancianos sentados a la larga mesa y una inesperada s ptima figura: una bella joven. Sus largos cabellos rubios cubr an parcialmente su cara y su atuendo negro la hac a parecer m s p lida de lo que en realidad era. Edora dej de mirarla cuando una voz la distrajo.

- Ac rcate, ni a. -Tamy habl con una sonrisa en los labios.

Con unos pasos, Edora se situ al lado de Ronald mientras varios pares de ojos inquisidores la miraban de arriba abajo.

- No era necesaria tu presencia.

-Las palabras de Daegus iban dirigidas a Ronald, que no parecía nada complacido.

- Es posible -dijo con voz firme-, pero no pienso permitir que avasallis a mi esposa con ridículas exigencias intimidantes.

Edora lo miró asombrada y Tamy soltó una carcajada, mientras todo el consejo quedó en silencio.

Ronald parecía disgustado e impaciente, dispuesto a acabar aquella absurda reunión de una vez por todas.

As que tenía razón al pensar que

la reuni n del consejo era nicamente para reprenderla. M s que otro sentimiento, a ella aquello le provoc tristeza. Mir la alta figura a su lado y la verdad le cay encima como un mazazo: Ronald hab a acudido all para cuidar de ella. Sinti como el coraz n le dio un vuelco en el pecho, una sensaci n de j bilo, y hasta se permiti esbozar una t mida sonrisa. Puede que su gru n esposo fuera un guerrero sin coraz n en la batalla, pero saber que era incapaz de dejarla sola ante el peligro que supon an esos ancianos desdentados le

provocaba una extraña calidez en el pecho. Por pequeño o que fuera, su gesto la emocionó más de lo que deseaba admitir.

- Bueno, muchacha.

Un anciano de espesa barba blanca le lanzó una curiosa sonrisa. Angus. Ese hombre tenía más de sesenta años y revoloteaba alrededor de sus criadas provocándole muchos dolores de cabeza. Por muy absurdo que pareciera, imaginárselo como un mujeriego la ayudaba a no temerle.

- Veo que, pese a los esfuerzos que has hecho para adaptarte, sigues

sin llevar los colores de tu esposo. Tal vez encuentras algo de malo en ellos?

- Tanto como en mi esposo.

La enigmática respuesta de Edora desconcertó tanto al consejo como al propio Ronald.

Los ancianos cuchichearon entre sí, salvo Tamy y la joven mujer rubia.

- Decidnos, ¿quieren decir con eso? Hay algo malo en Ronald?

Ronald prefirió no intervenir, pero lo que pudiera decir su esposa lo inquietaba. Si hablaba mal del

laird Kinnon, por muy esposo suyo que fuera... no quer a ni imaginarse las consecuencias.

- Llev is m s tiempo aqu que yo para saber c mo es el laird Kinnon. No habr is solicitado mi presencia para que os hable de l, verdad?

Tamy suspir . La joven no iba a ganar nada provocando a los ancianos, y despu s de luchar tanto para llevar a buen puerto el matrimonio de su bisnieto y Edora McKenzie, sus palabras no lo iban a estropear.

- No, hija, es por otro motivo. -

A la anciana le disgustaba tener que hablar en aquellos términos de condescendencia-. Ha habido quejas de los miembros del clan. Como bien sabes, todas deben ser atendidas. Puede que Ronald est demasiado ocupado o bien quiera hacer caso omiso, pero el consejo...

- El consejo es otra cosa -terci un hombre de no tan avanzada edad; llevaba finas trenzas de guerra en sus sienes que ya empezaban a verse plateadas. Por su apariencia, parec a haber sido un formidable guerrero en sus tiempos, y por la manera de mirar

a Ronald lo culpaba de la situación. Algunos se sienten ofendidos al ver como la señora de los Kinnon rehúsa llevar el manto de su clan y muestra abiertamente semejante falta de respeto hacia su esposo.

Edora iba a negar tal acusación, pero la poderosa mano de Ronald se cerró sobre su muñeca.

- Es cierto eso? -La voz femenina del miembro más joven del consejo la instó a explicarse.

Edora la miró. Sus increíbles ojos azules parecían perforarla. ¿Qué haría semejante mujer en el consejo?

Y lo más importante: estaba a su favor o en contra?

La muchacha sonrió .

- Acaso no es bueno contigo?

- Ashling, insinuas que mi bisnieto...?

La joven volvió apenas la cabeza mientras sus largos cabellos ocultaban parcialmente su rostro. No contestó a la pregunta de Tamy, pero Angus era más impaciente y estaba más deseoso de escuchar la respuesta de Edora, así que repitió la pregunta.

- Bueno, yo...

- Vacilas? -preguntó Angus.

- Angus, no acoses a la pobre muchacha. -Tamy sali en su defensa para darle tiempo de pensar una respuesta, pues ni ella misma pod a interrumpir aquel interrogatorio.

- Contesta, Edora. -La voz apenas contenida de Ronald la apremi .

- A qu pregunta?

- A la pregunta de si soportas o no a tu marido. -Le espet Angus.

- No era una pregunta que...

Ronald la apret m s fuerte para evitar que dijera algo indebido.

- Por lo que m s quieras, Edora,

s que me odias pero no lo digas -le susurr al o do, y los ojos de ella se agrandaron con incredulidad. Sintió como si le clavaran un pu al en el coraz n.

- No... quiero decir s , s que lo soporto.

Era consciente de la presencia de Ronald a su lado, de la fuerza con que oprim a su mu eca. No pod a pensar con claridad. Se sorprendió pensando que no se perdonar a perjudicar a Ronald con sus palabras. Una cosa era discutir con l, de la manera apasionada en que lo

hac an, y otra muy diferente convertirlo en el hazmerre r del clan.

Humillarlo frente al consejo y sus hombres... No pod a hacerle eso, aunque tampoco pod a mentir y olvidar que aquel matrimonio era poco m s que un castigo convenientemente impuesto por el rey Alexander.

De pronto se adelant con dos largos pasos, dej ndolo atr s, y se dirigi a los ancianos esperando que no le temblara la voz mientras intentaba explicarse.

- Este no ha sido un matrimonio

por amor, como bien sabéis. Las mujeres somos poco más que monedas de cambio en este mundo de hombres. -Vio que Ashling y Tamy asentaban, mientras los demás no movían ni una ceja-. Este matrimonio es un castigo impuesto por nuestro rey, un castigo que intentamos llevar lo mejor posible.

"El rey quiso unirnos, quizá para asegurarse la paz entre los clanes, o porque le parecía un castigo apropiado para nuestras faltas mutuas. Todos conocéis la lucha que enfrenta a los McKenzie y los Kinnon

desde antes de que yo naciera. Decir que este ha sido un matrimonio deseado es mentir. Pero me he esforzado por adaptarme, por cumplir con mis obligaciones de señora y esposa.

"Estoy segura de que cuanto se ha discutido aquí hoy no ha sido solo por mi causa. He intentado regentar esta fortaleza lo mejor que he podido y, sobre todo, prestar ayuda a cuantos la han solicitado. Porque, créame, hay mucha gente que la necesita, gente que el consejo llevaba meses ignorando.

- Edora. -El susurro exasperado de Ronald la acall .

- As pues... debemos agradecerle que mantenga orden en la fortaleza, tolere a su esposo y se ocupe de las negligencias del consejo?

Respir hondo, consciente de que estaba perdiendo la paciencia.

- Me recriminan que no lleve un est pido manto y pasan por alto que ninguna otra obligaci n ha quedado desatendida.

No le ca a bien ese hombre, Angus era un prepotente y ella no

entend a por qu Ronald segu a prefiriendo que el consejo de ancianos continuara rigiendo aspectos fundamentales del clan.

Mir a cada uno de los presentes. Era evidente que no la quer an all , pero eso no le importaba demasiado, no iba a darse por vencida. Sintiendo el nudo que se le formaba en la garganta, dio media vuelta para irse, pero la mano de Ronald la retuvo. Por un instante se miraron a los ojos y ella se sinti atrapada, hasta que las manos de l se posaron sobre sus hombros. Pod a ser que le impidiera

abandonar el salón, pero también estaba a su lado para reconfortarla.

- Edora -intervino Tamy con su dulce voz-, quieres decir que...?

- Que acepto a Ronald... -anunció ella a media voz- como mi esposo y cumpla las obligaciones acordadas a mi posición.

- Y crees que las cumples bien?
-pic Angus.

Edora levantó la vista y anunció muy segura:

- Nadie podrá hacerlo mejor.

Ella no lo vio, pero Ronald se quedó arrogantemente complacido. Su

mujer parec a desenvolverse mucho mejor de lo que hubiera cre do posible. A veces olvidaba que Edora era la antigua se ora de los McKenzie y, por tanto, estaba acostumbrada a lidiar con hombres que no quer an verla ocupar una posici n tan elevada.

- Ciertamente que parece esforzarte en que las rdenes dom sticas se cumplan y que procuras que todo parezca m s... limpio -dijo como si eso le ofendiera-, y sin embargo...

- Solo es una est pida manta! - estall Edora.

Ronald le hinc los dedos en el antebrazo, acall ndola en seco. Se mordi el labio antes de maldecirla.

- Hay quienes no se fiar n de ti hasta que lleves el manto Kinnon, Te niegas a los deseos del consejo? Y debo recordarte que tambi n del rey.

- No me niego a sus deseos, me niego a ser manipulada. Quer is que ponga todo de mi parte cuando vosotros no pon is nada de la vuestra. Escucho cr ticas por doquier porque no me siento una Kinnon, pero no os dais cuenta de que solamente vosotros pod is hacer que

lo desee.

Ronald se sinti herido y avergonzado en lo m s profundo al reconocer la verdad de aquellas palabras.

- Por lo que a m respecta, esto ha terminado.

Antes de que ning n miembro del consejo pudiera detenerla, Edora corri hacia la puerta y subi veloz los pelda os que llevaban a la torre.

Necesitaba estar a solas y llorar su desgracia.

Nadie la querr a ahora.

La impotencia se adue de ella;

había estado pensando en el asunto durante la última semana, convenciéndose de que llevar el manto Kinnon no sería a ninguna traición a los McKenzie. Casi se había persuadido de ello, pero ahora sentía repulsión por aquellos colores. Odiaba las rdenes y eso hacía que la idea de llevar esa prenda le resultara insoportable.

Se tumbó boca abajo en la cama, ladeando la cabeza sobre la almohada y mirando el cielo que se divisaba por la ventana. Ni la belleza de esas tierras la consolaba.

Sin quererlo, pens en Ronald, en c mo la mirar a ahora despu s de su desempe o ante el consejo. La respuesta no se hizo esperar mucho tiempo.

Oy abrirse la puerta a sus espaldas. Apret la almohada con m s fuerza, pero no se volvi hasta que l le habl .

- Tanto te cuesta? -pregunt tras cerrar la puerta con brusquedad.

- C llate -repuso ella casi gimiendo.

- Que me calle?

Se abalanz sobre ella y la levant

de la cama. Le apret los hombros hasta que ella gimi de dolor, y despu s la apret contra su pecho en un abrazo que distaba mucho de ser tierno.

- Me haces da o...

l afloj la presi n, pero no la solt . Ella lo mir : pocas veces lo hab a visto tan furioso. Cerr los ojos, incapaz de seguir mirando sus ojos, tan fr os y acusadores.

- Solo es un manto -murmur algo m s calmado.

- S , pero el manto Kinnon.

- Es que eres una Kinnon! -

replicó.

Ella abrió los ojos de nuevo y se avergonzó al notar que las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Ronald la soltó, retrocediendo un paso. Edora se dio la vuelta para que no la viera tan vulnerable.

- No me siento como tal y no deseo llevar tus colores -dijo.

- Porque eso te recuerda a que eres mi esposa?

- Tal vez.

- Hay otras formas de recordarte ese hecho. -Volvió a apretarla contra su pecho y ella se

quedó sin aliento-. Dime -a adi en un susurro-, qué tan de malo tiene nuestro manto?

Ella lo miró a los ojos para responderle, pero él volvió a alejarse. Se quedaron en silencio. Apenas les separaban dos pasos y ninguno hizo ademán de volver a acercarse al otro. Esta vez Edora parecía decidida a terminar la discusión sin acabar enredados en la cama, y Ronald dispuesto a permitirselo.

- Como quieres que lleve con orgullo un manto que durante tantos años he considerado sinónimo de

ladrones y violadores?

- Ladrones y violadores? -
Ronald se qued sin habla.

Edora lo maldijo entre dientes, ofendida por su fingida perplejidad.

Ronald odi cada una de aquellas palabras, incluso crey posible volver a odiarla a ella. La agarr del brazo y la atrajo hacia su pecho.

- Acaso crees que lo que ocurre cada noche en esta cama es una violaci n?

Ella no respondi , aturdida por sus propias palabras.

- No me refer a a nosotros -

explic . Lo que ocurr a en aquella cama desde su noche de bodas por supuesto no era ninguna violaci n.

Ronald temblaba de rabia y ella comprendi que lo hab a herido en lo m s hondo. La maldijo entre dientes. Aquella mujer era tan apasionada como la m s experimentada cortesana, y aun as , despu s de regodearse en el placer que l le brindaba cada noche, se atrev a a llamarlo violador y asesino.

- No es una violaci n lo que ocurre en nuestro lecho, se ora -dijo por si le quedaba alguna duda.

Edora enrojeci m s que l.
Balbuce al intentar responderle.

- No hablo de nuestro lecho -
repeti compungida-, sino de las
mujeres McKenzie que tienen a sus
bastardos en nuestras fronteras solo
porque tus hombres quieren
divertirse de vez en cuando.

Ronald entorn los ojos.

- Buscas excusar la censura de
tu padre? -Ronald se apart de ella.

Ahora fue su turno de mirarlo
con suspicacia. Parec a ofendido,
tanto que hab a vuelto a hablarle
como si fuera una perfecta

desconocida.

- Qu quieres decir?

- Tu padre prohibi los matrimonios entre nuestros clanes. Crees que esos hijos son fruto de violaciones, yo lo dudo. Aqu semejantes pr cticas se castigan severamente, cosa que por cierto no ocurre en vuestras tierras.

- Eso no es verdad.

- No? -pregunt apretando los dientes-. Pues tu hermano y sus hombres se pasean por mis bosques atormentando a quienes se encuentren en l, y pobre si es una joven

muchacha, no tienen escrúpulo alguno en arrebatarse la honra.

- Mi hermano no pertenece al clan McKenzie!

- Tampoco! Espero que te entre de una vez en esa cabeza que luce sobre los hombros.

- Vete al infierno!

- No vale la pena discutir con una mujer -refunfu l, dispuesto a marcharse.

Ella levantó el mentón ofendida. Algo en su interior empezó a desmoronarse. Como había llegado a pensar que podría llevarse bien con

ese bruto autoritario? No habr a paz entre ellos, y al parecer tampoco entre los clanes.

- No te preocupes, siento haber exigido tus deberes como esposa hasta el punto de hacerte creer que todos los Kinnon somos unos violadores.

Ella abri la boca, pero fue incapaz de disculparse.

- Ya no tendr s que preocuparte -a adi l-, pasar las noches en otro lugar donde mi presencia no pueda repugnarte.

Ronald no ten a m s que decir.

La empuj a suficiente distancia como para que sus ojos oscuros no lo perturbaran como sol an hacer. Se dio la vuelta dispuesto a marcharse. Si se quedaba un instante m s, iba a abalanzarse sobre su esposa para convertirse en lo que ella le acusaba de ser.

- Malditos sean los McKenzie!
Y maldita seas t !

Ella se qued inm vil y l se march dando un portazo.

Edora sent a la noche m s fr a que nunca. El cuerpo de su esposo no estaba junto al suyo para darle calor, y de eso hac a varias lunas.

Echaba de menos su manera de abrazarla, d ndole calor cuando ten a fr o, deslizando sus manos por la espalda con ternura o simplemente estrech ndola con m s fuerza cuando no pod a dormir.

Se dio la vuelta por en sima vez y aporre la almohada. Quiz si no se hubiera acostumbrado a dormir con

el o do sobre el coraz n de Ronald
todo ser a m s sencillo.

Le encantaba despertarse a
media noche, tendida sobre su
cuerpo, para luego volverse a dormir
con la nariz hundida en su cuello. Y
ahora, por su propia estupidez, hab a
perdido lo poco de bueno que le
ofrec a ese matrimonio. "As aprender
s a no dejarte dominar por la
lujuria", le record una voz interior.
Gir varias veces sobre s misma en la
enorme cama.

A rega adientes, deb a admitir
que echaba de menos su contacto.

"Qui n habr a dicho que echar as en falta las caricias del enemigo", pens con la mirada clavada en el techo.

Se oyeron pasos subiendo la escalera. Se puso en tensi n, pero desilusionada se incorpor en la cama nada m s ver la plateada cabeza de Tamy asomar por la puerta.

- Debes bajar. -La expresi n de la anciana la asust -. Se trata de tu esposo.

Ella se levant de un brinco.

- Qu ha ocurrido? -exclam con s bita ansia.

Un tropel de im genes se agolp

en su cabeza, y todas estaban te idas de rojo. Sin siquiera cubrirse, sali corriendo descalza, pero al llegar al sal n la situaci n no era tan grave como se tem a.

Su marido estaba sentado en la silla del laird ante la larga mesa, ocupada por los mejores soldados Kinnon. Edora mir con un interrogante en el rostro a Tamy, quien parec a muy satisfecha: "Le importa."

Los cuatro hombres, incluido Collen, la miraron de arriba abajo. Tamy se apresur a cubrirla con una

manta del clan. Tan preocupada estaba por Ronald, que no reparó en ello.

Vio curiosidad en el rostro de su esposo, pero enseguida su semblante se volvió inescrutable.

- Re nete con nosotros.

Edora obedeció mirando disimuladamente si su marido había sufrido herida alguna. No lo parecía.

Se sentó en el sitio vacío o al lado del laird. Collen la miró con cierta compasión y eso la puso alerta.

- Ha habido una incursión - anunció Ronald sin preámbulos.

Ella lo supo antes de escucharle. Miró a Collen como si esperara una explicación. Tras el discreto asentimiento de Ronald, el soldado empezó a narrar los sucesos de esa misma noche.

- Hicieron una incursión como de costumbre.

Edora apretó los dientes y Ronald le puso disimuladamente una mano en la rodilla para que no hablara y escuchara lo que su hombre tenía que contarle. Ella lo miró a los ojos por primera vez en semanas y se sonrojó al notar que Ronald no

apartaba la mano mientras Collen hablaba.

- Se llevaron tres vacas lanudas y unas siete ovejas. Los perseguimos y perdieron cuatro de ellas. Lo sorprendente es que, al alcanzarlos, los vimos caer ante nosotros.

Edora dio un respingo.

- C mo? -gimi -. Qu quer is decir?

- Muertos, se ora.

Ronald lanz una mirada fr a a Collen. No hac a falta mostrar tan poco tacto en aquel asunto.

- Pero... quiz s os equivoqu is -

dijo algo aturdida.

- Los vimos caer con nuestros propios ojos.

- No entiendo. -Frunci el entrecejo-. Los matasteis?

- No. -La seca negación de Ronald la sorprendió -. No fue así .

- Vos estabais?

- No, cuando llegue ya...

- Entonces fueron asesinados? - preguntó ella con creciente ansiedad.

- No fuimos nosotros -dijo Ronald-. De haber sido así te lo diría. Estaríamos en nuestro derecho.

- Nos robaron -aclaró Collen.

Edora se levant furiosa.

- Por eso los matasteis? Si nosotros os hubi ramos dado muerte cada vez que incursionabais en nuestras tierras, ya no quedar a Kinnon alguno.

Ante el estallido de su se ora, Collen lanz una mirada a los dem s hombres en busca de ayuda. No quer a ni pensar en la reacci n de Edora cuando se enterara de quien hab a muerto aquella noche.

- Mi se ora, fueron los propios McKenzie quienes dieron muerte al peque o grupo.

Edora abrió los ojos como platos. Lo que más había temido, desde que Alexander le arrebatara el liderazgo, se estaba haciendo realidad. Bernard tomaba venganza contra aquellos hombres que habían sido leales.

Sintió que le fallaban las fuerzas y Ronald la agarró por el codo.

- ¿Cuántos? - preguntó con un hilo de voz.

- Tres hombres. - Collen respondió con tristeza.

- No sabes sus nombres, ¿verdad?

Edora no vio que Ronald lanzaba una mirada a Collen y asentía.

- Distinguimos al viejo Duncan-inform, como si la muerte del noble hombre fuera un sacrilegio que hasta un Kinnon deba censurar.

Ella gimió y se llevó las manos al rostro. Aquello era más de lo que podía soportar. Miró a los guerreros por si tenían intención de agregar algo más, pero uno a uno fueron apartando la mirada, lo que la impulsó a salir en busca de la brisa nocturna.

Ronald no tardó en reunirse con

ella.

Quer a abrazarla, darle consuelo.

- Es cruel, Edora -susurr en su o do-, lo s , pero no podemos hacer nada.

Ella se volvi posando las manos contra su pecho, con sus ojos negros suplicantes. l la observ , parec a tan inocente y fr gil. La estrech entre los brazos intentando borrar el dolor que ve a en ella, pero Edora sinti de nuevo la necesidad de ver su rostro.

El hoyuelo ensombrec a su barbilla, pero sus ojos la miraron

como ella deseaba, sin atisbo de odio o rencor.

- Oh, Ronald.

- Me temo que no estamos en condiciones de pedirle ayuda al rey.

Ella esper una explicaci n.

- Tendremos problemas con Alexander si el malnacido de tu hermano contin a jugando con nosotros de esta manera.

Edora se apart desconcertada, sin entender.

- Por qu ? No hemos hecho nada
-se volvi para seguir recibiendo la fresca brisa en la cara-.

Absolutamente nada. -Su tono destilaba rencor y Ronald sabía muy bien por qué. Hombres fuertes, valientes, los mejores guerreros McKenzie han muerto bajo la tiranía de Bernard, y nosotros no hemos hecho nada.

El temblor de los hombros le indicó que Edora estaba llorando de nuevo. La volvió para estrecharla de nuevo contra su pecho.

- Es probable que tu hermano nos culpe de la muerte de Duncan.

Lejos de apartarse, Edora lo abrazó con más fuerza.

- Dios m o, Ronald -murmur hundiendo el rostro contra su pecho.

- Creo que es lo que pretende. Si el rey se entera, no ser misericordioso con nosotros. -Le acarici suavemente la espalda-. Si cree que he faltado a mi palabra y he atacado a los McKenzie...

- Pero no es justo. -Edora elev las manos hasta enmarcar su rostro, haciendo que la mirara a los ojos antes de hablar-. El rey tendr que creerme cuando le diga que no has sido t , sino...

- Los McKenzie.

Ella dejó los brazos a ambos costados, abatida.

- Hay hombres honorables entre mi gente.

- También de malos entre la manada, señora.

Ella no supo qué responder, pero comprendió que en todos los clanes, a pesar del odio que se profesaban los unos a los otros, eran iguales. Sin embargo, tener un líder justo o cruel marcaba una gran diferencia para las gentes de las Highlands.

Entonces la pena la invadió y deseó marcharse de allí. "Madre, las

cosas se ven n de otra manera", pens ,
y se alej .

Ronald no la sigui . Sab a que
necesitar a tiempo para
sobreponerse. Ella pas junto a Tamy,
pero ni siquiera la vio. Sali del sal n
y se dirigi a su alcoba sollozando en
silencio.

La se ora de los Kinnon
llorando por los McKenzie:
seguramente quedar a en rid culo,
pero nada pod a evitar que ella
derramara l grimas por sus amigos
muertos. Llor desconsoladamente con
la cara hundida en la almohada, hasta

que sinti la puerta de la alcoba abrirse tras ella.

- No es justo, Ron. No lo es.

l la abraz fuerte y Edora se dej llevar por el consuelo que le brindaba.

- Los est matando solo porque me son leales -logr balbucear-. Ha matado a Duncan. Y todo por mi culpa. Ahora ira a por Robert y Broderick.

Ronald se sinti empeque ecer ante aquella afirmaci n. Debatí consigo mismo, intentando averiguar qu ser a mejor: callar o revelar que

Duncan no era la primera vctima de la venganza de Bernard.

Le hubiera gustado guardar silencio pero no pudo, tarde o temprano ella lo sabr a, y l no quer a que le recriminara haber callado.

- Robert tambi n muri -dijo de pronto.

Ella dej de gemir por un instante. Apart la cabeza de su pecho y Ronald vio el dolor en sus ojos.

- Esta noche? Los ha matado a los dos? -boque .

- No te sientas culpable -esquiv la respuesta.

Ella volvi a llorar cuando l le apoy la cabeza nuevamente en su pecho, y as sigui hasta que Edora se qued sin fuerzas. Permaneci prendida al kilt de Ronald, abraz ndolo con la esperanza de que no se fuera, de que no la dejara sola.

- Edora...

- Qu date, por favor -suplic -.

No te marches.

Pasaron largo tiempo en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. De pronto not que los labios de Edora se posaban sobre la R que ella misma hab a grabado en

su piel. Cerr los ojos ante ese contacto.

- Los amabas?

La pregunta la sorprendi , pero el agotamiento hizo que respondiera instintivamente, sin pensarlo:

- Los quer a.

Ronald tens la mand bula. Duncan hab a sido un buen hombre y mejor guerrero todav a.

Edora lo mir incorpor ndose levemente. Desliz los dedos por la spera barba de varios d as. Esta, de un tono dorado oscuro, lo hac a m s temible que nunca.

Edora se sent a fr gil, nunca antes el sentimiento de impotencia hab a calado tan hondo en ella. Ser a posible que todo aquello ocurriera sin que pudiera hacer nada para impedirlo? Hundi su rostro en el cuello de su esposo y aspir su aroma.

Se qued dormida hasta bien entrada la ma ana. Por el dolor que le causar a a su esposo, m s valdr a que no se hubiese despertado.

El consejo se reunió por la mañana temprano.

La presencia de Edora junto a Ronald ya no era necesaria, o así parecían haberlo decidido.

Ronald estaba pensativo, más taciturno de lo que su esposa le hubiera visto jamás. Permaneció en silencio mientras abandonaban la torre en dirección a la sala superior.

Dos guardias los esperaban y otros cinco aparecieron por el pasillo.

- Qui nes son? -pregunt Edora.

Los hombres se acercaban y Collen apareci tras ellos con una expresi n todav a m s sombr a que la de Ronald.

Edora pens que no obtendr a respuesta, pero entonces l dijo:

- Son los hombres que envi a vigilar a tu hermano.

Ella parpade y l se adelant un paso al ver que las puertas se abr an.

Un grito procedente del interior la puso en alerta.

- Malditos McKenzie!

El viejo Angus maldec a y el

resto de los que allí se encontraban traslucía ira. Hasta Tamy parecía colérica.

Los hicieron pasar a todos. Ella y el laird ocuparon sus correspondientes asientos en la gran mesa entarimada que ocupaba el centro de la habitación. Los postigos de madera que tapaban las ventanas por la noche estaban abiertos, dejando entrar el sol.

Un tapiz majestuoso colgaba a su derecha, pero nadie estaba para contemplar las bellezas de aquella sala. Todos permanecían atentos e

impacientes por escuchar a aquellos hombres, y ella más que nadie.

- ¿Qué ha ocurrido?

El guerrero más joven dio un paso al frente. Su voz se vio enturbiada por la ira, pero todos le entendieron perfectamente.

- La granja ha quedado destrozada, dicen -a adi con desprecio- que para vengarse de las muertes de Duncan y los otros.

Edora notó los ojos de Ronald sobre ella, pero aquella información no la sorprendió, probablemente era lo que su hermano pretendía: una

excusa para la guerra.

- Hay que acabar con ellos! -
rugió Angus.

La joven se ora se sobresaltó .
Miró a su esposo buscando ayuda
desesperadamente, pero él no la
miraba. Entonces tomó la palabra:

- No haré tal cosa! -gritó Edora.
- Cómo os atrevéis vos...?
- Se atreve porque es mi esposa
y vuestra se ora. -Ronald se levantó y
miró desde lo alto al anciano.

El viejo Angus guardó silencio
echando chispas por los ojos.

- Es una McKenzie.

El pu o de Ronald golpe la mesa.

Angus hab a hablado. Como el segundo hombre m s respetado del clan su opini n ten a peso y valor, pero l era el laird y, si alguien volv a jam s a cometer semejante ofensa contra su esposa, rodar an cabezas.

- Edora...

- Ronald -Ella se acerc a l hasta casi tocarse-. No puedes hacer responsable a todo un clan de los actos de mi hermano.

Angus se rio de ella.

- As es la tradici n de estas

tierras, por eso somos un clan. Una familia nica y unida. Si atacan a uno de los nuestros, es como si nos atacaran a todos.

- Basta! -terci Ashling. Edora no hab a reparado la presencia de la figura femenina en el extremo de la mesa-. Han muerto buenos hombres por culpa de esa alima a, y morir n otros si no encontramos una soluci n.

- Dime, hechicera, lo has visto en tus visiones?

Edora no supo si le sorprendi m s la pregunta de Angus o su actitud reverencial hacia la joven rubia.

- Hay sangre en ellas, sufrimiento. -Al decirlo mir a Ronald y apart la mirada con pesar-, pero al final hay vida despu s de una muerte.

- Qu muerte es esa? -intervino Tamy, pero obtuvo una respuesta esquiva:

- Es pronto para saberlo, no puedo decir m s.

- Una muerte -pronunci en voz alta un anciano-. Debe ser la de Bernard.

- A qu estamos esperando? - Angus no levant la voz, pero sus palabras surtieron efecto en Ronald.

El laird se acercó a la gran mesa y parlamentó con sus hombres.

- Ronald, no -le susurró Edora.

- Debemos irnos. -Fue lo único que dijo. La cara de Angus denotó satisfacción y ella no logró entender sus intenciones.

- ¿Qué vas a hacer?

Sus hombres se apresuraron a abandonar la estancia bajo la mirada atenta de Edora.

Ronald fue tras ellos sin responder.

Mientras los miembros del consejo aclamaban la decisión del

laird, Ronald fue a su habitación en busca de su espada. Edora lo llamaba por su nombre, pero no respondió. Abrió el arcón donde guardaba sus armas.

- No lo hagas, por favor -insistió su esposa-. Habrá otra solución. -Se sintió desfallecer cuando su esposo la ignoró.

Lo vio sacar la espada del laird, no la que solía llevar al cinto, sino aquella monstruosidad capaz de acabar con tres hombres de un solo golpe.

- Si hablaras con Broderick, tal

vez l...

La expresi n llena de rencor que apareci en los ojos de Ronald la hizo callar. La tapa del arc n se cerr de golpe.

- Si por una vez confiaras en m

...

- Conf o, pero... -repuso Edora.

- No te hagas ilusiones, Broderick debe estar muerto o encerrado en una mazmorra. Crees que Bernard es tan est pido de dejar un hombre como l en libertad? Alguien capaz de arrebatarle el poder? Lo lamento, Edora, pero solo

hay una manera de acabar con esto.

Broderick no estaba muerto. Imposible. Desech ese pensamiento de inmediato.

- Dijiste que el rey no...

- Cambiar de opinión. Ahora tenemos pruebas de sus nuevos ataques, ellos ninguna. A no ser que incendien sus propias granjas.

Ella se interpuso en su camino cuando iba a salir por la puerta. Sent a ganas de gritar, de golpearle el pecho hasta hacerlo entrar en razón, pero había determinación en sus ojos.

- Vas a matar a mis hombres? -

pregunt después de unos instantes de duda.

Las palabras de su esposa lo detuvieron. Sus hombres. Ya hab an tenido esa discusi n.

- No, si puedo evitarlo -anunci secamente-. No tengo nada contra los McKenzie, cada vez menos.

- Qu quieres decir?

- Itimamente he estado pensando en ello, Edora. Cont stame a una pregunta.

Ella asinti .

- Despu s de que tu padre repudiara a tu hermano,

incrementasteis los saqueos?

Ella parecí sorprendida.

- No rompimos la tregua, Ronald, mi padre era un hombre honorable...

- Creo que desde el principio tu hermano y sus hombres han estado detrás de todo. Tus acusaciones, los incendios que nosotros jamás provocamos...

- Crees que se hicieron pasar por vosotros?

- Creo que usan tanto mantos Kinnon como McKenzie, según les conviene.

Ronald quer a dejar la conversaci n en ese punto. A su regreso esperaba haber proporcionado un nuevo lider a los McKenzie y la posibilidad de tener algo de paz. Pero Edora no estaba dispuesta a dejarlo ir.

- Ronald. Por favor! -Lo agarr del brazo, pero l la apart sin miramientos.

- No matar a ning n McKenzie si puedo evitarlo, pero los proscritos deben morir.

- Sabes perfectamente que en el campo de batalla no podr s evitarlo.

D jame hablar con ellos, puedo convencerlos de que...

- ... traicionen a su laird?

- S ! -grit ella con desesperaci
n.

Aunque le pareci una buena idea, no pod a esperar. Si cambiaba de opini n perder a autoridad frente a sus hombres. Ella lo hab a vuelto d bil.

- Lo siento. -Se dio la vuelta para marcharse.

- Te odio!

- Lo s -dijo l saliendo por la puerta.

Ella iba a replicar cuando l cerr de golpe y la barra se desliz para dejarla atrapada.

- No! -grit aporreando la madera-. Ronald, abre!

Sus gritos se escucharon mucho tiempo despu s de que Ronald hubiera partido en busca de venganza.

Edora no soportaba la idea de que su marido dirigiera sus ataques contra aquellos que un d a fueron sus amigos. Que Ronald pudiera llegar a matar a alguno de sus hombres le helaba la sangre.

Pero... y si le ocurría algo a él?

Por su parte, Ronald estaba fuera de sí.

¿Que ella lo odiaba? Como si él no lo supiera! Lo había hecho desde que llegó a su fortaleza. Maldita mujer! Acaso no lo había marcado con su daga, pisoteando su orgullo. Resopló furioso mientras espoleaba el caballo. Collen iba a su lado y no dejaba de lanzarle miradas furtivas. Sí, su amigo sentía una extraña simpatía por su esposa y debía admitir que no podía culparlo. Qué hombre con sangre en las venas no se rinde a

ante Edora? ¡ lo hab a hecho. Se hab a dejado llevar por ella. Por Dios! Hasta hab a intentado defenderla delante del consejo. Deber a haber dejado que el viejo Angus la destrozara con su lengua afilada.

"Mis hombres", "nosotros". Sus palabras lo torturaban. Por qu siempre un condenado McKenzie antes que l? Si mor a en una maldita escaramuza, llorar a su muerte o se sentir a liberada?

Intent convencerse de que aquellas nimiedades no le importaban, que lo realmente dram

tico era la brutalidad asesina de Bernard. El rey tendr a que intervenir.

Pasaron d as patrullando la frontera, seguros de que los hombres de Bernard, porque Ronald no deseaba llamarlos McKenzie, aparecer an dispuestos a presentar batalla.

No fue as . Fuere como fuese, Bernard parec a haber cambiado misteriosamente de opini n.

- Quiz s un enfrentamiento abierto no le convenza del todo -
aventur Collen.

Ronald, de un humor de perros, solo gru .

Mir a sus hombres cansados; llevaban m s de cinco d as fuera de la fortaleza sin apenas descansar. Cuando mir a Collen a los ojos, su mirada no le dio respaldo como hac a siempre, sino que era m s bien interrogativa: qu hacemos?

No quer a volver, pues ella le esperar a con ojos acusadores. No volver a con las manos vac as.

- Descansemos. -Y se al la casa de Lachlam. Quiz s el calor del fuego alegrar a a sus hombres.

La noche era m s fr a de lo habitual. Acamparon junto a la granja, vigilando las viejas casas de piedra y esperando que, en medio de la noche, el prado se llenara de figuras agazapadas entre el ganado, dispuestas a atacarlos. Sus hombres estaban dentro, l permaneci fuera, envuelto en su manta.

Se enga aba si quer a convencerse de que sus pensamientos los ocupaba Bernard. No era as ... Aquella mujer de hielo no se preocupaba por l ni un instante. Hasta su preocupaci n por el

engendro del infierno que era Broderick resultaba más evidente. Había visto el horror en su cara al escuchar las palabras que él le había dicho con poco tacto: "No te hagas ilusiones, Broderick debe de estar muerto."

Collen no tardó en aparecer.

El viento nocturno le azotaba la cara y parecía una figura amenazadora a la luz de la luna creciente. El resplandor plateaba las lomas que se extendían ante ellos.

- Deja de preocuparte, Ronald. Encontraremos una solución a esto.

Las palabras de Collen se perdieron en el viento y Ronald lo miró exasperado.

- Matar a Bernard, esa es la solución.

- Una muy buena, sí.

Otro gruido.

- Yo en tu lugar no me preocuparía más. -Collen era el único que podía hablarle con semejante familiaridad-. Te ama.

Su mirada de reproche perforó a Collen.

- Crees que ahora te daré permiso para meterte en mis asuntos?

- Seguramente ni ahora ni nunca, pero te lo digo como amigo, no como guerrero a las ordenes del laird. -Se ech la capa sobre los hombros y se sent a su lado-. S c mo la miras, c mo te sientes... porque crees que no le importas lo suficiente como para... - Collen miraba abstra do el horizonte, como si hablara de otras personas-. Pero en el fondo sabes que no es cierto, que sufre por ti y te ama.

- Te odio -dijo Ronald con los dientes apretados-. Te odio. Esas fueron sus palabras cuando, despu s de que atacaran dos de nuestras

granjas y dieran una paliza a cuatro de nuestros hombres, me dispon a partir para impedir que el bastardo de su hermano hiciera ms da o a las familias que viven fuera de estas murallas.

Collen resopl . No, su se ora no hab a estado muy acertada en aquello.

- Son cosas que se dicen cuando uno est ...

- Lo dice cada vez que menciono a un McKenzie.

Se hizo el silencio.
Contemplaron las lomas, que a la luz

de la luna luc an de un gris oscuro.

- Y encima nos compara con "su gente". Por supuesto salimos perdiendo. Cree que somos unos monstruos incivilizados porque nos ocupamos de defender nuestro territorio.

Ronald se levant y se apoy contra la gruesa pared de piedra.

- Piensa en una cosa -dijo Collen para animarle-. Ella te mira igual que t la miras a ella.

Ronald no sab a si aquella era muy buena se al.

- Qu quieres decir?

- Que te mira como t la miras a ella. Analiza lo que sientes, es muy probable que los dos os comprend is mejor de lo que cre is.

Collen no dijo nada cuando el laird lo mir con los ojos muy abiertos.

Ronald sinti una punzada en el pecho. No sab a si quer a mantener una conversaci n tan privada. No quer a pensar en sus sentimientos, no cuando la sed de sangre y venganza estaba tan presente.

- Si Bernard muere...

- No te abandonar -sentenci

Collen.

- C mo puedes asegurarlo? -
replie , y permaneci en silencio un
buen rato. Deb a tomar una decisi n,
y lo hizo-. Si esta noche no aparecen,
regresaremos a casa, nos
organizaremos y avisaremos al rey
de un enfrentamiento.

Aunque aquello trajera graves
consecuencias, Collen se limit a
asentir.

- Buenos días -salud Tamy.

Edora vaciló en el umbral del sal

n.

Había pasado varios días con el corazón en un puño, hasta que por fin la noche anterior Ronald había regresado. Lo hizo cansado, como envejecido a causa de tantas preocupaciones, y por si fuera poco no acudió en busca del consuelo que ella quería brindarle. Edora tampoco se atrevió a acercarse. Pero ahora, a la luz del día, todo tenía otro color.

Se qued de pie sin moverse, hasta que Tamy tuvo a bien acercarse.

La anciana la mir con ternura. Observ que Edora llevaba el pelo suelto cay ndole por la espalda y se cubr a con un sencillo vestido; como de costumbre, no llevaba manto alguno.

Era evidente que no hab a pasado buena noche; quiz las preocupaciones la hab an desvelado. Tamy sonri complacida, segura de que Ronald ten a algo que ver con los pensamientos que perturbaban el

descanso de la joven.

- Buenos días -respondi por fin-. Has visto a mi marido?

Tamy asintió mientras ella bajaba los peldaños que daban al salón. Sin hacer comentario alguno sobre su desaliado aspecto, se abrió la puerta de una pequeña habitación que había a sus espaldas.

- Llegó ayer -informó-. Edora guardó silencio esperando que apareciera algo más-. Los días se han hecho largos desde que se fue... y las noches aún más, verdad? Se alegrar de verte.

Edora no contestó, se limitó a pasar por su lado y llamar a la puerta con los nudillos. Oyó la voz de Ronald alta y clara a través de la madera. Entró sin esperar permiso.

Él estaba junto a la ventana dando un sorbo a una copa humeante; sobre la mesa, diseminados, había pergaminos, cera y alguna que otra pluma a la vista de quien entrara en la estancia.

- Deseo hablar contigo -dijo ella sin preámbulos.

Su esposo la miró por encima del hombro con ojos cansados.

Fuera lo que fuese que hubiera sucedido aquellos días en la frontera, lo había dejado en un estado lamentable. No es que su barba de varios días fuera desagradable a la vista, era más bien la expresión de sus ojos. No la miraba con odio o rencor, simplemente lo hacía como si fuera un asunto molesto del que debía hacerse cargo.

Por su parte, él cogió aire, llenándose los pulmones. Necesitaba calmarse. Ella no tenía la culpa de todo aquello. Se masajearon las sienes como si el mero pensamiento le diera

dolor de cabeza. No obstante, se volvi hacia ella.

- S , debemos hablar. -El cansancio tambi n se reflejaba en su VOZ.

Sin pensar, la inst a que se sentara a su lado en el banco de piedra, delante de la ventana. El d a promet a ser tan fr o y sombr o como su humor: si instantes antes el astro rey hab a osado brillar, ahora se escond a esquivo tras las nubes grises.

Ella tom asiento frente a l y por un instante a adi otra preocupaci n m

s a su larga lista. Edora no parec a gozar de salud. Ten a marcadas ojeras bajo sus preciosos ojos negros que le ensombrec an el rostro. El cabello suelto y brillante la hac a parecer m s p lida. Tal vez se hab a removido inquieta en la cama, presa del mismo insomnio que l tambi n sufr a.

Ella acarici distra damente uno de los cojines que estaban ah para que el asiento fuera m s c modo, ajena a los pensamientos de Ronald.

Se contemplaron largo tiempo en silencio, limit ndose a observarse

con pesar.

Fuera empez a llover.

Ronald estir las piernas e involuntariamente se rozaron. Volvi a plegarlas como rechazando ese contacto, cuando lo que en verdad deseaba era abrazar a esa orgullosa mujer y no soltarla hasta que se diera cuenta de que l tambi n merec a su preocupaci n y... su amor. Mene la cabeza, olvidando lo que anhelaba su coraz n.

Edora fue la primera en romper el denso silencio.

- Has estado varios d as fuera.

l asinti , recibiendo el comentario como una mera constatación.

- Qu ha pasado?

Ronald se esperaba esa pregunta, y aun as no ten a preparada la respuesta.

- Cabalgamos patrullando, intentando sorprender a los Mck... a tu hermano. -Se corrigi para no crear un nuevo conflicto.

- Y... aparecieron?

Ronald la mir fijamente.

- No. -Mir la copa que sosten a entre las manos para luego dejarla a

un lado-. Puedes dejar de sufrir por tus queridos amigos -a adi .

- Oh, vamos, Ronald -repuso ella con tono tierno, lo que sorprendi a ambos, y le sorprendi aun m s el hecho de que ella se arrodillara a sus pies y le acariciara el dorso de la mano-. Es que acaso no puedo preocuparme por ellos?

- S , mi se ora, por supuesto -dijo l con pesadumbre, y le cogi la cara entre las manos-, pero tambi n deber as preocuparos por algunos m s, no os parece?

- Me preocupo y... -vacil -y

sufro por ti. -Y aquellos dos lagos oscuros que eran sus ojos se humedecieron de pronto.

l se alej de ella, incapaz de soportarlo, dispuesto a ignorar sus palabras.

- No mientas. Se cu nto odias esta vida que no elegiste, pero llegaremos a un acuerdo.

Ella balbuce al tiempo que intentaba adivinar de qu acuerdo se trataba.

- De qu est s hablando? -Cruz la habitaci n hacia l y se coloc a sus espaldas.

- Primero actuar según mi lealtad y saber y entender. Deseo hacer a voluntad -dijo por fin-. Me encargaré de tu hermano, y de que el rey comprenda que matarlo es un acto de justicia. Si permanecemos unidos ante Alexander quizá salgamos con bien de esta encrucijada. Yo podré volver a tener paz y tranquilidad... a tu clan.

Ella se quedó boquiabierta.

- Cómo podrá suceder algo así ?

- Si Bernard muere... te dejaré libre.

"No lo hagas", deseó decir ella, pero las palabras no se formaron en

sus labios.

Ronald sinti un dolor agudo en el pecho al ver que ella no le contradec a. Pero... qu pretend a? Que dijera que lo amaba y que no pod a vivir sin l? Cerr los ojos ante tama a estupidez.

- Pedir la anulaci n, o te repudiar si Alexander no acepta este acuerdo. No tiene poder sobre un tribunal eclesi stico.

Ella ahog un grito.

Anular su matrimonio?

Repudiarla?

De todo cuanto hab a previsto

escuchar aquello no le hab a cruzado por la imaginaci n.

- Me est s diciendo que...?

- Que ser s libre, no tendr s que aguantar a un marido que detestas.

- Yo no...

Ronald la acall levantando una mano. Se volvi y de nuevo enmarc su rostro con ambas manos.

- No quiero volver a hablar del asunto.

Ella quiso gritarle que no deseaba apartarse de su lado; sin embargo call , mir ndose los pies, y apret los ojos para que las l grimas

no cayeran. Tal vez l estaba mucho m
s ansioso de lo que aparentaba para
librarse de ella.

- Est bien, Ronald... como
desees.

Aturdida, se encamin hacia la
puerta. l no la detuvo.

Fue solo entrada la tarde cuando Edora dej de llorar tendida sobre su cama.

Qu deseaba? Dejar de ser la esposa de Ronald Kinnon? De compartir su lecho? Se acurruc hecha un ovillo en la cama. No era solo lujuria aquello que la manten a a su lado, y cuanto antes lo aceptara, antes dejar a de sentirse como una mentirosa.

Se sent sobre el cobertor dispuesta a no dejarse vencer por la

autocompasión. Debería dejar de dormir tanto; se sentía fatigada a todas horas, pero por suerte las náuseas de la mañana habían pasado.

En ese momento la vieja Tamy asomó su canosa cabeza por la puerta.

- Mi niña, ¿te encuentras bien? - No esperó respuesta para entrar-. No debes llorar tanto por una simple discusión de enamorados.

- Enamorados? -susurró para sí-. Él no me ama.

- Créeme que sí, y te querré más cuando se entere de que llevas al futuro laird Kinnon en tu vientre. -

Ella se echó a llorar más audiblemente-. Bueno, tranquila -dijo la anciana acercándose al lecho para consolarla. Su nudosa mano le acarició el pelo cariñosamente-. Címate niña, no está bien que la señora de un clan llore tanto, ¿sabes? -dijo en un tono dulce.

Edora se dejó consolar porque el dolor en su corazón le resultaba insoportable.

- No sé si deseo ser la señora de ningún clan -balbuceó-. Mira lo que ha hecho mi soberbia, mi orgullo...

Tamy la abrazó con más fuerza y

se preguntó si ella sería consciente de que estaba gritando.

- Mientras te lo piensas, debes saber que lo estás haciendo muy bien aquí. El castillo parece otro, todas las mujeres te quieren...

- Y los hombres me odian. -Soltó otro berrido.

- Vamos, vamos, cómo se te ocurre esa tontería?

- Porque creen que quiero más a los McKenzie, pero no es cierto. Sufro por todos. Por todos! Por si fuera poco preocuparme por mi gente, ahora resulta que también he de

preocuparme por... por... por mi otra gente!

- Esos somos nosotros.

- Os quiero, Tamy, es verdad...

-Logr calmarse un poco y continu como si esa conversaci n a n pendiera entre ambas-. He aprendido a quererlos. Por qu Ronald no puede entenderlo y darme una tregua?

- Celos, orgullo herido... -

respondi la anciana acarici ndole el cabello-. Mi ni a, t has puesto su mundo patas arriba; es m s, creo que te has convertido en su mundo. Los estallidos de c lera, su tristeza... todo

es por la frustración que le provoca no encontrar una solución que no te produzca dolor.

- Lo crees realmente, Tamy?

- Por supuesto. Si él supiera cómo zanjear el problema de Bernard sin hacerte daño, lo haría, aunque con ello tuviera que sacrificarse él mismo.

Aquellas palabras le dieron que pensar a Edora. Realmente Ronald se sacrificaría por ella? Y ella? Se sacrificaría por él?

En la planta baja, Ronald recorría la estancia como un lobo enjaulado. Odiaba sentirse así, tan impotente

ante los acontecimientos.

Despu s de la propuesta fue incapaz de mentirse a s mismo: no pod a dejar escapar a Edora. Quiz no pudiera nunca. Por Dios! En qu estar a pensando al propon rselo? Y ella? Tan satisfecha! Hab a sido un est pido al creer que ella podr a haberlo elegido a l.

Sali al sal n m s abatido de como hab a llegado.

Esa noche Edora hab a declinado la invitaci n a cenar con ellos, alegando una leve indisposici n. No hubo risas a su costa, ni

siquiera amenazas ni improperios contra los McKenzie. A todos les haba quedado muy claro que las cosas entre los señores no estaban nada bien.

Tamy permaneci al lado del laird, silenciosa pero con el mismo apetito de siempre. Solo cuando Ronald se levant para irse a acostar, la anciana lo mir con aprobaci n, consciente de que ocupar a el lecho junto a su esposa.

Con cada paso hacia la alcoba, el orgullo de Ronald se agrietaba. Deseaba compartir su cama y no pod

a evitarlo.

Edora estaba dormida cuando entró. Esa noche, Ronald se había propuesto no hacerle el amor. Pero al ver las señales del llanto en su rostro, se metió entre las sábanas y la abrazó. No se atrevió a ni a respirar con ella a su lado. La dejó marchar porque ella no lograba adaptarse a un clan que jamás consideraría suyo? Se puso de costado y se apoyó en un codo para incorporarse.

Edora dormía inquieta. Su respiración era pausada y una pequeña arruga se formaba en su frente

cuando frunc a el ce o. Ronald no pudo evitar sonre r a medias. C mo pod a tan siquiera plante rselo? Era cierto que hab a cre do un castigo divino que Alexander lo atara a aquella mujer, pero ahora... ahora que la hab a tenido entre sus brazos, que conoc a la lealtad de su coraz n, su entereza y bondad, todo hab a cambiado.

Llev una mano hacia su rostro y apart un mech n de bano que le ca a sobre la frente.

- Edora -susurr algo mientras se inclinaba para besarle el ce o.

Ella abrió los ojos perezosamente.

La deseaba con una avidez abrumadora y, sin embargo, le había prometido dejarla marchar. Debería acostumbrarse a no disfrutar de su cuerpo nunca más si es que quería cumplir su promesa. Pero no quería. No la cumpliría.

Ella se incorporó levemente. Las sábanas se deslizaron sobre sus pechos apenas cubiertos por un fino camisón.

- Ronald. -Su voz fue apenas audible, pero se inclinó sobre él y le

ofreci sus labios. Los rozé hasta que el fuego volvió a prender en su interior. Qué ingenuo había sido.

Sintió los brazos de ella alrededor del cuello y la acomodó bajo su cuerpo, dispuesto a que no se escapara. No aquella noche, no cuando la necesidad de tenerla jamás había sido tan grande.

Movió las manos por la fina tela que la cubría. Le separó las piernas con uno de sus muslos y notó la humedad, se alzó inequívocamente cuanto lo deseaba.

La penetró con un grito de

satisfacci n.

- Oh, Edora...

- Mi amor... -musit ella contra

su boca.

Y se arque para recibirlo profundamente. Apret los labios contra su oreja, bes ndolo desde ah hasta el hoyuelo de la barbilla y m s abajo.

Le acarici el pecho con ambas manos mientras se excitaba m s con cada invasi n. Abri los ojos un momento cuando not la spera cicatriz bajo su palma. No era una cicatriz de guerra sino de verg enza.

Y la hab a hecho ella misma.

Ronald se perdi en sus ojos negros, consciente de la intensidad con que ella tocaba su marca, Qu pensar a? Quiz s en que si no fuera por esa herida ella aun estar a entre sus hombres, lejos de l. Ese pensamiento lo mortific . Por otro lado, sab a que Edora lo deseaba. Puede que no lo amara, pero era innegable el placer que experimentaba entre sus brazos. Dios m o, no quer a seguir el hilo de aquellos pensamientos.

Sus embates se hicieron m s

profundos, más apasionados. El murmullo que escapaba de sus labios se hizo más audible. Quiz si lograba hacerla enloquecer ella olvidaría a su deseo de abandonarlo.

Edora lo había marcado para siempre. Pensó que aquella cicatriz era un recuerdo indeleble de un día y un acto que había sellado sus destinos. Aunque ahora era mucho más. Él le pertenecía, su corazón había quedado marcado y necesitaba saber que para ella significaba algo más que un esposo impuesto por su rey.

En un arrebato infantil, Ronald

había hecho exactamente lo mismo: marcarla y asegurarse de que jamás olvidaría a un hombre capaz de someterla y humillarla. Cuando distintos eran ahora sus motivos para querer ser recordado. La amaba, intensa y profundamente. Ahora ella era suya y no sabía cómo podría sobrevivir sin contemplarla y retenerla a su lado hasta el fin de sus días.

Edora se sentía arder, su cuerpo entregado a las reacciones que le provocaba el roce sobre la piel desnuda. Besó el cuello de

Ronald con ansiedad, adelantando las caderas para recibir cada embate, acariciándolo, esperando brindarle igual placer que el que él le provocaba.

Enred sus dedos en su cabello y tiró de él para besarlo más profundamente en el cuello. No era posible que para Ronald ella no fuera mejor que cualquier otra mujer que hubiera yacido en su cama. Le resultaba inconcebible que él quisiera apartarla de su lado. Por qué ahora, cuando había descubierto que lo amaba? Quiz fuera mejor así.

"Sacrificarse", hab a dicho Tamy. Sacrificarse por el amor de ese hombre. Edora hab a reflexionado sobre ello y llegado a la conclusi n de que eso era posible, pero aun as saborear a aquel momento, lo atesorar a para siempre.

Sinti las manos de Ronald en cada rinc n de su piel. La acariciaba como si conociera su cuerpo tan bien como sus propias tierras. Enardecida, le clav las u as en la espalda antes de volver a deslizar los dedos por su pecho. El escaso vello dorado le hac a cosquillas en

las yemas hasta que encontré, de nuevo, la cicatriz.

Cada fuerte embestida la hacía gritar. Con todo, logré mirar la cicatriz y después a aquellos ojos grises que se derramaban sobre su rostro.

Ronald creyó que era imposible que se saciara de ella. La penetré con más fuerza.

- Lo lamento... -Edora le tocó el pecho para calmarlo.

Sus movimientos se hicieron más lentos y Ronald supo que lo había malinterpretado.

- No te estaba castigando, mi amor -se excusó.

- Lamento lo de la marca -aclaró ella con voz tomada por el sentimiento-. Te aseguro que si fuera ahora...

l la silenció con un beso largo y profundo. Se quedó inmóvil, a un duro en su interior. Quería explicarle que nada importaba ya y que la cicatriz no le traía más recuerdo que el de su nombre, pero sintió que ella volvió a derretirse por dentro. Sus besos le recorrieron otra vez el cuello, lamindolo dulcemente.

Si no fuera por la inicial de su nombre grabada en su pecho, su esposa jamás habría sido suya. Quizá no se hubieran visto nunca más y tal vez podrían haberse odiado en paz en lugar de amarse. De cualquier modo, lo que ardía en su corazón era demasiado íntimo para compartirlo con nadie, ni siquiera con la mujer que amaba.

Porque él no se permitía revelar lo que anidaba en su corazón.

Le besó los labios con ternura y lo amó despacio, hasta que sintió que ella se retorció bajo su cuerpo. Él

placer estalló en su interior y los dos quedaron saciados.

Ronald la abrazó mientras ella enterraba el rostro en su cuello. Teniéndola entre sus brazos, lo vio todo más claro. Supo que tendría que buscar otra manera de arreglar las cosas, porque era consciente de que nunca la dejaría marchar. Jamás.

Aquella misma noche Edora elabor un plan, decidida a llevarlo a cabo pasadas dos semanas, el tiempo justo para que se calmaran las aguas y Ronald dejara de vigilarla con el celo que ya era habitual en l.

En ese tiempo qued claro que la nica forma de encontrar la paz entre los clanes Kinnon y McKenzie era matar a Bernard. Todos estaban de acuerdo, y las nicas discrepancias entre ella, el consejo y Ronald estribaban en el modo de hacerlo.

Mientras Ronald intentaba forzar un enfrentamiento en la frontera y acabar con l en sus propias tierras, el consejo era partidario de que el rey interviniera directamente. Edora, aunque no estaba de acuerdo con ninguno de los dos m todos, se guard para s su opini n al respecto.

Si bien en aquel tiempo hab a hecho valer su derecho de asistir a las reuniones del consejo, no participaba activamente. Por un lado, porque aunque en principio le resultara inconcebible, estaba de acuerdo con casi todas las posturas

defendidas por Ronald, y por el otro, porque sab a que muchos no la querr an escuchar y a la larga ser a contraproducente.

El consejo se hab a reunido en varias ocasiones. En cada una de ellas trataban temas de crucial importancia. Las granjas segu an ardiendo en la frontera. Y aunque Ronald hab a estado a punto de atrapar a Bernard, este hab a logrado huir como una rata escurridiza.

Con impotencia, Ronald se vio obligado a mandar mensajeros para mantener bien informado al rey, pero

Alexander estaba demasiado ocupado aplacando las ansias de grandeza de los lairds del este. En la reunión más reciente, Edora había escuchado a Angus y Tamy, esperando que la sabiduría de la edad aportara algo de luz a todo aquello, pero no fue así.

Aquella noche, los miembros del clan parecían sumidos en sus propios pensamientos. Las largas mesas, como siempre, estaban dispuestas en el salón y la cena transcurrió silenciosamente, algo habitual a finales de verano.

Ronald observó a Edora, taciturna y con la mirada fija en la gran mesa. Estaba sentada a su derecha, comiendo a pequeños bocados y bebiendo de la misma copa que él.

Deseaba que ella olvidara la absurda promesa que le había hecho: acabar con Bernard y devolverle a ella el mando de su clan natal. Pero evidentemente era mucho desear, pensó. Por su parte, Edora también pensaba en la promesa, pero, lejos de estar jubilosa, palideció al pensar que Ronald pudiera proponer algo

semejante al consejo.

El miedo le aceleró el corazón mientras rezaba para sus adentros. Si sus planes salían bien, en pocas horas todo habría terminado.

- Aun no tenemos noticias de Alexander -dijo Tamy.

- Ni creo que las tengamos pronto -espetó Angus, con tanta preocupación como enfado-. Tiene asuntos más importantes que atender, y, aunque no fuera así, dudo que se molestara en venir aquí.

- Seguramente espera que Ronald lo resuelva por sí solo.

El aludido no hizo ning n comentario.

Edora not que alguien la observaba desde el otro extremo de la mesa. La hermosa muchacha de cabello dorado com a en silencio, siempre atenta a cuanto pasaba a su alrededor. Le sonri cuando sus miradas se cruzaron. A Edora le dio la impresi n de que ella ten a la respuesta a todo.

- El rey siempre ha confiado en tu criterio -intervino entonces Ashling, y como siempre el silencio descendí sobre la sala como un

manto invisible.

Edora miró con fascinación a aquella mujer.

- Sabe, como todos, que harás lo correcto. Que agotarás todos los caminos antes que cometer una injusticia. Ronald, vas a tener que enfrentarte a una dura prueba y solo si escuchas a tu corazón saldrás victorioso.

Tras estas enigmáticas palabras, los ojos de la belleza rubia se centraron en Edora. Sería posible que aquella hechicera conociese las intenciones de su esposo? Y las

suyas? Aunque la mir con intensidad, la joven no dijo nada m s, desilusionando a la se ora e instndola a preguntar.

- No puedes mirar las runas y decirnos qu suceder ?

La joven rubia neg con la cabeza.

- Las cosas no funcionan as , mi se ora. Adem s -a adi con indiferencia-, la decisi n ya est tomada.

Edora la observ detenidamente. "Es m s que una mujer", le hab a dicho Ronald al preguntar por ella, y

ahora lo entend a. En aquellos meses en la fortaleza Kinnon le hab an explicado que el don de Ashling era demasiado grande para guard rselo para ellos solos. Era una mujer itinerante, respetada por todos, hasta por el m s burdo guerrero. Sab a que los McDonald hab an solicitado su presencia en las islas occidentales, y que hab a regresado a las tierras del norte hac a apenas unos d as. A pesar de sus viajes, siempre regresaba. Le hab a o do decir que ello se deb a a que era una prisionera de aquellas tierras. Por una raz n m s poderosa

que su don: por su destino. Era ahí donde deba a esperar los acontecimientos que pronto marcarían su vida. Por la expresión con que la joven había hablado de ello, Edora supo que las visiones sobre ese destino no eran nada alentadoras.

Como la belleza rubia no tuvo más que decir, guardó silencio y todos volvieron a comer y beber.

Después de la cena, alguien tocó una bella melodía con un arpa y una joven muchacha entonó una melancólica canción.

Por entre las cabezas de los

presentes, que escuchaban con atención, Edora se fijó en los bellos ojos de Ashling, que la contemplaban esperando el momento oportuno para retirarse con ella. Estaba claro que quería decirle algo.

La vio salir del salón y Edora se disculpó aduciendo cansancio.

- Si me disculpas, mi señor.

Ronald asintió, deseoso de acabar cuanto antes con los informes de Collen, susurrados a media voz, para luego reunirse con ella.

Pero Edora no subió las escaleras de la torre, sino que se

dirigi a las almenas, tras la et rea
mujer de cabello dorado.

- Ashling -susurr al encontrarla
all , envuelta en la soledad de la
noche.

Llevaba un hermoso vestido gris
que rozaba el suelo a merced del
suave viento. Sus pies permanec an
juntos, dejando ver sus botines
grises, en una postura hier tica,
interiormente preocupada pero
contemplando impasible el horizonte.
Edora no supo si se hab a percatado
de su presencia, pero al ver que volv
a la cabeza y le hablaba por encima

del hombro, supo que la estaba esperando.

- Algunos hombres creen que el destino est escrito en las estrellas. - Volvi la vista al firmamento estrellado y continu -: Creen que los astros rigen nuestro car cter y que las experiencias que vivimos nos afectan de un modo u otro seg n el signo en que nacemos.

- Y t que crees?

La hechicera guard silencio un momento.

- Yo? Yo creo en el libre albedr o, fervientemente. -Su tono denot

ansiedad, pero enseguida volvi a serenarse-. El destino est escrito, pero por qu no podemos cambiarlo? Deseo conseguirlo, Edora. Lo deseo m s que nada. Algunos creen que las buenas obras en este mundo sirven para asegurarse un lugar en el otro. Por mi parte -a adi antes de que su se ora preguntara-, espero que las buenas acciones de los hombres sean recompensadas en este, puesto que nadie ha vuelto para decirnos si en verdad nos aseguran un lugar en el otro mundo.

- Hablar as , Ashling... En el sur

te quemar an por bruja.

La joven solt una carcajada.

- S , pero aqu en el norte... -Se abraz a s misma como si sintiera un fr o atroz de repente-. S lo que quieres preguntarme -el cambio de tema pill desprevenida a Edora-, pero no tengo la respuesta.

- De verdad sabes qu deseo, Ashling?

- Os puedo aconsejar, pero no aseguraros la victoria.

Edora se llev una mano al coraz n. Cu nto deseaba escuchar unas palabras de consuelo, un pron stico

favorable para la empresa que pensaba llevar a cabo sola.

- Y ayudarme? Puedes ayudarme, hechicera? -preguntó esperanzada.

Ashling asintió. En su mirada no se veía reproche alguna. Si en verdad sabía que Edora pensaba abandonar a Ronald por su propio bien -y también al clan Kinnon-, parecía aceptarlo sin más.

- Solo deseo que acaben estas muertes -añadió la joven serena.

Ashling le cogió la mano que descansaba sobre la fría piedra de la

muralla.

- No necesitas ver el futuro para encontrar un camino.

Ambas mujeres se miraron como si aquel encuentro fuese innecesario. Sabían que se debía hacer para que todo volviera a su cauce. La pregunta era si Edora tendría el valor suficiente.

- Si Ronald mata a Bernard...

- Sufres porque crees que ese es su destino y que acabarás muerta.

Edora asintió .

- Pues no sufras más por ello. La muerte de Bernard será justa y el rey

no exigir explicaciones. Y qui n sabe si esa triste misi n le toca al laird; hay otro hombre capaz de darle muerte a tu hermano.

Por como lo dijo, Edora la crey . Pero hab a algo que ocultaba, algo que aterraba a la hermosa hechicera.

Ashling mir a la lejan a. Mir los rboles, el bosque. Las ramas danzaban azotadas por el viento. Llev la mirada m s lejos, hasta el horizonte. Hab a un hombre, un guerrero que la aterraba, que hab a unido los destinos de ambas y que era capaz de dominar el suyo propio.

- La respuesta est en tu coraz n -
dijo Ashling, siempre enigm tica-.
Solo es necesario que tengas el valor
suficiente para hacerlo.

Pero lo ten a? Ten a valor para
acometer lo que su coraz n tramaba
desde hac a semanas?

- Entiendo -murmur con un nudo
en la garganta.

Ashling asinti .

- El destino espera por ti, a que
desencadenes los acontecimientos
que precipitar n el desenlace.

- Esto es todo lo que necesitaba
de ti, Ashling.

La mujer sonri .

- Alguien que te diga que tu plan no es tan descabellado?

Ambas guardaron silencio mirándose a los ojos.

- Ma ana -asegur Ashling al fin.

Edora comprendi que hab a llegado el momento. No quedaba mucho m s que decirse.

Cuando lleg a su dormitorio, Ronald estaba esper ndola. Al retirarse Ashling, l hab a visto a su esposa desde la ventana. Pase sola por las murallas y l aguard pacientemente a que se reuniera con

1.

Edora no le sonri al acercarse, pero le ech los brazos al cuello.

- Ronald -murmur -, hazme el amor.

Sus cejas doradas se arquearon antes de sonre r dulcemente. l la atrajo hacia su pecho, dispuesto a satisfacer de inmediato su petici n.

Ella se refugi entre sus brazos. Estuvo a punto de llorar, presa de un dolor profundo y casi insoportable. Habr a jurado o r su coraz n partirse en ese instante, porque, como hab a dicho Ashling, sab a qu deb a hacer

por la mañana.

El sol apenas hab a salido cuando Edora se escabull por el bosque, cuidando de no perder el manto que la cubr a.

Con el despertar del d a, las entradas y salidas del recinto amurallado se hac an fluidas. Consigui salir por la puerta principal sin llamar la atenci n, con el manto Kinnon cubri ndole la cabeza, como una mujer m s protegi ndose del fr o amanecer.

Salir no fue dif cil, pero lo

imposible fue conseguir un caballo. Hab a decidido ir hasta una granja cercana, segura de que si explicaba a alguien que su caballo la hab a derribado y se hab a dado a la fuga, le ofrecer an uno de inmediato, sin necesidad de comunic rselo al laird. Pero tuvo miedo y finalmente esquiv las granjas.

Ese era su plan, engaar a los cr dulos Kinnon para conseguir un caballo y as alcanzar las tierras McKenzie. Se sinti culpable.

No sab a qu contar a a su hermano para justificar tan

inesperada visita; deber a mentir, ofrecerle algo a cambio para que Bernard le permitiera quedarse. No ser a f cil convencerle, quiz si acusaba a Ronald de haber convertido su vida en un infierno y le juraba obediencia... Sea como fuere, la fortaleza McKenzie era su nica opci n. Deb a llegar, de un modo u otro, hasta Broderick. l sabr a c mo arreglarlo. Ya se encargan luego de calmar la ira de Ronald para aunar fuerzas contra Bernard. El plan era l gico: atacar desde dentro. Tendr an m s posibilidades de victoria.

Al llegar a las tierras McKenzie cambiar a su manto, pues uno Kinnon llamar a demasiado la atenci n; en un fardo tra a aquel que Ronald hab a rasgado la primera vez que hab a puesto un pie en aquellas tierras. Mir sus ropas mientras avanzaba; las granjas que se encontraban cerca de la frontera no estaban lejos y cualquiera servir a. Se sinti mezquina al haberse puesto el manto Kinnon para escapar, cuando antes se hab a negado tozudamente a usarlo. Desde luego, no se port del todo bien con sus hombres, y menos con Ronald.

Sinti un escozor en los labios al evocar su imagen besándola apasionadamente apenas unas horas antes.

Mene la cabeza con disgusto, deb a dejar de pensar en l, antes de que el deseo de volver a acurrucarse contra su cuerpo tibio arruinara su empeño de llevar a cabo su planeada hazaña.

Alz la mirada al cielo y rez para que el laird tardara en advertir su ausencia. Necesitaba cierto tiempo de ventaja.

Ronald... Tal vez se sintiera

demasiado traicionado y herido para salir en su busca. El sentimiento de culpa le oprimi el pecho. Se sent a culpable por abandonarlo.

Suspir , para luego menear la cabeza con una t mida sonrisa.

A qui n pretend a engan ar: Ronald montar a su caballo y saldr a en su persecuci n para luego darle una buena tunda, pero con un poco de suerte cuando se percatara de su ausencia, ella ya habr a cruzado la frontera y con mucha, mucha suerte, encontrado a Broderick.

Puede que su marido lo

considerara un bastardo de la misma cala a que Bernard, pero Edora sab a la verdad. Broderick era el palad n que ella necesitaba. A n recordaba lo que hab a dicho Ronald de l: "Ese hombre ser a capaz de arrancarle la piel a una monja para cubrirse con ella en invierno." Sonri a pesar del cansancio. Broderick no har a eso, ni le har a da o a ella, m s bien al contrario: la proteger a. Ahora con Ronald lejos necesitaba de esa protecci n, al menos hasta que hubieran acabado con Bernard.

Despu s de andar unas horas,

hizo un alto. Había llegado al río, la frontera natural de ambos clanes. El sol estaba alto y hacía calor. Solo debía avanzar un poco más, donde las corrientes le permitieran cruzar sin peligro, y sería libre para buscar a Broderick. Cambió su manto por el del clan McKenzie. Ya estaba lista.

Se deslizó descalza sobre las rocas, pero se agachó de golpe cuando percibió un movimiento al otro lado del río. Esperó unos instantes hasta que poco después, con más claridad, vio un tartán Kinnon en la orilla de los McKenzie. Entornó los ojos. La

figura emergi entre las sombras de los rboles.

Collen.

Se llev una mano a la boca para acallar una exclamaci n de sorpresa.

El guerrero permanec a erguido en toda su estatura y... desnudo! Su kilt colgaba de su mano, Se inclin sobre el agua para lavarse el torso y los brazos. Nada fuera de lugar, salvo que estaba en el lado equivocado del r o.

Con el tart n Kinnon apretado contra su pecho, Edora retrocedi unos pasos y se ocult tras una roca.

Observa a Collen. No es que quisiera espiarlo desnudo, por muy agraciado que fuese, sino porque tras él vio aparecer un manto McKenzie. Poco faltó para que lanzara un grito de advertencia, pero se contuvo al ver que el guerrero no corría a ningún peligro.

Después de un minuto fue evidente que Collen se encontraba muy cómodo, ya que estaba besando con ardor a una McKenzie. Los sedosos cabellos rubios de la graciosa figura caían sobre sus caderas mientras él la estrechaba entre sus

brazos. A pesar del murmullo del agua, sus voces se distinguían como un susurro.

Cuando la mujer se apartó de él, Edora pudo ver su rostro y la reconoció al instante: Mairi McKenzie. La recordaba por el revuelo que había protagonizado su padre el año anterior. El viejo William había entrado en el salón comunal hecho una furia clamando venganza y exigiendo la cabeza de los Kinnon. Su padre, Iain McKenzie, todavía estaba lo suficientemente fuerte para atender dicha queja.

Edora no recordaba las represalias que hab an sufrido los Kinnon por aquello, pero s recordaba el motivo de las mismas: Mairy hab a sido violada.

A su mente acudieron las palabras de su esposo: "No somos ni asesinos ni violadores. Aqu la violaci n se castiga severamente." Mir a Mairy y suspir al darse cuenta de su propia ingenuidad. La muchacha estaba besando a Collen con un amor reverencial mientras l la alzaba en brazos y murmuraba palabras dulces contra su pelo.

S , Collen compart a con Mairy lo mismo que su esposo... Bueno, quiz s ella y Ronald no compart an tanto amor, pero hab a deseo.

- Te quiero -oy decir a Collen.

El coraz n le dio un vuelco ante tanta ternura.

Sinti ndose una miserable esp a, decidi alejarse y dejarlos solos cuando el llanto de un beb capt su atenci n. Mairy tambi n lo oy y se dio la vuelta para coger de entre las rocas un peque o bulto envuelto en pa os blancos.

El peque o Will.

Pero no fue Mairy quien tranquiliz al pequeño, sino los brazos de su padre, porque eso era lo que Collen era. Aquel pequeño que elevaba sus puños apretados al aire parecía conocer muy bien la voz de aquel highlander de aspecto feroz.

El niño se calmó y entonces su madre sollozándose abrazó al cuello del guerrero.

- Oh, Collen... -Un fuerte brazo la rodeó para atraerla contra su pecho. No sé cuánto tiempo más podrá soportar esto.

- Quiero que vengas conmigo.

Los tres debemos estar juntos.

- No pueden celebrarse matrimonios entre los clanes, no me aceptar n. -Los ojos de Mairy estaban empa ados cuando se apart para mirarlo-. Cre que con la nueva se ora todo iba a ser diferente, pero despu s... Bernard es un monstruo y quienes planeaban derrotarle han huido al bosque para unirse a Broderick.

Edora escuch con atenci n. Quienes se opon an hab an huido al bosque. Entonces Broderick...

El llanto del peque o se acentu y

a ella empezaron a formarse lágrimas en los ojos, que al poco resbalaron por sus mejillas. Broderick no se encontraba encerrado en la fortaleza, tal como había supuesto. Aquel highlander seguía a vivo, oculto en algún lugar del bosque, esperando su oportunidad para derrotar a Bernard.

"Oh!, eres un magnífico laird". Broderick era noble de corazón. Ciertamente que sus modales distaban de ser perfectos y que era capaz de petrificar a cualquiera con su voz tonante, pero aun así su nobleza lo har

a un laird recordado durante generaciones. Ahora que sab a aquello, era una estupidez adentrarse en territorio enemigo. Se internar a en aquel bosque hasta encontrarle, o hasta que l la encontrara a ella.

Deb a regresar.

Pero se qued un poco m s para ver como Mairy se deshac a en sollozos apoy ndose contra el pecho de su amante. Pobre Collen, ahora entend a su sufrimiento: la mujer que amaba estaba bajo el dominio de Bernard.

Deb a hacer algo cuanto antes.

Retrocedi sobre sus propios pasos
dispuesta a deshacer el camino
andado.

Deber a haber supuesto que no
todo pod a ser tan f cil.

Repentinos cascos de caballo.

A Edora le falt tiempo para apartarse cuando el guerrero pas por su lado. Abri desmesuradamente los ojos, asustada. En un primer momento hubiera jurado ver la cara de Bernard burl ndose de ella, y ante la expresi n feroz de Ronald casi lo hubiera preferido. Sus ojos parec an arder como brasas y la cicatriz de su rostro hab a adquirido un tono encendido. Salt del caballo y la agarr de ambos brazos sin

contemplaciones.

- Qu demonios te propones?

Edora permaneci en silencio.

Se hab a marchado as porque no soportaba la idea de una despedida.

Pero si Ronald pretend a abandonarla despu s de que Bernard fuera abatido, por qu ve a un sufrimiento tan intenso en sus ojos?

- Contesta! Qu te propones?

- Irme -dijo ella simplemente.

La expresi n de Ronald pareci dulcificarse ante los ojos llorosos de Edora, que alz el ment n desafiante sin darse cuenta de lo fr gil que deb a

de parecerle.

- No comprendo por qu te pones as -a adi -. Es lo que ten as planeado para m , no?, que me fue...

- C llate.

Ronald no grit la orden, pero tampoco fue necesario. Edora apart la mirada trag ndose los sollozos que le sub an a la garganta. Respir hondo para tranquilizarse, consciente de que Ronald distaba mucho de ser un mar en calma. Sus brazos segu an apret ndola con fuerza y el temblor de su mejilla evidenciaba lo mucho que se estaba conteniendo.

El guerrero respir hondo varias veces.

La angustia le oprim a el pecho. Podr a haberle pasado cualquier cosa, a cual m s horrible. Sin duda Bernard la hubiera matado nada m s verla aparecer. No se arriesgar a a que la antigua se ora regresara para usurpar el poder que el rey le hab a concedido en exclusividad. Era consciente ella de eso? Seguramente la muy inocente no ten a ni idea. Siguí contemplantola furioso, hasta que logr serenarse un poco.

La mir de la cabeza a los pies y

solt un juramento.

- Llevas puesto el manto McKenzie.

Ella agach la cabeza.

Si le hubieran dicho hac a unas semanas que se avergonzar a de llevarlo, no se lo habr a cre do. Pero ahora s sinti verg enza, no de amar a los McKenzie sino de ver en los ojos de Ronald su convicci n de que ella lo hab a traicionado.

- No pod a presentarme en las tierras McKenzie con...

Ronald no la dej terminar: la lanz sobre su montura tan

bruscamente que el semental relinch .
Mont tras ella hecho una furia, pero
al verla cabizbaja y sin fuerzas para
quejarse, se dijo que el castigo pod a
esperar.

Azuz al caballo para que se
pusiera en marcha de vuelta a la
fortaleza Kinnon.

- Ronald, yo...

- Calla. -Apret los dientes con
fuerza.

- No digas que me calle -susurr

Quer a explicarse, pero Ronald
a n no estaba preparado para

escucharla. Había temido demasiado por ella y necesitaba unos momentos.

Edora intentó apartar el firme brazo que le rodeaba la cintura. Su esposo la sujetaba sin delicadeza alguna, como si apretándola le recordase a quién pertenecía y de quién no podía escapar.

La última media hora había caminado entre los helechos y la frondosa vegetación, abriéndose paso para atravesar la frontera. Ahora Ronald debía desandar el camino, maldiciendo porque el animal no sabía donde pisaba. Los árboles

centenarios se sucedieron hasta que, a lo lejos, divisaron un pequeño sendero medio cubierto por la primera hojarasca otoñal.

Ella hizo desmontar cuando llegaron a un riachuelo que les cerró el paso. No le dio explicación alguna, aunque ella sabía que el caballo debía ir con cuidado para no lastimarse las patas.

- Ronald. - Él ni siquiera la miró, pero ella insistió -: Ronald, no entiendes nada -dijo exasperada.

- ¿Qué deber de entender? - espetó con un tono más seco que el de su

esposa.

Avanz de nuevo hacia ella dejando al caballo pastar no muy lejos, ya que ahora estaban a salvo en tierras Kinnon, por muy cerca de la fortaleza que se hallaran.

- Y t entiendes aun menos a tu esposo si piensas que voy a dejar que te vayas as , sin m s. -La agarr del codo para atraerla contra su pecho.

- As sin m s? -repiti a media voz-. No sabes cu nto me cuesta dejarte, pero no puedes deshacerte de mi hermano a menos que deseas

que el rey te mate.

- Y por eso piensas hacer que te mate a ti?

Edora no respondi , tuvo el suficiente sentido común para bajar los ojos y mantenerse en silencio.

- Cuánto tiempo llevas planeando esto, Edora?

No respondi .

- De verdad pensabas desaparecer en el bosque y reunir un ejército para recuperar el liderazgo de los McKenzie?

- No, yo solo pretendía recuperar... -Supo que esas palabras

eran un error ya al pronunciarlas.

La mano de Ronald le apretó más el brazo y la obligó a levantar los ojos con una sacudida. Estaba furioso, y ella empezó a preguntarse cómo había sido tan ingenua de internarse en el bosque en busca de otro hombre. Broderick, nada menos.

- Por qué, Edora? -De pronto la soltó y se apartó como si ya no soportase mirarla.

Le dio la espalda y meditó en lo que había pasado.

Su mujer no solo no lo amaba, quizá nunca lo hiciera, sino que además

s lo consideraba un cobarde incapaz de hacer justicia en su propio clan.

- De verdad crees que l te proteger a mejor que yo? -pregunt refiri ndose claramente a Broderick.

- Solo intento que no te maten - repuso ella, y corri hacia su esposo para abrazarlo.

l no se movi , dej que sus brazos lo rodearan.

- Ronald, t mismo dijiste que ibas a destruir a Bernard y que yo regresar a con los McKenzie. Bien, si ese es tu plan, se me ocurri una posibilidad de llevarlo a cabo sin

que la ira del rey recaiga sobre tu cabeza.

- Entonces, es que me crees un cobarde? Un in til? -Se solt de su abrazo-. No entiendes nada.

- Qu hay que entender? Dijiste que...

- Dije muchas cosas insensatas que por supuesto no voy a cumplir.

Ella lo mir con el entrecejo fruncido.

- No cumplir s tu palabra?

- Jam s di mi palabra a Bernard de que te entregar a a l, como tampoco autoric a tus hombres para

que te usaran como bandera en la lucha interna que mantienen con ese bastardo.

Edora se llev las manos a las sienas, confundida. Las palabras pronunciadas por Ronald tantas noches atr s no hab an significado nada, y, a n peor, no entend a por qu la hab a hecho sufrir as durante tanto tiempo.

- Dijiste que me repudiar as, que ser a libre, regresar... explicarle al rey... -Las palabras le sal an atropelladamente.

- No puedes irte! Eres mi

esposa! -exclamé con seguridad, aunque vacilé en cómo justificarlo. Decirle simplemente que la amaba y que no podía vivir sin ella no entraba en sus planes. Intenté calmarme-. Lamento no haberte informado de mis verdaderas intenciones, pero no vas a irte y es mi última palabra.

Acto seguido, la cogí por la muñeca y la arrastré hacia el caballo.

- Ronald, por favor...

Se soltó, pero no huyó tal como se temía a Ronald. Lo miré como si esperara algo más de él, quizás una explicación más convincente o tal vez

que cambiara de opinion y viera lo conveniente que seria para los Kinnon que ella desapareciera, apartandolos de los problemas que asolaban a los McKenzie.

Vacilo sin revelar sus sentimientos.

- Edora, yo...

De pronto sus manos la cogieron de los hombros con delicadeza, aplicandoles la presi3n justa para acercarla a l. Ella lo hizo y se dej6 abrazar por Ronald, que aspir6 la fragancia de su pelo. La acun6 con ternura. Sigui6 el contorno de su

barbilla con los dedos y luego se inclinó sobre sus labios para darle un tierno beso.

Demasiado poco para ambos.

Una hora después, las ropas yacían amontonadas bajo sus cuerpos aún desnudos y Edora intentaba soltarse juguetonamente del abrazo de su esposo. Se levantó a duras penas con una sonrisa bailando en sus labios.

Ah estaba Ronald, mirándola como si sus problemas no fueran más que una leve molestia que pudiera ser silenciada con un solo beso. Ella le devolvió la sonrisa mientras

buscaba su ropa. Tir del tart n McKenzie, atrap ndolo antes de que Ronald pudiera quit rselo de nuevo.

- No quiero que lleves ese manto -dijo frunciendo el entrecejo.

Edora lo comprend a, pero se limit a pon rselo y asentir. Hab a cre do que despu s de hacer el amor recuperar a su mal humor, pero se equivocaba. Ronald se reclin contra el rbol para contemplarla mientras ella acababa de vestirse.

- Qu voy a hacer contigo? - pregunt socarr n, y suspir .

Edora sinti un cosquilleo en el

vientre cuando lo observó vestirse sin apartar sus ojos de ella. No pudo menos que sonreír satisfecha: volvió a casa, junto a él.

Por más que lo intentara, Ronald no podía apartarse de esa mujer. Esa verdad le dolía más que la marca que ella le había hecho. Siempre, su esposa le nublabla la mente, de otro modo quizás habría advertido que no estaban solos.

Cuando el primer hombre se dejó ver entre los arbustos, el segundo fue demasiado rápido para Ronald. No vio venir el golpe que lo derribó.

Cuando la maza volvi a caer sobre su cabeza, el nico sonido que retumb en su mente fue el grito de Edora.

La dura madera se estrelló contra la columna de Ronald, echándolo de cabeza sobre la hierba antes de que pudiera levantarse del todo.

Cuando Edora vio a aquel hombre atacando tan salvajemente a su marido se quedó paralizada. Al segundo golpe gritó y, rehaciéndose, se abalanzó dispuesta a despellejar al agresor, pero justo entonces el otro hombre la cogió por el pelo y tiró de ella hasta casi levantarla en vilo. Retenida violentamente contra un

pecho fornido, la voz de su hermano resonó en su oído.

- Vaya, hermanita, revolcándote como una ramera con el enemigo?

Edora no supo qué contestar. Las lágrimas acudieron a sus ojos a causa del dolor.

El tono burlón de Bernard siguió atormentándola con nuevas pullas. Entonces aparecieron cuatro hombres más, y ella se fijó en sus mantos: llevaban tartanes McKenzie, pero no conocía a ninguno de ellos.

- Bernard... -musitó contra su voluntad; quería decirle que la

lastimaba, pero eso a l le causar a regocijo y a ella m s humillaci n. Se llev la mano al pelo para intentar paliar el agudo dolor que le produc a cada tir n.

- S , tu querido hermano No me has echado de menos?

Ella no contest y trat de encontrar un rostro amigo entre aquella media docena de hombres, pero Bernard los hab a apartado de la clientela cosechada entre los desterrados que se llevara a las colinas, lo cual significaba que ahora podr a hacer con ella lo que quisiera

sin que nadie protestara. Su hermano sab a guardarse las espaldas y rodearse de seguidores fieles solo a su persona. Quer a a su lado a quienes hab an sido repudiados por sus propios clanes, a quienes ten an el coraz n tan negro como l, bandidos, violadores y asesinos que se hab an cruzado en su camino.

Con la mano libre, Bernard toc con la punta de su espada el hombro de Ronald, pinch ndolo hasta hacerlo sangrar.

Edora iba a protestar, pero su esposo levant la cabeza para

mirarlos a ambos.

El cambio de Bernard fue espectacular, el tono burlón desapareció y una furia ciega se apoderó de él. Se diría que odiaba más al laird Kinnon que a nada en el mundo. El señor de los McKenzie perdió todo interés en su hermana y se concentró en Ronald.

La empujó contra un árbol y avanzó dos pasos hacia el hombre caído. Lo miró desde arriba.

- Vaya, vaya, si es el arrogante laird Kinnon -se burló antes de asestarle una patada en las costillas-.

Veo que te hemos pillado con la guardia baja. Las mujeres, eh? Siempre son la perdición de uno.

A Edora le costó permanecer impassible cuando una nueva patada arrancó un grito de dolor a Ronald. Sabía que si demostraba la menor compasión hacia su esposo, Bernard lo golpearía hasta matarlo. Pero cuando las mazas de aquellos proscritos descendieron violentamente contra el cuerpo de su esposo, intentó abalanzarse sobre ellos. Bernard no se lo permitió, sujetándola entre sus brazos.

- No le hag is da o -gimi ella, suplicante.

Ronald volv a a estar tirado en el suelo, sangrando por una herida que te a su kilt de rojo, a la altura del hombro.

- Pobre hermanita... -El cinismo de Bernard, que fingi sorprenderse ante la congoja de ella, la pinch como una daga-. Entonces es cierto lo que dicen: retozar con Ronald Kinnon te ha hecho olvidar qui n eres.

Ella vacil , buscando una justificaci n para su desasosiego.

- No es por eso -logr decir.

- No es por lo mucho que te hace gritar en el lecho? -replic su hermano, burl n.

Los hombres dejaron de golpear a Ronald y rieron, ilustrando con bromas obscenas las palabras de su se or.

- No, no es por eso -dijo Edora, seren ndose.

Bernard la empuj hacia delante y por primera vez en mucho tiempo ella pudo mirarlo a la cara. Sus dedos le apretaron el antebrazo para despu s soltarla con una mueca de

repugnancia.

A pesar del dolor, ella no se frotó la zona dolorida por el apretón. Lo miró de arriba abajo, pero no le sostuvo la mirada; no quería provocarlo. Si se mostraba sumisa quizá consiguiera algo. Quizá podría mantener a Ronald con vida. Echó otro vistazo a su malvado hermano. No había cambiado mucho. El cuerpo estaba más curtido, pero los ojos verdosos seguían tan alertas como siempre. A pesar de todo lo que había ocurrido, la crueldad de Bernard seguía allí.

- Es un Kinnon -susurr ella entonces, y alz la voz para que todos la escucharan-. Le tengo tanta simpatía como a cualquiera de esos asesinos. No olvido sus incursiones y las muertes que han provocado.

Bernard frunci el ceño y la escudriñó suspicazmente.

- Y por qué estabais aquí ?

Ella podía haberle preguntado lo mismo, pero se abstuvo de hacerlo.

- Intentaba escapar -mintió con tono firme.

La incredulidad de Bernard

result evidente; no obstante, parec a haber decidido que los planes que ten a para su querida hermanita requer an de un cierto perd n momento.

Ella no lo sab a, pero podr a hacerle muy rico y, en esos momentos, oro era lo que m s necesitaba. Sab a que Edora hab a odiado tanto a los Kinnon como l mismo, y podr a aceptar que en aquellos meses de matrimonio hubiera cambiado de opini n por simple conveniencia.

Se acarici el ment n pensativo,

hasta que finalmente mene la cabeza con disgusto. Al diablo con los sentimientos de una mujer, lo que l deseaba era que Edora colaborara: solo as la dejar a vivir.

- As que pretend as regresar con nosotros para acabar con los Kinnon, eh?

Ella asinti .

- Ha sido un infierno estar entre esa gente -dijo con voz queda.

- No me extra a. Despu s de todo, eres una McKenzie, aunque ya no su se ora.

A pesar de esas palabras, l no

se crey la explicaci n de su hermana. Su mand bula se tens , sus ojos se oscurecieron y los hombres que sonre an a su alrededor guardaron un silencio expectante.

- Yo nunca quise ser l der, bien lo sabes, Bernard -explic ella, intentando aplacar la ira que ve a en sus ojos-. De hecho, jam s lo hubiera sido. Broderick, Duncan o el mismo Robert hubieran liderado el clan en mi lugar. Ahora que has vuelto, podremos vivir como debi haber sido.

Vi ndose libre del fuerte abrazo

de su hermano, Edora retrocedi un par de pasos. Los hombres de Bernard le daban menos miedo. Si hubieran estado solos quiz s hubiera podido reducirlos, aun con Ronald semiinconsciente en el suelo. Pero con su hermano vigilando cada uno de sus movimientos estaba atada de manos. Lo nico que pod a hacer era rezar para que Collen advirtiera su ausencia, o que por un milagro divino Broderick acudiera en su rescate.

Bernard se acerc a ella con el pu o apretado.

- No -dijo como pensando en voz alta-. Me ser s m s til sin marcas en la cara.

Ella trag saliva, sin saber muy bien a qu se refer a. De todas formas, prefer a no saberlo. Percib a la crueldad que anidaba en el alma de su hermano, aquella que hizo que su propio padre lo desterrara.

- Me necesitas con vida -le record .

Bernard frunci el ce o.

- Para qu se supone que te necesito?

- Para que el rey no te ejecute.

Bernard reflexion .

- Podr a decirle que fue Ronald quien acab con tu vida. -Vacil al echar un vistazo al laird Kinnon y verlo demasiado inm vil en el suelo. Por fortuna, lo oy toser.

- Y yo podr a decirle que los Kinnon quer an provocar un enfrentamiento con los McKenzie - dijo Edora-. Que su intenci n era matarnos a todos y que por eso hu . Puede que Alexander tenga a Ronald en alta estima, pero no le perdonar ir contra su deseo expreso de mantener la paz. -Las mentiras que forzada por

las circunstancias salían de su boca le laceraban el corazón como un hierro candente.

- Muy interesante lo que aportas, hermanita. -Una sonrisa de dentadura blanca y perfecta bailaba entre sus labios-. Espero que sepas sacrificarte por el clan, llegado el momento.

Edora no lo entendió del todo, estaba demasiado ocupada mirando la figura inmisericorde de su esposo, pero comprendió que el hecho de que ella creyera o no carecía de importancia. Bernard ya tenía planes para ella,

seguramente crueles, pero eso le daría tiempo suficiente para que el rey se preocupara por su ausencia o para que los Kinnon, o el propio Broderick, acudieran en su rescate.

Bernard se rascaba la barba de varios días. Era ciertamente atractivo, con unos ojos color miel que a la luz del sol parecían verdes. Sus brazos eran tan fuertes como sus piernas robustas. Tenía todo el aspecto de un guerrero curtido en la batalla, un hombre que podría convertirse en leyenda a pesar de su escasa estatura. Ni siquiera sus

excesos con el alcohol hab an deformado su firme est mago.

- Cogedlo -orden Bernard-. Nos lo llevamos.

- Ad nde? -pregunt tontamente Edora, sinti ndose impotente al ver como uno de ellos levantaba a Ronald, que pareci un mu eco de trapo cuando lo carg sobre el hombro.

- A casa, querida. -Su sonrisa jam s anteriormente hab a prometido tanta crueldad-. Podremos pedir un buen rescate por l... o lo que quede de l -precis para martirizarla.

Despu s de una briosa cabalgada, sin compasi n alguna para el penoso estado de Ronald, llegaron a la fortaleza McKenzie.

Edora quiso llorar nada m s ver el castillo. El muro de piedra, anta o imponente, ahora se resquebrajaba en un extremo como si el fuego lo hubiera consumido hasta reventar las piedras. De hecho pod a vislumbrarse el holl n en la roca. El puente levadizo permanec a m s o menos intacto, pero no as la gran puerta de madera tachonada con hermosos herrajes. Hab a perdido su

original majestuosidad y permanec a medio cerrada, como si ya fuera imposible abrirla del todo. Al pasar sobre el foso, lleno de inmundicias, se percat de que la cadena que sujetaba la entrada estaba mermada y el herrero trabajaba para afianzarla.

Bernard la mir y farfull entre dientes:

- Ese maldito Broderick.

As que su guerrero hab a estado haciendo de las suyas.

- Huy con algunos hombres al bosque -sonri con malicia-, pero ya ver cu n dif cil es sobrevivir all

como un proscrito.

Edora se apen por l, aunque Broderick era fuerte. Si necesitara pedirle ayuda a alguien con la seguridad de salir victorioso, sin duda ser a a ese guerrero. Deb a encontrarlo para que, junto con Collen, derrotaran a Bernard.

Avisar al rey era fundamental para el xito final.

Suspir y pens en las palabras de Ashling. Como la bella hechicera predijera, su huida era el acontecimiento que lo precipitar a todo.

- La muralla... -murmur .

Bernard le lanzó una mirada furibunda.

- Ese bastardo la quemó, ahí se almacenaban las armas, como bien sabes.

Sí, Edora lo sabía perfectamente, tanto como sabía a qué significaba aquello: Broderick pretendía recuperar la fortaleza por la fuerza.

- Incendió el almacén y destruyó las cadenas de la puerta principal mientras sus hombres huían por el puente.

Edora casi sonri y sin duda sus ojos negros destellaron. Era gratificante imaginarse a Broderick destrozando las cadenas y luego desliz ndose por la muralla para escapar en su caballo al bosque. Dios, ojal hubiera podido ver la cara de Bernard al presenciar semejante haza a.

La esperanza de que las cosas acabaran bien renaci .

Mir a su hermano con antipat a. Derrotar esa bestia, que hab a reducido a sus siervos y su castillo a aquello que ahora ve an sus ojos, era

su mayor anhelo.

Hombres y mujeres se congregaron en el patio. Sus semblantes reflejaban c lera y tambi n impotencia. Algunas miradas de asombro se dirig an a Ronald, que colgaba atravesado sobre un caballo. Sin duda sab an lo que se avecinaba. El rey pedir a sangre.

Mientras su hermano desmontaba, Edora sigui mirando atentamente los desperfectos e imagin ndose c mo hab a transcurrido la batalla.

- Supongo que querr s ver lo

que hizo en el interior -dijo Bernard con rabia-. Bajadla.

A pesar de su condici n de antigua se ora y hermana del nuevo jefe del clan, no recibí consideraci n alguna de los proscritos de Bernard. Pero lo m s duro para su coraz n fue ser tratada con recelo por aquellos que la hab an querido como se ora. Se dio cuenta de que aquellos tiempos dif ciles, en los que su hermano hab a convertido lo que fuese un hogar en un infierno, podr an haber hecho crecer un rencor injustificado hacia ella. Quiz no la

vieran ya como la mujer justa y valiente que un día les guiara.

Se sintió morir por dentro al entrar y ver lo que quedaba de su antiguo hogar. No pudo censurar a una mujer harapienta que la miró con fiero reproche cuando fue a entrar en el salón tras Bernard. Conoció a aquella mujer, como a todos los que la rodeaban. No era justo que el rey hubiera permitido aquello, pero tampoco lo había sido doblegarse y acatar dicha orden sin luchar. Si hubiera mantenido contacto con Broderick, si hubiera confiado en

Ronald...

Ronald.

Mir por encima del hombro y vio a su vieja doncella acudir en ayuda de su esposo. Dos soldados lo arrastraban escaleras arriba rumbo al saln. Desaparecieron por un oscuro corredor, con la criada a la zaga.

- Ven -orden Bernard.

No pudo ver mucho del interior, pues l la condujo a la torre. Ciertamente, el esplendor hab a desaparecido; los tapices permanec an colgados, pero deshilachados y chamuscados.

- Agradecelo a Broderick y sus flechas incendiarias.

Ella jade .

- No puedo creer que lo quisiera...

- Prender fuego a la fortaleza antes que verla bajo mi mando? Por supuesto.

- No, lo haré o a ningún McKenzie.

- Descuida, no habrá ningún McKenzie al que poder darle. Los muy ingratos habrán abandonado el castillo en plena noche para poder reunirse con él y sus secuaces. Puedes

creerlo?

Ella guardó silencio intentando ordenar sus pensamientos.

- Cazamos a unos cuantos y los hicimos volver. Tuvimos que matar a un par y amenazar con dar muerte a uno cada hora si no me devolvía a mis siervos.

Edora lo miró horrorizada.

- Lo hizo, solo sus guerreros se quedaron con él.

Ello explicaba por qué el patio estaba lleno de mujeres y niños y muy pocos hombres.

- Algunos volvieron porque ten

an a sus mujeres e hijos en la fortaleza, esa es la verdad.

Su hermano era un miserable, pero fue un error demostrarle la repulsi n que sent a por l. Lo supo cuando una bofetada le cruz la cara y la lanz contra la pared de piedra de la torre. Si tropezaba y ca a, sus lesiones ser an peores que un simple labio partido.

- Este ser tu nuevo aposento - anunci Bernard, y la empuj dentro de la desolada estancia-. Supongo que ya estar s acostumbrada a esta clase de comodidades. -Dicho esto, dio

media vuelta agachándose para no golpearse la cabeza con el dintel de la puerta-. Por cierto, Edora -se volvi para mirarla de arriba abajo-, tendremos invitados. Algunos muy deseosos de contemplarte. -Le mir con descaro el busto, tanto que ella retrocedi hasta pegarse a la pared-. Mandar a alguien para que te emperifolle.

Se volvi para marcharse, pero tuvo un momento de inspiraci n:

- Que sea Mairy -dijo repentinamente Edora, en un momento de inspiraci n. Bernard se

dio la vuelta frunciendo el ceño como si jamás lo hubiera oído. La hija del herrero hace unos peinados maravillosos.

Por un instante Bernard no dijo nada, hasta que finalmente decidió que para sus planes era mejor tener a Edora hermosa. Asintió con una sonrisa maliciosa. Su hermana finalmente recibiría su merecido castigo. Salió sin decir nada más mientras ella se quedaba allí dentro, tensa; escuchó el ruido de la barra de metal que atrancaba la puerta.

Se quedó sola en aquel

"aposento". Las pocas palabras que le dedicara durante el camino no dejaban lugar a dudas de lo que quería de ella. "S buena con mis nuevos amigos, ay dame a conseguir lo que quiero, y puede que yo te lo agradezca generosamente."

Agradecer? Se sobreentendía que eso significaba dejarla vivir mientras le sirviera de algo. Quiz creía que metiéndose en la cama de algunos hombres podría conseguirle información u otras cosas que, la verdad, Edora no soportaba pensar.

Ahora su máxima prioridad era

Ronald; su mente no hab a parado un instante desde que lo hicieran prisionero. Ten a que ayudarlo. Avisar de su captura a Collen, que era perfectamente capaz de liderar a los Kinnon, pero necesitaba a alguien que pudiera llevarle un mensaje.

Esa era Mairy.

Mir los techos bajos y llenos de holl n; la chimenea estaba apagada pero con restos de una hoguera reciente. Qui n ocupar a aquella estancia voluntariamente? Intent mirar el patio desde el estrecho ventanuco, apenas una obertura por

la que solo pod a pasar un brazo. La habitaci n era oscura como las mazmorras del s tano, hecho que confirmaba en cu n alta estima la ten a su hermano.

Se sent en la cama, pues la nica silla estaba rota y no hab a m s mobiliario. Las s banas estaban usadas, llenas de polvo y con manchas repulsivas. Con una mueca de asco se puso en pie y empez a pasearse.

Estaba claro que Bernard no se fiaba de ella. Deb a de intuir cu les eran sus sentimientos hacia su

esposo. En el viaje de vuelta le hab a resultado imposible no mostrarse acongojada por l. Solo la destreza de Bernard con la espada hab a evitado que se arrojara sobre sus secuaces e intentara llevarse a Ronald. Verlo inconsciente sobre el caballo con la cabeza colgando, blanco como la cera, fue una prueba muy dura para su coraz n. Aquel dolor quiz se lo hab a provocado Dios para que le quedara claro de una vez por todas lo mucho que amaba a su marido.

Alguien llam a la puerta y Edora se volvi . El ruido met lico se oy de

nuevo y la destartalada puerta se abrió para dar paso a Mairy, acompañada por un guardia.

- Mi se ora -la muchacha tra a un bonito vestido blanco bordado con hilos de plata-, su hermano me manda entregaros esto. Y quiere que la arregle para la cena de esta noche.

- Por supuesto -sonri Edora-. Pasa.

A continuación lanzó una mirada hostil al guardia, para que le quedara claro que no era bienvenido.

- Esperar fuera. Cuando terminen golpead la puerta y abrir -

dijo antes de encerrarlas.

Sin molestarse en asentir, Edora sent a la muchacha en el borde de la cama desesperada por que la escuchara.

- Mairy.

- Mi se ora -repuso ella algo confusa.

- Esc chame con atenci n. Bernard ha hecho prisionero a mi esposo y t eres mi nica esperanza.

Nada la hubiera sorprendido m s que aquello. Su padre la hab a protegido de las miradas de Bernard y sus hombres. Ser una mujer bonita

en aquel castillo era una maldición, y que estuviera de nuevo embarazada de Collen complicaba aún más las cosas.

- Mairy, sé que te ves con Collen -a adá Edora, y la cogí de las manos para apretárselas con fuerza cuando la chica intentó levantarse.

- Cómo sabe...?

- Los vi en el río.

Mairy parpadeó.

- Tienes que ayudarme, mi esposo está en peligro y Collen es el único que puede sacarnos de aquí. - Su voz apenas ocultaba la emoción y el

dolor que sent a-. Ve en su busca y l
sabr qu hacer.

Mairy se apiad de su se ora, que
duda cab a que estaba locamente
enamorada de su marido, pero qu
pod a hacer ella.

- Nos vemos dos veces por
semana -anunci , bajando la cabeza
algo avergonzada-. Nadie lo sabe, ni
siquiera mi padre; l cree...

- Que tu hijo es fruto de una
violaci n, pero no es as , verdad?

- No, y ni siquiera es un
bastardo. -El temblor de su voz
trasluc a lo mucho que aquella

separación la hac a sufrir-. Collen y yo nos casamos en secreto porque vuestro padre no permit a los matrimonios con gente del clan Kinnon.

Edora se sinti culpable al ver aquellos ojos azules que la miraban entristecidos.

- Debiste de sentirte decepcionada cuando las cosas no cambiaron conmigo.

- Sois una gran señora y vuestro padre fue un gran laird, pero...

- A veces se olvidaba de hacer felices a los suyos -admiti Edora, y

volví a cogerle las manos-. Te prometo que eso cambiar ; solo dame tiempo y ay dame.

- Me reunir con l dentro de dos d as.

Dos d as, toda una eternidad.

- Para entonces puede ser demasiado tarde. -Le apret las manos con m s fuerza-. Por favor...

Unos golpes en la puerta las sobresaltaron y a continuaci n Bernard entr sin m s.

- Tenemos visita, querida. Baja cuanto antes a ofrecer tus servicios como anfitriona, ya que mucho me

temo que el castillo se ha descuidado un poco desde que padre no est .

Maldito malnacido. Descuidado un poco? Todo se ca a a pedazos y la suciedad amenazaba con engullirlos. Era una verg enza que los techos de madera labrados y pintados con los s mbolos sagrados de generaciones ahora no se vieran por culpa de la mugre.

Sinti un escalofr o de p nico cuando Bernard se acerc a Mairy y le alz la barbilla con el pulgar y el ndice.

- C mo es que no te he visto

antes? -pregunt extra ado.

Mairy trag saliva, incapaz siquiera de respirar. Entonces Edora supo por qu ella evitaba el castillo: consciente de su belleza, su padre la hab a ocultado de los ojos del laird. Y ella ahora la hab a puesto en peligro.

- Su madre est enferma, debe ir a cuidarla. -No ten a demasiado tiempo para pensar alguna historia coherente, pero la improvisaci n no saldr a tan mal-. Debe regresar de inmediato despu s de que me ayude a peinarme.

Bernard enarc una ceja, molesto porque su hermana intentara manipularlo con aquel truco tan est pido.

- Bien, puede que te arregle el pelo hoy y siempre. Me agradar a verte m s por el castillo, muchacha, y... mucho mejor si duermes aqu . - Mairy agrand los ojos petrificada por el miedo-. Para que mi hermanita tenga a su nueva doncella cerca, claro est .

- Bien -reaccion Edora-. Puedes ocuparte de tu madre un par de d as m s y despu s trasladarte al castillo.

Bernard esboz una sonrisa maliciosa. Ser a posible que su hermana le temiera tanto como para doblegarse a sus caprichos?

- Celebro que lo hayas comprendido -dijo.

No las dej solas mientras Mairy le arreglaba el cabello. Al contrario, se ocup de explicarle a Edora cu l ser a su nueva situaci n: permanecer a en su rec mara hasta que fuera llamada, no se le permitir a hablar libremente a menos que l lo considerara oportuno y, sobre todo, permanecer a vigilada en todo

momento.

Edora mir hacia la puerta y vio dos guardias que no conoc a. Se manten an impasibles en sus posiciones, haciendo imposible cualquier intento de fuga.

Acept todo con voz sumisa.

- Quisiera ver a Madia. Si me lo permites... -rog finalmente.

Bernard frunci el ce o. Por verla sufrir habr a desde ado esa petici n, pero qu habr a mejor que ver las l grimas de su hermana al descubrir el estado en que se encontraba la anciana que la hab a cuidado desde

la ni ez?

- Me parece bien, aunque he de advertirte que...

En ese momento, después de haber dispuesto todas las hebras de su pelo sujetas a un mo o alto, Mairy se apart de ambos se ores. Edora se puso de pie y lo mir a los ojos intentando contener el desprecio que sent a.

- S ?

- Bueno, es una mujer anciana, lo pas muy mal cuando te obligaron a desposarte con Ronald Kinnon. Creo que nunca se recuper de que le

hubieran quitado a su nieta.

Edora se hincó las uñas en las palmas.

- Tendrás que bajar a su habitación. - Bernard se encogió de hombros y se dio la vuelta para irse, no sin antes lanzar una lasciva mirada a Mairy y su hermoso cabello dorado. - Nos veremos muy pronto, muchacha.

- Oh, Mairy -gimió Edora nada más ver cerrarse la puerta-, ¿qué le ocurre a Madia?

- Por lo que sé, ella y los anteriores hombres del consejo no son del agrado del nuevo laird.

Madia se neg a comer y ahora...

Edora se llev la mano a la boca para contener un grito angustiada.

- Por favor, busca a Collen cuanto antes. Dile que los hombres de Broderick esperan armados en el bosque. Y luego no debes volver aqu

- Los McKenzie y los Kinnon unidos contra su hermano... -Mairy parec a estupefacta.

Se or! Esperaba que no fuera muy dif cil convencerlos de que as fuera. La muchacha se apresur a abrazarla cuando vio que empezaba a

temblar.

- Lo har ahora mismo, aunque tenga que caminar hasta la fortaleza Kinnon. Encontrar a Collen.

Se apartó de ella y fue a recoger el tartán Kinnon que se encontraba entre el fardo de ropa, que había podido conservar.

- Ponte esto cuando cruces la frontera y encuéntralo. No temas, los Kinnon no son...

Mairy la interrumpió levantando la mano.

- Ya lo sé, mi señora.

Y se apresuró a salir de la

habitación.

Media hora después, mientras Mairy corría rumbo a las tierras Kinnon, Edora bajó los peldaños con los dos guardias pegados a sus talones. Ahora debía encontrar a Madia y luego urdir un plan para sacar a Ronald de aquel lugar.

Al entrar, vio a la anciana moribunda en la cama, con el rostro sucio y los ojos entornados gimiendo lastimosamente, como si estuviera a punto de expirar. La joven se llevó la mano a la boca para contener una exclamación de espanto.

Pobre Madia.

Los guardias la miraron con desdén y cerraron la puerta tras de sí, para no ver el desenlace.

- Oh, querida Madia -gimi Edora.

- Mi niña. -Y con inaudita fuerza para una anciana a punto de morir, Madia dio dos patadas a las mantas y se levantó de la cama como si tal cosa.

Edora fue a buscar cobijo entre sus brazos, pero de pronto se detuvo en seco.

- No te estás muriendo... -musit

estupefacta.

La anciana le bes las mejillas y arrug la nariz.

- Bah! -Hizo un gesto despectivo con la mano-. Hace falta m s que ese engendro del infierno, al que por cierto cuid durante a os, para acabar conmigo.

Edora solt una risita nerviosa.

- No me lo puedo creer. Dec an que no com as y que...

- Por supuesto que como. Simplemente ocurre que fingir que mi fin est cerca me priva de la ponzo osa presencia de Bernard. Tu

hermano infecta todo lo que toca, Has visto nuestro hogar? Bernard es como un veneno corrosivo. -Edora abri los ojos como platos-. No has visto la cara de quienes tienen la desgracia de vivir aqu ? Parecen estar esperando el Juicio Final.

Edora la mir con cari o. Sus cabellos blancos le ca an por debajo de los hombros, sus ojos azules ten an la misma chispa de siempre y parec a feliz de volver a verla. A Edora se le humedecieron los ojos y se derrumb contra la anciana.

- Oh, Madia. Me siento tan

culpable, pero no pude... no pude rebelarme contra el rey. Yo... Ha sido un infierno.

- Vivir entre los Kinnon?

Edora neg con la cabeza mientras la anciana la abrazaba m s fuerte.

- No; pensar en lo que Bernard hac a aqu .

La anciana asinti comprensiva.

Sentadas en la cama, la joven se acurruc contra ella, que le acarici el cabello amorosamente.

- Han capturado a mi esposo -a adi .

La vieja notó la desesperación en su pequeña. Así que los rumores eran ciertos: su preciosa niña se había enamorado del laird Kinnon.

- Criatura del cielo. -Se apartó un poco y le acarició el rostro.

- No me mires así. Él es bueno. No sabes cuántas mentiras cuentan de los McKenzie, pero tampoco te podrás imaginar las mentiras que nosotros contamos sobre ellos. Ronald es un hombre bueno y generoso, y no ha tenido nada que ver con las incursiones que nos han asolado.

Y Edora se lo contó todo.

- Fue Bernard quien, aprovechando las desavenencias entre clanes, saqueaba cuanto podía, echando la culpa a unos y otros - concluy .

- Entiendo, pequeña - asintió la anciana, y volví a abrazarla.

- Y ahora Bernard espera algo de mí, y aunque lo intuía, no sé muy bien qué es.

La vieja, de pronto con súbita angustia, la informó :

- Me temo que yo sé, y no te va a gustar.

Llevaba sentada en la mesa cerca de una hora, viendo como su hermano se emborrachaba junto a sus hombres y se dedicaba a ignorarla. Impotente, se preguntó si Mairy habría llegado a su destino.

Oy abrirse las puertas del salón y casi esperar ver al mismo demonio aparecer por ellas, tal como le había anunciado Madia que pasaría.

El territorio de los McKenzie estaba rodeado de clanes importantes, algunos más importantes

que el suyo, y uno de ellos era el clan de Murrock Ross.

Recordaba a ese hombre, una bestia sanguinaria impuesta por las armas de aquellos que preferían el poder y el terror a la prosperidad de su propia gente. Sintió un escalofrío. Lo recordaba con su barba grisienta y unos ojillos demasiado juntos que solo denotaban crueldad.

Las cosas se complicaban mucho más de lo que ella hubiese imaginado posible.

Ahora no solo debían derrotar a Bernard. Desde luego, su hermano

no hab a perdido el tiempo a la hora de establecer alianzas. Alianzas poderosas y mezquinas.

Pero no era el laird Ross quien avanzaba hacia Bernard, sino uno de aquellos perros a los que su hermano hab a encumbrado. Era un vulgar asesino, un lowlander proscrito que se hab a arrastrado hasta las tierras del norte huyendo de la justicia inglesa. Edora lo mir con desprecio, pero por un instante en aquel rostro impasible atisb algo parecido a la compasi n. Compasi n por ella? Desech la idea de inmediato. S , de

ese modo hab a terminado su clan, con su honor hundido en el lodo despu s de que fueran asesinados sus grandes hombres.

- Bernard. -Inclin la cabeza con semblante p treo.

No llevaba el manto McKenzie sino unos burdos pantalones de piel a juego con un chaleco agujereado y manchado de barro. Por el olor que desprend a bien podr a haber sido esti rcol, pens Edora.

- Han llegado guerreros Kinnon -anunci .

El coraz n de Edora se dispar .

Ahora lo nico que ten a que conseguir era que se llevaran a Ronald lo m s lejos posible de all . No pod a permitir que permaneciera encerrado por m s tiempo.

- A las puertas de mi fortaleza?

- Qui nes son? -pregunt Edora sin poder contenerse.

Su hermano le lanz una mirada de advertencia. Golpe con el pu o en la mesa y le espet :

- No se te ha dado permiso para intervenir.

- Como deseas. -Edora apret los dientes; no llevaba nada bien

mantener la boca cerrada. Nunca lo hab a hecho.

- Bernard -prosigui el lowlander-, es ese tal Collen, con cuatro hombres m s.

- Solo cuatro m s.

- Al parecer, no van a irse sin ver a Ronald Kinnon y su esposa.

La cara de Bernard se ilumin con malicia y observ a su hermana en busca de alguna reacci n que delatara sus verdaderos sentimientos. No acababa de fiarse de ella; si los rumores que hab a escuchado eran ciertos, y casi siempre lo eran, su

querida hermanita sent a algo profundo por el laird vecino, y no era precisamente odio.

- Bien, hacedlos pasar -orden sin apartar la mirada de Edora.

Bernard ech una mirada al lowlander. Edora, aunque asustada, pudo captar que su hermano no acababa de fiarse de l.

Ella se concentr en la situaci n en la que se encontraba. Trag saliva con esfuerzo, consciente de que su frente se perlaba de sudor. Mairy hab a conseguido llegar hasta l, pero entonces... por qu no ven a con un ej

rcito? No lograba entenderlo.

- Dejar s que pasen?

- Por qu no?

- No crees que es mejor que se marchen? Podr an enterarse de que Ronald est ...

- Tu querido esposo est en las mazmorras. Te acuerdas de ellas? - pregunt con un moh n-. Un lugar horrible, donde nuestro padre me encerr una vez.

Si Bernard quer a que ella se sintiera culpable por no interceder ante su progenitor, no lo conseguir a. Era l quien deber a estar en las

mazmorras por asesino. Al pensar en Duncan y Robert se le hizo un nudo en la garganta.

- Dudo que puedan llegar hasta all abajo para sacar a tu querido esposo.

- Ya sabes que para m no es querido -se apresur a decir Edora.

- Veremos, veremos...

La enigm tica sonrisa se congel en su cara mientras la mir largo rato hasta que los hombres llegaron hasta ellos.

El lowlander no hab a mentido. Collen entr con tres hombres y en su

rostro se ve a determinación y una furia apenas contenida.

De pronto, una docena de hombres del castillo irrumpieron bruscamente en el salón con sus espadas desenvainadas. Estupefacta, Edora se levantó del banco mirando a Bernard y Collen. Todos sabían lo que estaba a punto de suceder, menos ella.

- Bernard...

Su hermano no respondió, simplemente se limitó a expresar su desacuerdo en que unos soldados Kinnon estuvieran en su salón.

- Y bien, ¿quese is?

- A nuestro laird -dijo secamente Collen sin dejarse intimidar por los soldados que habian rodeado a sus hombres-. Devolvendoslo y nos iremos.

El laird McKenzie soltó una carcajada.

- De tus palabras deduzco que con vuestra se ora podemos hacer lo que nos plazca.

Collen miró a Edora, a quien sorprendió la frialdad de sus ojos.

- Ella intentó escapar en repetidas ocasiones. Nos odia y

desprecia sin disimulo-dijo Collen sin vacilaci n-. Por lo que a m respecta, puede quedarse en el lugar de donde jam s debi salir.

Bernard se qued at nito, y Edora, sin habla. Realmente cre a eso de ella? A pesar de su mirada, algo le dec a que no era as . Ella solo hab a intentado escapar para que Ronald no se metiera en problemas, y respecto a lo de despreciarlos... Bueno, Angus la odiaba, pero ella cre a haber sido bastante amable con los dem s, todo lo amable que pod a ser, dadas las circunstancias.

Trag saliva, confundida y apesadumbrada.

Por qu Collen hab a ido en su busca con solo tres hombres?

- En vista de que vuestra se ora no quiere serlo y vosotros no la dese is en vuestra casa, hablar con el rey. Quiz podamos llegar a un acuerdo. - La fr a voz de Bernard dejaba claro que no pensaba mover un dedo por su hermana-. Entretanto, por qu no lo discut s con vuestro se or? -Y dio una fuerte palmada.

De inmediato sus hombres apresaron a los cuatro incautos

Kinnon, que lo miraron sin parpadear.

Collen forcejeó levemente cuando un McKenzie le puso una daga en el cuello y otros dos lo sujetaron por los brazos. Los demás Kinnon se mostraron tan impasibles como Collen.

- ¿Qué vas a hacer? -preguntó Edora sin apartar la vista de un soldado que entró con cadenas para los nuevos prisioneros.

- Hermanita -respondió su hermano con toda la paciencia del mundo-, no pienses que voy a

permitir que la mano derecha de tu esposo regrese para organizar a sus tropas. Verdad?

- Pero...

No vio venir la mano que se estrelló contra su rostro y la tumbó sobre la mesa. Estuvo demasiado aturdida por el golpe como para darse cuenta de que el primer impulso de Collen fue rebanarle el cuello a Bernard por osar tocar a su señora. Hombre inteligente, se tranquilizó antes de echar a perder su plan.

- Estoy harto de tus

impertinencias -le espetó Bernard. Le cogí el mentón y alz su rostro para ver la marca rojiza en su mejilla y el hilo de sangre que manaba de su labio partido-. Has visto lo que me has hecho hacer? Más te valdrá arreglarte esa cara antes de que lleguen mis invitados.

Una fiel criada apareció a su lado, la misma que antes había atendido a Ronald. Con paso firme la acompañó hacia las escaleras rumbo a sus habitaciones. Mientras subían los peldaños oyeron la orden de Bernard:

- Llévalos. -Hizo una seña al con

la mano y sus soldados se encargaron de encadenar a Collen delante de sus ojos.

Con las manos apretadas contra el pecho, Edora intentaba no llorar. Deb a ser fuerte y hallar una salida. Quiz Mairy tambi n hubiera encontrado a Broderick; era su ltima esperanza.

- El rey sabr de esto -se atrevi a decir Collen mientras los arrastraban a las mazmorras.

Quiz s el rey se enterara, pero le importar a? Oh, Dios, Edora esperaba que s .

Sigui subiendo los peldaños, consciente de que las seguían los dos perros guardianes que Bernard le había impuesto. La criada llevaba un pañuelo atado en la cabeza y las arrugas de su rostro resumían todas las preocupaciones que había tenido últimamente. Sus ojos eran azules y las pocas hebras alrededor de sus sienes mostraban un pelo dorado y brillante.

- Soy Erin. Decid sustituir a mi hija Ciara por un tiempo; ella se esconde en el bosque junto a... -baja la voz-Broderick.

Era la madre de una de las muchachas de la cocina.

- Entonces no solo guerreros se fueron con Broderick. Hay muchas mujeres entre ellos?

- Las más jóvenes -dijo-. Se lo suplicamos.

Guardaron silencio hasta que los guardias las encerraron en la habitación.

- No podemos permitir que se quedaran -prosigui la criada-. Debemos esconder a nuestras muchachas de la lujuria de esos perros -se al la puerta cerrada-. Ser joven y bella es

peligroso en estos tiempos.

Edora asinti .

- Se ora, no somos pocos los que esper bamos su regreso, aunque siempre supusimos que nos liberar a atacando la fortaleza.

As pues, despu s de todo, su gente no la hab a olvidado.

- Cre ais que vendr a?

- S , aqu hay hombres que le son leales. Broderick los dej para que, cuando l reuniera a su ej rcito, atacamos tambi n desde dentro. No tardar .

- Ej rcito?

- El rey enviar tropas -dijo muy convencida.

Edora sonri a su pesar. Quiz s el rey no lo hiciera, pero los Kinnon vendr an.

- Oh, Erin, lo m ximo que pod a hacer era suplicar ayuda al rey, y cuando mi esposo pens en matar a Bernard... fui una cobarde, no quer a que mataran a ninguno de los nuestros.

- No tema, se ora. -Le palme la mano para que no se sintiera culpable-. Los perros de Bernard son mercenarios y proscritos. Nuestros

mejores hombres están en el bosque con nuestro Broderick. -Pronuncié el nombre con reverencia. Estaba claro que no se merecía el liderazgo del clan.

- Por lo que he visto, así es -dijo Edora-. Solo espero que la ayuda no llegue demasiado tarde.

- No, Broderick nos aseguró que en un mes...

- Un mes? -Edora se atragantó con sus propias palabras-. Ronald no puede esperar tanto.

La mujer intentó animarla.

- Antes de atacar a Bernard

necesita tiempo para hablar con el rey y asegurarse de que no habrá represalias contra sus hombres. Pero el rey Alexander es justo. Cuando Broderick le presente pruebas de todas las atrocidades que ha cometido, seguro que nos liberar de Bernard con su ejército.

Habla tanta fe en los ojos de aquella mujer que Edora prefirió no comentarle las dudas que tenía sobre Alexander.

- Pero ahora, señora, debes fingir obediencia, no sea que os encierren junto a ese Kinnon.

Ella tuvo el impulso de protestar por la manera en que se dirigía a su esposo, pero se contuvo. Tenía cosas más importantes de que ocuparse.

- Bueno, ponte en pie y lávate la cara -dijo la mujer con una sonrisa compasiva-. Creo que esta noche Murrock Ross vendrá a veros.

- Entonces es cierto lo que me dijo Madia.

- Lo es, señora, pero no se preocupe, solo debe mantenerlo a raya un poco más. El primoroso Broderick vendrá a liberarnos.

Vaya. Eso s que era curioso.

De ser el hombre m s temido del clan, ahora resultaba que su antiguo pretendiente se hab a convertido en un h roe para cualquier mujer con edad suficiente para caminar.

- Har lo que pueda.

- Claro -contest la mujer, como si no tuviera duda de ello-. No os preocup is, Madia est dispuesta a dejar de fingirse enferma y ayudaros.

- S , se finge enferma -asinti Edora, sonriendo-. Jes s, se llevar a tan bien con la vieja Tamy... -a adi en un susurro.

- Se fing a enferma porque no quer a que la trasladaran de habitacion.

Edora intent encontrarle sentido a aquellas palabras, pero la puerta se abri de golpe antes de que pudiera preguntar. Erin dio un respingo y se levant presurosa al ver irrumpir a Bernard.

- Nuestros invitados han llegado -anunci con su habitual sequedad.

Le limpi la sangre algo reseca de la comisura de los labios y la empuj escaleras abajo. Estaba claro que no quer a hacer esperar al laird

Ross.

Cuando Bernard se jacta de sus nuevas alianzas como jefe del clan, Edora ya hace a tiempo que ha empezado a preocuparse. Estaba al corriente de todo gracias a Madia, pero eso no la prepara para ver a Murrock Ross sentado en su mesa.

Antes, su padre le había prohibido la entrada en sus dominios.

Los Ross habían constituido una seria amenaza después de la muerte del antiguo laird a manos de Murrock. El viejo señor había muerto

sin herederos y unos pocos hombres se disputaron el poder del clan Ross. Y todos, salvo Murrock, murieron en extra as circunstancias. Las luchas internas hab an mantenido a ese hombre irascible alejado de los asuntos que concern an a los otros clanes. Su pol tica exterior se hab a basado en el pillaje y suficientes escaramuzas como para surtir su mesa de buena carne y leche. Pero una vez que se hab a alzado con el poder sanguinariamente, la cosa hab a cambiado. Ahora se dedicaba a la b squeda de alianzas, no para

mantener la paz sino para expandirse.

Edora cerr los ojos. Si su hermano pretend a destruir a los Kinnon, qu no querr a Murrock? La pena pes en su coraz n como una losa.

Recordaba el d a que su padre lo hab a echado del sal n neg ndose a reconocerlo como leg timo laird de los Ross. Y ahora estaba ah bebiendo con Bernard, jact ndose de la segura prosperidad venidera.

Malditos imb ciles. Tuvo que apretar los pu os para contener su c lera.

- Edora... -Murrock exige su atención mientras con el dorso de la mano se limpiaba la sucia barba y a continuación eructaba-. Siempre os habéis considerado la mujer más hermosa de las Highlands, pero ahora debo admitir que no encontramos belleza superior a la vuestra ni en el mismo continente.

Ella intentó esbozar algo parecido a una sonrisa para fingirse halagada por las palabras de aquel estúpido, pero solo consiguió componer una mueca.

Vio su grasienta mano

adelantarse para apretarle un hombro y se esforz en reprimir un gesto nauseabundo. Cerr los ojos y pens que soportar a todo aquello por un nico motivo: Ronald.

Suspir femeninamente y volvi a llenar la copa de Murrock, recibiendo una mirada complacida de su hermano. No ten a duda de que Bernard pensaba entregarla a ese hombre como pago por su alianza. Que Dios la perdonara, pero dese que se mataran entre ellos antes de que su paciencia se esfumara y decidiera clavarles un cuchillo en el

pecho, condenando a su alma.

- En qué estás pensando, Edora?

Ella no contestó enseguida.

- En lo afortunada que soy de haber vuelto a casa -dijo finalmente con afectada sinceridad.

- Es que estar casada con Ronald Kinnon... -terci Murrock-. Oh, entiendo que una McKenzie de la cabeza a los pies como vos no haya podido resistir a su lado.

- Tienes mucha razón.

Bernard sonrió al ver a su hermana agitar las pestañas.

Ella muy zorra representaba muy

bien su papel y, bien mirado, aquello era preocupante. Sab a que ella preferir a estar en el mism simo infierno antes que ah . Pero, con Ronald y sus mejores hombres en las mazmorras, qui n iba a rescatarla? Quiz s el maldito Broderick, pero de momento no se encontraba entre sus preocupaciones inmediatas. Con los Ross de su parte y su promesa de pasar a cuchillo a todos los seguidores de ese guerrero miserable, Broderick no se atrever a atacar de nuevo. As que por muy desesperada que estuviera su

hermana por salir de ahí, no tendrá más remedio que someterse o morir de hambre.

- Por fortuna no tendremos que esperar mucho para que enviudis -a adi Murrock, y Edora se tens .

- No creo que sea del agrado del rey que me convierta en viuda tan pronto. Y la anulaci n llevar alg n tiempo.

Bernard reaccion como si hubiera dicho una blasfemia. Golpe la mesa como de costumbre y mir a su aliado.

- Estamos en nuestro derecho de

librarnos de l. Al fin y al cabo, ha osado atacar nuestras granjas.

A ella le hirvi la sangre. Cerdo mentiroso. Respir hondo para calmarse y, con un suspiro lastimero, dijo que una sentencia de muerte no ser a tan injusta.

Aquellos dos la miraron con curiosidad, esperando sus pr ximas palabras.

- Aunque si lo matarais... la desgracia caer a sobre el clan. El rey...

Murrock se relaj , comprendiendo que la preocupaci n

de la mujer era para los McKenzie y no para el esposo, a quien parec a odiar con fervor.

- No os preocup is -dijo, y su mano descendi bajo la mesa para apretarle un muslo. Aquello podr a haber sido soportable de no ser por la lascivia que ard a en sus ojos.

Ella se incorpor con el pretexto de ir por m s vino.

- Si ntate, Edora, tenemos un regalo para ti -la detuvo Bernard.

Ella tuvo que obedecer, pues las piernas le temblaban tanto que no la sosten an. La palabra "regalo" en

boca de su hermano era para echarse a temblar.

Cuando oy el ruido de las cadenas arrastrarse por el suelo, fue consciente de que ser a mucho peor de lo que imaginaba. Si antes odiaba a Bernard por lo que hab a hecho, ahora quer a matarlo. Apret los dientes e intent no mirar directamente a Ronald cuando lo dejaron en el centro del sal n. Si lo hac a, quiz ninguno de los dos saldr a vivo de all . No pod a demostrar compasi n alguna. Bernard dudaba de ella, lo sab a. Sin embargo, el imb cil de

Murrock dejaba entrever que él creía sinceramente en su deseo de librarse de Ronald y del clan Kinnon. Si su objetivo era que ambos salieran con vida de ahí, el laird Ross debería seguir pensando así.

- Aquí lo tienes. - Bernard rodeó la mesa y se dirigió al centro del salón, donde un Ronald tambaleante hincó una rodilla y cayó al suelo con los ojos apenas entreabiertos.

Soltó una carcajada y miró a su hermana. Vio la ira bullir en aquellos ojos, que jamás le habían parecido tan negros. Él no lo engañaba: Edora

sufr a por su esposo.

El pecho de Ronald baj y subi .

Se lo ve a tan sucio y tan d bil, tan desamparado, que ella sinti un dolor casi f sico ante el impulso de abrazarlo. Su pobre Ronald! Qu le hab an hecho?

Sus miradas se encontraron un instante y ella, estremeci ndose, vio las cadenas alrededor de mu ecas y tobillos. Por si fuera poco, otra cadena le envolv a el torso. Estaba claro que su hermano tem a que Ronald pudiera escabullirse si no tomaba severas medidas. De su labio

manaba sangre, y en su cara un maltrecho ojo hinchado demostraba cu n terriblemente lo hab an golpeado. Y su cuerpo? La ce ida cadena apenas si le permit a respirar, y las llagas alrededor de mu ecas y tobillos eran una visi n casi insoportable.

- Y bien? -pregunt Bernard enarcando una ceja-. Qu castigo te gustar a aplicarle?

Edora sinti como la sangre abandonaba su rostro. Se puso l vida con una sonrisa congelada en la cara. Pretend a que fuera ella la que diera

la orden de torturarlo? Mir a Bernard. Era evidente que l disfrutar a arranc ndole la piel a tiras, y lo har a todav a m s ante los esfuerzos de ella por ocultar su dolor.

Dio un paso tambaleante hacia Ronald y pens que ten a que ser fuerte por los dos, o acabar an muertos.

El sal n permanec a en silencio. Todos los presentes la miraban expectantes. Solo Murrock sonre a complacido, con sus fuertes brazos cruzados sobre su prominente barriga. Lo peor era soportar el

escrutinio del laird McKenzie, tan deseoso de acabar con ellos.

Edora los miró uno a uno hasta que finalmente tragó saliva y sus ojos se posaron en Ronald. Puede que salir los dos de allí con vida fuera imposible, pero no iba a darse por vencida cuando quedaba una oportunidad de salvar al hombre que amaba. Solo necesitaban un poco de tiempo. Aunque Collen se hallara en las mazmorras, Broderick estaba libre y con hombres fieles dentro de la fortaleza. Acudir a.

- Ronald -dijo sin un pice de

simpatía-, es hora de saldar cuentas.

Bernard enarcó una ceja, incrédulo. En cambio, Murrock soltó una sonora carcajada. Se acercó a ella y le puso una fuerte y sucia mano sobre el hombro. El contacto del laird Ross le resultó repugnante y quiso apartarse por instinto, pero quedó impasible.

- Tu hermano es un gran hombre -dijo con voz profunda y sin apartar la mirada de Ronald, que permaneció arrodillado ante ellos-. Te ha proporcionado la mejor de las venganzas; ahora podrás devolverle cada golpe y humillación que te haya

inligido.

- As es.

Minutos antes, Ronald sent a el peso de los grilletes en los tobillos y las mu ecas.

Notaba el olor a podredumbre que envolv a su cuerpo, la sangre reseca pegada a su piel, y sent a asco de s mismo. Pero sobre todo sent a odio. Un sentimiento incontrolable y que lo envilec a, pero a la vez tan liberador. Bernard no saldr a vivo de all , jam s. Aquella sed de venganza lo mantendr a con vida, y l necesitaba sobrevivir para liberar a

su esposa. La impotencia amenazaba con invadir cada rincón de su cuerpo.

- En marcha, Kinnon.

El guardia lo había empujado, haciéndolo caer al suelo. No tardó en levantarse a pesar del agudo dolor de cabeza que sentía desde que aquella mañana Bernard lo golpeará.

Avanzó por escaleras y pasillos hasta llegar al cubrecorridor de los McKenzie.

Paseó sus ojos grises por la estancia cuando lo dejaron en el centro de la misma. Le costaba distinguir a los presentes. No se

percat de la presencia de Collen y los otros; no obstante, su mirada se fijó en un hombre robusto, sucio y de una mirada azul inquisitiva. Su tartamudo no era el de un McKenzie. Prestó atención a los colores. Murrock Ross, sin duda.

El dolor de cabeza le hizo cerrar los ojos, y cuando volvió a abrirlos su visión fue borrosa. El mazazo recibido en la parte posterior de la cabeza lo había sumido en una inconsciencia intermitente desde su llegada a aquel castillo.

La carcajada de Bernard lo sacó

de su estupor. Aunque lo que realmente lo espabiló fue la voz de su esposa. La vio junto a aquel hombre, los soldados lo rodeaban, pero Bernard, Murrock y ella estaban frente a él, a escasos metros de distancia.

Murrock se reclinó contra la mesa para no perderse el espectáculo. Iban a golpearlo y dejar que Edora lo presenciara todo? Pobre esposa. Había pagado muy caro querer sacrificarse por él. Ahora los tenían a los dos y su máxima preocupación era que en el combate

que se avecinaba ella no saliera malherida.

Entonces unas palabras captaron su atención. Al instante, pensó que no podía haber escuchado bien " Es hora de saldar cuentas?" Por qué sonreía? Lo desconcertó que dejara que aquel hombre le pusiera una mano sobre el hombro y la atrajera hacia sí .

¿Será posible que ella hubiera fingido en sus brazos? ¿Que de verdad lo odiara tanto como para traicionarlo de aquella manera?

- No... -emitió un quejido lastimero. No podía creerlo, no quer

a.

Aun así, ahí estaba Edora con su altivez. El mentón alzado y desafiante que él tanto había adorado. Ambas manos se cerraron formando un puño mientras los ojos de Edora desbordaban sentimientos de odio y repulsión. Jamás había esperado volver a ser el objetivo de aquella mirada.

Su cabeza cayó de nuevo contra el pecho. Cómo había podido ser tan ingenuo de creer en sus palabras? Tan estúpido como para amarla...

Las dudas sobre su esposa se

despejaron cuando ella trag saliva y habl de nuevo en tono firme.

- Le agradezco a mi hermano su perd n, al igual que me librara de los Kinnon. No obstante, la ira del rey caer a sobre nosotros si di ramos muerte a uno de sus m s fieles vasallos.

Murrock le apret el hombro con m s fuerza y luego le dio una palmada en la espalda que Edora encaj sin inmutarse.

- No os preocup is por el rey. Dos clanes como los McKenzie y los Ross unidos bien pueden ganarse el

perd n de Alexander. Por las buenas o por las malas -a adi , y solt carcajada.

Aquello rozaba la traici n. Entre el caos de sentimientos que la agobiaba, Edora sinti indignaci n. Qu quer a decir exactamente? Qu no les importaba sufrir la c lera del rey, o que eran demasiado imb ciles para darse cuenta de que el clan McKenzie hab a quedado reducido a un pu ado de ladrones y asesinos? Quiz s ambas cosas. Cuando lo mir interrogante, la lascivia de Murrock la perturb .

Aquel bruto sonri con deleite. Bernard hab a intentado convencerlo de que matara l mismo a Ronald Kinnon y, aunque ten a sus reservas, sellar aquella provechosa alianza mediante un enlace con la feliz viuda era una idea de lo m s atrayente. Murrock sonri . Edora McKenzie ser a suya. Cu nto placer le dar a poseer a esa mujer de fuego. La buena disposici n de ella para vengarse de su esposo le hab a ahorrado el trabajo sucio. Si ella misma lo mataba el rey no lo culpar a a l; no es que le preocupara demasiado, pero

siempre era preferible no provocar al impetuoso Alexander. Ya casi podía saborear el cuerpo desnudo de aquella fierecilla en la cama, cuando el laird Kinnon lo sacó de sus lascivos pensamientos.

- Perra traidora -murmuró apenas sin fuerza.

Murrock se abalanzó sobre ella y le propinó una patada en las costillas, haciendo que Edora emitiera un grito furioso. Sorprendido, Murrock se volvió hacia ella.

- Por qué gritas? No deseas verlo muerto?

Aturdida, ella neg con la cabeza.

- Todav a no -repuso mientras parpadeaba para ocultar sus l grimas.

Mir a Ronald solo un instante mientras este intentaba incorporarse, si lo contemplaba un segundo m s no podr a soportarlo. A su alrededor, tres guardias avanzaron hacia l mientras Bernard observaba impasible a Murrock ordenar que lo pusieran en pie. Uno de sus hombres llevaba un l tigo atado a la cintura y Edora se estremeci . Iban a fustigarlo hasta la muerte. Lanz una mirada

furtiva a Bernard. Si demostraba lo que senta por su esposo, le dar a una excusa para matarlos a ambos sin que la alianza con los Ross se rompiera.

- Y bien, hermanita?

Edora respir hondo.

- No vamos a matarlo.

Los tres hombres la miraron.

- Bien, pero al menos... -dijo

Bernard, burl n-. Nos divertiremos un poco con l, no?

Ella asinti sin mediar palabra y se acerc a uno de los guardias, a quien arrebat la espada.

Ronald respir hondo por la

nariz. Vio el espectáculo que ofrecía a aquella belleza altiva, frente a él. Y sin remordimiento alguno que se reflejara en su rostro, levantó la espada antes de que Murrock pudiera detenerla. Sus ojos negros jamás habían sido tan profundos, pensó Ronald, y jamás volverían a fingir ternura o amor por él. Medio arrodillado, esperó el golpe de gracia.

Edora balanceó la pesada espada con habilidad bajo la atenta mirada de los presentes. Y sin pensárselo más, descargó la empuñadura contra la cabeza de Ronald, que cayó

inconsciente al suelo.

Nadie dijo nada. Los soldados permanecieron en sus puestos con miradas que iban de la incredulidad al regocijo.

En ese momento a Edora no le interesaba lo que pudieran pensar los presentes, sino comprobar que su esposo aún respiraba. Al principio la invadió el pánico porque él se había quedado inmóvil, pero enseguida percibió el movimiento de su pecho al tomar aire y soltarlo. Casi lloró de alivio. Quizás el golpe le doliera horrores, pero estaba vivo. Verse

obligada a aquella atrocidad...

- Lleva roslo -murmur con tono implacable.

Bernard estaba boquiabierto, hasta que sus pu os se tensaron y apret los dientes con furia. Murrock, el muy imbecil, aplaudi y ríe, todo a un tiempo.

"Maldita zorra", la maldijo mentalmente. El acto de su hermana no lo haba complacido en lo m s m nimo. Y a n lo enfureci m s el que los soldados obedecieran sin esperar su autorizaci n. Pero no pod a castigarla como se merec a, no delante de

Murrock.

- Edora, cre que mi espect culo ser a un deleite para ti -dijo Murrock, refiri ndose a su intenci n de arrancarle la piel a tiras-, pero no cre que vos me proporcionarais otro mayor.

Ella intent contener las n useas cuando la mano de Murrock le agarr la mu eca y tir de ella para volver a la mesa. Se llenaron copas para todos los presentes y todos bebieron como si no hubiera ocurrido nada, como si el coraz n de Edora no se hubiera roto un poco m s. Despu s

del asombro inicial, los proscritos parecían muy satisfechos con la actitud de ella. No le dieron tregua con sus palabras.

A medida que el vino y la cerveza corrían, las bromas se hicieron más soeces y las manos de Murrock más atrevidas. Debía salir de aquel salón, y así lo hizo con la excusa de aliviar sus necesidades.

- No tardes -le dijo Murrock.

Su hermano le sonrió, sabiendo que era posible que aquella misma noche deseara estar muerta.

No regresó al salón, sino que fue

directamente a su recmara. Atranc la puerta despus de cerrarla. El bal no ser a suficiente para detener a su hermano si quer a entrar, pero al menos la avisar a de su presencia. Un escalofr o le subi por la espalda, al pensar que tampoco ser a suficiente para detener a Murrock.

Se abraza a s misma y se dej caer contra la puerta.

Atormentada tras haber visto el rostro de Ronald, la desesperaci n en sus ojos al sentirse traicionado, tuvo que cubrirse el rostro con las manos y llorar.

- Como has podido hacerle esto?

-se reproch gimiendo.

Solo escuchaba el latido de su coraz n, pero de pronto unos pasos subiendo la escalera la sobresaltaron. Aguz el o do, imagin ndose cosas horribles. Entonces la voz de Erin lleg a sus o dos.

- Se ora.

Solt el aire contenido. Se dio la vuelta y apart el pesado ba l. Al abrirla sigilosamente, vio a Erin escudri ando las escaleras.

- Me han dejado pasar -dijo la mujer-. Los guardias que est n al pie

de la torre no me han puesto ning n impedimento.

Una vez dentro empez a hablar tan r pido que Edora no entendi ni una palabra, pero volvi a atrancar la puerta, antes de que la mujer la arrastrara al otro lado de la estancia.

- Mi se ora, me escuch is? -baj la voz y le habl al o do-. Madia sigue montando guardia en su dormitorio, es hora de que vayamos con ella.

Edora entrecerr los ojos y la mir sin comprender.

- Pero si nos sorprenden los guardias...

Erin no la dej terminar y se acerc a la chimenea apagada. Aun quedaban rescoldos del fuego que hab a ardido aquella tarde, pero la doncella lo hab a apagado y entonces Edora supo por qu : en el fondo de la gran chimenea, vio como Erin empujaba una piedra que apenas se movi de su lugar.

- Qu haces? -pregunt intrigada.

Erin no le contest y sigui empujando hasta que la gran piedra cuadrada del fondo se movi lo suficiente como para dejar pasar a una persona.

Edora abri los ojos de par en par. Qu diablos era aquello?

- Erin...

- Madia iba a cont roslo, os lo aseguro, pero se le olvid . Desde los tiempos de su abuelo, estos pasadizos han ido perdiendo uso. Han permanecido ocultos para ser utilizados en caso de necesidad. Y por desgracia, ahora son necesarios.

Edora cogi aire y se agach incr dula para mirar el hueco que les permitir a acceder al pasadizo secreto.

- Madia lo sab a... Y alguien m

s? -pregunt como si hubiera ca do en la cuenta de algo.

- Pues s , mi se ora.

Cogi la mano de Edora y atravesaron el hueco en la pared. Una vez en el fr o y h medo pasadizo, Erin activ un mecanismo oculto tras una peque a losa, y la entrada se sell

- Broderick tambi n lo sab a.

Edora jade incr dula.

- Y Duncan?

- Por supuesto, y tal vez el bueno de Robert... No dudo que le hubieran sido tiles en sus citas

nocturnas. -Sonrí a pesar de la tristeza.

Siguieron avanzando, pero las reducidas dimensiones del túnel las obligaban a ir despacio. Edora no pudo menos que imaginarse la cara de su hermano. Si este entraba en la habitación, no comprendería qué había ocurrido. Estaba segura de que su hermano no conocía la existencia de aquellos pasadizos, de lo contrario el destino de la fortaleza no hubiera sido fijado por el rey, sino por la fuerza de las armas.

El suelo se transformó en una

escalera de piedra que descendía y giraba hacia la izquierda. Estaban en las entrañas del castillo. Al final de otro estrecho corredor encontraron lo que parecía una sólida pared. Solo en apariencia, pues cuando Erin tocó una piedra estratégica para seguidamente empujarla, al igual que había ocurrido en el nivel superior, la piedra pareció partirse para revelar un fuego casi apagado en el otro lado.

- La habitación de Madia?

Erin asintió con un susurro.

- Por eso se fingía enferma?

- Por eso y para no tener que

soportar a vuestro hermano. Estas habitaciones son las m s antiguas del castillo. La de vuestro padre, es decir, la que ahora ocupa vuestro hermano, tambi n est conectada a las otras, pero solo la de Madia da al embarcadero, pues fue la primera que se construy en la planta baja. l no lo sabe, y ojal siga as por mucho tiempo. Aunque ruego al cielo que dentro de poco no debamos preocuparnos por l. -Y antes de que Edora pudiera hablar, a adi -: M s abajo recorre el interior de la antigua muralla y de ah al embarcadero que

hay en la cara sur.

La expresi n de Edora era de total incredulidad. Aun as , fue la primera en entrar en la habitaci n, guard ndose de no quemarse los pies con los rescoldos. Esperaba encontrarse con la anciana aguardando su llegada.

Pero no era Madia quien estaba esper ndola de pie frente a la gran chimenea.

- Oh! Dios m o!

Esa maldita mujer lo hab a engado.

Lo hab a hecho caer en la trampa m s vieja del mundo. C mo pod a haber cre do que Edora lo amaba? Era un necio. Se merec a el castigo de un coraz n tan roto como sus costillas. Ronald apret las mand bulas para no gritar. Solo deseaba tener aquel p lido y tentador cuello entre sus manos para retorcerlo.

- Maldita bruja.

- No os hag is mala sangre, mi

se or -dijo uno de sus soldados, pero Collen lo hizo callar.

No ve a m s all de sus narices. En las mazmorras estaba oscuro, pero Ronald cre a que la escasa visi n se deb a a otra cosa. Sent a el latir de su coraz n en las sienes y apret los dientes para aguantar el dolor sin quejarse.

A su lado, Collen lo observaba con preocupaci n, aunque su laird apenas se daba cuenta de ello, sumido como estaba en episodios intermitentes de inconsciencia. Ni siquiera se hab a percatado de su

presencia cuando los hombres de Bernard lo habían depositado allí después de interrogarlo. Sus tres hombres estaban con él. Todos con el rostro marcado por señales de golpes y puñetazos.

Su señor volvió a caer de rodillas, pero esta vez las cadenas no eran tan largas como para permitir que su torso tocara el suelo.

Con una mueca de disgusto, Collen balanceó los brazos. No había contado con eso. Los cinco guerreros Kinnon estaban encadenados a la pared y mientras fuera así no podría

llevar a cabo su parte del plan.

Despu s de que Mairy apareciera frente al port n principal de la fortaleza con Broderick McKenzie a su lado, l solo hab a tenido que obedecer y seguir el plan perfectamente trazado por ese hombre.

Ese Broderick era inteligente, un hombre que asustar a al mismo diablo, pero inteligente. Ronald hab a desaparecido esa ma ana temprano, y solo despu s se percat de que lo mismo pasaba con su se ora. Al ver a su esposa correr hacia l con l grimas

en los ojos, supo que nada bueno hab a ocurrido.

- Collen.

Apenas pudo pronunciar unas pocas palabras, explicando que tanto Edora como Ronald hab an ca do en las garras de Bernard. Al terminar con su relato, Collen empuj a su esposa en direcci n a la fortaleza.

- T te quedar s aqu .

- Pero nuestro hijo... -Si aquellas palabras sorprendieron a los soldados que la acompa aban, nadie lo demostr .

- No temas, pronto estar en

casa. Tu padre se encargará de lo
mientras arreglamos el asunto. -La
estrechó un momento más entre sus
brazos, para después empujarla de
nuevo.

Mientras, Broderick lo miraba
desde lo alto de su caballo.

- ¿Tienes un plan? -preguntó
Collen.

Una sonrisa ladeada fue su única
respuesta. Eso le hizo parpadear; le
intrigaba el humor siniestro de aquel
hombre. A su espalda, Mairy se vio
rodeada por los brazos de una
sonriente Tamy que la arrastró al

interior de la fortaleza. Antes de que Broderick hablara para informarle de su plan, la voz de la anciana cortó el aire.

- Devu lve me en perfectas condiciones a mi bisnieto y a mi tataranieto! -dijo por encima de su hombro mientras caminaba a paso ligero-. Y como se te ocurra dejar allá a tu se ora, te arrancar la piel de tu espalda con los dientes.

Mairy miró horrorizada a la anciana. Bisnieto? Tataranieto?

Ahora, Collen sonrió sin humor al recordarlo. No le hacía a ninguna

gracia ser el blanco de la ira de Tamy, por lo que más le valdrá rezar para que Broderick llegara hasta ellos.

Pero antes, él debió librarse de las cadenas, y hasta que los guardias de Bernard no fueran a buscarlos para una nueva sesión de tortura, no era probable que pudiera conseguirlo.

Pensó en su señora. De verdad había sucumbido a los deseos de su hermano para salvar la vida? Recordó las palabras de los guardias: "Hay mujeres que no saben cuál es su

lugar", "Se ve que el se or de los Kinnon no supo domesticarla; de lo contrario no lo hubiera torturado ella misma en el sal n", "Delante de todos los hombres de su hermano".

Collen mir a Ronald, para luego suspirar frustrado cuando tir de las cadenas por en sima vez y estas siguieron firmemente sujetas al muro.

Levant la cabeza en direcci n a la puerta. Los ecos de unos pasos por el pasillo captaron toda su atenci n. Se oyeron unos golpes, el retumbar de algo met lico contra el suelo. Bajo la puerta atisb el creciente

resplandor de una antorcha cuyo portador avanzaba a su encuentro. Los pasos sigilosos se detuvieron frente a la puerta y acto seguido se oyó el chirrido de los goznes y una luz mortecina que apenas inundó la celda.

Los Kinnon se pusieron en pie y dejaron de tironear las cadenas. Hasta Ronald parecía dispuesto a recuperarse e imitarlos. Lo consiguió, no sin esfuerzo, pero entornó los ojos ante el fulgor de la antorcha. La cabeza iba a estallarle, pero si iba a morir lo haría de pie y no como un cobarde.

Sin embargo, no fueron soldados proscritos quienes entraron, sino dos figuras encapuchadas que se acercaron a ellos con paso rápido.

La antorcha iluminó el bello rostro de una mujer.

- T , maldita perra traidora! - Ronald sintió como sus muñecas se laceraban al intentar abalanzarse sobre ella. Las cadenas lo detuvieron en seco, y él apretó los dientes para hacer caso omiso del dolor de cabeza.

- Perd name -dijo Edora con lágrimas en los ojos.

El orgullo de Ronald le grit que se irguiera de nuevo. Lo intent con un brusco movimiento, pero su cuerpo no le respondi . Cay desplomado contra el cuerpo de ella.

- Perd name, mi amor -le susurr al o do-. Duerme hasta ma ana y puede que me des tiempo para explic rtelo todo.

La segunda figura encapuchada no hab a perdido tiempo. Dejando la antorcha en un soporte cercano, se apresur a romper los clavos que cerraban los grilletes entorno a mu ecas y tobillos. La capucha cay hacia

atrás mientras unas trenzas de guerra doradas resplandecían a la luz de la llama.

Broderick no sonrió, sino que fulminó a Collen con la mirada.

- Se suponía que debías llegar al embarcadero hace dos horas.

La carcajada de Collen resonó cuando todos quedaron libres.

- Lo sentimos, nos hemos dejado torturar un poco para entretenernos.

Un gruñido.

Al ver los cortes y moratones de sus caras, Broderick asintió no muy

complacido.

- No tenemos mucho tiempo.

Bajo la mirada atenta de Edora, Broderick cargó a Ronald sobre su hombro. Que lo colgaran si esa mujer no estaba enamorada de su esposo.

- Vamos, Edora.

Ella apenas oyó que la llamaba, concentrada en el rostro de Ronald, que parecía contraerse de dolor por el balanceo.

Avanzaron hacia el dormitorio de Madia. El pasadizo secreto entre los muros era tortuoso para aquellos hombres de espaldas tan anchas, pero

ninguno se quej hasta llegar a la habitaci n. Salieron de la chimenea uno tras otro.

Ronald gimi . En circunstancias normales, el golpe de Edora no le hubiera producido m s que un peque o chich n en la cabeza, pero en aquellos momentos de debilidad lo dej sin fuerzas, como si no fuera m s que un mu eco de trapo.

- Por favor, Broderick, tndelo sobre la cama un momento -suplic Edora al ver a su esposo en ese estado.

- No pod is perder tiempo. -

Madia expres lo que todos ya sab an.

- Lo sabemos -susurr Broderick-. Nos marcharemos en cuanto mis hombres encuentren a dos de mis mejores guerreros en las mazmorras.

Edora lo mir agradecida, porque eso le daba un poco de tiempo para atender a Ronald.

Broderick se apresur a dejarlo sobre la cama mientras esperaban a los cuatro soldados rezagados.

Erin se apresur a mojar un pa o en agua fr a y Edora la mir con horror.

- Tiene fiebre.

Toc la frente que arda y las lágrimas se deslizaron silenciosamente por sus mejillas.

Broderick y Collen la miraban atentamente. Ella se arrodilló junto a la cama, palpándolo con cuidado, y notó la respiración irregular.

Madia se apresuró a retirar el tapiz para que los soldados Kinnon pudieran salir uno por uno al estrecho túnel que les llevaría al embarcadero. Aquella habitación había sido la clave para que sus planes salieran bien.

Edora moj cuidadosamente la frente de su esposo. Ech un vistazo a los hombres; solo Broderick y Collen permanec an enfrascados en una queda discusi n sobre lo que deber an hacer a continuaci n.

- Deber amos atacar ahora, tienes a tus hombres. No puedes permitir que esto contin e.

- No. -Su negativa no hizo m s que enfurecer al hombre de Ronald.

- Mi hijo... -Apret los pu os con frustraci n.

Al ver que Ronald se revolva en la cama, Edora le dedic toda su

atención. Alargó la mano para tocar sus largos cabellos, pero la retiró como si quemara cuando se encontró con la glacial mirada de él. Supo que mientras permaneciera sin fuerzas y aturdido por la fiebre, él no la querría a su lado. Nada de lo que pudiera explicarle en esos momentos iba a cambiar ese hecho.

Broderick miró a Collen, sus soldados habían desaparecido tras el tapiz y era imperioso que ellos también lo hicieran cuanto antes. Pero Edora miraba a Ronald con la culpabilidad reflejada en el rostro.

Para todos era evidente por qu su se ora hab a golpeado a su esposo: para salvarle la vida. Para Ronald, la evidencia no era tal.

Ella le sonri con dulzura, no le importaba lo que l pensara, por ahora lo nico importante es que estaba vivo y a su lado.

Las mujeres se acercaron a la chimenea, esperando a los dem s con la esperanza de que sus heridas no fueran tan graves como para retrasar la huida.

Edora le quit el pa o de la frente al herido.

- Mi amor -susurr junto a su boca con infinita ternura, y sus labios descendieron c lidos sobre los de Ronald.

Acaso su esposo no era el hombre m s fuerte que jam s hubiera conocido? Tenerlo indefenso sobre un lecho, semiinconsciente por su culpa, le provocaba un nudo en la garganta que apenas la dejaba respirar.

Deber a haberle dicho cu nto lo amaba hac a tiempo. Volvi a besarlo, esta vez en la frente y los p rpados, para luego descender hasta el ment n

y colocarse nuevamente sobre sus labios reseco. Lo beso anhelante; quiz pasara mucho tiempo antes de que l le permitiera hacerlo de nuevo. Sonri al darse cuenta de que Ronald le correspond a. Aquellos labios fueron un b lsamo para su coraz n atormentado, hasta que de pronto una mano le apret el cuello, dej ndola sin aire.

- Dame tiempo -murmur Ronald rozando sus labios-y me encargara de mandarte al infierno con tu hermano.

Ronald la apretaba con brutalidad y cuando ella abri los ojos

alarmada se encontraron con los de él, dos hermosos lagos furibundos incapaces de perdonar. La tez de Edora se puso roja y después fue adquiriendo un tono azulado.

- Ronald! -gritó Collen.

Por su parte, Broderick corrió desde el otro extremo de la habitación y arrancó de su presa la mano del laird. Edora perdió el equilibrio y cayó de espaldas contra el suelo mientras tragaba aire a grandes bocanadas.

- Ronald, yo...

- Collen -masculló él en un susurro apenas audible.

La frente perlada de sudor y los ojos enrojecidos, apenas abiertos, daban cuenta de su estado. Con un arrebató de ira intentó ponerse de pie, pero resbaló al suelo. Collen ayudó a su señora a levantarse mientras Broderick lo miraba con odio y masajeara el cuello de Edora.

Los maltrechos soldados McKenzie aparecieron por la abertura de la chimenea y sin mediar palabra Broderick les señaló el tapiz. Madia y Erin se quedaron con el corazón en un puño mientras sus miradas pasaban de Edora a Ronald.

La vieron incorporarse. En unos instantes recuperó el color natural y Ronald volvió a sumirse en la inconsciencia.

- Ya no podemos hacer más por vosotros. A partir de aquí, solo deseamos suerte.

Edora las miró incrédula.

- Venís con nosotros. - Su tono no dejaba lugar a discusión.

Era incapaz de abandonar a aquellas dos mujeres que tanto habían hecho por ella.

- Me temo que no es posible -
repuso la anciana con firmeza

mientras alzaba el tapiz que daba a la segunda entrada-. Vamos, deprisa.

Collen pas primero con el maltrecho Ronald sobre su hombro.

- Madia, Erin... -Edora no se resignaba a dejarlas all .

- Confiamos en Broderick. -
Ambas mujeres miraban al guerrero-.
l nos salvar de las garras de Bernard.
-El aludido hizo un rudo gesto de asentimiento-. Pero vos deb is cuidar de vuestro esposo para que pueda liberarnos definitivamente. -Edora asinti , no muy convencida-. Me temo que por muy buen guerrero que sea

Broderick, sin la ayuda de los Kinnon estamos perdidos.

Las 1 grimas resbalaban por sus mejillas cuando abraz a ambas mujeres.

Cuidar a su esposo... No quiso pensar en ello, a n no, o no tendr a fuerzas para seguir en pie. Se llev la mano disimuladamente al cuello y ahog un sollozo.

- Volveremos por vosotras... O mejor -a adi con rabia-, volveremos por Bernard.

Pasaron la noche en el bosque, escondidos como vulgares ladrones.

Solo hab a algo bueno en aquello: el bosque era seguro. Todos los proscritos hab an desaparecido del lugar, la mayor a de ellos estaban en la fortaleza, pero otros, los que no hab an aceptado el liderazgo de Bernard, hab an abandonado esas tierras ahora que Broderick McKenzie era el se or del frondoso bosque. Y como tal, todos los que permanec an all estaban a sus rdenes.

l era el l der, quien esperaba obediencia incondicional y a cambio ofrec a protecci n y sustento.

Aquel peque o campamento hab a aumentado de tama o a medida que transcurr an las semanas. Cuando Broderick se hab a marchado de la fortaleza, lo hizo con un pu ado de hombres, pero poco a poco se sumaron las mujeres y los ni os, criaturas demasiado fr giles para sobrevivir bajo el yugo de Bernard.

Una estricta organizaci n dispensaba a cada uno de sus miembros dos comidas al d a. Las

mujeres se encargaban de cocinar y lavar, algunas hasta de cazar, aunque este era el cometido de los hombres, al igual que entrenar.

Edora se percató enseguida de la normalidad con que transcurrían las horas en el campamento. Hábitos y costumbres seguían como en la fortaleza, aunque esta vez el jefe era Broderick. Las improvisadas cabañas, cubiertas con pieles y telas que no parecían muy impermeables, guardaban en su interior todos los utensilios necesarios para la supervivencia en el bosque. También

observó que todo estaba muy bien guardado en fardos, para salir huyendo a la primera señal de alarma.

El manto de la noche los cubrió cuando llegaron al campamento.

Broderick no tuvo reparos en despertar a todo el mundo. Tanto sus hombres, como los Kinnon, siguieron sin demorarse o abajo; desde allí subieron la pendiente para situarse en un lugar más elevado. Si a Bernard se le ocurría ir en su busca, lo verían llegar.

El caballo de Broderick parecía tan inquieto como su amo, pero

siguieron avanzando a buen ritmo. Los escasos ancianos habían ocupado las monturas y los jóvenes guerreros iban a pie en señal de respeto. Las mujeres jóvenes, por su parte, abrían la comitiva apretando el paso.

Al fin llegaron a la linde del bosque, la frontera con los Kinnon, tan invisible como ineludible, estaba ahí. En ese momento Edora miró el caballo en que iba Ronald. Collen, de pie junto al animal, había tirado de las riendas y ahora que el sol empezaba a asomar por detrás de las lomas su semblante parecía más p

lido.

- Debes llevar a Ronald a casa -
le dijo Edora.

No supo a qui n hab an
sorprendido m s aquellas palabras, si
a Broderick o a Collen. Ambos
guardaron silencio, mientras la fila
de McKenzie continuaba avanzando.

- Vos tambi n -dijo por fin
Collen.

El rostro de Broderick, tan
impasible como siempre, no la
censur hasta que escuch su r plica:

- Yo me quedo.

Collen pareci entre incr dulo y

ofendido.

- Eso es imposible.

Entonces el bramido de Broderick hizo callar a todos. Era temible, en verdad lo era. Su ira muy pocas veces iba dirigida hacia ella, y eso era algo que se agradecía, pero en ese momento se temió una excepción. Parecía disgustado, y en efecto era con ella.

- Te irás -sentenció.

- Me das ordenes, Broderick? - Mientras replicaba, Edora miró la fría mano que le cogió el brazo-. Carezco del derecho de hacer mi

voluntad ahora que no tengo otro título que se ora de los Kinnon, pero mi corazón...

Broderick la soltó al ver su determinación.

- Mi corazón desea quedarse. -
Lo miró con intensidad-. Debo quedarme.

Collen se indignó.

- No podéis quedaros... No lo haréis.

A Broderick no le gustó el tono de Collen. Era posible que fuera la se ora de los Kinnon, pero otra orden en ese tono y el hombre no podría

hablar durante una semana.

- Discutiremos -le dijo ella captando su atenci n de nuevo-. Si me quedo, volveremos a discutir sobre el mismo tema una y otra vez. Pero si me marchó, sabes que volver , una y otra vez, para demostrarle a los McKenzie que dar la cara ante el rey si es necesario.

- Edora...

- T no lo entiendes! -estall ella-. Todo fue por mi culpa. Todo! La marca de Ronald me averg enza! Fui tan imprudente... Mira lo que he conseguido. -Se al la fila de gente

que avanzaba hacia el sur.

- Vuestro esposo os necesita -
dijo Collen, ya calmado. Ech una
mirada significativa al cuerpo inm
vil de Ronald.

- Y yo necesito expiaci n.

- Pues expiad vuestro...! -Collen
call en seco.

Un gru ido alert al Kinnon que
no consentir a faltas de respeto hacia
Edora. Los guerreros que se
encontraban cerca de Collen no
dijeron nada, ni se movieron,
conscientes de que su opini n, si es
que ten an alguna, no contaba para

nada.

- Lo nico que necesita Ronald es que te lo lleves -la voz de Edora se endureci y, aunque todav a llorosa, su tono fue firme-, una buena cama y descanso. Y nosotros -dijo mirando a Broderick-, prepararnos.

- Acaso pens is luchar a nuestro lado? Estorbar s.

- Yo nunca estorbo.

- Estorb is, mujer cabezota.

Sinti un nudo en la garganta al recordar que Ronald le hab a dicho lo mismo: "Estorbas." Pero lo que le encog a el coraz n no era eso, sino

recordar que justo después le había hecho el amor como si ella fuera lo único que importara en su vida. Se acercó para tocar la frente de Ronald, perlada de sudor.

- Marchaos, Collen. -Fue una suplica que el guerrero no pudo ignorar-. Haz lo que te pido, todavía soy tu señora. -Acaricié el rostro de su marido pero no quiso decir nada más por miedo a desmoronarse.

Collen la agarró por el codo.

- Señora...

- Él me odia -dijo con voz entrecortada.

- Os ama.

Las palabras de Collen, dichas en tono sereno, le dieron la esperanza que necesitaba.

Los días pasaron y Edora no se sentía tan sola como había creído en un primer momento. Había al menos una docena de hermosas muchachas que permanecían en el campamento, más allá del lugar donde se encontraban los soldados. Broderick había prohibido cualquier tipo de intimidad entre hombres y mujeres, a menos que estuvieran casados, pero de esos no había ninguno.

La vida en el campamento tampoco era tan dura como hab a previsto en un principio.

De d a se re a y hasta se bailaba. Si todo aquello acababa bien, Edora cre a que no ser an necesarios los poderes de Ashling para saber qui n se casar a con qui n. Los flirteos eran constantes y la exasperaci n de Broderick, casi c mica.

Mir al singular guerrero. Aunque parec a el mismo hombre implacable de siempre, lo hab a visto sonre r, sobre todo hablando con los

ancianos y ancianas de quienes parec
a beber su sabidur a. A las
muchachas simplemente las ignoraba.

Se pregunt si la habr a amado
alguna vez. Quiz la quer a como a
una hermana, o eso deseaba. Estaba
tan solo, tan aislado del mundo y de
todos.

Esa noche lo vio recostarse
contra el tronco de un rbol y
dormitar. Siempre dorm a cerca de
ella, para protegerla como siempre
hab a hecho. Pero su sue o ligero
pareci alterarse sin motivo aparente.
Abri desmesuradamente los ojos y

Edora se acercó .

- ¿Qué ocurre? -le preguntó .

- Nada. -Su tono reveló que todavía pensaba en él-. Vuelve a dormir, todo está bien.

- Pero... ¿solo estás? -Creyó ver una sonrisa bailando en sus labios.

- A veces sueñas, ¿sabes?

- Eres humano -le recordó ella.

Entonces se apareció la sonrisa.

- La gente suele olvidarlo.

- No lo haré si fueras más...

- ¿Amigable?

Ella sabía que algún día lo había perturbado y que no quería hablar

de ello, pero no le import .

- Qu so abas?

Se recost a su lado y se subi la manta hasta la nariz, protegi ndose del fr o. Pasaron tanto rato en silencio que crey que Broderick no iba a contestar. Pero finalmente dijo:

- So aba con una mujer.

Edora se incorpor levemente. Y la sonrisa de Broderick se ensanch .

- Qu crees? Que no s lo que es una mujer?

- Broderick McKenzie! Esa pregunta no es de mi incumbencia! - Mir al frente y se apoy un poco m s

en el hombro del hombre-. Es bonita?

- Pues s .

- La conozco?

l guard silencio.

- Ni siquiera yo la conozco.

Solo se me aparece en sue os y...
corre peligro. No soy lo
suficientemente fuerte para salvarla.

Edora no supo muy bien qu
contestar, as que pregunt .

- Qu crees que significa?

- Todav a no lo s , pero cuando
la encuentre, ella me lo dir , estoy
seguro.

El campamento se fue quedando

a oscuras. Lejos como estaban, nadie tem a que pudieran ver el humo o el resplandor de las fogatas. Si los hombres de Bernard avanzaban, los centinelas lo sabr an mucho antes de que se acercara el peligro.

- Broderick.

Un gru ido.

- T eres lo suficientemente fuerte para cualquier cosa. Hubieras sido un gran laird si...

l le apret la mano y ella call .

- Te hubiese adorado.

- Y yo, con los a os hubiera aprendido a amarte.

l neg con la cabeza.

- Uno no elige a quien amar, no es así ?

Así era.

Edora amaba a Ronald y cada día que pasaba lejos de él le partía el corazón. El suyo era el primer rostro en el que pensaba al levantarse y el último que veía al acostarse. Cada cosa que ocurría a su alrededor le recordaba a él. Los guerreros entrenando, los niños sonriendo... Su hijo tendría su sonrisa? Rezaba para que fuera como su padre.

- Le amo, Broderick, pero si me

rechaza...

- Tendr s un hogar con los tuyos, Edora.

- Jam s volver a ser la se ora de los McKenzie.

- Ya veremos.

- Tu mujer s lo ser , no yo. Nac McKenzie, pero morir Kinnon. Mi coraz n les pertenece por mucho que quiera a la gente que me vio crecer.

Broderick la rode con un brazo, un gesto amable y afectuoso, desprovisto de otra intenci n.

- Duerme, Edora. -No a adi nada m s, pues no quer a preocuparla

in tilmente.

Broderick se durmi con un presentimiento: el bastardo de Ronald Kinnon la aceptar a y amar a. De lo contrario tendr a que matarlo, y eso ser a una l stima pues incomprensiblemente los Kinnon empezaban a caerle bien.

Una semana despu s llegaron noticias de la fortaleza McKenzie gracias a uno de los esp as que Broderick ten a all . Bernard y Murrock se preparaban para atacar.

Pero para sorpresa de Edora, la intenci n de su hermano no era peinar

el bosque en busca de Broderick, sino dirigirse directamente a la fortaleza Kinnon.

- C mo? -El horror se reflej en la cara de Edora.

Broderick se acerc al informante.

- De nuevo y desde el principio -murmur el guerrero para que volviera a relatar, palabra por palabra, todo lo que hab a escuchado de labios de Bernard.

El hombre parec a exhausto; ya no era joven y sus sienes empezaban a adquirir un tono plateado. Despu s

de beber agua y de que otro soldado se ocupara de su caballo, los tres tomaron asiento junto al fuego, mientras los demás seguían con sus entrenamientos.

- Como sabéis -comenzó el hombre-, la ambición de Bernard no tiene límites. Ahora, como se acerca los McKenzie, sus ojos se han vuelto hacia las tierras Kinnon. Siempre hemos estado en disputas con ellos, y los saqueos que hacen en nuestras fronteras...

- No fueron ellos, fue...

Broderick levantó una mano.

Estaba al corriente y no necesitaba interrupciones.

Una sonrisa de disculpa se dibujó en el rostro del informante antes de proseguir.

- Bernard convencí a Murrock de que le ayude a acabar con los Kinnon. Su plan es forzar un enfrentamiento, pero no una simple escaramuza en la frontera, sino una guerra declarada y abierta. El pago de Murrock será una cuantiosa suma en oro y... -miró a Edora significativamente- usted, mi señora.

Ella permaneció impasible.

- Ha mandado un emisario al rey diciendo que vos, mi se ora, habais acudido a l huyendo de los maltratos de vuestro esposo.

- Eso no es cierto! -La indignacion le puso el rostro escarlata.

- Sabe del juramento que hizo Ronald Kinnon al casarse con vos: si hab a maltrato alguno, el rey no lo consentir a. En el mensaje a su majestad, Bernard deja claro que los persistentes ataques de los Kinnon, que ya han matado a dos de sus m s insignes guerreros, deben ser castigados. Y que a falta de la

presencia de su majestad, l mismo se encargar de impartir justicia.

Edora se levant indignada.

- Ese miserable.

Pens en el sabio Duncan y el risue o Robert. C mo era posible tanta maldad. Mene la cabeza apretando los pu os con rabia.

- Todo muy bien planeado -dijo Broderick, m s para s que para los dem s.

- El rey sabr la verdad. Declarar bajo juramento que es mentira que hu de Ronald. Seguro que Bernard no cuenta con ello.

Ambos hombres la miraron.

- Seguro que ya cuenta con ello -la contradijo Broderick-. Pretend a mataros antes de entregaros a Murrock, quiz s un accidente, o tal vez esperara a que el propio Murrock se cansara de vos y os castigara por vuestra lengua. De esa forma Bernard saldr a con las manos limpias.

Pensar en eso no le hizo gracia a Edora.

- De todas formas -continu , con menos vigor y algo m s alica da-, fueron los hombres de Bernard

quienes atacaron a los Kinnon.

- Quiz Murrock también se encuentre detrás de todo esto -dijo Broderick.

Ella parpadeó varias veces mientras veía al informante asentir.

- Sí, es cierto. Bernard quiere tener las espaldas bien cubiertas por si algo falla.

- Por supuesto que va a fallar - espetó Edora, paseándose por encima de las hojas caídas.

- Nuestras negociaciones con los Kinnon han permanecido abiertas -informó Broderick a Edora-. Collen

no se atreve a reunir un ejército para atacar a Bernard sin el consentimiento de Ronald. Estamos esperando a que el laird se recupere; cuando lo haga, no me cabe duda de que sus ansias de matar a Bernard serán tan grandes como las mías.

Edora no estaba tan segura pero guardó silencio.

- Es lo que estamos esperando.

Ese miserable iba a llevarse una buena sorpresa si creyera que los Kinnon estaban solos en aquella guerra.

Ronald maldijo entre dientes y estrelló el cuenco contra la pared.

Tamy lo miró fugazmente con desaprobación mientras volvió a sus bordados junto a la ventana.

- La pared no necesita alimentarse -dijo secamente, y dio otra puntada-; t s .

Él se recostó en las almohadas, incapaz de discutir con la anciana. Seguramente saldrá escaldado, y aadir más frustración a su estado no era conveniente.

Hab a pasado m s de una semana y las costillas a n le dol an demasiado como para hacer su santa voluntad. Por otra parte, su cabeza ya no le daba vueltas cuando sal a de la cama a hurtadillas. El control de la anciana era f rreo, pero ella tambi n se echaba sus cabezaditas.

- Si te portas bien, ma ana dejar que te pasees por el sal n.

Bah! Pasearse por el sal n? Lo que estaba en sus planes era cabalgar hasta el castillo McKenzie y cortarle la cabeza a Bernard. En cuanto a su esposa... prefer a no pensar en ella.

Pero tumbado en aquella cama, ocioso, su mente volaba y no ten a otro remedio que sucumbir a los recuerdos o reproducir discusiones imaginarias que no sab a si ocurrir an o no. Algunas veces la cruzaba sobre sus rodillas y le daba una tunda en aquel trasero que hab a adorado, mientras ella aullaba de rabia. Otras, no sab a c mo, su mente le traicionaba y en lugar de golpes... le daba besos. Unos besos profundos y h medos que lo incomodaban y lo humillaban a partes iguales.

- No sabemos nada de ella? -

preguntó en un susurro, como si el deseo de saber de Edora no fuera intenso.

- No -dijo Tamy-, aunque ahora que Collen ha decidido obedecerte puede que traiga noticias.

Era cierto que, a pesar de que Ronald le pidió mil veces que fuera a buscar a Edora, Collen no le obedeció. Primero porque sus palabras eran producto de la fiebre y después porque, al encontrarse él cido, su orgullo estaba tan herido que el pobre guerrero había temido un destino horrible para su señora. Sin

embargo, ahora que la cabeza de Ronald volv a a estar en condiciones y su boca no escup a veneno cada vez que pronunciaba el nombre de su esposa, Collen hab a decidido que en las charlas que manten a con Broderick tantear a si su se ora estaba dispuesta a regresar o no a casa.

Ronald estaba al corriente de las conversaciones de Collen con los McKenzie. No acababa de decidirse a intervenir, pero con Alexander absorto en los preparativos de su boda con la hija del rey ingl s, estaba

claro que la decisi n era solamente suya.

No esperaba ayuda del monarca, ni la deseaba.

S , ma ana se levantar a y har a una visita a los renegados McKenzie. Se dijo que la nica raz n era que deb a hablar cara a cara con Broderick. Ese cerdo sanguinario y comeni os seguramente tendr a noticias de todos los movimientos de Bernard y, a n m s importante, un plan.

Se mir las vendas que le rodeaban el torso y se las palp , calibrando si ser a muy dif cil quit

rselas sin que Tamy se diera cuenta. De pronto recibí una palmada en la frente.

- Ay! Por qu has hecho eso? No te preocupa mi pobre cabeza?

Tamy puso los brazos en jarras y justo alguien llam a la puerta.

- Mira que eres testarudo.

No es que la anciana temiera que su bisnieto no fuera a recuperarse bien, pero le preocupaba lo que pudiera hacer una vez se le permitiera abandonar esa habitaci n. Enfrentarse a los proscritos o ir en busca de Edora para castigarla no

eran opciones aceptables.

De nuevo, un tímido golpe captó su atención. La puerta se abrió ante la orden de Tamy y una mujer hermosa, de un liso cabello dorado, entró en la habitación.

- Buenos días. - Sonrió dejando una tabla con rico cordero asado cerca de Ronald. Echó una mirada furtiva al cuenco hecho a picos contra la pared-. He supuesto que le gustará comer algo más sabroso -dijo, deseando que el laird estuviera de mejor humor. Y es que los gritos que profirió a su esposo Collen y a la

vieja Tamy la asustaban. A ella y a la mayor a de los sirvientes del castillo.

- Has supuesto bien. -Ronald cogi la pierna de cordero con las manos y se la llev a la boca.

Las mujeres lo miraron con una mezcla de compasi n y estupefacci n.

- T debes de ser Mairy, la esposa de Collen.

- As es. -La mujer baj d cilmente la cabeza.

Ronald enarc una ceja.

- Bien, Mairy McKenzie -dijo intencionadamente-. Podr as decirme d nde est tu se ora?

La muchacha trag saliva.

- Mi se ora? -pregunt con angustia, que se reflej en el rostro cuando mir a Tamy en busca de ayuda.

Ronald se impacient .

- Y bien?

Ante el asentimiento de la anciana, Mairy se anim a responder con voz queda:

- Est ... con Broderick.

Por un momento ambas temieron que a Ronald le dar a algo. Dej de masticar y sus ojos se tornaron grises como el acero. Bien, no hab a sido

buena idea darle tanta información.

El tragó y apretó los dientes. "Lo sabía", se dijo, intentando calmarse. Sabía por Collen que su esposa estaba con los rebeldes, pero no se atrevió a decir a alguien en voz alta... No, no era tolerable. No era decente. Edora en manos de ese...

- Ronald -lo amonestó Tamy-, tienes que quedarte en la cama durante...

El laird se quitó la manta, mostrándose desnudo ante ambas mujeres. Mairy se ruborizó de la vuelta mientras él procedía a ponerse su kilt.

Su bisabuela intentó detenerlo, sin éxito. Fue a sujetarlo por el hombro, pero Ronald ya se había puesto las botas y corrió hacia la puerta.

- Oh Dios! -suspiró la anciana.

- ¿Qué le ocurrirá a nuestra señora?

-se alarmó la joven.

- Nada. Aunque no querrá estar en su piel cuando su gentil esposo le sugiera amablemente regresar a su dulce y feliz hogar. -La anciana cruzó los brazos-. Y pensar que todo esto es por una maldita marca -bufó.

Ronald bajó los peldaños de la torre velozmente.

En el salón, si alguno de los presentes se sorprendió, nadie dijo nada. Las mujeres siguieron limpiando mientras el laird salía al patio exterior hecho una furia.

¿Cómo se atrevió? Era su esposa!

Las costillas lo agujoneaban a cada paso y el dolor de cabeza se acentuó, lo que lo llevó a sentirse aún más furioso.

Todo era culpa de ella. Lo había traicionado, golpeado de la manera más cruel, y ahora... le golpeaba su orgullo quedándose con Broderick.

No es que esperara que se

quedara con Bernard, pero hubiera podido regresar con Collen, instalarse en la habitaci n de la torre... Pero no, su decisi n fue quedarse con el comeni os.

Ronald se encaminaba trabajosamente hacia el establo en busca de su caballo cuando el centinela de las almenas dio la voz: jinetes en la lejan a.

Cambi de direcci n al instante para subir los angostos pelda os de piedra que daban a las almenas. Se acerc al soldado y divis perfectamente la nutrida comitiva que

avanzaba hacia ellos.

Al frente ven a Collen, y junto a él, Broderick.

Se acercaron a las murallas al trote, seguidos por los soldados Kinnon que Collen se había llevado. El centenar de soldados McKenzie quedó rezagado, quizá para que no se malinterpretara ningún gesto suyo, confundido con una agresión.

Tragó saliva al mirar la pequeña figura que acompañaba a los dos hombres. Sus largas conversaciones imaginarias con ella le vinieron a la mente. ¿Qué debía hacer? Tumbarla

sobre sus rodillas o besarla? No, lo segundo no, como que el Señor existía.

Bajó de la almena y una frazada le consumió cuando vio a los tres detenerse en el centro del patio. Ella desmontó y su femenina figura se quedó junto al McKenzie. Broderick lo saludó con un seco movimiento de la cabeza. Sus hombres se habían quedado fuera, dando a Ronald una clara ventaja si decidía tomar represalias contra él. Pero no iba a hacerlo.

- Mi Señor, traemos noticias -

anunci Collen-. Debemos partir de inmediato.

Pero el laird no lo escuchaba: toda su atenci n estaba centrada en la mujer, que se retorci a las manos nerviosamente delante de l.

Edora no podía apartar la mirada de aquellos ojos grises, ni de preguntarse qué estaría pensando su marido de ella.

Los malentendidos no eran pocos y Ronald no destacaba por la virtud de escuchar explicaciones antes de actuar. No, seguramente ya la había juzgado y ahora solo esperaba tenerla cerca para aplicarle un severo castigo.

Tragó saliva.

Todo en él parecía encontrarse

en plena forma física. Observó su torso en busca de alguna señal que desmintiera aquella impresión. Al percatarse de ello, Ronald agrió el semblante, apartó la mirada y se centró en Collen con un gesto poco amigable.

La incomodidad de algunos podía palparse en el aire, y solo el saludo de Tamy pareció disipar un poco la tensión reinante. Agitó la mano desde lo alto de los peldaños de piedra. Esbozó una sonrisa radiante al mirar a Edora, y la ensanchó aún más cuando se centró en su vientre, que la joven

camuflaba bajo un tosco manto con los colores McKenzie. Seguramente eso no hab a gustado nada a Ronald, pero aquel muchacho testarudo ten a mucho que aprender y perdonar. Baj a reunirse con ellos y oy las explicaciones que Broderick estaba dando sobre los planes de Bernard.

Suspir sintiendo l stima por Edora, que permanec a callada. Todav a no se hab a quitado el manto que le cubr a la cabeza y la parte superior del cuerpo. No tiritaba por el fr o, sino por otra cosa. Aquello no pod a hacerle bien al beb . Y

Ronald... el muy est pido no se daba cuenta del estado de su esposa, y si lo hac a, parec a no importarle.

- Por Dios... -Con un arranque de genio, Tamy agarr del brazo a Edora-. Venid dentro. Dejad que los hombres se encarguen de los asuntos de la guerra.

Al verlas dirigirse hacia el interior de la fortaleza, Ronald abri los labios para decir algo, una protesta. Pero call ante la mirada ce uda de Tamy y se qued junto a los hombres.

- Cu nto tardar n en llegar?

- Seg n nuestro informador, se preparan para atacar al amanecer - respondi Broderick secamente.

- Bien, entonces nos adelantaremos al anochecer.

Collen asinti .

M s tarde, tras organizarlo todo, los hombres se desped an de sus familias. El bullicio se fue apaciguando cuando, en formaci n frente a las murallas, algunos hombres ya esperaban las palabras del laird para ponerse en marcha.

- El bosque no es seguro -anunci Broderick-. Edora se queda aqu .

Una falsa sonrisa se dibujó en el rostro de Ronald mientras Collen se apresuraba a alejarse junto a los otros hombres para despedirse de sus esposas. Se sostuvieron la mirada hasta que el laird asintió.

- Por supuesto -contestó con arrogancia-. ¿Dónde más podrá quedarse mi esposa? -Y se tocó el pecho con el dedo índice para recalcar su posesión, de manera que Broderick tuvo ganas de romperle la mandíbula de un buen puñetazo.

Pero no se movió, ni hubo más respuesta que la del relincho de su

caballo al volverlo para salir de la fortaleza Kinnon. Ronald supo que dejaba una conversación pendiente.

Momentos antes, cuando Tamy y Edora habían salido para despedir a los hombres, Mairy, Marian y Ashling permanecieron tras las puertas del salón. Mientras Mairy estiraba el cuello para ver el contingente formado en el patio, Ashling se ocultó tras una de las grandes puertas y apretó el marco hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Escondió la cabeza por miedo a que la vieran desde fuera, pero la curiosidad pudo

ms y volvi a asomar los ojos.

- T , que ves el futuro -le dijo Mairy a la hechicera-, no puedes vaticinar algo bueno?

Collen le hab a comentado que la batalla decisiva entre los clanes estaba cerca y que l deber a marcharse pronto con su se or. Sent a una angustia insoportable cada vez que pensaba en ello. Despu s de todo lo que hab an pasado, ahora era el momento de ser felices.

- No -contest Ashling, pero sus ojos estaban fijos en el patio, no en Mairy, a quien apenas escuchaba. El

guerrero que permaneció a al lado de Edora captaba toda su atención.

Muy cerca de ellos, el monstruoso caballo que usaba como montura dio un relincho y Ashling retrocedió un paso. Ante semejante bestia, el guerrero parecía empequeñecerse, pero no debía dejarse enganar: Broderick McKenzie era un monstruo capaz de las peores vilezas, capaz de...

- Ashling... Ashling? -Mairy la llamaba, pero ella seguía absorta.

Solo cuando instantes después Tamy regresó a su lado con Edora del

brazo, se percató de que temblaba de la cabeza a los pies.

- Marian, Mairy. Acompañada a nuestra señora a su habitación. Necesita descansar.

Edora se dejó llevar por ambas mujeres. Entonces la anciana se dio la vuelta para ocuparse de Ashling. Esa bella muchacha era un mar de nervios, y Tamy sabía muy bien por qué.

Le apretó el hombro para tranquilizarla.

- No debes temer -le susurró-, consolándola-. Aún no ha llegado el día

a.

Y era cierto, pensó Ashling. Todavía no había llegado el día en que debería enfrentarse a su destino, a aquel hombre: Broderick McKenzie.

Lo que más deseaba Edora en aquellos momentos era eludir la conversación que tenía pendiente con Ronald, por eso se había dejado llevar al interior del castillo.

Cuando se separó del grupo, vio que su esposo la ignoraba y no hacía nada para retenerla a su lado. Conociendo a Ronald, su

actitud no presagiaba nada bueno.

Estaba dolido, pero aun as ella no quer a que se fuera a combatir sin despedirse. Es m s, no quer a que se fuera Se habr a recuperado bien del golpe que ella le hab a dado?

- Mi se ora...

Mairy le estaba hablando mientras avanzaban hacia sus aposentos, pero estaba demasiado preocupada para prestarle toda su atenci n. Antes de que pudiera contestar, se oyeron los gritos de guerra de los hombres, fuera en el patio. Las mujeres pararon su

ascenso por las escaleras de la torre.

- No se preocupe, se ora, volver n.

Edora la mir y vio que sus ojos estaban fijos en las pequeñas ranuras, intentando ver lo que ocurría fuera. A su lado, Marian también escudriaba el patio. Así pues, la se ora se mostr magn nima:

- Mairy, ve a despedirte de Collen, debe de estar buscándote. - Esta le sonrió y asintió -. Y tú, Marian, haz otro tanto con tu esposo.

- Gracias -respondieron al unsono.

Desaparecieron escaleras abajo y ella se acercó a las ranuras para atisbar el patio. Mirando a los hombres que se afanaban, su corazón se entristeció al no distinguir a su esposo entre ellos.

Oyó unos pasos subir presurosos la escalera y eso la distrajo por un momento de sus preocupaciones. Entonces dio un respingo al ver quié era. Sus ojos se encontraron.

- Ronald... -Tragó saliva.

Tal vez deba decir algo, disculparse estar a bien, pero cuando fue a hacerlo una poderosa mano le

apretó un brazo hasta sacarle un gemido de dolor.

Edora se encogió ante aquella mirada encendida. ¡La odiaba, pensó, de lo contrario sus ojos no la miraban de ese modo. Iba a matarla? Su corazón se encogió de pena más que de miedo. Quizá si intentaba explicarle lo ocurrido con la ayuda de Collen y Tamy... pero ahora estaba sola y ¡debería creerla a ella. Por una vez, rogó que confiara solo en ella.

- Mi amante esposa -dijo con una cínica sonrisa mientras su otra mano la agarraba por la nuca para

acercarla.

Edora se estremeci de miedo: Ronald estaba ciego de ira.

La mujer que amaba se las arreglaba para sacar lo peor de l. Tiempo atrás, l la había marcado con un cuchillo, casi la había violado, pero cuando por fin había decidido confiar en ella, ella le había traicionado para correr al lado de su enemigo, aquel infame hermano suyo que solo quería verlo muerto.

- No logro entenderlo -dijo de pronto-. No quiero entenderlo!

Estaba claro que Ronald había

pretendido decirle otra cosa, que se dispon a a hacerla pagar por sus pecados, pero sin embargo su traicionera lengua acababa de revelar todo el dolor que hab a en su coraz n.

- Ronald, si me dejas explicarme...

Pero l le tir del pelo y le advirti :

- Ser mejor que no abr is la boca.

- Ronald, me haces da o...

- Dolor, se ora? -Se burl con desprecio-. Yo no os he golpeado

con una espada hasta haceros perder el mundo de vista. Yo no he retozado con el enemigo de vuestro esposo, a quien por cierto habais jurado fidelidad... -Se refería a Murrock, por supuesto. Pero calla cuando siento que la clera lo empuja a cometer algo de lo que luego se arrepentirá. No me habéis de dolor, señora, porque aquí -se golpeó el pecho a la altura de su marca y del corazón- nadie ha infligido tanto como vos.

La empujó escaleras arriba, acallando cualquier protesta.

Ella tropezó con un peldaño e

instintivamente se llev la mano al vientre.

Ronald vio el gesto, pero Edora se reh zo y lleg a la habitaci n que ambos hab an compartido.

- Sigue subiendo -espet con crudeza, y Edora no se atrevi a desobedecer.

As pues, volver a a los or genes, a sentirse sola y confinada entre aquellas paredes, con su esposo alojado un nivel m s abajo y pendiente de sus movimientos.

Ronald respir hondo para tranquilizarse; no quer a hacerle da

o. La obligó a entrar en la habitación. Ella lo hizo y entonces el cansancio de aquellas semanas, las emociones que había intentado controlar, la hicieron derrumbarse sobre una silla cercana a la chimenea.

Su llanto se tornó incontrolable. Lo sentía tanto, tanto...

Pero Ronald no estaba dispuesto a perdonar.

- Por favor, yo no quería, lo hice para salvarte de ellos...

Al contemplarla, Ronald se sintió derrotado. ¿Dirle la verdad? O solo era una trampa para que la dejara

volver con Broderick? Se llevó una mano a la sien y reprimió un gemido de dolor. Quizá debería dejarla marchar con los suyos, con los McKenzie, pero allí ... correr a peligro. Si perdían la batalla arrasaban el bosque; en cambio, en la fortaleza tal vez pudieran esperar la benevolencia del rey.

No quería pensar más en ello.

- A partir de hoy estas serían vuestras habitaciones. - Se arrodilló a su lado y le alzó el mentón con una mano. Apretó hasta que sus mejillas perdieron el color-. Hasta que yo

vuelva, esposa. Entonces...

Edora vio como frunció el ceño. ¿Quedó segura a aquellas palabras? No lo supo, pues Ronald se volvió para marcharse sin más.

¿Y si no volvía? ¿Y si moría a manos de su hermano?

- Ronald -murmuró-, y se precipitó tras él.

El portazo le cerró el paso, dejándole claro que no podía salir en su busca. Quizás aquellas habían sido las últimas palabras que se dijeran.

La sangre se mezclaba con el lodo.

Las espadas llevaban unos instantes entrechocándose cuando Ronald vio por fin su objetivo: el hombre a quien deba haber matado hace mucho tiempo.

Evidentemente, Bernard no se encontraba en el fragor de la batalla. El cruel laird se defendía de sus proscritos McKenzie.

Hubiera sido difícil distinguir a los soldados de Bernard de los aut

nticos McKenzie, estos ltimos capitaneados por Broderick, as que el muy salvaje les hab a hecho luchar desnudos. Pocos de sus hombres hab an ca do, tan pocos como los Kinnon.

Sin embargo, mientras avanzaban por la llanura hacia el grueso del enemigo, Ronald se tem a que aquello no ser a tan f cil. Pudo cerciorarse de que la batalla era desigual. La cara de asombro de Bernard le hubiera provocado una sonrisa: el muy imb cil ve a con estupefacci n como algunos de sus mejores guerreros se desnudaban y

pasaban al bando de Broderick, quien los recibía con un grito de guerra. Estaba claro cuántos infiltrados tenía este dentro de la fortaleza. No eran pocos. Aquello mermaba bastante las tropas de Bernard.

Los Kinnon hubieran bastado para acabar con los miserables que se vieron sorprendidos al anochecer, pero Broderick tenía otros planes. Quería venganza por las muertes de Duncan, Robert y tantos otros, por las injusticias que había padecido su gente.

Los ojos de Ronald iban de los

impecables mandobles de Broderick a Bernard. Sab a que el muy cobarde huir a en cualquier momento si no se lo imped a, y tenerlo merodeando una vez m s en sus bosques era algo que no iba a consentir.

Montado en un caballo moteado, Bernard aguardaba en el otro extremo de la llanura. Pobre necio. No importa cu n lejos estuviera de l, ni cu n a salvo se creyera. Bernard McKenzie iba a morir, con o sin el consentimiento del rey.

Orden a Collen montar y perseguir al muy bastardo, pero

entonces, como si un mal presentimiento tomara forma, unos cincuenta hombres vestidos con los colores Ross los atacaron por los flancos.

- Reagrupaos!

Ronald oy la orden de Broderick. Y al mirarlo lo vio esbozar una sonrisa aterradora, completamente desnudo sobre su caballo de guerra. Estaba claro que lo nico que deseaba era matar el mayor n mero posible de enemigos.

Desmont balanceando su espada expectante, un claro desaf o que el

laird Ross no iba a rechazar. Se esperaba un combate entre iguales, pero lo que vieron sus hombres no fue nada de eso.

Despu s de unos instantes qued clara la superioridad de Broderick, pero Murrock no iba a darse por vencido. En un momento de distracci n, intent coger ventaja atac ndolo por la espalda. Broderick escuch el grito de furia de Ronald y se volvi a tiempo. Con un mandoble certero, el brazo de su enemigo qued separado del cuerpo, mientras se o a un alarido de dolor.

Ronald vio en la cara de los traidores languidecer sus esperanzas de victoria. Quer a ver esa misma expresi n en Bernard. Lo busc con la mirada a tiempo de ver como espoleaba su caballo en busca de refugio dentro de la fortaleza.

El lowlander enfurecido lanz un grito atronador.

- Mi se or! No pod is retiraros, vuestros hombres est n cayendo!

M s que incredulidad, en las palabras del hombre Ronald percibi rabia por la actitud vergonzosa de su se or. Pobre ingenuo si pensaba que,

después de cuanto había hecho Bernard quedaba algo de honor en su persona.

Ronald salió en su persecución, pero el lowlander fue más rápido. Logró coger el caballo de Bernard por las riendas frenándolo en seco y de una patada derribó a Bernard.

- Marcus... -balbuceó Bernard, incrédulo de que lo atacara uno de los suyos. Se levantó torpemente.

Los caballos se alejaron mientras su hombre lo cogió de la pechera y lo levantó en vilo.

- Mi señor... -El cónico

lowlander ech un vistazo a un lado y vio desmontar a Ronald a escasos metros de ellos-. Creo que alguien desea luchar con vos.

No hubo burla en la cara de Marcus. Simplemente estaba exponiendo un hecho.

- Maldito traidor -mascull Bernard.

- Traici n? -El lowlander esboz una sonrisa amarga-. Jam s os jur lealtad, aunque guard la esperanza de que no fuerais el miserable que aparentabais ser.

Lo empuj hacia el campo de

batalla y fue entonces cuando Bernard lo vio: Ronald Kinnon. El color de sus ojos le hizo retroceder, hasta que de nuevo sinti una mano firme contra su espalda.

- Maldito seas, Marcus.

Ronald lo mir con recelo, pero el lowlander arroj su espada al suelo y levant los brazos tras empujar de nuevo a Bernard. Era una clara se al de que no pensaba intervenir, pero tampoco huir.

La batalla estaba perdida, pocos proscritos quedaban en pie.

- Es hora de que las cosas

vuelvan a estar en el sitio que les corresponde, no crees? -Ronald no esperaba respuesta mientras avanzaba espada en mano-. Y desde luego el tuyo no está entre los McKenzie.

- Estaba en mi derecho! -grit agarrando su espada con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos-. Yo soy el primogénito, no esa zorra que tienes por esposa.

No hubo reacción visible en Ronald ante la mención a su esposa. La ira ya inundaba sus ojos cuando descargó la espada sobre Bernard.

Este par el primer golpe a duras penas, pero logr recuperarse, entonces el combate empez de verdad. La mayor diferencia entre ambos era que Bernard luchaba como un animal furioso, consciente de que matar a su oponente era la nica manera de salir con vida, mientras que Ronald conservaba su fr a calma, con los ojos encendidos y un despliegue de giles y medidos movimientos. Broderick, cubierto solo con la sangre de sus enemigos, se acerc junto con sus hombres para ver el espect culo.

Los McKenzie rodearon a los contendientes, ya trabados en mortal danza. Aunque Marcus era uno de los que hab an usurpado la fortaleza McKenzie, Broderick neg con la cabeza cuando tres hombres se acercaron para derribarlo. Se retiraron, aunque siguieron vigilandolo mientras el combate continuaba frente a todos.

El lowlander no ten a miedo a la muerte, hac a a os que no lo ten a.

Un violento mandoble hizo caer a Bernard de rodillas mientras la espada le rozaba el muslo y le hac a

sangrar. Grit de dolor hasta que conseguí ponerme en pie. Fue en ese momento cuando se hizo evidente para todos que Ronald se había cansado de jugar.

Tres golpes fueron suficientes para desarmarlo y que la espada Kinnon atravesara el pecho de Bernard. La sangre salió de su boca junto a sus últimas palabras.

- Estaba en mi derecho...

Ronald retiró su hoja y vio como el cuerpo inerte de Bernard se desplomaba en el suelo.

Un bramido de triunfo se

impuso al rumor del viento, al que se sumaron todos los demás hombres, desnudos o vestidos con los colores Kinnon.

La mano de Broderick se posó en el hombro de Ronald.

- Todo ha terminado.

El laird meneó la cabeza; no estaba tan seguro. El rey pidió explicaciones y, por si no fuera suficiente, Edora permaneció confinada en la torre. Apretó los dientes. Lo que deseaba hacer y lo que iban a ser cosas muy distintas.

- Debo regresar -dijo secamente-, y t me acompa ar s.

Broderick enarc una ceja. No obstante, asinti al ver la carga que Ronald llevaba sobre los hombros.

- Pero no esta noche. -Mir al horizonte donde el sol se hab a puesto. El cielo apenas manten a color-. Qued monos a celebrarlo.

- No hay mucho que celebrar.

No, pero Broderick necesitaba que Ronald bebiera, que pensara en su esposa y sobre todo en lo que iba a hacer con ella.

Pese a sus palabras, el laird

estaba cansado y acabó por aceptar la propuesta.

Una hora después, Broderick había ordenado enterrar a los caídos y permitir el paso a los Ross que quisieran recuperar los cuerpos de los suyos.

Solo hubo un hombre que no se movió después de que Broderick autorizara a sus hombres a entrar en la cercana fortaleza McKenzie y reunirse con sus familias: el lowlander, que siguió mirando a Broderick con el rostro inexpresivo. Como hombre de Bernard que había

sido, sab a qu destino le esperaba y prefiri arrodillarse en el suelo para ofrecer su cuello y acabar cuanto antes.

- Lev ntate. -La voz profunda de Broderick se hizo o r sobre las dem s-. C mo te llamas?

El lowlander obedeci y clav sus ojos oscuros en los de quien sin duda ser a el nuevo laird McKenzie.

- Marcus.

- Solo Marcus? -Broderick vio como el hombre apretaba los dientes.

- S , solo Marcus.

Se miraron un momento m s.

- Dej moslo como Marcus, por ahora.

- No vais a matarme? -Hab a incredulidad en su voz. Levant una ceja pero no a adi nada m s.

Broderick se par a su lado antes de recoger su caballo.

- No s si os sobra honor, o bien sois un traidor. -Marcus entendi que Broderick hablaba sobre la forma en que hab a tratado a Bernard-. Mientras lo averiguo... har is la ronda nocturna hasta que os hart is.

Marcus trag saliva.

- Entonces...

- Buscad un kilt, no sé si quiero ver esas prendas inglesas en mi casa. Lo llevaris y le haris honor hasta que decida mataros, o bien poner un McKenzie a continuación del Marcus.

Los ojos del lowlander se agrandaron por la sorpresa. "Marcus McKenzie." No pudo sonreírle a la suerte, pues hacía tiempo que no sonreía, que había olvidado cómo hacerlo.

Broderick no dijo nada más. Montó en su caballo y entró en la fortaleza, dejando en la cabeza del lowlander la idea de que quizás había

alguien justo sobre la faz de la tierra.

Por su parte, el nuevo laird McKenzie deber a vestirse para el viaje de ma ana. Si iba a buscar a Edora desnudo, quien morir a ser a l.

Ronald jamás olvidaría el día en que Bernard fue derrotado, pero su noche vagaría siempre entre las sombras.

Después de beber y celebrar todos juntos la victoria, la casa de los McKenzie se había vuelto un hervidero de risas y reencuentros con los seres queridos. Solía suceder que el alcohol acababa por volver las celebraciones un tanto bruscas y soeces. No fue el caso, la felicidad de aquellas gentes parecía completa.

Lo tuvo presente cuando, ya entrada la mañana, él y sus hombres volvieron a casa.

Broderick insistió en acompañarles y él no puso objeción.

Al divisar la fortaleza Kinnon, vieron algo más. Ronald soltó un grito. No era agradable ver aquel campamento improvisado frente a su muralla.

La corte al completo lo esperaba.

Ronald bajó de su montura, acompañado por Broderick, y anduvieron hasta cruzar el patio y

llegar al concurrido salón.

- Alexander debe de estar... -
murmuró Collen a su espalda.

Ronald alzó una mano para acallarle. Lo último que deseaba era oír todo lo que podría pasar por haber desobedecido al rey. Pensó en Edora, encerrada en la torre, maldiciéndole o, peor, pidiendo su cabeza a Alexander.

Sintió una punzada de culpa por haberse despedido de ella de aquel modo brusco. La culpa lo embargaba por el simple motivo que la noche anterior, tanto Broderick como

Collen, hab an repetido hasta la saciedad cada miserable detalle de su rescate.

- Si no te hubiera golpeado... -
argument Collen-seguramente estar as muerto.

- Edora siempre fue muy inteligente.

Broderick le dio la raz n.

Ronald se mes el cabello.
Ahora todo era demasiado complicado, tantos malentendidos, tanta pregunta sin respuesta...

Fuera lo que fuese aquello en que estaba pensando, lo olvid al

verla junto al monarca, vistiendo el manto de los Kinnon. Estaba hermosa. La chimenea hab a sido encendida y Edora brillaba m s que nunca, de pie frente a Alexander, que ocupaba una silla bellamente labrada.

Cuando entr la vio separar los labios levemente para murmurar algo que capt la atenci n del rey. Ronald se detuvo a unos metros de Alexander cuando este se levant para mirarlo a los ojos.

- Veo que segu s vivos -observ en tono neutro-. El mensajero que

enviaste anoche me puso al corriente de tus pasos, y de aquello que el joven no sabía, acabó por informarme la anciana Tamy.

Ronald apretó los dientes y buscó a la anciana con la mirada, pero no la encontró en el salón. Su bisabuela... siempre conspirando.

Pasaron los minutos. No hubo silencio entre los presentes y cada mirada le recordaba que él tenía en sus manos el futuro del clan.

Alexander no tardó en cansarse y se despidió de todos. Los cortesanos se fueron junto con los soldados de

regreso al campamento improvisado. Ante el asentimiento de Ronald, los Kinnon tambi n se retiraron. Entonces el rey se fij en Broderick.

- Con vos -a adi se al ndolo-discutiremos m s tarde.

El guerrero asinti con la cabeza antes de darse la vuelta y partir, no sin antes mirar a Edora, tan quieta y fr gil que le dieron ganas de desobedecer al rey, pero no lo hizo. Junto a Collen y otros hombres rezagados, desapareci dejando a las tres solitarias figuras en el sal n.

Alexander empez a hablar de

improvisado, captando las miradas fugaces que se lanzaban los esposos.

- Quiz s a veces me toque desempeñar un papel que no todo el mundo comprende -empez -, quiz s haga cosas que parezcan impropias o dicte castigos desproporcionados - mir a Ronald severamente-, pero todo lo hago por Escocia. Por Escocia! Por mantenernos unidos frente a enemigos m s poderosos que nosotros.

Cuando Ronald cre a que ya hab a terminado, Alexander a adi :

- Me has desobedecido, Ronald

Kinnon, ¿Qué deber a hacer con vos?

Edora se estruj las manos mientras el coraz n le martilleaba en el pecho.

No hab a sido culpa de Ronald, y ella se lo hab a explicado al rey con palabras sencillas que guardaban toda la verdad, pero ahora Alexander parec a poco dispuesto a cumplir lo hablado.

- ¿Qué deber a hacer con vos? - repiti .

- Majestad... -Edora se adelant un paso sin saber muy bien qu decir.

Sinti como dos pares de ojos la

miraban de arriba abajo.

- Ya os he explicado lo que hac a Bernard a nuestros hombres y mujeres...

- Edora, no os quise escuchar cuando me advertisteis sobre la maldad de vuestro hermano, pero ahora est muerto y ha recibido su merecido, no os parece?

- S , majestad.

- Broderick ha intentado defender a sus hombres, por lo que no tengo nada que reprocharle. Sin embargo, Ronald es un Kinnon. No deber a haber interferido, y m s

despu s de haberle dado una orden directa.

- Fui yo la que le pidi ...

- No mientas. -Ronald no la dej continuar.

Alexander y Ronald se miraron intensamente, cada uno dispuesto a salir victorioso de aquel encuentro, aunque contra el rey de Escocia era poco probable alzarse con la victoria.

- Solo dir que Bernard ten a planeado atacar mi fortaleza al amanecer. Me adelant a sus planes, eso fue todo.

- Con ayuda de los McKenzie proscritos.

Edora se tensó y Ronald vio que estaba impaciente por saber cuáles serían sus siguientes palabras. Se retorció las manos y, aunque ella probablemente no se diera cuenta, sus ojos hambrientos delataban cuánto sufría.

- Los Kinnon y los McKenzie nos unimos frente al enemigo. No se trata de eso? De permanecer juntos frente al enemigo?

Alexander arqueó una ceja. El Kinnon era astuto, siempre lo había

sabido. Hizo un moh n de desprecio con los labios. No le gustaba perder, pero en ese caso... Sus ojos se dirigieron a Edora.

- Kinnon y McKenzie unidos - susurr pensativo.

Ella lo mir suplicante.

- Puedo decir que me pareci lo m s justo, dadas las circunstancias. Atacaron nuestras granjas, murieron muchos buenos hombres... A pesar de ser consciente de mi desobediencia, volver a a hacerlo -zanj Ronald.

Edora sinti un nudo en el est mago. Ronald no se daba cuenta de

que aquello podía considerarse traición? Y eso era un delito que se pagaba con la muerte.

Su mano tembló y se alzó hacia su boca. Parpadeó vivamente para quitarse las lágrimas de los ojos. Lo miró de nuevo como si fuese la primera vez que viera su vulnerabilidad.

Ah estaba el hombre que amaba, aquel por el que daría su vida.

- Soportar el castigo que queráis - añadió el tozudo Kinnon.

Por unos instantes reinó un absoluto silencio en el salón, hasta

que Alexander agach la cabeza y se encamin hacia la chimenea. Ronald estaba en tensi n, el ment n firme y los ojos grises fijos en la espalda del monarca, todo porque le era imposible mirarla a ella.

No pod a perdonarla, y sin embargo ella deseaba tanto que lo hiciera.

- Todo fue un error desde el principio -resumi Alexander por fin, volvi ndose de nuevo hacia ellos.

Edora trag saliva. La voz del rey la oblig a concentrarse.

- Sois mujer, pero acaso no ha

habido grandes reinas? Tambi n es posible tener a grandes se oras gobernando un clan escoc s... No obstante, el servicio de Broderick ha sido... -No encontr palabras.

- Majestad, yo... -terci Edora.

- Vos volver is a casa. Por fortuna vuestro matrimonio no ha dado frutos y la anulaci n ser m s f cil.

Sinti que el coraz n se le romp a en el pecho. Qu propon a Alexander? Que ella se fuera como si el ltimo a o de su vida no hubiera existido?

Busc con la mirada el rostro de

Ronald. Un escalofr o la recorri . Ah estaba l, observ ndola y eludiendo su mirada cuando sus ojos se encontraban. Se lo ve a tan fr o, tan impasible, que ella tuvo ganas de llorar.

- Ronald... -Se le quebr la voz-. No dices nada?

l solt aire por la nariz y enlaz las manos a la espalda, consciente de que le temblaban a causa de las emociones que lo embargaban: rabia, ira, verg enza y, sobre todo, una profunda tristeza.

- Bien. Si no hay m s que

decir... -murmur el rey-. Estoy convencido de que Broderick estar deseoso de llevaros a casa.

Ronald baj la cabeza para ocultar su rostro y el rey lo tom como consentimiento silencioso.

- Majestad -Ronald inclin la cabeza y abandon el sal n precipitadamente.

El rey solt un suspiro. Mir a Edora, que parec a desconcertada.

S que hab a que decir. Llevaba un hijo suyo en el vientre, pero su orgullo era tan fuerte como el d a que lleg a la fortaleza Kinnon.

- Majestad. -Ella también hizo una reverencia y salió del salón en dirección opuesta. No quería encontrarse con Ronald.

Viéndola alejarse con paso firme, el rey esbozó una sonrisa.

- ¿Cuánto tiempo crees que permanecerán separados?

Tamy salió de entre las sombras para ofrecerle una copa de vino a su rey.

- Es difícil decirlo, majestad - dijo finalmente-. Mi bisnieto es más terco que una mula, y mi querida nieta... bueno, creo que Ronald estará

lloriqueando ante su puerta antes de dos semanas.

- Eso espero -dijo Alexander mientras se arrellanaba en la silla e invitaba a Tamy a sentarse en un banco cercano-. Nombrar a Broderick nuevo laird de los McKenzie, que acoger a Edora y si el muy imbécil de Ronald consiente la anulación, la presionar para que se case con él.

- No lo haré -repuso la anciana con tono severo.

Eso complació a Alexander. Ahí estaba, frente a él, una mujer con

suficiente edad como para no temer a nada.

- Edora es demasiado bella para dejarla sola mucho tiempo junto a Broderick McKenzie. Y no me gustar a que el hijo de Ronald naciera sin padre.

Algo ensombreci los ojos de la anciana, y el rey se dio cuenta de que era por la mención de ese hombre. Tamy pensaba en Ashling, oculta de l en la torre.

- S , no debemos dejarla mucho tiempo con Broderick McKenzie.

Fuera lo que fuese que Ashling

tem a de l, aquel hombre pose a la facultad de inquietarla, y aquello era algo inaudito.

- Gracias -dijo Edora cuando Collen baj los pelda os del patio para despedirse.

Con un brazo protector, su marido reconfort a Mairy, que estaba a su lado, llorosa.

Por su parte, Edora sent a como los ojos le ard an, pero el enfado le imped a derramar una sola l grima.

El patio central estaba lleno de hombres Kinnon, hasta sus mujeres se hab an reunido ah para verla

partir. A diferencia de lo que ella había pensado, ninguna parecía muy feliz. Incluso los hombres mostraban expresiones extrañas, entre enfado e incredulidad. Angus estaba en los escalones que daban al salón, junto a Tamy. Se había equivocado con ese hombre. Antes de que ella se reuniera con Broderick le había murmurado: "Si no va a buscarte en unos días, ser por la paliza que le voy a dar, por dejar que te marches." Se sintió algo más animada y, al pasear la vista por las almenas y las estrechas ventanas de la fortaleza, el

enfado se apacigu dando paso a la tristeza. Ronald no lo entend a? Era tan grave que no pod a perdonarla? Not la ausencia de Ashling, aunque vislumbr su cabello dorado en un ventanuco de la torre.

No le preocupaba que no estuviera presente. Ella era una hechicera itinerante; podr a requerir sus servicios y Ashling ir a a visitarla si se lo ped a, no ten a dudas al respecto.

Agach la cabeza abatida. Se quit el manto Kinnon bajo la mirada desilusionada de los hombres de su

esposo. Habrá un jurado que su laird
habrá entrado en razón, que arrastrará
a su mujer de nuevo a la fortaleza y
la encerrará bajo llave. Cualquier
cosa menos dejarla marchar.

Pero no lo hizo.

- Gracias -murmuró de nuevo
cuando Collen cogió el manto.

- Esto es un error.

Antes de que Edora pudiera
contestar, Broderick la cogió por el
codo y la subió a su montura.
Seguidamente se situó tras ella.

Si Broderick se sentía feliz por
llevarla de nuevo a su hogar, no lo

demostró. Parecía más bien confundido.

- ¿Cómo puede dejarte marchar si esperas un hijo suyo? -le preguntó.

Al cruzar el puente levantado Edora le contestó.

- Quiz porque... no lo sabe.

Al final del crudo invierno Edora dio a luz un hijo var n, con un tierno mech n sobre la frente y unos ojos que pasaron de un azul intenso a un p lido gris en cuesti n de semanas.

Era el vivo retrato de su padre.

Desgraciadamente, Ronald no lo sab a, y si se hab a enterado del alumbramiento, su orgullo no le hab a permitido ir en su busca, del mismo modo que el de ella no le permiti acercarse a la fortaleza Kinnon.

Las noches eran largas y Edora

hab a tenido mucho tiempo para reflexionar. Las cosas deb an cambiar.

Aunque se esperaba que el rey intercediera a favor de la anulaci n eclesi stica, en la fortaleza no se volvi a mencionar el tema, ni lleg emisario alguno para hablar sobre el asunto.

Sinti ndose algo culpable, pensaba que Ronald merec a saber la verdad y que su hijo necesitaba un padre. Aunque Broderick parec a dispuesto a desempe ar ese papel, era cierto que tambi n prefer a

tenerla lejos de allí, más concretamente junto a su esposo.

No sabía cómo, pero entre Broderick McKenzie y los Kinnon se había instaurado una especie de admiración mutua. Esta había proporcionado a ambos clanes una paz estable que iba camino de convertirse en una sólida alianza.

Mientras Iain se movía en su regazo, Edora miró por la ventana.

Habían pasado siete meses y debía admitir que la determinación de apartarse de Ronald se había hecho más firme desde que naciera aquel

precioso beb . Le echaba terriblemente de menos. Su orgullo no le daba calor por las noches, ni la besaba como Ronald Kinnon.

El cielo estaba gris y no hab a parado de lloviznar en toda la ma ana. La nodriza aviv el fuego que ard a en la chimenea.

- Dadme al ni o, se ora, es hora de que coma.

Ella asinti gustosa.

Desde su regreso, ten a el apoyo incondicional de Madia y de todas las mujeres del clan, que, por otra parte, hab an desarrollado con

rapidez una especie de adoración hacia Broderick. A pesar de su ceño siempre fruncido, las mujeres lo colmaban de atenciones que él no deseaba y de las que se veía obligado a huir. Por eso, cuando le vio entrar en la habitación, no se sorprendió de que la joven muchacha se quedara embobada mirándolo.

- Mi se ora.

Edora lo miró con una sonrisa en los labios.

- Estás hablando mucho últimamente, Broderick. Y yo que me había acostumbrado a tus monos

labos...

- A veces -repuso con dientes apretados-, no me gusta tanto tenerte por aquí .

El semblante de Edora se entristeció , y él se arrepintió de haber hablado.

Iain tiró de la larga trenza de su madre, que le sonrió .

Broderick era el nuevo laird por decisión del rey, pero aun así le llamaba señor en señal de respeto. Lo hacía con cariño y ella adoraba su compañía.

- Lo siento...

- Qu ha ocurrido?

- El heredero de Murrock. -No

hac a falta a adir nada m s.

La estupidez parec a heredarse de padres a hijos en tierras Ross. El muy cretino hab a resultado tan desagradable como el padre, y por ello las luchas en la frontera eran m s frecuentes.

- Esta vez se han limitado a prender fuego a una de nuestras granjas. Pero llueve, as que no ser dif cil de apagar. He mandado varios hombres.

- Bien, ir a evaluar los da os.

Broderick se qued mir ndola y luego mir al peque o Iain, que berre para reclamar su atenci n.

- Edora...

- S , ya s . Desde que soy madre me ves como a una inv lida, pero como miembro del consejo tambi n tengo obligaciones para con los McKenzie, no crees?

A ninguno de los dos se le escap que Edora hac a tiempo que hab a dejado de hablar de ellos como "mis hombres".

- No pretendo... -"que te sientas in til", iba a a adir, pero call .

Se encogí de hombros. La situación era así de extraña desde que llegué y lo que parecía algo temporal se convirtió en algo que ya duraba demasiado. Casi había convencido a Edora de que presentara a su hijo a Ronald. Solo faltaba un empujoncito.

- Vamos, Broderick -dijo besando a Iain-. Quiero volver antes de que anochezca.

Pero no volví antes del anochecer.

Los destrozos habían sido considerables y la nieve apenas había empezado a derretirse.

Deb an proporcionar un techo a los animales para pasar las pocas noches fr as que quedaran.

Broderick hab a regresado a la fortaleza en busca de m s hombres, dispuesto a terminar la tarea cuanto antes. Por su parte, Edora decidi supervisar el trabajo ella misma y ayudar a la esposa de Fergus, que hab a sufrido quemaduras en los brazos.

Cuanto m s til se sent a, menos pensaba, y eso era muy bueno.

Ronald lleg sin previo aviso.

Segu a lloviendo y su aspecto al

desmontar parec a a n m s
amenazador de lo que a Broderick le
hubiera gustado.

Se esperaba su visita, tarde o
temprano.

Las escasas mujeres que se
encontraban en el patio, resguardadas
de la lluvia, lo miraron expectantes.
Estaba claro que esperaban una
escena.

Ronald avanz con paso firme
hasta los pelda os de piedra que
daban al sal n. Collen lo sigui
obedientemente, m s para cerciorarse
de que no cometiera ninguna

estupidez que para darle protección.

Habían pasado meses desde que dejara marchar a su esposa y la mayor a lo había olvidado entre brumas de alcohol. Ronald vio a Broderick descender los peldaños que daban al patio, por primera vez una emoción era visible en su rostro.

- ¿Qué estás haciendo aquí? - preguntó secamente.

Diez hombres esperaban armados en el patio. Sus más temibles guerreros, observó. Collen le lanzó una mirada que decía claramente: "Lo sabe."

"Por fin."

- Ha llegado a mis oídos que he tenido un hijo.

La mayoría de los presentes se miraron entre sí. Broderick se permitió levantar los ojos al cielo y respirar hondo.

- El embarazo dura nueve meses. Hay que ser imbécil para no darse cuenta de...

Broderick miró a Madia para hacerla callar. Ante las palabras de la mujer, el laird Kinnon la miró curioso, aunque, si se era buen observador, se podía ver algo de

verg enza en aquellos profundos ojos grises.

Ronald fue invitado a pasar al sal n. Madia se apart y lo mir con recelo, pero sus ojos se abrieron con asombro al ver como, en lugar de quedarse bebiendo delante de la chimenea, sub a los pelda os que llevaban al nivel superior.

Hubo miradas significativas entre los presentes, y Broderick y Collen se permitieron sonre r. Sin necesidad de una orden, los hombres lo dejaron avanzar solo.

Se ofreci vino en el sal n,

aunque Broderick prefiri seguirle escaleras arriba.

- A la izquierda -murmur indole el camino.

El laird Kinnon sigui avanzando.

En el corredor, al que daban varias habitaciones, Ronald sigui la indicaci n de Broderick.

Trag saliva cuando entr y se encontr con una preciosa cuna tallada.

Una sorprendida nodriza se levant de una silla cercana, pero al ver los ojos del guerrero se apart a

un lado.

Ronald adelant los brazos para coger a su hijo.

El niño abri los ojos y cerr los puños para acto seguido estirarse. Cuando l lo apret contra el pecho, las manitas le asieron el kilt y tir de la suave tela con fuerza.

- Es un Kinnon, no hay duda.

Broderick no respondi , pero orden a la mujer que se retirara.

- A la se ora no le gustar esto - le advirti Erin.

Broderick asinti en silencio. Una chispa de humor parec a

iluminar el rostro del nuevo laird al ver a padre e hijo reunidos al fin.

Sosteniendo al peque o con miedo de que se le cayera, Ronald era incapaz de respirar con normalidad. El ni o sonri y abri los ojos para luego volver a cerrarlos.

Confiado, se qued dormido.

- Tiene mis ojos -observ Ronald con orgullo.

Hab a salido a su familia. Se llev la mano al hoyuelo de su propia barbilla y sonri . Su hijo ten a otro exactamente igual.

Mir a Broderick por primera

vez desde que entraran en la habitación.

- No crees que se me parece?

Por Dios! En qu se hab a convertido aquel temible guerrero?

Sin saber qu hacer, Broderick se limit a encogerse de hombros. Pens en Edora y solt un bufido. Si ella supiera que su a n esposo estaba all , probablemente le arrancar a la cabeza por perturbar el sue o de su hijo, y a l por permitirselo. O quiz se mostrar a agradecida? No estaba del todo seguro.

Mir a padre e hijo. Si le daba un

empujó a esa pareja de tontos...

- ¿Cómo se llama? -La pregunta de Ronald lo devolvió a la realidad.

- Iain, como el padre de Edora.

Ronald asintió. No tenía derecho a quejarse, y menos después de haberse comportado como un estúpido.

- ¿Y dónde está mi esposa?

Si a Broderick le molestaban tantas preguntas, no lo demostraría.

- En la frontera, evaluando los destrozos de una incursión de los Ross.

Ronald frunció el ceño y suspiró.

Estaba claro que no podr a cambiar la naturaleza de su esposa. De nuevo el pu ito de su hijo le golpe el pecho. Para aliviar el nudo que sent a en la garganta, arremeti contra Broderick, quien entendi enseguida sus intenciones. Deb a admitir que ninguno de los dos estaba acostumbrado a escenas tan tiernas.

- Qu ocurre en la frontera? Acaso no les diste su merecido?

- Podr a haberlo hecho si aqu no hubiera tantas cosas que arreglar. Y si hubi ramos tenido una alianza con alguien m s que un borracho, quiz las

cosas fueran distintas.

Aquello le doli como un pu
etazo en el est mago, pero se lo
merec a, as que Ronald apret los
dientes, se trag su orgullo y dijo:

- Edora les hubiera dado su
merecido. -Broderick sonri sin
humor. Estaba reconociendo que su
esposa era m s que un simple adorno-
. Aunque dudo que cuando est en el
lugar que le corresponde pueda
dirigir un ej rcito.

- Y yo dudo que el lugar que le
corresponda sea entre estas paredes.

- Quiz no entre estas -replíc

Ronald mientras cog a la manta McKenzie de la cuna para cubrir a su hijo. Con el ce o fruncido, se lo pens mejor. Lo envolvi con su propio tart n Kinnon.

- As que... -Broderick no termin lo que iba a decir, tampoco hac a falta, sab a exactamente lo que Ronald pretend a.

- S , me la llevar .

Broderick asinti con una sonrisa contenida.

- Perfecto. As me ahorras el tener que envi rtela, con que te odie a ti es suficiente.

Aquellas palabras no le gustaron, pero sabía que debía decir más que un "lo siento" para recuperarla.

- ¿Cómo piensas conseguir que vuelva contigo?

- Ella vendrá .

- ¿Cómo?

Ronald meneó la cabeza como si hubiera sobrevalorado la inteligencia de Broderick.

- Muy fácil. -Enarcó una ceja y se alejó con su hijo en brazos-. Así .

- Devu lve me a mi hijo!

Ah estaba. Al parecer, nadie hab a osado detenerla cuando irrumpi en el sal n y subi a las habitaciones del piso superior. Hab a llegado sin escolta alguna, cosa que a nadie sorprendi , y menos a n su enfado.

Con aire decidido, abri la puerta que daba a las escaleras de la torre. Subi deprisa, murmurando improperios contra su esposo, ataviada con un simple vestido de lana y una daga sujeta a la cintura.

Todos la hab an recibido con una sonrisa y apart ndose a su paso. Los m s atrevidos se atrevieron a re r e incluso oy alg n "bienvenida".

Entr sin m s en la alcoba de su esposo y lo encontr ah , muy sonriente y con Iain en brazos. Eso la enfureci a n m s: c mo se atrev a a sonre r cuando ella estaba... estaba...?

- T ! -lo se al con un dedo acusador.

Pero al contemplar la id lica escena se desinfl ; parpade para quitarse las l grimas que afloraron de

improvisado a sus ojos.

Ronald se volvió hacia ella, que pudo contemplarlo a placer. Tenía ojeras y se le veía un poco más delgado, pero parecía tan... feliz. Solo en ese momento se dio cuenta de lo mucho que lo había echado de menos.

El pequeño Iain se acunaba contra su pecho, y a Edora casi se le ablandó del todo el corazón, casi. Fue a espetarle un par de cosas, pero un movimiento a su derecha hizo que se percatara de la presencia de otra persona.

Tamy.

- Decepcionada -anunció, provocando que los esposos fruncieran el ceño, sin entender-. Soy decepcionada... Así me siento. Dije a Alexander que no tardarías más de unos días en ir a buscar a tu esposa, y lo hiciste? Pues no; estabas demasiado ocupado en beber y lloriquear porque tu esposa te había abandonado.

Ronald la fulminó con la mirada.

- Bah! -Movi el brazo en el aire, despectiva, y a continuación sus ojos se posaron en ella, aunque pareció

seguir hablando con su bisnieto-: Tu esposa pari sola. Claro, no avisas a nadie. -Se acercó unos pasos a ella-. No haberme avisado para que asistiera al alumbramiento... vergüenza, se ora -remachó, haciéndola sentir culpable.

La cadera de Edora parecía esfumarse de repente.

- Tamy... yo...

La anciana sacudió la cabeza.

- Dímelo -dijo, arrebatando a Iain de los brazos de su padre-. No quiero que la sangre lo salpique.

- No vamos a... -Ronald quiso

replicar, pero Tamy se marchó con el pequeño o sin decir más, dejándolos solos. Él miró la puerta que acababa de cerrarse.

- Y no salgas de aquí hasta solucionar vuestros problemas... - oyeron a la anciana, ya bajando los peldaños-. Solucionadlos... un par de veces si es preciso!

Edora no quiso imaginarse el significado de aquellas palabras, pero miró a Ronald, que le prestaba toda su atención.

Estaba hermosa, con un sencillo vestido de lana azul oscuro y sin ning

n manto McKenzie a la vista. Eso le produjo un punto de felicidad. S , tenerla all le hizo sentir que pod a volver a ser feliz. Para su desgracia, Edora solo pensaba que hab a osado llevarse a su hijo y quer a arrancarle los ojos.

- C mo te has atrevido, maldito cretino!... Me has robado a mi hijo.

- Tambi n es m o -susurr Ronald sin poder apartar sus ojos de ella.

- Es m o! -grit enfurecida.

El siguiente improperio se le congel en la garganta cuando el laird se apart de la ventana y la encar .

Se par a tan escasa distancia, que Edora crey que pretend a amedrentarla. Sin embargo, sinti algo muy ajeno al miedo cuando lo tuvo de nuevo tan cerca. Trag saliva para volver a gritarle y despejar su mente de pensamientos est pidos.

- Has esperado que estuviera fuera de la fortaleza para rob rmelo. Qu clase de hombre eres t ?

Con semblante serio, Ronald se acerc m s a ella. No la toc , pero ella se oblig a apartar la mirada de aquellos ojos grises que pod an ver cada rinc n de su alma.

- Edora -dijo quedamente. No deseaba que aquello acabara en una batalla campal, sab a exactamente lo que quer a y estaba dispuesto a conseguirlo-. Fue la primera vez que consegu salir de la fortaleza.

Aquellas palabras la sorprendieron.

- Por qu ? Estuviste enfermo? - No era posible, Collen se lo hubiera dicho, o no?

- No estuve enfermo, sino borracho. -Ella apret los labios hasta convertirlos en dos finas l neas de reproche-. Las dos veces anteriores

que trat de ir a buscarte, estaba tan borracho que ca de la montura antes de llegar al camino principal.

- Las dos veces anteriores...
Para ir a buscarme?

l levant la mano y le acarici el ment n con la punta del ndice. Ella se estremeci e intent apartarse como si quemara, pero l no se lo permiti . La calidez que emanaba de aquel cuerpo musculoso era tan placentera, que ella cedi .

Pero no estaba bien que se rindiera tan pronto. No cuando Ronald hab a dudado de ella de

aquella manera.

- Me has robado a mi hijo -
repiti , esta vez con escasa convicci
n, apenas un susurro-. Ahora debo ir
con l, tendr hambre.

- Mairy se encarga de eso.

Ella lo mir a los ojos y record
que Mairy hab a vuelto a tener un
hijo. Sinti un aguijonazo de culpa. No
le hab a agradecido a su amiga lo
suficiente el haberla salvado. Por
orgullo, ni siquiera hab a ido a verla
despu s del parto.

- Ha tenido otro ni o sano -
murmur l atray ndola un poco m s-.

Collen es el padre más orgulloso del mundo, después de mamá asegurándose de que ella lo escuchara.

Edora sintió un nudo en la garganta cuando preguntó:

- ¿Por qué te lo llevaste?

- Porque este es su hogar. -Ella sintió como el nudo en la garganta crecer y apenas le dejaba hablar-. Y porque era la única forma de hacerle volver a mamá Ronald.

- He vuelto por él y ahora se viene conmigo -dijo Edora ya sin ninguna convicción.

- El niño se queda aquí.

- Vendra conmigo. Soy su madre.

-Una lágrima se deslizó por su mejilla.

A Ronald le faltó tiempo para reaccionar. Le besó la mejilla largo rato, asegurándose de poder hablar sin que la emoción le entrecortara la voz.

- Se queda. -Edora hipó ante las palabras de Ronald. Intentó empujarlo para que se apartara. Pero él no estaba dispuesto a concederle eso-. Y también.

Ella parpadeó sorprendida, hasta que él la besó profundamente.

- No puedo vivir sin ti -musit

contra sus labios.

Silencio.

- Ronald...

- Edora. Te quedas.

Y la bes con ternura una vez m s, hasta que la pasi n renaci en ambos con la familiaridad de siempre. La estrech contra su pecho y sinti el abandono de ella, sin reservas.

- Te amo -susurr Ronald-.

Quisiera poder expresar todo lo que siento por ti, lo feliz que me has hecho al traer a nuestro hijo al mundo. Edora -hab a emoci n en sus palabras-, quisiera decirte que jam s

volver a salir una protesta de mis labios si te quedas conmigo.

Ella lo miró con escepticismo.

Él sonrió.

- Pero... -a Edora se le paró el corazón esperando su última objeción -ser a mentirte. -Aquello la hizo sonreír por fin, y él la abrazó con más fuerza. -No puedo prometerte que no discutiremos, porque lo haremos, pero sí te prometo que me esforzaré por hacerte feliz.

- Acabas de hacerlo. -Hundió la cara en su cuello y lo besó con dulzura. - Ronald, yo no quiero un

matrimonio de paz, te quiero a ti.

Se besaron con suavidad y ternura.

- Yo tambi n te quiero, a los dos... aqu ... conmigo. Siempre.

La bes m s intensamente, con la promesa de no dejarla marchar jam s.

Agradecimientos

A las niñas de Autoras en la Sombra y a mis amigas del foro del Rincón Romántico, especialmente a las chicas FMXXL.

A Magda por sus inestimables correcciones.

A Paqui y Vane por su apoyo y cariño.

A Noe... Sabes que tu mala leche me inspira para crear a mis heroínas.

Gracias a todas por haber creído en mí desde el principio.

A nuestro grupo de escritores de la Generación del 12.

A Sim , por tu cinismo y por ponerme los pies en la tierra.

Y sobre todo a Gloria Pujol Font, quien llegar lejos. Gracias por hacerme vivir este sueño, por los ruidos y por creer en mí cuando yo ya no creía. Sin ti este libro seguiría en un cajón.

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

18/02/2013